SÉ QUIÉN LA MATÓ



ORIOL ORDAL

SÉ QUIÉN LA MATÓ

ORIOL ORDAL

Autor: Oriol Ordal - oriolordal@gmail.com
Corrección: Cintia Fernández - sinhintercalada.com

Contenido

«La verdad se corrompe tanto
con la mentira como con el silencio».
Cicerón

Prólogo
Santi Canales

Sábado, 7 de junio de 2003

Estaba tumbado en el sofá cuando sonó el móvil. Entreabrí los ojos y me acerqué el reloj de pulsera a un palmo de la cara. Las manecillas luminiscentes marcaban las siete, aunque desconocía si de la mañana o de la tarde. El comedor se hallaba a oscuras. Me incorporé con dificultad por la resaca y escuché con atención. El tono de llamada provenía del suelo. Me agaché y palpé alrededor hasta dar con mis pantalones. Saqué el teléfono de uno de los bolsillos y contesté con la esperanza de que alguien quisiera contratar mis servicios.

—Santi Canales, investigador privado.

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó una voz femenina entre sollozos —. ¡Han secuestrado a mi hija!

Se me cayó el alma a los pies. Ya no me ocupaba de estos casos por una mala experiencia ocurrida meses antes. Y, a pesar de mis problemas económicos, estaba dispuesto a cumplir la promesa que me hice.

—Lo siento, señora, no puedo ayudarla —dije dejándome caer en el sofá.

—¡No lo entiende! ¡El secuestrador me ha mandado que hable con usted!

—¿Conmigo? ¿Y eso por qué?

—Quiere que le dé una dirección a la que debe presentarse.

Valoré la posibilidad de que se tratara de una broma o de algún tipo de estafa. En cualquier caso, no pensaba ir a ningún lado.

—Si de verdad se han llevado a su hija, le aconsejo que denuncie su desaparición.

—¡No puedo! —gritó con voz desgarrada—. ¡Si hablo con la policía o usted no acude a la cita, ella morirá!

1
Jorge
Jueves, 19 de octubre de 2017

Bip-bip. Bip-bip. Bip-bip…

El sonido del teléfono me despierta. Alargo la mano hacia la mesita de noche y la palpo hasta dar con él. Tras varios intentos, consigo descolgar.

—¿Mmmh?

—¡Jorgito, he recibido un *e-mail* alucinante!

— …

—¿Me estás escuchando?

—¿Qué hora es? —pregunto somnoliento.

—¡Yo qué sé! Te lo he reenviado para que lo leas.

Abro el ojo derecho y miro la pantalla.

—¡Joder, Magda, que son las tres de la mañana!

—¿Ah, sí? Bueno, tampoco hace falta que te pongas así.

—Oye, mañana hablamos.

—¡No, tiene que ser aho…!

Cuelgo, desconecto el móvil y lo dejo donde estaba. Estoy tan cansado que me duermo enseguida.

Sobre las once de la mañana me despierto de nuevo, esta vez de forma natural. Me levanto de la cama, subo la persiana y voy al lavabo, de donde salgo peinado y afeitado. Me pongo las gafas y entro en la cocina a hacerme un café bien cargado. De regreso a mi habitación, enciendo el *smartphone* y recibo siete mensajes de Magda, mi mejor amiga. Mejor dicho, la única amistad que tengo. El teléfono suena antes de que pueda leerlos y su nombre aparece en pantalla.

—Dime.

—¿Ya has leído el *e-mail*? —pregunta con excitación; aunque eso no significa nada, es su estado natural.

—Todavía no.

—¡Pues hazlo, por favor! Incluido el archivo adjunto. ¡Si no, no me podrás ayudar!

—De acuerdo —contesto reprimiendo un bostezo.

—Llámame cuando acabes. ¡Muac!

Cuelgo y me siento frente al ordenador portátil, situado sobre un sencillo escritorio. La silla es la típica de oficina con ruedas. Entro en mi cuenta de correo electrónico y en la bandeja de entrada aparece la siguiente frase: «Rv: Ayúdame a encontrar al asesino». Suspiro.

Suficiente tengo con la novela sueca a la que estoy enganchado como para perder el tiempo en estas tonterías. Aunque pienso en lo pesada que se pondrá Magda si no la obedezco y empiezo a leer.

2
Santi Canales
«Rv: Ayúdame a encontrar al asesino»

Mi nombre es Santi Canales, tengo cuarenta años y vivo en la calle. Hace dos meses que salí de la cárcel, después de una década cumpliendo condena por un asesinato que no cometí.

Si en el año 2004 tenías uso de razón, recordarás el juicio. Fue tan mediático que lo retransmitieron por televisión y hasta hicieron programas especiales en casi todas las cadenas.

El jurado me declaró culpable de matar a mi exmujer y dejó que el verdadero autor del crimen se quedara sin castigo.

Pero yo sé quién lo hizo.

El problema es que no sé su nombre real ni dónde encontrarlo. Intenté averiguarlo antes de que me detuvieran, pero no me dio tiempo.

Lo único que me ha mantenido con vida durante todos estos años ha sido la obsesión por demostrar mi inocencia. Por desgracia, ahora que soy libre no dispongo de la salud necesaria para lograrlo.

Por este motivo te ruego, a ti que estás leyendo estas palabras, que intentes averiguar la identidad del asesino, busques pruebas que confirmen su culpabilidad y las entregues al agente de policía Emilio Comas.

Sé que no tengo derecho a pedirte que hagas algo tan peligroso, pero eres mi única esperanza.

En el archivo adjunto hago una descripción detallada de todo lo sucedido, incluida la investigación que llevé a cabo hasta el día de mi detención. Empiezo, no obstante, relatando unos hechos ocurridos diez años antes cuyo conocimiento es imprescindible para entender los pasos que di en busca del culpable.

Siento decirte que a cambio de tu ayuda no recibirás ninguna recompensa. Lo único que puedo ofrecerte es la satisfacción de evitar que un asesino profesional siga matando y culpen de sus crímenes a inocentes como yo.

Si decides no ayudarme, lo entenderé. En ese caso, te pido que reenvíes este correo a todos tus familiares, amigos y conocidos por si alguno de ellos quiere hacerlo.

P. D.: Agradezco públicamente la inestimable ayuda de Carlota Martínez, voluntaria del comedor social de Nou Barris. Sin ella, no hubiera podido escribir mi historia ni hacerla llegar hasta ti.

Santi Canales
En Barcelona, a 20 de febrero de 2014

3
Jorge
Jueves, 19 de octubre de 2017

Me sorprende que Magda se lo tome en serio. ¿No ve que es uno más de los miles de correos falsos que pululan por la red?

Aunque lo más preocupante es que esté dispuesta a desenmascarar a un asesino para lograr que lo detengan. Mi amiga no es consciente de que él la mataría sin esfuerzo en cuanto se enterase de sus intenciones. No sabe calibrar el peligro.

Clico en el documento adjunto y sigo leyendo para demostrarle que quien ha escrito esto es algún gracioso con exceso de tiempo libre.

4
Santi Canales
Diez años antes del juicio por asesinato

Conocí a Pedro Ramos en la universidad de Bellaterra en 1994. Ambos estudiábamos la carrera de Criminología con el objetivo de convertirnos en detectives privados. Él encaraba el último curso, mientras yo, cuatro años menor, recién estrenaba el primero.

A mediados de febrero, Pedro acudió a la cafetería de la facultad tras ser expulsado de clase por discutir con el profesor de turno; yo, que no entendía la mitad de las asignaturas, para escapar de otra lección soporífera. Cuando me propuse ser investigador, influenciado por las series de la tele, no imaginé que sería tan difícil.

Me senté en la barra y pedí un café con leche. A mi derecha estaba Pedro, devorando un chucho de crema. Vestía unos tejanos negros, una cazadora de cuero y una camiseta de Manowar, atuendo que le daba cierta imagen de tío duro a pesar del acné, las gafas de pasta y un evidente sobrepeso. Su calvicie prematura lo hacía aparentar mayor de lo que era. Yo, en cambio, poseía un cuerpo tonificado y conservaba todo el cabello. Unido a un rostro agradable, mi simpatía natural y el buen gusto al vestir, gozaba de gran éxito entre las mujeres.

Al ver la camiseta de Pedro, le comenté que también era fan de ese grupo. Nos pusimos a charlar y descubrimos que, además del *rock* duro, compartíamos afición por el fútbol y los videojuegos. A partir de ese día, nos hicimos amigos a pesar de su carácter frío y distante.

En cuanto Pedro obtuvo la licencia de detective privado, me propuso ser su socio. Supongo que disponer del carné de conducir, al contrario que él, tuvo algo que ver. Yo sabía que nunca terminaría los estudios, de modo que dejé mi trabajo en Hoteles Font, donde ejercía de botones por las tardes, y me fui con Pedro. Era la única manera de que yo pudiera ejercer de investigador.

Una vez obtenidos los permisos pertinentes, nos faltaban dos cosas para arrancar el negocio: un vehículo con el que hacer los seguimientos y un despacho donde atender a los clientes. A poder ser muy baratos, pues dar de alta la pequeña empresa se pulió casi todos nuestros ahorros.

Como es lógico, del coche me ocupé yo. Mi padre tenía su Opel Astra muerto de asco en el garaje, así que no me costó convencerlo de que me lo vendiera por cuatro duros.

Del despacho se ocupó mi socio, que alquiló uno situado en la

segunda planta de un edificio modernista del paseo de Gracia. Lo consiguió por tan solo cincuenta mil pesetas al mes gracias a la intervención de Emilio Comas, un policía amigo suyo.

Constaba de dos estancias bien diferenciadas: una grande con biblioteca, diván y escritorio donde atender a los clientes, y otra más pequeña con cocina, cama y baño para uso personal. Las baldosas estaban decoradas con elaboradas figuras geométricas y tanto puertas como ventanas contenían vidrieras de colores. Los muebles, de madera con formas redondeadas, parecían ser tan antiguos como el resto del despacho.

Aunque Pedro creía imprescindible la contratación de una secretaria, la falta de liquidez nos obligó a descartarlo.

Así fue como Ramos y Canales, Agencia de Detectives se hizo realidad. No obstante, los inicios no fueron fáciles. Dos semanas después, seguíamos sin tener ni un triste cliente. Yo ya no sabía qué más hacer para darnos a conocer. Había inscrito nuestro negocio en Páginas Amarillas, repartido publicidad por los buzones de la zona, publicado anuncios en los periódicos locales y entregado tarjetas de visita a pie de calle. Por desgracia, todo ello sin resultado. Fuimos unos ilusos al creer que nos lloverían los clientes a pesar de ser dos chicos sin experiencia. Si la cosa continuaba así, tendríamos que cerrar nuestro efímero negocio.

5
Magda
Jueves, 19 de octubre de 2017

El correo electrónico de Santi Canales me lo ha reenviado mi hermano, conocedor de mi pasión por las historias que denuncian todo tipo de injusticias. También soy adicta a los documentales que sacan a la luz información que gobiernos y grandes empresas ocultan para manipularnos. Lástima que suela dejarlos a medias porque me distraigo con facilidad y no puedo estar quieta ni un segundo.

Además de trastorno por déficit de atención e hiperactividad, también me han diagnosticado síndrome de Asperger. A esto hay que sumarle la depresión que arrastro desde la desaparición de Daniela, mi hermana pequeña, ocurrida hace siete meses por culpa de las drogas. El psiquiatra me ha recetado unas pastillas, pero prefiero no tomarlas porque me atontan en exceso y me paso el día durmiendo. Aunque, bien pensado, sería mejor así.

Mi vida sentimental es un desastre. A mis cuarenta y dos años, no consigo que mis relaciones funcionen a pesar de esforzarme al máximo. Todos mis exnovios me han acusado de querer controlarlos en exceso, de malinterpretar sus palabras y de cambiar de opinión continuamente. Incluido Jorge, con el que salí durante un tiempo y que, acabada la relación, se convirtió en mi único amigo.

En mi vida laboral tampoco he tenido suerte. Mis compañeros de trabajo suelen criticar mi apariencia, enfadarse por verbalizar lo que pienso y aprovecharse de mi bondad; hasta que se me acaba la paciencia y cambio de empleo.

En la actualidad, no trabajo. Vivo de mis pocos ahorros y de lo que gano realquilando la única habitación de mi piso arrendado. Está situado a nivel de calle, en un antiguo edificio de la calle Blai, y es la antigua vivienda del portero de la finca. Tiene una superficie de treinta metros cuadrados, veinte si contamos las cajas de plástico apiladas junto a las paredes. Cada una de ellas está repleta de objetos que no sé dónde poner por falta de espacio. En el comedor solo cabe una mesa de *camping* con cuatro taburetes, el tendedor de la ropa y una cama plegable de matrimonio. Cuando extiendo la cama, tengo que poner la mesa en vertical y plegar el tendedero.

Mi compañera de piso es una chica muy simpática, casi tan habladora como yo. Se llama Laura, tiene veintitrés años y es de Jaén. Además de contar chistes que no entiendo, le encanta cocinar y es buenísima jugando al Trivial. Sufre de migrañas con frecuencia, que la

obligan a tumbarse a oscuras y en silencio. Por las noches trabaja en un bingo del centro de Barcelona, así que por las mañanas intento no hacer ruido para no despertarla. Cada mediodía comemos juntas el manjar que ha preparado mientras hablamos de los temas más dispares.

Vaya, creo que me he dispersado. Volviendo al tema del *e-mail*, solo he conseguido hacer una lectura superficial debido a la gran extensión del texto y a mi dificultad para concentrarme. He averiguado el aspecto del asesino, entre otras cosas, pero ninguna pista que me ayude a localizarlo. Por eso necesito que Jorge lo lea y me cuente los detalles.

6
Santi Canales

Miércoles, 13 de julio de 1994

Una tarde como tantas otras, en la que Pedro y yo estábamos aburridos en el despacho, sonó el timbre de la puerta. Nos miramos con incredulidad e ilusión a partes iguales, él tumbado en el diván y yo sentado en el escritorio. Fui el primero en reaccionar. Me levanté, anduve el par de metros que me separaban de la puerta y la abrí con mi estudiada sonrisa de comercial. Sin embargo, allí no había nadie. Miré a mi socio confundido, con la mano aún apoyada en la manija. Él, que se había incorporado, señaló un pequeño bulto que había encima de la alfombrilla. Lo cogí y lo dejé sobre el escritorio.

Los dos mirábamos el objeto como si su procedencia fuera extraterrestre. Se trataba de un paquete rectangular, del tamaño de un libro de bolsillo, mal envuelto en papel de periódico y atado con un cordel deshilachado. Saqué la navaja que siempre llevaba encima y corté la cuerda con cuidado de no rajar el contenido. Fui desdoblando la hoja de periódico, al tiempo que mis pulsaciones aumentaban y las manos me empezaban a sudar.

Cuando acabé de quitar el envoltorio, no me lo podía creer. En el interior había un buen fajo de billetes de mil pesetas acompañado de un folio doblado al que no presté atención.

—¡Guau, aquí hay mucha pasta! —exclamé frotándome las manos.

Pedro se acercó a la mesa, cogió la nota y la leyó en silencio. A continuación, quitó la goma elástica que mantenía unidos los billetes y observó algunos a contraluz.

—No te alegres tanto. Lo más seguro es que sean falsos.

Para salir de dudas, cogimos uno de los billetes y fuimos a un banco a pedir cambio. El empleado lo introdujo en una máquina y nos devolvió diez monedas de cien pesetas. Pedro y yo reaccionamos como si nuestro equipo de fútbol hubiese ganado la liga. El hombre de la ventanilla, por contra, nos contemplaba como si nos faltara un tornillo.

—Por cierto, ¿qué pone en la hoja que acompaña al dinero? —pregunté a mi socio al salir.

—Se nos pide que hagamos una foto.

—¿A quién?

—A dos tipos.

—¿Nos pagan un pastón solo por hacerles una foto?

Pedro asintió.

—¡Genial! —exclamé—. Esto va a ser pan comido.

Lo primero que hizo mi socio de regreso al despacho fue encargar comida china. Mientras tanto, me puse a contar los billetes recibidos. Había un total de trescientos. Para nosotros, toda una fortuna. Fue la única vez que nos repartimos el dinero a partes iguales. A partir de entonces, imagino que influenciado por su mujer, Pedro decidió cobrar un diez por ciento más argumentando poseer conocimientos de los que yo carecía. No me opuse. A fin de cuentas, si habíamos podido montar la empresa era gracias a su titulación académica.

Mi mitad del dinero la escondí en uno de los muchos libros dejados por el antiguo inquilino. En concreto, en una edición de tapa dura del *Quijote* que descansaba en la estantería más alta de la biblioteca. Tal y como vi en una película de espías, recorté la parte interior del libro para camuflar ahí mi pequeña fortuna. Pedro, en cambio, se llevó su parte a casa para que la administrara su esposa.

Me senté en el escritorio y desdoblé la hoja que acompañaba a los billetes. Era de papel cuadriculado, arrancada de una libreta cualquiera. Escrito con letra infantil había lo siguiente: «Aser foto Cesar Font Pardela i Gabriel Casas Mirlo in fraganti. Tener un semana».

Al leer la nota entendí por qué Pedro creyó que los billetes eran falsos.

—¿Quién ha escrito esto? ¿Un niño de tres años? —pregunté perplejo dando la vuelta al papel. En ningún lado figuraba el remitente.

—O un extranjero que no domina el idioma —aventuró mi socio desde el diván, al que la autentificación de los billetes le había hecho cambiar de opinión.

Fuera quien fuese el autor, nos pedía que hiciéramos una foto. Perfecto. Disponíamos de una cámara Nikon F3 con teleobjetivo de largo alcance, regalo de mi novia, Natalia Rius, por la inauguración de nuestra agencia.

A Natalia la conocí dos meses antes en el hotel donde yo ejercía de botones. En cuanto la vi entrar, me enamoré de ella. Un vestido azul turquesa remarcaba su estilizada figura, y la melena pelirroja resaltaba sus ojos verdes. De entre las joyas que lucía, todas de plata con formas delicadas, destacaba un anillo que parecía de diamantes. Tanto el bolso colgado al hombro como los zapatos de tacón eran de color miel, y a su paso dejaba un suave aroma a rosas y a jengibre.

Iba acompañada de un señor calvo que supuse que era su padre. Vestía un traje marfil, andaba con la espalda bien erguida y sostenía un maletín en la mano derecha. Natalia me informó de que era César Font, propietario del hotel, y ella su asistente personal. Visitaban con

regularidad los diecisiete hoteles de la cadena, esparcidos por las principales ciudades de España, para asegurarse de que funcionaban a la perfección.

Se solían quedar dos días en cada uno, tiempo más que suficiente para que Natalia y yo acabáramos intimando en el cuarto de la limpieza.

Le pedí vernos más veces, propuesta que aceptó con la condición de que mantuviéramos nuestra relación en secreto. Dijo no estar bien visto que la ayudante del jefe saliera con un trabajador del hotel. Un año después, nos casamos.

Seguí analizando la nota. En ella figuraban dos nombres: César Font Pardela y Gabriel Casas Mirlo. No podía creer la suerte que tenía. El primer nombre lo conocía de verlo escrito en todas las nóminas de mi antiguo trabajo. Natalia era su asistente personal, así que podría facilitarme toda la información que necesitara sobre él. No se me ocurrió pensar que ese podría ser, precisamente, el motivo de que a Pedro y a mí nos encargaran la foto.

A las ocho de la tarde, el repartidor de comida china llamó al timbre. Pedro pagó con su parte del dinero, esparció los envases sobre el escritorio y se sentó frente a mí en una de las dos sillas destinadas a los clientes.

—¿Úrsula no se enfadará si no cenas con ella? —le pregunté al tiempo que cortaba por la mitad un rollito de primavera, sabedor del mal genio que gastaba su mujer.

—¿Quién te ha dicho que no lo haré? Esto es solo un tentempié —dijo con la boca llena de fideos fritos. Varios cayeron sobre su camiseta de Kiss.

Como era habitual, Pedro comió el triple que yo. Después descorchamos una de las dos botellas de cava que guardábamos para celebrar nuestro primer caso y brindamos para que los futuros encargos fueran tan fáciles y bien pagados como aquel.

7
Jorge
Jueves, 19 de octubre de 2017

¡Oh, no! La pantalla del ordenador indica que son las dos y media. Siempre me pasa lo mismo. En cuanto me pongo a leer, pierdo la noción del tiempo. Apago el portátil, me visto con lo primero que encuentro —tejanos y camiseta— y salgo pitando hacia el trabajo con la novela sueca bajo el brazo. No tengo tiempo ni de comer algo rápido.

Trato de leer en el metro, pero estoy tan nervioso que no logro concentrarme. Si vuelvo a llegar tarde me caerá una buena bronca. Bajo en la estación de Urquinaona y corro hacia el supermercado, situado en la calle Caspe, donde trabajo de tres a nueve. A pesar de mis esfuerzos, llego a las tres y cinco.

—Ya es la tercera vez que se retrasa esta semana. ¿Cuál es el motivo de hoy? —Es el encargado, un hombre a punto de jubilarse al que no caigo nada bien.

—Me he despistado —le confieso.

Soy incapaz de inventarme una excusa creíble. No se me da bien tratar con la gente. Creo que es lo único en lo que Magda y yo nos parecemos, aunque por motivos diferentes: en mi caso, por la falta de interés en las relaciones personales al ser un esquizoide amante de la soledad; en el caso de mi amiga, por sus nulas habilidades sociales a pesar de sus ganas de relacionarse. Magda siempre me recrimina que prefiera mi mundo interior a realizar actividades con ella. También me acusa de ser demasiado frío y racional, pero ese es otro tema.

—Pues que no se repita, o a la próxima le pondré una sanción —me amenaza el encargado—. Ahora vaya a cambiarse de ropa y descargue el camión.

Me pongo el uniforme, un traje a rayas blancas y rojas más propio de un presidio que de un comercio, y me dirijo al almacén. Allí me topo con Rudy, que al verme exclama:

—¡Ya era hora! ¿Es que no tienes reloj o qué?

Este es un compañero de trabajo obsesionado con las armas de fuego. Su nombre es Rodolfo, pero todos lo llamamos Rudy.

Descargado el camión, nos pasamos la tarde colocando cada producto en su estantería correspondiente. A las nueve de la noche, hora en que el supermercado cierra sus puertas al público, voy directo al vestuario a cambiarme de ropa. Tengo ganas de llegar a casa, cenar algo y sentarme a descansar. Siempre acabo exhausto y con dolor de

espalda al finalizar la jornada laboral. Este trabajo tan físico no está hecho para mí, un enclenque de metro setenta, pero debo conservarlo si no quiero vivir en la calle.

Hace un año y medio quise cambiar de profesión. Me hice vigilante de seguridad con el objetivo de no levantar peso, ganar más dinero e independizarme. Sin embargo, solo duré seis meses porque permanecer doce horas de pie, cubrir el turno de noche y enfrentarme a delincuentes no está hecho para mí.

Me hubiera gustado aprender un oficio, pero no tengo vocación ni destaco en nada en particular. A mis treinta y siete años he aceptado que seré un reponedor toda la vida.

Rudy me insiste, como cada día, en que vayamos a tomar una cerveza en el *pub* irlandés de enfrente. Yo le repito, como cada noche, que no me gusta la cerveza.

Vamos juntos hasta la parada de metro Urquinaona y, una vez dentro, tomamos direcciones distintas. Yo me dirijo a la línea cuatro para hacer transbordo a la tres y él va a la uno, dirección a Hospitalet.

Accedo al vagón del medio —el que suele ir menos concurrido—, me sitúo en una esquina y abro la novela negra.

8
Santi Canales
Jueves, 14 de julio de 1994

El ruido de la puerta me despertó. Entreabrí los ojos y, con la visión algo borrosa, vi a mi socio dejar una bolsa de papel encima del escritorio. Por extraño que me pareciera, me hallaba en el despacho. Mientras me desperezaba, me llegó un aroma a café y cruasanes recién hechos. El reloj de cuco anunció que eran las nueve. Emití un gruñido a modo de saludo y me incorporé con dificultad. Me dolía todo el cuerpo, incluida la cabeza. Quedarme dormido en el diván no fue buena idea. Me arrastré hasta el lavabo y, una vez dentro, escuché el timbre amortiguado del teléfono.

—¿Tenemos un nuevo cliente? —pregunté ilusionado al regresar.

Por la cara de fastidio que puso Pedro, deduje que no antes de que contestara.

—Era Úrsula, quejándose de que ayer no fuese a dormir a casa ni la avisara de mi ausencia —confesó desde el diván, del que se había apropiado durante mi visita al baño—. Al poco de dormirte, me sentí mareado y me tumbé en la cama. Mi intención era permanecer así hasta que se me pasara, pero me he despertado hoy a las ocho.

Me senté en la silla del escritorio y vertí un sobre de azúcar al café con leche que Pedro me había traído. A mi lado descansaban dos botellas vacías de cava. Al verlas, entendí la causa de mi resaca y de su mareo.

Mi socio estudiaba la nota recibida el día anterior. Se pellizcaba el labio inferior con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, gesto que solía hacer cuando reflexionaba.

—¿En qué piensas? —pregunté antes de meter la mano en la bolsa y comprobar que estaba vacía.

—Intento descifrar el porqué de la fotografía. —Hizo una pausa reflexiva mientras yo daba un sorbo al café ya frío—. Lo más seguro es que se nos pida una prueba de los negocios clandestinos de estos dos. —Orientó sus ojos hacia mí y, señalándome con el dedo, añadió—: Pídele a tu novia que te informe del lugar, día y hora que tienen previsto verse. Según la nota, sucederá en los próximos siete días. Si te pregunta para qué quieres saberlo, invéntate una excusa.

Cuando no estaba ausente por alguno de sus viajes, Natalia trabajaba en las oficinas que la empresa tenía en la planta más alta de un edificio de la calle Mallorca esquina con Balmes. Descolgué el teléfono de teclas que había sobre el escritorio y marqué el número de

Hoteles Font. A continuación, pulsé la extensión de Natalia y esperé a que respondiera garabateando en un bloc de notas.

—Despacho de César Font. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Ya sabes que no quiero que me llames al trabajo —dijo en voz baja.

—Es que necesito que me digas cuándo va a quedar tu jefe con un tal Gabri…

Por el rabillo del ojo vi cómo Pedro se abalanzaba sobre mí emitiendo un «no» gutural. Sin tiempo para reaccionar, me arrancó el auricular de la mano y colgó el teléfono resoplando por el esfuerzo.

—¡Joder, Santi! Cuando te he dicho que preguntaras a tu novia, no me refería a que lo hicieras en su horario de trabajo. Pensaba que no hacía falta decir algo tan obvio.

—¿Por qué no? Cuanto antes lo sepamos, mejor —razoné desconcertado por su reacción.

—Es demasiado arriesgado. Si alguien la escucha pasándote la información o en Hoteles Font graban las llamadas, descubrirán nuestras intenciones. César Font no debe sospechar que lo estamos investigando, y mucho menos que lo relacionamos con Gabriel Casas. Si se entera, evitará quedar con él y adiós foto.

Me pareció que Pedro había visto demasiadas películas, pero callé para no generar conflicto.

La opción de que Natalia me pasara los datos a través de un mensaje de texto quedaba descartada en esa época. La llamé otra vez, en esta ocasión para pedirle que me telefoneara en cuanto llegara a casa.

Mi novia vivía con su estricto padre —un exitoso empresario textil de nombre Alfonso Rius— y su conflictivo hermano Óscar —boxeador fracasado al que estaba muy unida— en una casa señorial de tres plantas ubicada en la plaza de Sant Just, número 8. Ella no me dejaba pisarla alegando que su padre no aprobaría que alguien de clase baja saliera con su hija. Eso se traducía en que nunca dormíamos juntos porque se negaba a visitar mi piso compartido por falta de intimidad. Tampoco accedía a pasar la noche en el despacho por miedo a que Pedro nos descubriera.

Descarté invitarla a tomar algo cuando finalizara su jornada laboral —al mediodía comía un sándwich en el comedor de la empresa— porque acababa tan estresada que prefería irse a descansar. Por eso me sorprendió que me propusiera cenar juntos esa misma noche. Como es normal, acepté. Me ofrecí a recogerla en mi recién adquirido Opel Astra, pero prefirió quedar en el restaurante de su elección.

El resto del día transcurrió con más pena que gloria. No llamó

nadie al despacho, ni tan siquiera para preguntar nuestros honorarios. Lo más excitante que hice fue quitar el polvo y fregar el suelo mientras Pedro hacía crucigramas en el diván.

A las siete de la tarde, saqué unos cuantos billetes del libro de don Quijote y fui hasta mi domicilio compartido del Raval. Me puse el traje más elegante que tenía y me dirigí al restaurante.

9

Jorge

Jueves, 19 de octubre de 2017

Miro por la ventanilla y veo que el convoy está detenido en la estación de Vallcarca. Estaba tan absorto leyendo la novela sueca que casi me paso de parada. Pido a las personas que tengo delante que me dejen bajar, pero el vagón va tan abarrotado que nadie se mueve. Me abro paso a empujones al oír el pitido que alerta del cierre de puertas, acción que genera quejas e insultos por parte de algunos viajeros.

Consigo salir a tiempo y me dirijo a mi domicilio, situado en la séptima planta de un edificio cercano al metro. Disculpa que no sea más preciso; por una razón que descubrirás al final del libro, necesito que nadie conozca su ubicación exacta.

El piso es pequeño y no tiene balcón ni terraza. Consta de tres habitaciones, una usada como trastero y las otras dos como dormitorio. La mía da a un patio interior amenizado por ruidos, gritos y reguetón hasta altas horas de la madrugada. Tanto la decoración como los muebles son los típicos de clase obrera.

Entro y voy directo a la cocina, donde me hago un sándwich de aguacate que devoro en tres bocados. Debajo de un imán de la nevera hay un trozo de papel con algo escrito. Lo ha puesto mi madre para informarme de que llegará tarde. Desde que se mudó a mi piso, hace casi un año, tiene una vida social muy activa.

Durante el poco tiempo que trabajé de vigilante de seguridad viví solo. Era un lujo que me podía permitir a base de hacer horas extra. Sin embargo, con el sueldo de reponedor tengo que compartir gastos para llegar a fin de mes. Magda se instaló una temporada, pero no funcionó. Nuestras formas de ser son incompatibles en materia de convivencia.

Me niego a cohabitar con un extraño, de modo que le propuse a mi madre que se trasladara a vivir conmigo. Sabía lo harta que estaba de aguantar a mi padre, por eso no me extrañó que aceptara encantada. Fue lo mejor para los dos: ella ganó en calidad de vida y yo, solitario empedernido, no noté la diferencia. Ella trabaja por la mañana en una residencia de ancianos y yo por la tarde en el supermercado. Sumado a sus actividades nocturnas, casi nunca coincidimos.

Me preparo un café descafeinado bien caliente y voy a mi habitación. Dejo la taza, el libro y el móvil sobre el escritorio, me pongo el pijama y me siento en la silla de oficina dispuesto a leer un poco más de la novela policíaca. Del documento que me ha enviado

Magda ya he tenido suficiente esta mañana. En ese instante, recibo una llamada de mi amiga.

—Ey —digo sin ganas.

—Hola, Jorgito. ¿Qué haces?

—Iba a continuar leyendo lo que me enviaste —miento para que me deje tranquilo.

—¿Aún no has terminado? ¡Eres muy lento!

—No tengo tanto tiempo libre como tú. Algunos trabajamos, ¿sabes? —digo molesto.

—¡Oye, que no estoy sin curro por gusto! ¿Qué te parece lo que llevas leído?

Activo el modo altavoz del teléfono y lo dejo junto a la taza de café.

—El relato es distraído, pero no hay quien se lo crea.

—¿Por qué lo dices?

Me quito las gafas y limpio los cristales con un pañuelo arrugado del cajón.

—Nadie en su sano juicio dejaría un paquete lleno de billetes tirado en la puerta —argumento—. Lo normal sería entregarlo en persona y aportar más información que la ofrecida en la nota. Además, cuesta creer que alguien pagara tal cantidad de dinero por adelantado y sin preguntar antes el precio.

—¿Qué motivo tendría Santi Canales para inventarse algo así? No tiene sentido.

—Es evidente que no lo escribió él, Magda, sino alguien con mucha imaginación.

—¡Te digo yo que la historia es auténtica! Tú léela y explícame los pormenores. Quiero averiguar dónde se esconde el asesino.

—¡A mí déjame tranquilo, que bastante tengo con el curro! ¿Por qué no se lo pides a tu hermano? —le propongo colocándome las gafas, consciente de que no supone ningún peligro perseguir a un personaje de ficción.

—Ya sabes que Hal es reacio a interactuar con personas, incluida yo. ¡Hazlo tú, por favor!

—No. Ya te he dicho…

—¡Por favor, por favor, por fav...!

—No voy a…

—¡Por favor, por favor, por fav...!

—¡Qué cabezota eres! Deja que acabe de leer el documento y ya veremos —le suelto a mi amiga para que deje de atosigarme.

—¡Genial! Te dejo, que quiero hacer unas compras por internet.

—¡No malgastes el dinero comprando tonterías, que luego no…!

Demasiado tarde. Ya ha colgado. No sé si temo más sus compras impulsivas o que quiera emular a Jessica Fletcher.

10
Santi Canales
Jueves, 14 de julio de 1994

El restaurante se hallaba en la avenida Gaudí, una vía semipeatonal cercana al templo de la Sagrada Familia. El local estaba decorado como si fuera el opulento comedor de un palacio real, y del hilo musical salían unas obras sinfónicas que se mezclaban con los murmullos de los comensales.

Natalia llevaba el pelo recogido y lucía un vestido negro con la espalda descubierta. El collar, la pulsera y los pendientes eran de oro y estaban decorados con motivos florales. No llevaba el anillo de diamantes, hecho que me llamó la atención. La contemplé embobado, consciente de la suerte que tenía de estar con ella.

Esa noche, estuvo más callada de lo normal. Parecía ausente, y sus ojos, un poco irritados, transmitían un halo de tristeza. Bajo la capa de maquillaje se intuían unas leves ojeras, ignoraba si provocadas por el llanto o el cansancio. Le pregunté si se encontraba bien, a lo que ella contestó con un escueto «sí» acompañado de una forzada sonrisa. Estaba claro que mentía, pero no insistí para no incomodarla.

Después de que Natalia pidiera el vino, un camarero uniformado tomó nota de nuestros platos. Entre copa y copa, iba dándole vueltas a cómo preguntarle por César Font sin desvelar nada del caso. Pedro me lo había prohibido para que ella no se lo chivara a su jefe. Estuve a punto de decirle que mi novia nunca me traicionaría; sin embargo, no lo hice para evitar discutir con él.

Natalia y yo estuvimos hablando de trivialidades hasta que nos trajeron el primer plato. Mientras esperaba a que la minúscula ración de *risotto* a la nosequé se enfriara, le pregunté por la vida personal de su jefe. Me contó que no tenía hijos y que su mujer le había pedido el divorcio.

De segundo plato nos trajeron un huevo hervido rodeado de algas marinas para mí y una solitaria tostada de *foie* con mermelada para ella. Los poéticos nombres que figuraban en la carta prometían algo mejor.

Quería averiguar si la teoría de mi socio era cierta. Con tal fin, dije haber escuchado que César Font estaba metido en negocios turbios. Natalia no lo creía. Afirmó que su jefe tenía más que de sobra con los grandes beneficios que le reportaba su cadena de hoteles.

Esperé a que ella empezara a degustar las dos minifresas con una pizca de nata que le trajeron de postre para hacerle la pregunta que,

siguiendo las órdenes de Pedro, tenía pendiente desde el principio.

—¿Te suena el nombre de Gabriel Casas?

El cuerpo de Natalia se tensó. Parpadeó varias veces y desvió la mirada.

—Nunca lo he escuchado.

—¿Podrás comprobar si está apuntado en la agenda de César Font? —pregunté antes de atacar el solitario bombón y la hoja de menta que conformaban mi postre.

Tardó unos segundos en responder. Su atención estaba puesta en la fresa que aún quedaba en su plato. Era palpable que esa conversación la incomodaba.

—Soy la única que tiene acceso y ese nombre no aparece.

Su lenguaje corporal me indicaba que mentía. Sin embargo, ¿qué razón tendría para hacerlo? Además, sería lógico que su jefe no informase a nadie, incluida ella, de sus reuniones secretas. Fue entonces cuando, en un ataque de lucidez, se me ocurrió que la cita con Gabriel Casas quizá estuviera camuflada bajo un seudónimo.

—Cariño, necesito que me informes de todas las visitas que César Font tiene programadas esta semana y la que viene.

—No puedo, Santi. Si lo descubre, me despedirá. De todas formas, no quedará con nadie durante los próximos días. Ayer voló a Londres en busca de inversores y no regresará hasta el lunes a las diez de la noche.

Entre la nefasta noticia que acababa de recibir y el disgusto que sufrí al ver la cuenta que nos entregó el camarero, casi me da un síncope. Natalia se ofreció a pagar, conocedora de la delicada situación financiera por la que atravesaba, a lo que yo me negué en redondo. Justifiqué mi decisión alegando que el dinero provenía de un caso resuelto. La cuestión era que, de resuelto, cada vez tenía menos.

Al salir del restaurante nos pusimos a andar sin rumbo fijo. Yo no quería separarme de ella, así que le rogué que me acompañara al despacho. No sé si fue gracias al vino, al cansancio o a la insistencia, pero aceptó mi propuesta.

11
Jorge
Jueves, 19 de octubre de 2017

Tengo que hacer algo o Magda no dejará de agobiarme hasta que le proporcione la información que me pide aunque esta no exista. ¿Pero el qué? Quizá, si encuentro pruebas que demuestren la falsedad del archivo, mi amiga se percate de su error y me deje en paz.

Enciendo el ordenador, doy un sorbo a la taza de café templado y escribo en el buscador: «Santi Canales *e-mail*».

La pantalla se llena de referencias al correo electrónico, todas ellas procedentes de foros y blogs. La mayoría de los comentarios datan del año 2014, fecha en que, supuestamente, Santi Canales lo propagó por las redes con la ayuda de Carlota Martínez. Todos los usuarios de estas páginas web opinan que el *e-mail* es falso, salvo uno que asegura haber demostrado, al menos en parte, la veracidad de la historia. Para ello aporta el testimonio de Emilio Comas, policía que se nombra varias veces en el archivo adjunto. No obstante, confiesa que el propio agente le negó conocer a Santi.

Si bien es cierto que Santiago Canales existió en realidad y fue declarado culpable de asesinato en el año 2004 —recuerdo haber visto partes del juicio por televisión—, no hay ningún indicio de que sea el creador del *e-mail*. Y en el hipotético caso de que lo fuera, este sería fruto de sus delirios causados por tantos años encerrado o una estrategia para limpiar su nombre a base de mentiras.

Magda, en cambio, es tan ingenua que cree en su inocencia y que lo descrito en el correo sucedió en realidad. Si se ha obsesionado con esta historia es porque su bondad innata la empuja a ayudar a otras personas y hacer de este mundo un lugar mejor. Al contrario que ella, yo nunca me enfrentaría a ningún pirado para evitar que siguiera matando. Mi implicación con la sociedad no llega a tanto.

Mañana le contaré a mi amiga la información que he hallado con la esperanza de que recapacite.

12
Santi Canales

Viernes, 15 de julio de 1994

Natalia se fue del despacho a las siete de la mañana. Antes de ir al trabajo quería pasar por casa a ducharse y cambiarse de ropa. Yo permanecí en la cama con una amplia sonrisa. Dormir abrazado a ella había sido una experiencia maravillosa. Aunque, lo que se dice dormir, lo hicimos poco.

Pedro se presentó a las nueve menos diez. Le sorprendió verme tan pronto, pues yo siempre llegaba pasadas las nueve. También le chocó verme tan bien vestido, y es que me dio pereza ir a mi piso a dejar el traje. Por último, le extrañó que el despacho oliera a rosas y a gengibre. Le dije que era mi nuevo perfume, del que me inventé el nombre. Pedro había establecido la norma de no utilizar el despacho para temas personales. Si percibió que no la había cumplido, no lo exteriorizó.

—Así que seguimos donde estábamos —dijo desde el diván después de resumirle la conversación que mantuve con Natalia en el restaurante.

—Peor —afirmé con el culo apoyado en el escritorio y las manos en los bolsillos—. César Font está de viaje y no volverá hasta el lunes por la noche. Eso significa que solo dispondremos de dos días para hacer la foto.

Pedro se pellizcaba el labio inferior mientras observaba un folleto publicitario de Hoteles Font en el que aparecía el propietario de la empresa. Adquirido en mi etapa de botones, se lo di para que conociera su aspecto.

—Lamentarse no sirve de nada, Santi —sentenció como si yo no lo supiera—. Lo único que podemos hacer es investigar a Gabriel Casas. Quién sabe, quizá averigüemos cuál es el vínculo que existe entre ellos. —Se levantó, estiró su camiseta de Megadeth y se dirigió hacia el teléfono—. Voy a llamar a Emilio. Espero que esté de servicio.

Emilio Comas es un agente de policía gordo, calvo y de baja estatura. Su parecido con Pedro es más que evidente, si bien no existe ningún parentesco entre ellos. Amigos desde la adolescencia, mi socio era tres años menor.

A los veinte, se quiso presentar a las pruebas de acceso a la Policía Nacional, pero ese año no se ofrecieron plazas. Como no sabía cuándo se celebraría la siguiente convocatoria, se presentó a las de Mossos d'Esquadra y las superó por los pelos.

Dado que no le gusta la acción, presta sus servicios en las comisarías de Barcelona. Es tan metódico y perfeccionista que, dicho por Pedro, sus informes están plagados de datos innecesarios e insignificantes. Igual que su diario personal, en el que apunta sus vivencias con todo lujo de detalles; incluidos los favores que hace y quién se los debe. En nuestro caso, nunca nos pidió nada a cambio de su ayuda. Si bien no comparto sus ideas políticas, siempre le agradeceré el apoyo que me brindó cuando me acusaron del crimen.

A raíz de la creación de nuestra agencia, mi socio lo llamaba cuando necesitábamos información sobre alguien. El policía nos reveló que Gabriel Casas tenía veintisiete años, estaba empadronado en un piso de la calle Verdi y no tenía antecedentes penales. Solo nos faltaba conocer su aspecto, y Pedro lo solucionó enviándome a su domicilio.

Hacía un día radiante y caluroso, típico del mes de julio. La calle Verdi era peatonal, y la ausencia de tráfico le daba un aire de pueblo. Llegué sofocado a mi destino, un viejo edificio de cuatro plantas con flores en los balcones. Como no había ascensor, tuve que subir a pie hasta la tercera planta. Al llegar, me tomé unos segundos para recuperar el aliento. El rellano lo iluminaba un fluorescente que parpadeaba con pereza.

Apreté el timbre de Gabriel Casas y me puse la americana que sostenía en el brazo. Gracias al traje, me haría pasar por agente inmobiliario en busca de pisos en venta. Sin embargo, no hubo respuesta. Me quité el sudor que me resbalaba por la cara con un pañuelo de tela y volví a llamar, con el mismo resultado. Golpeé la puerta con los nudillos, en esta ocasión acercando la oreja por si algún ruido delataba su presencia. Silencio total. O no estaba en casa o no quería atenderme.

Se me ocurrió preguntarle al inquilino del tercero primera si su vecino se ausentaba a esas horas. De paso, lo interrogaría sobre él. Al pulsar el timbre, vi moverse una sombra a través de la mirilla de latón. Se abrió un poco la puerta y asomó un rostro lleno de arrugas.

—¿Qué desea? —La voz era trémula y mostraba desconfianza.

—Buenos días. Mi nombre es Santi Canales y soy investigador privado. —Saqué del bolsillo una identificación falsa y se la mostré con la mejor de mis sonrisas—. Quisiera hacerle unas preguntas acerca de su vecino.

La mujer me dejó pasar sin prestarle atención al carné que sostenía. Me informó, sin yo pedírselo, de que se llamaba Francisca, tenía noventa y tres años y era viuda desde hacía más de treinta. Sus ojos eran pequeños y sin brillo. Su pelo, blanco y escaso. Vestía falda, jersey y chaqueta de punto, todas prendas negras. Su esquelético cuerpo emanaba una mezcla de olor a rancio y colonia barata.

Al entrar en ese piso, tuve la sensación de haber retrocedido en el tiempo. La cómoda del recibidor sostenía innumerables fotos en blanco y negro. El papel de las paredes, decorado con círculos de diferentes tamaños, estaba descolorido y despegado por las esquinas. Recorrimos el pasillo a paso de tortuga y llegamos al comedor. La librería contenía una enciclopedia de muchos tomos y fascículos de todo tipo. Al fondo, una radio de madera compartía mueble con un viejo tocadiscos. Todos los objetos estaban cubiertos por una fina capa de polvo. El olor a humedad y a cerrado que inundaba la casa me hizo suponer que no se ventilaba desde hacía tiempo.

La señora Francisca me hizo sentar a la mesa, decorada con un tapete de ganchillo amarillento, y se fue a preparar un café que acepté por educación.

La estancia estaba iluminada por la luz que se filtraba a través de los cristales del balcón. Me quité la americana con el objetivo de transpirar menos y la coloqué en el respaldo de la silla.

Al cabo de un buen rato, la anciana apareció sosteniendo una bandeja de plata ennegrecida. Contenía dos tazas desgastadas de porcelana, un azucarero metálico sin tapa y una oxidada caja de galletas. Las manos le temblaban tanto que el café se derramaba por los bordes. Me levanté y le ofrecí mi ayuda, que ella rehusó argumentando no ser una inválida. Dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó a mi lado.

—¿Por qué investiga al vecino? —preguntó arrastrando una de las tazas mojadas hacia su posición.

—Le propongo un trato —dije imitando su gesto—. Si usted me cuenta todo lo que sabe sobre él, le diré el motivo.

La señora Francisca añadió tres cucharadas de azúcar a su café aguado y dijo:

—Es un chico muy maleducado. Cuando nos cruzamos en el rellano, no da ni los buenos días. Hace un movimiento con la cabeza, como si eso fuera un saludo.

Di un sorbo al contenido de la taza sin imaginar que ese brebaje me daría ganas de vomitar. Por el bien de la misión, me lo tragué y dejé el resto.

—¿Sabe a qué hora lo puedo encontrar?

—Seguro que está en casa. Ese joven nunca sale por las mañanas. Lo que pasa es que no abre a extraños. Ayer, sin ir más lejos, el revisor del gas no pudo…

La mujer continuó hablando, no exagero, durante cinco minutos. Hasta que, exasperado, la interrumpí.

—De acuerdo, me ha quedado claro que no atiende a desconocidos. ¿Sabe, por casualidad, cómo se gana la vida?

Ella cogió una galleta y le dio un mordisco. Yo hice lo mismo para

quitarme el mal sabor de boca. No sé qué fue peor. Esa caja debió de caducar, por lo menos, en los años sesenta.

—Es pintor. Eso me comentó Mariano, el vecino de arriba, que se lo cruzó subiendo unos cuadros. Ese Mariano es un descarado, ¿sabe usted? Desde el año 73 que me ronda; pero yo siempre le seré fiel a mi marido, en paz descanse. —Dicho esto, se santiguó.

Escupí con disimulo la galleta en el pañuelo de tela y pregunté:

—¿Hay algo más que pueda decirme de Gabriel Casas?

La anciana bebió de su taza, la dejó en el platillo y se inclinó hacia mí como si fuera a confiarme un gran secreto.

—Lleva días viviendo con un hombre. Los he visto por la mirilla entrar y salir varias veces.

13
Magda
Viernes, 20 de octubre de 2017

He estado toda la mañana limpiando el piso a fondo para calmar mi ansiedad y que las horas pasaran rápido. Intento hablar con Jorge desde primera hora, pero no responde a mis llamadas. Veo la hora en la pantalla y lo vuelvo a probar. A las doce del mediodía, supongo que ya estará despierto.

Al cuarto tono, responde.

—¿Qué quieres, pesada?

—¡Por fin contestas! ¿Ya has leído el archivo?

—No.

—¡Pues date prisa, Jorgito!

—No pienso hacerlo. Ayer busqué por internet y casi todo el mundo cree que es falso.

—Pero nadie ha podido demostrarlo, ¿verdad?

—Alguien preguntó al agente de policía Emilio Comas si conocía a Santi Canales y él lo negó, hecho que refuerza mi teoría.

Recuerdo haber leído en mi lectura parcial del documento que ayudó a Santi en sus pesquisas aunque ahora lo niegue.

—¡O sea, que el poli es una persona real! ¿Ves como tenía razón?

—Ya has oído lo que dice, Magda.

—¡Bah! Lo que quiere es evitar que la gente investigue por su cuenta.

—¡No seas paranoica! Alguien ha usado el nombre del poli para dar credibilidad a su relato de ficción, eso es todo.

¿Es que Jorge nunca va a aceptar la evidencia? ¡El *e-mail* es verídico! Si quiero que me ayude a buscar al asesino, debo hacerle ver que se equivoca. Y solo se me ocurre una manera de conseguirlo:

—Si logras demostrar que la historia es falsa, me olvidaré del asunto y no te molestaré más. Te lo prometo.

—¿Nunca más?

—No, tonto. Me refiero sobre este tema. No te será tan fácil deshacerte de mí.

—Ya decía yo. De todas maneras, Magda, ya se ve que es un engaño.

—Lo digo en serio. Pero si no lo consigues, tendrás que colaborar conmigo y no pararé hasta que lo hagas. Ya sabes que a pesada no me gana nadie.

Jorge resopla con fuerza sobre el micrófono de su móvil,

obligándome a alejar el mío de la oreja para que no me deje sorda.

—Está bien. Espero que cumplas tu palabra. —Hace una pausa y añade—: Puedes ir al comedor social de Nou Barris y preguntar por Carlota Martínez, la supuesta voluntaria a quien Santi agradece su ayuda. Cuando te digan que nunca ha trabajado ahí, ya sabrás que todo es un bulo.

—¡De acuerdo, voy para allá!

Cuelgo y miro el reloj. Son las doce y cuarto. Si me doy prisa, puede que llegue antes de que cierren.

Agarro el bolso del perchero, cojo las llaves y salgo del piso. Doy dos vueltas a la cerradura y vuelvo a abrir la puerta: siento la necesidad de comprobar que todos los grifos están bien cerrados y tanto las luces como los fogones están apagados. Una vez confirmado, corro hacia el metro.

El día está nublado, pero no parece que vaya a llover. Aún hace calor, aunque no tanto como en verano. Una vez en el andén, obtengo la dirección del comedor social en la página web del Ayuntamiento.

Podría decirle a Jorge que Carlota existe sin haberlo confirmado, pero sabría que miento porque me pongo roja y empiezo a tartamudear. En caso de que esa mujer ya no ejerza de voluntaria, pediré a sus excompañeros que me ayuden a contactarla. Si cooperó con Santi Canales, a lo mejor dispone de información valiosa sobre el asesino.

A la una de la tarde me planto en la calle Marie Curie, número 20. El local está abarrotado y hay personas haciendo cola fuera. Varias de ellas me increpan al verme entrar. En vez de explicarles que no vengo a comer, me tapo las orejas y me dirijo al primer voluntario que encuentro.

—¿Carlota Martínez, dices? Aquí no ha trabajado nadie con ese nombre —afirma un chico con rastas que está recogiendo los platos de una mesa.

Su respuesta me deja abatida. Eso quiere decir que Jorge tiene razón: la historia es inventada y, por raro que parezca, el asesino no existe.

14
Santi Canales

Viernes, 15 de julio de 1994

La señora Francisca se cruzó la chaqueta de punto y, como si sintiera la necesidad de justificar su comportamiento, añadió:

—No es que espíe al vecino, Dios me libre. Pero hoy en día no te puedes fiar de nadie. A la vecina de abajo le entraron a robar unos quinquis que…

La mujer continuó hablando, pero no le presté atención. Mi mente estaba ocupada considerando la posibilidad de que César Font hubiera hecho creer a todo el mundo que estaba en Londres y así pasar unos días en casa de Gabriel Casas sin que nadie lo supiera. Para salir de dudas, le pedí a la mujer que me hiciera una descripción detallada del visitante.

—Lo siento, joven, no veo muy bien. Hace más de un año que estoy en lista de espera para que me operen de cataratas. La sanidad pública está muy mal, ¿sabe usted? El otro día fui por un dolor en la cadera y me tuvieron más de…

—Vale, tomo nota —la corté—. ¿Me puede decir, al menos, si el hombre es mayor que su vecino?

—¡Uy, mucho más! Lo deduje por la voz y su calvicie.

Su respuesta me dio un subidón. César Font tenía unos sesenta años y era calvo. Lo más normal era que se tratara de él.

Para confirmarlo, necesitaba verlo con mis propios ojos. ¿Pero cómo? Gabriel Casas no abría a desconocidos, y a saber cuándo abandonaría su madriguera.

De pronto, se me ocurrió una idea. Me levanté de la silla, abrí el balcón y salí al exterior. A mi izquierda estaba el balcón del vecino, con las puertas abiertas de par en par. Calculé que entre ambas barandillas había medio metro de separación, una distancia factible de saltar. Pero debía actuar con precaución. Si generaba el más mínimo ruido, me descubrirían.

Entré para pedirle un favor a la señora y regresé al balcón. Contemplé la calle, luego el edificio de enfrente. Nadie me estaba observando. Tenía todo el cuerpo tensionado, con la adrenalina recorriéndome las venas y el corazón latiendo con fuerza. Apoyé un pie en lo alto de la barandilla y esperé a que la anciana llamase al timbre de Gabriel Casas con insistencia. Cuando lo hizo, me impulsé hacia el balcón contiguo rezando para que el sonido eléctrico camuflara el que provocaría mi aterrizaje.

Después de tocar suelo me acerqué con sigilo a la puerta que daba al comedor. Me tumbé sobre las baldosas de barro cocido y, al asomar la cabeza, vi la silueta de un hombre que desaparecía por el pasillo. Sentado en el sofá había un tipo joven con pelo hasta los hombros que vestía una camisa hawaiana desabrochada y unas bermudas marrones. Su brazo lucía un opulento reloj de pulsera y en su cuello colgaba una voluminosa cadena, ambos de color dorado. Tenía el cuerpo delgado y las facciones duras, como las de los narcotraficantes que salen en las películas de acción.

Me faltaba comprobar si el acompañante era César Font, y para ello debía esperar a que regresara.

—Era tu vecina, que quería sal —dijo al cabo de unos eternos segundos—. También me ha preguntado quién era yo.

Me asomé de nuevo. El hombre nada tenía que ver con César Font, aparte de la ausencia de cabello. Aparentaba más de setenta años, tenía sobrepeso y la elegancia —vestía camiseta de tirantes, bóxers y calcetines— brillaba por su ausencia.

Di por concluida la misión y me retiré con prudencia. Al saltar, resbalé y caí de bruces sobre el balcón de la anciana. Un palmo menos y me hubiera estampado contra la calle.

La señora Francisca me reveló que el viejo era el padre de su vecino, el cual se trasladó a vivir con su hijo cuando su mujer falleció. Fue una decepción que no se tratara de César Font, pero al menos conocía el aspecto de Gabriel Casas.

Cogí la americana del respaldo de la silla y me despedí de la entrañable mujer, no sin antes agradecerle su ayuda.

—No tan rápido, jovencito. Hicimos un trato, ¿recuerda?

Me acerqué a ella tentado a susurrarle que su vecino era sospechoso de asesinar a mujeres de edad avanzada que vivían solas. Sin embargo, me reprimí. Se había portado muy bien conmigo, de modo que le mentí asegurándole que Gabriel Casas había defraudado a Hacienda.

De vuelta al despacho, me extrañó no encontrar a Pedro. Eran las doce y media, demasiado pronto para que hubiera ido a comer sin esperarme. Eché un vistazo al escritorio, el diván e incluso la cama por si había dejado una nota informando de su paradero; no hallé ninguna. Se me pasó por la cabeza que tal vez estuviera ocupado en un caso surgido durante la mañana, pensamiento que descarté por tratarse de una opción poco realista.

Como al cabo de una hora seguía sin aparecer, telefoneé a su casa y su mujer me comunicó que allí tampoco estaba. Sin nada mejor que hacer, fui hasta mi piso compartido a cambiarme de ropa y comer algo.

A las tres de la tarde regresé al despacho. Allí estaba mi socio, con los pies apoyados sobre el escritorio y un libro abierto en el regazo.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunté nada más entrar—. He venido al mediodía y no estabas.

—He salido a estirar las piernas.

—¿Tú? ¡Si odias caminar! —Al acercarme a él, una fragancia conocida inundó mis fosas nasales—. ¿Y este perfume?

Pedro tardó en contestar, concentrado como estaba en la novela.

—Es el que usabas esta mañana. Me gusta como huele y he ido a comprarlo.

Estuve a punto de advertirle que no era mío, pero callé para no delatarme. Me senté al otro lado del escritorio y le informé de que había averiguado el aspecto de Gabriel Casas. No entré en detalles porque no lo vi muy receptivo.

—Ahora toca hacerle el seguimiento —sentenció sin quitar los ojos del libro—. En lugar de estar aquí haciendo el vago, entérate de en qué ambientes se mueve y con quién se reúne. Quizá nos sirva para deducir qué tipo de actividad comparte con César Font. Te acompañaría, pero debo quedarme por si llama algún cliente.

Yo esperaba un: «Muy bien, Santi, buen trabajo». Si lo pensó, no llegó a pronunciarlo.

Me parecía absurdo ir detrás de Gabriel Casas en ausencia de César Font. Lo que hiciera cada uno por separado no nos importaba y lo que tramaran juntos ya lo veríamos cuando quedaran. Si no lo expresé fue para que Pedro no creyera que pretendía escaquearme. Era nuestro primer caso y no quería que se arrepintiera de haberme hecho su socio.

En vez de acudir a la calle Verdi a esperar la aparición de Gabriel Casas, fui a mi casa y pasé toda la tarde tumbado en el sofá viendo la tele. Por la noche telefoneé a Pedro para informarle de que nuestro hombre no había salido de su vivienda. Repetí el engaño sábado, domingo y lunes, día en que César Font regresaba de su viaje a Londres a las diez de la noche.

15
Magda
Viernes, 20 de octubre de 2017

Ando cabizbaja hacia la salida, incapaz de asimilar que el archivo de Santi sea falso. ¿Cómo es posible que el asesino no exista?

—¡Espera! —grita el chico de rastas sosteniendo varios platos vacíos—. ¿Cuánto tiempo hace que esa mujer trabajó aquí?

—Unos cuatro años.

—Entonces pregúntale a Yamila, que lleva cinco de cocinera. ¿Ves esa puerta del fondo? —La señala con un movimiento de cabeza—. Entra ahí y pregunta por ella.

Con la esperanza recuperada, ando entre las sillas y me planto ante una puerta de vaivén. Al empujarla me topo con una cocina muy pequeña en la que hace un calor infernal. A mi derecha hay una mujer africana de gran tamaño ataviada con delantal y gorro blancos. Está removiendo el contenido de una olla gigante a la vez que da órdenes a dos chicas.

—Aquí no puedes estar, cariño —me dice con ese acento tan característico de los nacidos en su continente—. Si necesitas algo pídeselo a Nino, el voluntario que atiende las mesas.

—¿Eres Yamila?

—Sí. —Lo dice con aire distraído, concentrada de nuevo en sus tareas.

—Me han dicho que conociste a Carlota Martínez. ¿Sabes dónde puedo localizarla?

Deja de remover la olla y me observa sin decir nada. ¿Por qué no responde? No es una pregunta tan difícil.

—¡Yamila, que aún nos queda hacer los postres! —grita una de las chicas, provocando que salga del trance.

—Ahora no puedo estar por ti, cielo. Si quieres, charlamos cuando finalice el turno.

Salgo del local y la espero junto a un árbol. Estoy impaciente por hablar con ella. Que no haya negado conocer a Carlota es señal de que coincidieron. Ojalá conserve su número de teléfono o sepa dónde vive. No le he preguntado a qué hora sale, lo que me obligará a estar atenta por si aparece.

Dos horas después, durante las que no he parado de dar vueltas alrededor del árbol y visualizado infinidad de vídeos de animales, observo a Yamila alejarse calle abajo en compañía de sus dos

ayudantes. Guardo el móvil y corro hacia ella gritando su nombre.

—Ya no me acordaba de ti, cariño —dice cuando llego a su lado.

Tras despedirse de las dos chicas, Yamila sugiere que vayamos a un lugar cercano que a esa hora está desierto.

Lleva una túnica muy llamativa y su pelo, trenzado de la raíz a las puntas, está recogido en un moño.

—Me gusta tu vestido, pero si fuera de colores más oscuros no te verías tan gorda —le digo por su bien.

—No sabía que eras tan grosera —contesta con el ceño fruncido—. A quien no le guste mi cuerpo que no lo mire. ¿Me meto yo en tu horrible forma de vestir?

Aprovecho que pasamos por delante de un escaparate para contemplar mi reflejo en el cristal. Mi pelo está encrespado y lleno de canas. Voy sin maquillaje por comodidad, y no uso joyas porque me molestan. Llevo un vestido verde de tirantes, una camiseta naranja por debajo y un bolso bandolera marrón cruzado al pecho. Ah, y calzo mis queridas botas de montaña azules con calcetines multicolor. Quitando mis odiosos michelines, mis múltiples arrugas y mi nariz de patata, por el resto me veo bien. Creo que a Yamila le ha sentado mal mi comentario y por eso me ataca sin motivo.

Durante el trayecto me comenta lo mucho que suda en la cocina, tema que no me interesa en absoluto. Sin embargo, no se lo digo por si vuelve a ofenderse.

Llegamos a un pequeño parque con dos columpios en el centro y nos sentamos en el banco más cercano. Yamila abraza su gran bolso contra el pecho y me pregunta:

—¿Por qué buscas a Carlota?

—He recibido un *e-mail* en el que Santi Canales pide a quien lo lea que…

—Que demuestre su inocencia. —Termina la frase haciendo una mueca de hastío.

La miro con cara de asombro.

—¡Sí! ¿Tú también lo has recibido?

—No, cielo, ni falta que hace. Santi se lo pedía a todo el mundo, incluida yo. Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver con Carlota.

—Santi la menciona en el correo electrónico para agradecerle su ayuda.

Yamila suspira y dirige la vista al frente.

—Ese hombre era un charlatán al que nadie hacía caso. Menos Carlota, a la que convenció de que fue condenado injustamente. Ella le prestó el ordenador portátil para que contara su versión de los hechos y la envió a todos sus conocidos.

—¿Me puedes dar su número de teléfono? —le pido sacando el móvil para guardarlo en la agenda.

Cierra los ojos y contrae el rostro, como si le doliera una muela.

—Carlota está muerta. La hallaron en su casa, con el cuerpo descuartizado y signos de haber sido torturada.

16
Santi Canales
Martes, 19 de julio de 1994

Pedro llamó a las cinco de la mañana del martes, provocando que el teléfono del comedor nos despertara tanto a mí como a mis compañeros de piso. El propósito de su llamada era pedirme que aparcara el coche lo más cerca posible de las oficinas de Hoteles Font. Así, mientras yo iba tras los pasos de Gabriel Casas, él podría vigilar a César Font sin miedo a ser descubierto.

Ya más despierto gracias a una ducha fría y a un café doble, me di cuenta de lo disparatado de su propuesta. Mi socio carecía de permiso de conducir; en consecuencia, no podría seguir al empresario en caso de desplazarse en vehículo. Tampoco disponía de cámara fotográfica; la que nos regaló Natalia la tenía en mi posesión. A pesar de ello, accedí a dejarle el Opel Astra para que no holgazaneara en el despacho.

Aparqué a diez metros de la entrada al edificio, en la única plaza libre que quedaba en esa calle. Cogí la mochila del asiento del copiloto, cerré la puerta y escondí las llaves en el interior del parachoques trasero, tal como me pidió Pedro.

Aún era de noche, y el aire fresco me erizó la piel. El reloj marcaba las seis menos diez de la mañana, demasiado tarde para meterme en la cama y demasiado pronto para vigilar a Gabriel Casas. «Ese joven nunca sale por las mañanas», había dicho la señora Francisca. De todos modos, fui andando hasta el número 30 de la calle Verdi. No quería correr el riesgo de que ese día madrugara para citarse con César Font.

Llegué al cabo de una hora, acalorado por el esfuerzo y arrepentido de no haber utilizado el transporte público. Me senté en un banco cercano y, armado de paciencia, aguardé mientras el cielo se aclaraba.

A lo largo de doce interminables horas, tomé cuatro cafés con hielo, tres cervezas bien frías y dos bocadillos de atún en la terraza del bar de enfrente. El resto del tiempo permanecí en el banco, luchando contra el sopor a la sombra de un árbol platanero. Hasta que, entre cabezada y cabezada, vi a Gabriel Casas pasar delante de mí. Su camisa floreada, su rostro anguloso y su melena negra eran inconfundibles.

Aún adormecido, agarré la mochila y lo seguí. Su vestuario lo

completaban unas bermudas blancas y unas chanclas rojas. Puso rumbo a la parada de metro Fontana, a la que accedió sin sospechar que yo iba detrás de él. Subió a uno de los vagones de la línea verde, bajó en la estación de Diagonal y anduvo hacia la calle Mallorca. La sonrisa que esbocé al verlo entrar en el edificio que albergaba las oficinas de Hoteles Font me desapareció del rostro al comprender que no podría colarme. Las oficinas cerraban a las seis de la tarde y ya eran casi las siete.

Fui hasta el Opel Astra y me dejé caer en el asiento del copiloto. Las ventanillas de ambos lados estaban bajadas —el vehículo no disponía de aire acondicionado— y la canción *I want out* de Helloween retumbaba en los altavoces.

Pedro sujetaba una lata de refresco en una mano y una ensaimada en la otra, y gotas de sudor le recorrían la frente. Una bolsa repleta de bollería descansaba junto al freno de mano. Su camiseta de Gamma Ray estaba llena de migas, igual que sus vaqueros negros y la moqueta del suelo. Esparcidos por el salpicadero había todo tipo de envoltorios, y dos latas tumbadas goteaban sobre el cuadro de mandos.

Si no verbalicé mi indignación por el trato que dispensaba a mi coche fue porque antes debíamos ocuparnos de asuntos más urgentes. Ya le recriminaría su actitud más adelante.

Bajé el volumen del radiocasete y le quité a mi socio la ensaimada. Necesitaba calmar el hambre que arrastraba desde hacía horas.

Él, ajeno a mi enfado, agarró una palmera de chocolate, lanzó el plástico que la cubría junto al resto y le dio un mordisco.

—Supongo que el chico que acaba de entrar es Gabriel Casas —dijo escupiendo trocitos de comida que no me alcanzaron de milagro.

Asentí masticando, a diferencia de él, con la boca cerrada. Pedro dio un trago a su bebida y comentó:

—César Font aún no ha salido. ¿Por qué no vas a echar un vistazo? Es muy probable que no hayan cerrado con llave, confiados de que a esta hora nadie va a presentarse.

Lo observé con la cara crispada.

—¿Qué? ¿Pretendes que vaya solo?

Pedro orientó sus ojos hacia el edificio.

—Es innecesario que vayamos los dos, Santi. Se trata de entrar sin que se enteren, hacerles la foto y salir pitando. Será mucho más fácil si solo va uno de nosotros.

—¿Por qué no vas tú? —pregunté desafiante.

—Iría encantado, pero no me aclaro con el zum de la cámara —afirmó mirándome de reojo.

Era la excusa más ridícula que había escuchado en mi vida. Crucé los brazos y dirigí la vista al frente. Sabía que Pedro no cambiaría de opinión por mucho que insistiera.

—¿Y cómo pretendes que acceda? Gabriel Casas ha tenido que llamar al interfono y esperar a que le abrieran.

—En la tercera planta hay una clínica dental que cierra su consulta a las ocho. Antes de que me lo preguntes, he ido a informarme esta mañana. Pulsa el telefonillo y di que quieres pedir hora. Seguro que te abren.

Cogí la mochila que tenía entre las piernas y me apeé dando un portazo. Recorrí el trayecto hasta el portal refunfuñando, harto de que siempre me tocara hacer el trabajo sucio. Apreté el botón del portero automático y, sin necesidad de decir nada, sonó un zumbido eléctrico.

La decoración del vestíbulo no tenía nada de especial: baldosas desgastadas, paredes amarillentas y desperfectos en el techo. La luz azulada proveniente de un aplique no ayudaba a mejorar el conjunto. Entré en el primero de los dos ascensores y apreté el botón que conducía al ático.

La única puerta que había en la planta era de cristal, con el logotipo de Hoteles Font grabado en el centro. Me acerqué a ella y divisé la recepción sumida en la penumbra. Empujé el largo tirador, pero no se movió ni un milímetro. Tiré de él, con idéntico resultado. Como era de esperar, habían cerrado con llave.

Me metí en el ascensor con sentimiento de impotencia, deseoso de que César Font y Gabriel Casas se desplazaran a un lugar más accesible.

17
Jorge
Viernes, 20 de octubre de 2017

Por fin ha terminado otra jornada agotadora en el supermercado. Por si no tuviera suficiente con las broncas del encargado, las quejas de los clientes y el fuerte dolor de espalda, Rudy ha estado toda la tarde hablando de su nueva pistola. ¡A mí, que odio las armas! Yo no he entendido nada; como si me hubiera hablado en chino.

—¿Y tú ya tienes permiso para usar eso? —le pregunto dirección al metro después de rechazar su enésima propuesta de ir al *pub* a tomar una cerveza.

—¡Bah!, no hace falta. —Da una calada a su cigarro y añade—: Si quieres, un domingo te paso a buscar con la furgoneta y vamos a pegar unos tiros.

A saber de dónde ha sacado la pistola. Lo que tendría que hacer es denunciarlo a la policía. Este tío es un peligro público.

—Suena muy tentador, pero no, gracias. Las armas no son lo mío. —Acompaño mis palabras de una falsa sonrisa.

—Tú te lo pierdes. Para descargar tensiones va de puta madre.

Rudy también es fan de todo lo relacionado con el Ejército, incluida la estética, que sigue a rajatabla: pelo muy corto, camiseta verde con el escudo de España, pantalones militares y botas con punta de hierro. Su obsesión lo llevó a pintar de camuflaje su vieja furgoneta, una Nissan Vanette del año 87.

Camina de forma chulesca y en actitud desafiante, como si quisiera demostrar que es un tío peligroso. No obstante, estoy convencido de que en una pelea sería el primero en huir. Es tan nervioso que, a sus diecinueve años, no para de fumar y morderse las uñas. Su cuerpo está más fuerte que el mío, aunque eso no tiene ningún mérito.

Si no trabajáramos juntos, Rudy y yo no tendríamos ningún tipo de relación. No comparto ni sus ideas retrógradas ni su exagerado patriotismo.

Accedemos al metro y nuestros caminos se separan. Menos mal; un minuto más escuchando sus tonterías y me tiro a las vías.

Ya dentro del vagón del medio, me sitúo en un rincón y reviso el móvil. Tengo varias llamadas perdidas, todas de Magda.

Bip-bip. Bip-bip. Bip-bip.

Es ella. Descuelgo y me tapo la oreja libre para que el ruido generado por las vías, un hombre tocando el acordeón y unos turistas gritando en su idioma no me impidan oír su voz.

—¡Dime!

—¡Yamila…, confirmado que Santi…, y Carlota lo envió!

No escucho bien con tanto alboroto. Le digo que ya la llamaré cuando llegue a casa y cuelgo.

Por su tono de voz y lo poco que he escuchado, intuyo que mi amiga ha confirmado la existencia de la voluntaria del comedor social y su relación con Santi Canales. De todos modos, no debo preocuparme. En el supuesto de que la historia narrada en el archivo sea real, es imposible que Magda logre pistas que la conduzcan al asesino. No solo porque necesita que yo se las proporcione, sino también porque el crimen ocurrió hace quince años y el propio Santi no pudo dar con el culpable.

18
Santi Canales
Martes, 19 de julio de 1994

Antes de que las puertas del ascensor se cerraran, cambié de idea. No podía desperdiciar una oportunidad como esa. ¿Y si no había otra de conseguir la foto? También quería demostrar a Pedro que era un hombre de recursos, mucho más inteligente de lo que él se imaginaba.

Necesitaba cruzar la puerta sin alertar de mi presencia, ¿pero cómo? No tenía ni idea de forzar cerraduras, y golpear el cristal hasta que se partiera lo descarté por el escándalo que generaría.

Entonces recordé haber visto en un programa de bricolaje que esas puertas se fabrican con un tipo de cristal que se denomina templado. Es más resistente que el normal y también más seguro, ya que al romperse se divide en pequeños fragmentos granulares en lugar de hacerlo en peligrosos trozos afilados. Sin embargo, su punto débil son los bordes. Para demostrarlo, un operario hacía añicos una lámina golpeando suavemente el lateral con un martillo.

Examiné la puerta: entre el marco y el borde del cristal había un centímetro de distancia, espacio suficiente para probar la idea que se me había ocurrido.

De la mochila extraje un bate de béisbol con el mango recortado y un destornillador de punta de estrella, objetos que llevaba como armas improvisadas. Apoyé la punta del destornillador en el canto de la puerta y golpeé la base del mango usando el bate como martillo. Al tercer intento, el vidrio se desintegró generando un ruido sordo de poca intensidad.

Guardé los dos objetos en la mochila y, antes de ponérmela en la espalda, cogí la linterna del interior. La encendí y me adentré en la oscuridad. La adrenalina me tensó los músculos y me agudizó los sentidos. Crucé la recepción y el haz de luz iluminó lo que parecía una sala de espera. El suelo enmoquetado amortiguaba mis pisadas. Continué hasta una puerta entornada, que al empujarla me permitió ver una gran mesa ovalada rodeada de sillas negras. Pasé de largo y fui a parar a una amplia estancia llena de escritorios individuales. A la izquierda estaban los lavabos y la sala de descanso, que también revisé. Después, recorrí un pasillo sin salida ocupado por cuatro puertas situadas a la derecha. Abrí una a una con cautela y revisé el interior. Eran pequeños despachos impersonales, todos con la misma distribución y mobiliario. Al final del pasillo me topé con un escritorio. Detrás de él había otra puerta, esta con el nombre de César

Font escrito en el centro.

Mi pulso se aceleró. Tanto el propietario de la empresa como Gabriel Casas tenían que estar ahí. Saqué la cámara de la mochila y activé el *flash*, lamentando no disponer de un pasamontañas que me ocultara el rostro. Apagué la linterna para no delatar mi presencia y, sujetándola bajo la axila, abrí la puerta con sigilo. Para mi sorpresa, la habitación estaba a oscuras. Palpé cerca del marco en busca del interruptor y encendí la luz del techo. Ahí no había nadie. De la rabia que sentí, pegué un grito y di una patada en la pared.

Ya más calmado, me fijé en el despacho. Lo más destacable era un mueble repleto de trofeos, dos sillones con una mesita a juego y un escritorio con base de cristal. En una de las paredes había un mapa de España con la ubicación de todos los hoteles de la cadena.

De regreso al Opel Astra, le relaté a mi socio lo sucedido.

—No puede ser, Santi. Tienen que estar ahí. ¿Seguro que has revisado bien?

—¡Que sí! Debe de haber otra salida por…

Antes de que pudiera acabar la frase, Pedro me dio un codazo.

—¡Son ellos! ¿Ves como sí que estaban?

Miré hacia el edificio. Gabriel Casas y César Font se dirigían hacia nosotros con cara de pocos amigos. Cuando llegaron a la altura del capó, subí la ventanilla para evitar que me agredieran. Mi socio permaneció inmóvil, paralizado por el miedo. Contra todo pronóstico, el empresario pasó de largo y subió a un Mercedes blanco con chófer aparcado detrás de nosotros. Gabriel Casas se despidió de él y se alejó calle abajo.

—¡Joder, qué susto! —exclamé con la mano en el pecho y el corazón desbocado.

—Seguro que se han escondido al oírte entrar —dijo Pedro esforzándose en aparentar una tranquilidad que no sentía. Su tono de voz, más agudo de lo normal, lo delataba.

Permanecí en silencio mientras bajaba la ventanilla. Era evidente que mi socio tenía razón, por mucho que me doliera reconocerlo.

—Debemos hacerles la foto como sea —prosiguió—. Si no, nuestro cliente nos hará devolver el dinero y Úrsula ya se ha pulido mi parte.

Mi situación era similar. El anillo de compromiso que adquirí días atrás me dejó en números rojos.

—Cuando expliquemos que solo hemos dispuesto de dos días para obtenerla, quizá nos conceda alguno más —dije sin creérmelo del todo.

—Ojalá, Santi. De todas maneras, aún nos queda un día. Espero que mañana no cometas ningún error.

Ese comentario fue la gota que colmó el vaso. Giré la cabeza hacia él y espeté:

—Lo intentaré. Pero serás tú quien se ocupe de seguir a Gabriel Casas. Estoy harto de que siempre me toque la peor parte.

A Pedro le sorprendieron mis palabras. No estaba acostumbrado a recibir órdenes, exceptuando las de su mujer.

—¿Y si no quiero? —dijo en actitud desafiante.

—Entonces, apáñatelas tú solo para conseguir la foto —repliqué sin amilanarme.

Nos sostuvimos la mirada como hacen los boxeadores antes de iniciarse el combate. Al final, mi socio la desvió airado al comprender que no daría mi brazo a torcer.

19
Jorge
Viernes, 20 de octubre de 2017

Al llegar a mi piso, como un sándwich de aguacate y me hago un café descafeinado. Cada día la misma rutina, con la diferencia de que hoy necesito un analgésico para que la espalda deje de torturarme. De camino al comedor, suena el móvil en mi bolsillo. Es Magda, cuya impaciencia no le permite esperar a que la llame.

—¿Ya has llegado?

—Sí, hace un rato —digo abriendo el cajón del mueble en el que están los medicamentos—. Entonces, ¿has podido hablar con esa tal Carlota?

—Está muerta.

Su respuesta me deja petrificado.

—¿Puedes repetir?

—Que está muerta. La asesinaron en febrero de 2014, a los pocos días de que enviara a sus conocidos el *e-mail* de Santi Canales.

Me siento sobre la mesita de centro, víctima de un leve mareo.

—¿Has dicho que la asesinaron?

—Sí. La policía encontró el cuerpo descuartizado en su apartamento.

Me masajeo la frente tratando de procesar la información.

—Creo que no te he escuchado bien.

—He dicho que la descuartizaron. ¿Por qué me haces repetir todo lo que digo? Si estás sordo deberías ir a un otorrino.

Ignoro su comentario y le pregunto:

—¿Atraparon al que lo hizo?

—No, pero estoy segura de que se trata de la misma persona que buscaba Santi.

Al levantarme de la mesita auxiliar, noto un dolor lacerante que me recuerda a qué he ido al comedor. Saco una pastilla de la caja de calmantes y regreso a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Quién te ha dicho todo esto?

—Yamila, una cocinera que trabajó con Carlota y conoció a Santi. También me ha explicado que él le contaba su historia a todo el mundo y que Carlota fue la única que lo creyó. ¿A que es increíble lo que he averiguado? ¡Y gracias a ti!

Trago la pastilla y me dirijo a mi habitación andando con pasos cortos.

—Si tú lo dices…

—Podrías mostrar más entusiasmo —me reprocha.

—¿Qué quieres, que descorche una botella de cava?

—No me gusta. Prefiero la cerveza.

Pongo los ojos en blanco y digo sin convencimiento:

—Ahora que sabes lo que le hicieron a esa pobre mujer, espero que te olvides del maldito archivo.

—¡Al contrario! Aún tengo más ganas de ir a por el asesino.

—¡Estás como una cabra! ¿De verdad crees que puedes hacer que lo detengan?

—Hicimos un trato, ¿recuerdas? —Magda ignora mi pregunta—. Te he demostrado que yo estaba en lo cierto, así que te toca leer el archivo y contármelo todo para que pueda llegar hasta ese desgraciado —sentencia colgando antes de que yo pueda quejarme.

Esto es mucho más grave de lo que podía imaginar. Quien mató a Carlota seguramente quería impedir la difusión del correo electrónico. Debe de contener información que no le interesa que se sepa. Si mi amiga mete las narices, ¡puede que el asesino le haga lo mismo!

Llego a mi habitación con la respiración agitada y las vértebras doloridas. Dejo el móvil y las gafas sobre la mesita de noche —la taza de café y la novela me las he olvidado en la cocina—, me pongo el pijama y me tumbo en la cama.

Suerte que Magda no sabe dónde se halla el asesino ni cómo llegar hasta él. Quiere que yo la ayude a averiguarlo, pero en lugar de eso le daré pistas falsas que la alejen del peligro.

20
Santi Canales
Miércoles, 20 de julio de 1994

A las siete de la mañana, fui en autobús hasta la calle Mallorca y me senté al volante del Opel Astra. La tarde anterior preferí irme a casa en transporte público para no perder la plaza de aparcamiento.

César Font entró en el edificio a las ocho y media procedente de un Alfa Romeo negro con chófer. Los empleados fueron llegando de forma escalonada hasta las nueve; excepto Natalia, que se recuperaba de un esguince de tobillo en casa de su padre. Para mí fue una gran suerte: así no tuve que esconderme de ella ni arriesgarme a que me viera.

La mañana transcurrió sin novedad. Lo más destacado, unos operarios accediendo al vestíbulo con una puerta idéntica a la que rompí. Respecto a César Font, no se ausentó de las oficinas en ningún momento.

Estaba tan nervioso que no comí nada. La incertidumbre de no saber si podría hacer la foto me quitó el apetito. Ni siquiera probé la bollería que mi socio se dejó olvidada el día anterior. Por cierto, le hice limpiar el coche antes de irse.

Los trabajadores abandonaron el edificio a las seis de la tarde, a excepción del propietario de la empresa. Al verlos partir, recé para que Gabriel Casas volviera a presentarse. Mi plan era esperar en el ático a que los dos salieran al rellano y, con la ayuda de Pedro, obligarles a escenificar el motivo de su encuentro. Hasta había comprado dos pasamontañas.

El peor de mis augurios se cumplió cuando, a las seis y media, la figura de César Font se materializó en el portal. Cogí la mochila, cerré el coche con llave y lo seguí sin ninguna expectativa. Imaginé que subiría a alguno de sus vehículos con chófer, rumbo a su casa, pero en lugar de eso caminó hasta la rambla de Cataluña.

Se detuvo delante del cine Alexandra y echó una mirada alrededor. Esa zona siempre está abarrotada de gente, en su gran mayoría turistas. Me escondí detrás de un árbol y miré hacia su posición.

Al poco rato, un hombre con coleta se le acercó. Vestía una ajustada camiseta gris, un estrecho pantalón azul y unos brillantes mocasines negros. La cadena de oro que llevaba en el cuello iba a juego con el reloj de pulsera, ambos de gran tamaño. Tardé unos segundos en comprender de quién se trataba. ¡Era Gabriel Casas! Me costó reconocerlo sin el pelo suelto ni la camisa hawaiana.

Reprimí la alegría que sentí al verlos juntos. Eso no garantizaba que les pudiera hacer la foto. Pedro se situó a mi lado en silencio, dejando bien patente que continuaba enfadado. Las manos apoyadas en las rodillas, su respiración entrecortada y el rostro congestionado mostraban su bajo estado de forma.

Después de saludarse, César Font y su acompañante anduvieron hasta la calle Pau Claris y entraron en el selecto Hotel Hamilton. Esa decisión me desconcertó. No tenía sentido que prefirieran alquilar una habitación a quedar en la intimidad que les brindaba la oficina. Fuera por el motivo que fuese, lo importante era que aún existía la posibilidad de que mi socio y yo lográramos nuestro objetivo. Solo teníamos que hacernos pasar por miembros del servicio, entrar en su habitación y hacerles la foto.

Fui detrás de ellos con energía renovada, eufórico por el inesperado devenir de los acontecimientos. «Por fin un poco de suerte», pensé. No obstante, la desolación se apoderó de mí cuando enfilaron el pasillo que conducía al bar del hotel. Me sentí estúpido por no adivinar que, en realidad, habían venido a tomar algo.

Me senté en un sofá del vestíbulo, camuflado por una maceta en forma de copa que contenía una pequeña palmera. Pedro se sentó a mi lado. Desde esa posición divisábamos todo el *hall*, decorado con columnas y esculturas de yeso que imitaban las de la antigua Grecia. Del techo colgaban cuatro lámparas de cristal, y onduladas cortinas rojas tapaban los ventanales. El suelo, resbaladizo en exceso, lo cubrían unas baldosas de tonos grisáceos. El aire acondicionado estaba demasiado fuerte, provocando un ambiente gélido que contrastaba con el bochorno del exterior.

Tanto mi socio como yo permanecimos en silencio. A la decepción de no conseguir la foto había que sumar la tensión existente entre nosotros. Si él continuaba enfadado conmigo por haberlo obligado a seguir a Gabriel Casas, yo lo estaba con él por no valorar mi esfuerzo y tratarme como si fuera su esclavo.

Pasadas las ocho de la noche, César Font y su amigo salieron del bar. Saqué la cámara de la mochila, la orienté hacia ellos y miré a través del visor. El empresario llevaba la americana colgada del brazo y Gabriel Casas, a juzgar por su patosa forma de andar, se había excedido con el alcohol. Entre risas, cruzaron el vestíbulo en dirección a la salida. Con su marcha se desvanecía la última posibilidad de fotografiarlos in fraganti. Sentí una mezcla de desilusión por no haber cumplido la misión encomendada e inquietud por las consecuencias de no poder devolver el dinero a nuestro cliente.

De pronto, Gabriel Casas y su acompañante se detuvieron e intercambiaron unas palabras. Dieron media vuelta y caminaron hasta la recepción, donde un sobreactuado conserje les entregó una llave.

Pedro se levantó y fue hacia los ascensores. Deduje que su intención era subir con ellos para averiguar en qué habitación se alojaban. Si bien la idea era buena, sabía que no lo conseguiría. Ese par ya había accedido al cubículo y mi socio se encontraba a demasiada distancia. Pulsé el disparador con rabia y lo mantuve apretado con el propósito de gastar todo el carrete. Ya que no íbamos a lograr la instantánea que se nos pedía —era inviable revisar todas las habitaciones hasta dar con la suya—, al menos obtendría una prueba de que se dirigían a un lugar privado. Si servía para que nuestro cliente nos concediera una prórroga, bienvenido fuera.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Antes de que se cerraran las puertas del ascensor, Gabriel Casas giró la cabeza y le dio un beso en la boca a su atónito acompañante.

Pedro paró en seco y me miró en busca de algún gesto que confirmara la captura de ese instante. Al observar una amplia sonrisa dentada en mi rostro, cayó de rodillas, juntó las palmas de las manos y las elevó al cielo.

21
Magda
Viernes, 20 de octubre de 2017

Estoy sentada en la cama plegable del comedor, con las piernas cruzadas y el ordenador portátil en mi regazo. Llevo desde las diez de la noche intentando leer el documento desde el principio y sin saltarme ningún párrafo. Soy tan impaciente que no puedo esperar a que Jorge finalice la lectura. Sin embargo, ya son casi las doce y sigo sin conseguirlo. Por más que me esfuerce, me acabo dispersando. Mi mente está llena de pensamientos que no puedo controlar y evitan que me concentre. Solo consigo leer en diagonal, útil para saber de qué va pero no para conocer los pormenores.

No me queda otra opción: le pediré ayuda a mi hermano. Sé que lo ha leído, pues solo me reenvía lo que supera su filtro de calidad. Lo más probable es que se niegue a echarme un cable, pero esta vez no aceptaré un no por respuesta.

Cojo el teléfono y le envío un correo electrónico. En la línea de asunto, escribo: «¿Cómo puedo localizar al asesino del *e-mail* que me enviaste?». Es la única manera de comunicarme con él, ya que no dispone de móvil alegando motivos de seguridad.

Su verdadero nombre es Arnaldo, aunque prefiere que lo llamemos Hal. Siendo un niño vio la película *2001: Una odisea del espacio* y se quedó fascinado con ese ordenador que hablaba. Desde entonces es un fanático de la informática y del cine. Mudo de nacimiento, a los tres años le diagnosticaron autismo y síndrome de Savant.

Entre sus capacidades están la de memorizar los diálogos de sus películas favoritas con escucharlos solo una vez y la de jaquear cualquier sistema informático que se proponga. Sin embargo, es incapaz de cuidar de sí mismo y de realizar las tareas más básicas.

A sus veintisiete años, mi hermano no se relaciona con nadie por su falta total de empatía, su nula higiene personal, su reclusión voluntaria en su habitación y su conducta agresiva ante los cambios.

Colecciona objetos relacionados con actores de Hollywood, que compra por internet. Sus preferidos son una foto firmada por Clint Eastwood, un sombrero usado por Humphrey Bogart y una escopeta empuñada por John Wayne.

Hal se alimenta en exclusiva de *pizzas* barbacoa y bebidas energéticas. Toma numerosos medicamentos, tanto por sus problemas físicos —casi todos relacionados con la obesidad mórbida que padece— como por sus trastornos mentales —conducta autolesiva y

epilepsia, entre otros—.

Mi hermano vive con la excéntrica tía Elvira desde que a nuestra madre la internaron en un psiquiátrico por envenenar a nuestro padre e intentar hacer lo mismo con nosotros. Habitan una masía medio en ruinas ubicada en la sierra de Collserola, a las afueras de Barcelona, que la familia heredó de un antepasado francés. Esa propiedad no interesa a ningún otro descendiente por las penosas condiciones en las que se encuentra. Allí viven apartados de la sociedad y dan rienda suelta a su alternativo estilo de vida. Teniendo en cuenta la inmensa cantidad de porquería y desperdicios que inundan la finca, yo diría que mi tía sufre el síndrome de Diógenes.

22
Santi Canales
Jueves, 21 de julio de 1994

A la mañana siguiente, el cliente misterioso se presentó en nuestro despacho. Vestía un traje negro, parecido al que usan los matones en las películas de serie B. Su cuerpo, de un volumen impresionante, estaba esculpido a base de pesas y esteroides. Si no llegaba a los dos metros, poco le faltaba. Sus ojos, demasiado separados y pequeños para el tamaño de su rapada cabeza, eran más propios de un depredador que de un ser humano. Una enorme cicatriz le cruzaba la cara de arriba abajo, como si algún insensato hubiera intentado destrozarle el rostro con una sierra eléctrica. Como consecuencia, le faltaba la nariz. En lugar del tabique nasal, solo había dos agujeros por los que respiraba de forma ruidosa. En la frente lucía un tatuaje de estética carcelaria cuyas letras —lo consulté en la biblioteca municipal— formaban la palabra «muerte» en alemán.

En vez de un: «Hola, vengo a por el encargo que os hice», lo único que pronunció fue: «*Querrerr* foto». Muerto de miedo, le entregué un sobre con las fotografías y el negativo. El hombre —o lo que fuese— lo inspeccionó, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta —al hacerlo asomó la empuñadura de una pistola— y se fue. Miré a Pedro con las piernas temblando. Él, al contrario que yo, no se mostró impresionado por su presencia. Como no sabíamos su nombre, lo bauticé como Cicatriz.

Cogí los prismáticos que guardaba en mi mochila y me asomé a la ventana. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaba la gente ante él. Sin embargo, no se dio tal circunstancia porque se metió en un Jeep Cherokee de color negro y cristales tintados estacionado sobre la acera. La parte baja del vehículo estaba cubierta de barro, incluida la matrícula. En la luneta trasera había enganchada una pegatina de Cobi, la mascota de los Juegos Olímpicos celebrados en Barcelona dos años antes.

El resto de la semana finalizó con algunas novedades: Pedro y yo volvimos a dirigirnos la palabra, varias personas se interesaron por nuestros servicios y entregué a Natalia el anillo de compromiso. Ella no solo aceptó casarse conmigo, sino que me propuso irnos a vivir juntos en cuanto solucionara un pequeño asunto. Sabía a qué se refería sin necesidad de que lo verbalizara: quería convencer a su padre de que aceptase nuestra relación.

El lunes siguiente, César Font no acudió a trabajar. Los días posteriores tampoco. El viernes, mi futura esposa recibió una nota de suicidio procedente de su jefe. Impresionado por la noticia, deduje que Cicatriz lo amenazaba con publicar la fotografía que le hice.

Dos semanas después, la policía encontró el cuerpo sin vida del empresario en el parque natural del Montseny.

23
Magda
Viernes, 20 de octubre de 2017

Hal no responde al mensaje. Se pasa las noches frente al ordenador por el insomnio crónico que padece, de modo que si no lo hace es porque no le da la gana. Muy bien, él se lo ha buscado. «Estoy frente a tu habitación. Si no me dices ahora mismo cómo establecer contacto con el autor del crimen», le escribo, «entraré por la fuerza y no me iré hasta que colabores». En menos de veinte segundos recibo un correo electrónico en la bandeja de entrada: «Santi condenado por matar exmujer, Natalia Rius. Preguntar a hermano si conocer verdadero asesino».

Estoy tan asombrada que leo el texto varias veces. Santi relata en el *e-mail* que lo declararon culpable de acabar con la vida de su exmujer, pero desconocía que ella era Natalia y tenía un hermano. A saber cuánta más información me he saltado en mi lectura rápida del documento.

«Pásame su número de móvil. Si no, tiraré la puerta abajo», lo amenazo. Para él es pan comido averiguarlo, y yo tardaría siglos. Su réplica no se hace esperar: «Tú no estar aquí. Yo rastrear tu *smartphone*. Nombre y dirección en archivo adjunto».

Me tumbo en la cama boca arriba y giro la cabeza hacia el portátil, resignada a no disponer de la información hasta que Jorge lea esa parte. Al contemplar con tristeza la pantalla, mis ojos se posan en el dibujo de una lupa situada en la parte superior. ¡Ya lo tengo! Me sitúo boca abajo y clico sobre el icono. Al escribir «hermano» en el buscador de palabras, el lector de PDF me muestra el siguiente párrafo: «Mi novia vivía con su estricto padre —un exitoso empresario textil de nombre Alfonso Rius— y su conflictivo hermano Óscar —boxeador fracasado al que estaba muy unida— en una casa señorial de tres plantas ubicada en la plaza de Sant Just, número 8». ¡Perfecto! Si no me equivoco, está en el barrio Gótico.

Tengo su nombre y dirección, pero me falta el número de móvil. Tendré más posibilidades de que coopere si hablo con él por teléfono que si lo hago en persona. ¡Tengo una idea! Escribo su nombre en varias redes sociales, segura de hallar el número en alguno de sus perfiles. Sin embargo, al no conocer ni su aspecto ni su segundo apellido, no sé cuál de las muchas cuentas que aparecen es la suya.

Dado que no puedo conseguir el móvil de Óscar Rius, se me ocurre que a lo mejor disponga de teléfono fijo. Cierro el documento de Santi

Canales, entro en un buscador telefónico y escribo la dirección en el apartado correspondiente. Clico en «Ver resultado» y aparece un número de nueve cifras junto al nombre de un tal Alfonso. Superado el susto inicial, caigo en la cuenta de que el titular de la línea es el padre de Óscar.

Cojo el móvil y marco. Después de varios tonos, salta un contestador automático. Corto la comunicación y aprieto la tecla de rellamada, dispuesta a insistir hasta que descuelguen. Al sexto intento, veo en el margen superior derecho del teléfono que son las doce de la noche. Había olvidado que era tan tarde. ¿Será ese el motivo de que no conteste nadie? Por si acaso, cuelgo dispuesta a continuar mañana.

Intento dormir, pero la excitación del momento me ha desvelado. Cojo una tarrina de helado de frambuesa del congelador y empiezo a ver un documental que demuestra, a pesar del esfuerzo de los gobiernos por ocultarlo, la influencia de los extraterrestres en nuestro día a día.

24
Santi Canales

Sábado, 7 de junio de 2003
Nueve años después de la muerte de César Font

Estaba tumbado en el sofá cuando sonó el móvil. Entreabrí los ojos y me acerqué el reloj de pulsera a un palmo de la cara. Las manecillas luminiscentes marcaban las siete, aunque desconocía si de la mañana o de la tarde. El comedor se hallaba a oscuras. Me incorporé con dificultad por la resaca y escuché con atención. El tono de llamada provenía del suelo. Me agaché, palpé alrededor hasta dar con mis pantalones y saqué el teléfono de uno de los bolsillos. Debía darme prisa en contestar. No tenía saldo en la tarjeta del móvil, lo que se traducía en que no podía llamar. Si colgaban, perdería a un posible cliente.

Llevaba semanas sin ocuparme de ningún caso y necesitaba trabajar con urgencia. Mi economía iba de mal en peor desde el accidente de tráfico que mi socio sufrió cinco meses antes. En concreto, el 1 de enero de 2003.

Ese día, la mujer de Pedro llamó al despacho a las dos de la madrugada. Yo hacía tres años que vivía en la habitación contigua pese a las reticencias iniciales de mi socio. Úrsula me informó de que el vehículo de su marido había chocado contra un muro y estaba ingresado de urgencia. Estremecido por la noticia, quise saber si Pedro estaba consciente y se conocía la causa del accidente. Ella respondió que no a ambas preguntas. «Si al menos se hubiera puesto el cinturón», se lamentó entre lágrimas.

Horas antes, mi socio y yo brindamos con cava en el despacho para desearnos buena entrada de año. Después se fue a casa a celebrar fin de año con la familia. Quizá bebió más de la cuenta y, unido a las prisas por llegar a tiempo a la cena, perdió el control del vehículo.

Me vestí lo más rápido que pude y, tiritando de frío, fui al *parking* a por el Opel Astra.

Ya en el hospital, pregunté por él en recepción y me dirigí a su habitación. En la cama había una persona conectada a un respirador artificial, un monitor de constantes vitales y un gotero de suero. Tenía vendada la parte superior del cuerpo, incluida la cabeza, y le faltaban las dos piernas. Úrsula me comunicó, con cara demacrada y ojos hinchados, que Pedro estaba en coma. Afirmó que la culpa era mía por haberlo convencido, años atrás, de que obtuviera el carné de conducir. Ante esa acusación, opté por callar. Salí de la habitación sin

despedirme y, a mitad del pasillo, me crucé con un médico que se disponía a visitar a mi socio. En respuesta a mi pregunta, me confesó las nulas esperanzas que albergaba de que sobreviviera. Y que, en caso de hacerlo, quedaría en estado vegetativo de por vida.

Salí del hospital hecho polvo. Después de nueve años compartiendo todo tipo de vivencias con Pedro, me costaba hacerme a la idea de que nunca más trabajaríamos juntos. Y es que, a pesar de nuestras desavenencias, le tenía aprecio.

Su ausencia me obligó a cerrar la agencia de detectives y abandonar el despacho del paseo de Gracia. A partir de entonces, no tuve más remedio que trabajar en la clandestinidad cobrando una miseria.

Contesté al teléfono con la esperanza de que alguien quisiera contratar mis servicios.

—Santi Canales, investigador privado.

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó una voz femenina entre sollozos —. ¡Han secuestrado a mi hija!

Se me cayó el alma a los pies. Ya no me ocupaba de estos casos por una mala experiencia ocurrida meses antes. Y, a pesar de mis problemas económicos, estaba dispuesto a cumplir la promesa que me hice.

—Lo siento, señora, no puedo ayudarla —dije dejándome caer en el sofá.

—¡No lo entiende! ¡El secuestrador me ha mandado que hable con usted!

—¿Conmigo? ¿Y eso por qué?

—Quiere que le dé una dirección a la que debe presentarse.

Valoré la posibilidad de que se tratara de una broma o de algún tipo de estafa. En cualquier caso, no pensaba ir a ningún lado.

—Si de verdad se han llevado a su hija, le aconsejo que denuncie su desaparición.

—¡No puedo! —gritó con voz desgarrada—. ¡Si hablo con la policía o usted no acude a la cita, ella morirá!

Me quedé en silencio, pensando en la manera más suave de decirle que no era de mi incumbencia. En ese momento, añadió:

—Mañana a las diez en punto, tiene que presentarse en la calle Panamá, 58. El secuestrador lo estará esperando junto a la verja de la entrada. Vaya solo y sea puntual. Si no, mi hija… —Las lágrimas le impidieron terminar la frase.

Me quedé boquiabierto. Eso demostraba que el secuestrador me conocía, y mucho. Solo así podía saber que viví en esa casa el tiempo que estuve casado con Natalia.

25
Magda
Sábado, 21 de octubre de 2017

Unos gritos procedentes de la calle me despiertan. Estoy en posición fetal, con la mejilla izquierda encima del teclado del portátil y parte del cabello tapándome la cara. La luz que entra por la ventana del comedor anuncia que es de día. Somnolienta, me fijo en la hora que marca el ordenador y me sobresalto al ver que son casi las diez de la mañana. Me aparto el pelo de los ojos, agarro el móvil y llamo al número que marqué hace unas horas. Al tercer tono, alguien responde.

—Domicilio del señor Rius. ¿Qué desea? —Es una voz de mujer con acento extranjero.

De fondo se oyen unas interferencias muy molestas que dificultan la escucha.

—Soy la i-inspectora de policía Ma-Manuela Santos. ¿Está el señor Óscar Rius? —digo impostando la voz con la idea de mostrar autoridad. Tartamudeo y mi cara se pone roja como reacción a la mentira que acabo de soltar. Suerte que no me ve nadie.

Lo de hacerme pasar por un miembro de la Policía Nacional se debe a que Óscar Rius no contaría nada relacionado con su difunta hermana a una extraña como yo. A no ser que crea que soy policía.

—No. Aquí solo vive el señor Alfonso Rius —explica vocalizando muy despacio.

¿Cómo es posible? Santi Canales explica en el archivo adjunto que su hijo convive con él. Ahora que caigo, han pasado catorce años desde los hechos que describe y cabe la posibilidad de que Óscar se haya independizado. Bueno, es igual. Le pediré a Alfonso Rius que me dé su número de móvil y listo.

—Póngame con él.

—Un momentito.

El tiempo va pasando y solo se oye el crepitar de la línea telefónica. ¿Y si se han olvidado de mí?

—Buenos días, inspectora —saluda al fin una voz ronca de persona mayor—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito hablar con el señor Óscar Rius. ¿Me puede facilitar su número de teléfono?

—Disculpe, inspectora. Este ruido, unido a mi incipiente sordera, me impiden entender lo que dice. Si quiere hablar conmigo, tendrá que ser en persona. —Dicho esto, da por terminada la conversación.

Siento una angustia que me oprime la garganta. Una cosa es

modular la voz por teléfono y otra muy distinta actuar en persona. Salto de la cama y paseo por mi pequeño comedor como una leona enjaulada. Busco maneras alternativas de obtener el teléfono de Óscar Rius, pero no encuentro ninguna. No me queda más remedio que aceptar la cruda realidad: si quiero atrapar al asesino, debo desplazarme a la plaza de Sant Just y hacer el papel de inspectora.

Rebusco entre la ropa que guardo en el minúsculo trastero y rescato el traje de chaqueta azul marino que utilizaba en mis tiempos de secretaria. Al ponérmelo, observo con estupor que se ha encogido varias tallas. Casi no puedo subir la cremallera del pantalón, los botones de la blusa están a punto de estallar y las costuras de la americana cederán de un momento a otro. Para terminar, me recojo el pelo en una coleta y me calzo los zapatos negros de tacón bajo que tantas rozaduras me causaban en los talones. El bolso lo dejaré en casa, que no pega con el disfraz de inspectora.

Coloco el móvil y el monedero en los bolsillos laterales de la chaqueta. Los del pantalón y la blusa están demasiado tensos para poder ser utilizados. Queda libre el bolsillo interno de la americana, pero está reservado para albergar otro objeto.

Cierro la puerta con llave, doy dos vueltas a la cerradura y guardo el manojo junto al móvil. Antes de marcharme, abro de nuevo la puerta para comprobar que todo está en orden y, una vez confirmado, salgo escopetada hacia el metro. A medio camino, entro en un bazar chino a por el complemento que me falta.

26
Santi Canales
Sábado, 7 de junio de 2003

Cuando la mujer nombró la dirección, mi mente viajó hasta el 20 de agosto de 1994. Ese día, Natalia y yo nos fuimos a vivir juntos. La elegida fue una casa ubicada en el selecto barrio de Les Corts. En concreto, en la calle Panamá, 58.

Natalia compró la vivienda a la semana siguiente de que encontraran el cuerpo sin vida de César Font. Si bien no quiso decirme cuánto le costó, averigüé que su precio era astronómico curioseando por las inmobiliarias de la zona. Como es lógico, le pregunté de dónde había sacado el dinero. Que le hubieran concedido una hipoteca tan elevada con el sueldo de empleada —seguía trabajando en Hoteles Font, aunque desconocía qué nueva labor desempeñaba— quedaba descartado. Ella mencionó que el dinero se lo había regalado su padre, Alfonso Rius, tras convencerlo de que me aceptara como yerno.

En febrero del año siguiente nos casamos por lo civil, aunque en aquellos tiempos ya arrastrábamos problemas de pareja. La chica dulce, amable y generosa que conocí en Hoteles Font se fue convirtiendo en una mujer fría, egoísta y controladora en cuanto empezamos a convivir. Si no rompí la relación fue porque tenía el convencimiento de que, gracias a mi influencia, volvería a ser la mujer de la que me enamoré.

A los seis meses de nuestro matrimonio, fuimos padres de una niña preciosa a la que pusimos de nombre Berta en recuerdo a su abuela materna. Natalia no quería ser madre bajo ningún concepto, pero insistí tanto que acabó cediendo a regañadientes. Iluso de mí, pensé que la maternidad le suavizaría el carácter. Nada más lejos de la realidad.

Natalia demostró ser mala madre, en gran medida por su incapacidad de amar y sacrificarse por alguien que no fuera ella misma. Sentía rechazo por su propia hija, hasta el punto de contratar a una canguro para que la cuidara las horas en que yo trabajaba.

Nuestras discusiones aumentaban cada año, y la situación se volvió insostenible. Si no me divorciaba de Natalia era porque eso implicaba no poder estar todos los días con mi hija. Yo procuraba ignorarla y no caer en sus provocaciones; sin embargo, en noviembre de 1999, harto de sus insultos a escasos centímetros de mi cara, la aparté con más fuerza de la necesaria. La mala fortuna quiso que perdiera el equilibrio, se golpeara la cabeza contra el suelo y tuviera que ir a

urgencias a que le aplicaran puntos de sutura.

Me ofrecí a llevarla en el Opel Astra, pero prefirió llamar a su querido hermano para que lo hiciera con alguno de sus vehículos de alta gama, seguramente robados.

A la vuelta del hospital me acusó de agredirla y, como venganza, me echó de casa sin permitir que Berta me acompañara. Yo me opuse. No estaba dispuesto a alejarme de mi hija por nada del mundo. Natalia reaccionó pidiendo ayuda a su hermano, que se presentó por segunda vez y me propinó tal puñetazo que me desencajó la mandíbula.

Desde ese día, Natalia no me dejó entrar en casa, ni me dirigió la palabra, ni me permitió ver a la niña.

Sin otro sitio a donde ir, me trasladé al despacho del paseo de Gracia. Era una solución temporal, hasta que encontrara un apartamento que me gustase. No obstante, ya no me mudé hasta que cerré la agencia a principios del año 2003.

Natalia me denunció por maltrato —aportando el informe médico —, pidió una orden de alejamiento y solicitó el divorcio. Yo pedí la custodia de mi hija, pero el juez se la otorgó a su madre. Estoy convencido de que si ella no renunció a Berta fue para hacerme daño y, de paso, cobrar la pensión alimenticia que por ley le pasaba cada mes. Hasta que el accidente de Pedro me impidió seguir haciéndolo.

Por lo que respecta al régimen de visitas, Natalia nunca cumplió lo acordado. Alegaba mil excusas que iban desde enfermedades contagiosas a viajes de última hora. Todas las ocasiones en que denuncié mi situación a la Justicia no sirvieron de nada. Lo que mi exmujer no pudo evitar fue que hablara con mi hija por teléfono, a escondidas de ella y con la complicidad de la canguro. Oír su preciosa voz era lo único que aliviaba mi desesperación por no poder verla.

—¿Ha escuchado la dirección a la que debe ir? —preguntó la mujer del teléfono viendo que no reaccionaba.

Su voz me devolvió al presente. Tal vez se debiera a mi mermado estado mental, pero no entendía por qué el secuestrador me citaba en la puerta de mi antiguo hogar; ni la razón por la que no hablaba conmigo directamente; ni el motivo por el que no había secuestrado a mi hija si su objetivo era yo; ni qué quería de mí, aunque era evidente que nada bueno. De lo que no tenía ninguna duda era de que se trataba de un perturbado peligroso que no sabía cómo localizarme. Y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que siguiera siendo así.

—He decidido no ir —respondí al fin.

—¡No me haga esto! ¡Ya sabe qué pasará si no acude!

—Lo siento.

Esta situación me incomodaba. Claro que me sabía mal por ella y su pobre hija, pero tenía que mirar por mis intereses. Además, Natalia

continuaba viviendo ahí y la orden de alejamiento seguía vigente. Cuando iba a colgar, la mujer dijo con determinación:

—Está bien, escuche. Si va a la cita y salva a mi hija, le daré cien mil euros. Es todo el dinero que tengo.

Al oír esa cantidad me quedé pasmado. ¡Eran casi diecisiete millones de pesetas!

La propuesta me hizo replantear mi decisión. Estaba harto de no disponer de agua caliente ni electricidad por falta de pago. Harto de no poder comprar ni una triste botella de alcohol. Harto de que me amenazaran cada día con desahuciarme. Harto de rebuscar comida en los contenedores de basura. Mis únicas posesiones eran el reloj de pulsera, un Rólex de gran valor sentimental herencia de mi abuelo, y el Opel Astra, con el frontal abollado y sin la ITV ni el seguro en regla.

—¿Va a ir? —me preguntó con un hilo de voz.

—De acuerdo, lo haré. Pero necesito su nombre completo y el de su hija.

La mujer soltó un suspiro de alivio y musitó un «gracias».

—El mío es Vanesa Pérez Zorzal y el de mi hija Iris Trogón Pérez —dijo con un destello de esperanza en su voz.

Si le pedí sus nombres fue porque antes de desplazarme a mi antiguo hogar quería comprobar si lo dicho por ella era verdad. A pesar de la autenticidad que me transmitían sus palabras, existía la posibilidad de que hubiera mentido en lo referente al dinero con tal de salvar a su hija. O, en el peor de los casos, que se tratara de una trampa.

27
Magda
Sábado, 21 de octubre de 2017

Media hora más tarde, me planto en la vivienda de Alfonso Rius y llamo al timbre que hay junto al portón de madera. Una mujer rechoncha vestida de asistenta abre una de las dos hojas y le digo que quiero hablar con el señor Rius. Tras preguntarme quién soy, me hace pasar con desgana.

Cruzamos un patio con varias arcadas de piedra, entramos en un edificio majestuoso aunque algo descuidado y accedemos a una sala en la que hay un hombre mayor sentado en una mecedora. Al verme se quita las gafas, las guarda en el bolsillo del batín y deja el libro que estaba leyendo sobre una mesita auxiliar. Cuando me aproximo, un insufrible olor a loción de afeitado me obliga a respirar por la boca. El anciano se levanta con ayuda de la sirvienta y me alarga una mano deformada por la artrosis.

—Soy Alfonso Rius. Y usted es…

Le estrecho la mano con desagrado y saco, del bolsillo interior de la americana, la placa de juguete que he comprado en el bazar chino. Se la muestro durante solo un instante, no vaya a ser que me desenmascare antes de tiempo.

—Soy la i-inspectora Manuela Santos, de la Policía Nacional —digo notando un ardor en mis mejillas. Estoy tan nerviosa que me froto las manos sin parar.

Sus ojos se han clavado en mis labios mientras hablaba. ¿Tendré algo entre los dientes?

—¡Ah!, ya recuerdo. Disculpe que la haya hecho venir, inspectora Santos. Si bien no lo aparento, ya tengo ochenta años y el oído me empieza a fallar —confiesa a la vez que se ajusta un batín granate bajo el que asoman unos pantalones de pijama y unas zapatillas de estar por casa.

Que no dude de mi identidad falsa me tranquiliza lo suficiente como para dejar las manos quietas.

—La verdad es que sí aparenta los años que tiene. Yo diría que incluso más —le digo para sacarlo de su error.

Me baso en la espalda curvada, el rostro surcado de arrugas y la lentitud de movimientos. Sin embargo, parece que no me ha escuchado. Con un gesto me ofrece el sillón que hay frente a él, cosa que agradezco porque los zapatos me hacen mucho daño.

Alfonso Rius se sienta con los codos en los reposabrazos y las

piernas abiertas. Yo, con los brazos cruzados, las piernas juntas y los talones golpeando contra el suelo.

—¿Qué le apetece tomar, inspectora?

En condiciones normales pediría un plato de macarrones, pero los retortijones provocados por los nervios me han quitado el apetito.

—Una tila.

—Para mí lo de siempre —ordena a la asistenta, que está de pie a su lado.

En la sala resaltan por su belleza una antigua biblioteca, una chimenea muy ornamentada y varios cuadros enmarcados. La pared más cercana está llena de fotografías, y entre todas hay una que llama mi atención. En ella se observa a una chica delgada y pelirroja abrazada a un hombre muy corpulento con cara de boxeador.

—Mis hijos, Natalia y Óscar. Por desgracia, ella nos dejó hace tiempo —expresa Alfonso Rius con tristeza al ver que la miro con interés—. Usted dirá a qué ha venido.

—Necesito que me facilite el número de teléfono de Óscar Rius.

—Repita más alto, por favor. —Se inclina hacia delante y ladea la cabeza con la vista fija en mis labios.

—¡Que necesito el número de teléfono de su hijo!

—Me temo que no será posible. Hace años que no tenemos trato. —Lo ha dicho en tono neutro, como si en realidad no le importara—. ¿Por qué necesita localizarlo?

—Quería preguntarle si sabe quién mató a su hermana —digo con la mirada perdida y a un volumen demasiado bajo como para que me escuche, convencida de que nunca averiguaré la respuesta.

28
Santi Canales
Sábado, 7 de junio de 2003

Me levanté del sofá, encendí con una cerilla la vela que descansaba sobre la mesa y recorrí el piso en busca de pastillas para el dolor de cabeza.

Más que un piso, era un cuchitril de veinte metros cuadrados al que me había mudado tras el accidente de Pedro. Estaba ubicado en los bajos de un edificio por rehabilitar de la calle Cadí. Pertenecía al Turó de la Peira, barrio obrero alejado del centro de Barcelona. Había manchas de humedad en las paredes y no tenía salida al exterior.

Muebles, pocos. Entre los dejados —o, mejor dicho, abandonados — por el anterior inquilino, una mesa coja, una librería carcomida y el destartalado sofá en el que solía dormir la mona. El muy mezquino se llevó, además de la cama, todos los platos, vasos y cubiertos.

Como no podía ser de otra manera, ahí no recibí a ninguno de mis escasos clientes. En su lugar, quedaba con ellos en cualquier otro sitio con la excusa de estar remodelando mi lujoso despacho.

Hallé las pastillas en el armario de la minúscula cocina, entre un paquete de tostadas rancias y un frasco de mermelada caducado. Tragué dos y bebí agua del grifo con sabor a cloro —en unos días me cortaban el suministro—. Lo siguiente que hice fue registrar los cajones que había bajo el diminuto fregadero por si quedaba alguno de los briks de vino que guardaba para situaciones de emergencia.

Desde que tuve que cerrar la agencia de detectives, me emborrachaba todos los días con el fin de olvidar lo desgraciada que era mi vida. Lo malo venía después, cuando aparecían la resaca y el síndrome de abstinencia.

Por si no tuviera bastante con mi adicción, el 29 de marzo de ese mismo año sufrí tal crisis nerviosa que caí desmayado en plena calle y tuvieron que ingresarme en el hospital. Me diagnosticaron amnesia disociativa específica, que consiste en la pérdida parcial de memoria provocada por un hecho traumático imposible de soportar.

No encontré el vino, así que decidí ir al bar de la esquina a calmar mi incipiente ansiedad. Antes de entrar, telefonearía a Emilio Comas para que me confirmara si Vanesa decía la verdad. Era la primera vez, desde el accidente de Pedro, que reclamaba sus servicios. Mis pocos casos y su escasa dificultad no lo requerían.

Recogí mis pantalones grises del suelo, tirados junto al polo marrón, y me vestí a la luz de la vela. La apagué y salí a la calle en

dirección a la deteriorada cabina situada frente al bar. Metí en la ranura una de las dos únicas monedas de cincuenta céntimos que había en mi cartera y llamé a la comisaría de Les Corts.

El agente de policía que atendió al teléfono me informó de que Emilio empezaría su jornada laboral a las ocho de la tarde. Faltaba algo más de media hora, así que decidí dar una vuelta para hacer tiempo. Si iba al bar antes de hablar con él, era muy probable que me emborrachara y olvidase preguntarle por Vanesa.

A las ocho y cinco llamé con la única moneda que me quedaba y enseguida me pasaron con Emilio.

—Hombre, Santi, ¿qué tal? —dijo en voz baja.

Me llamó el mes anterior para saber cómo estaba, de modo que no hacía falta repetirle que mi vida era un desastre.

—Bien, bien.

—¿Qué quieres?

—Necesito información sobre una tal Vanesa Pérez Zorzal. Y saber si tiene pasta.

—Esto último no lo puedo averiguar, Santi. Ya deberías saber que en nuestra base de datos no salen las cuentas bancarias.

¿Cómo iba a saberlo? Era Pedro quien le preguntaba sobre nuestros clientes, no yo.

—Pues dime lo que puedas.

—De acuerdo —dijo en tono cansino.

Oí el golpe del auricular sobre la mesa y el sonido de la silla al arrastrarse. De fondo se escuchaba el ajetreo de la comisaría.

El contador del teléfono bajaba con rapidez. Si no se daba prisa, la comunicación se cortaría de un momento a otro.

—Ya lo tengo, Santi. Nació en Lleida hace treinta y ocho años. Es licenciada en Derecho y tiene una hija de diez años, Iris Trogón Pérez.

—Gracias, Emilio. Te debo una.

—¿Una? Hace mucho que perdí la cuenta, colega.

No me lo podía creer. ¡Vanesa era abogada! O sea, que sí disponía de la cantidad de dinero ofrecida. También había sido sincera al decirme su nombre y el de su hija, así que descarté que se tratara de una estafa o de una broma. Para celebrarlo —y, de paso, quitarme el mono—, di tres pasos y entré en el bar de Wong, un local pequeño e impersonal al que estaba abonado.

Los únicos clientes habituales éramos una mujer adicta a las tragaperras, el Vasco, un jubilado que iba en silla de ruedas, y yo. Sin embargo, ninguno de los tres interactuábamos entre nosotros.

Mis actividades allí eran beber *whisky* barato, cargar la batería del móvil y utilizar el sucio lavabo cuando se obstruía el mío. El propietario del bar se llamaba Wong, aunque en el rótulo de la entrada ponía «Bar Pepe». El tipo, de origen chino, era buen

conversador a pesar de sus limitaciones con el idioma.

Me senté en un taburete de la barra y le pedí que me sirviera un vaso lleno de *whisky* con la falsa promesa de pagarlo, junto con lo adeudado durante la semana, al día siguiente.

Bebí a pequeños sorbos hasta vaciar el contenido, deleitándome con el sabor a la vez que una oleada de placer me recorría el cuerpo. Al cabo de unos minutos, alguien me palmeó la espalda y se sentó a mi lado.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Pedro.

29
Magda
Sábado, 21 de octubre de 2017

No me apetece seguir charlando con Alfonso Rius. Si no es capaz de conducirme hasta su hijo, nada de lo que pueda decir me interesa. Me levanto del sillón dispuesta a marcharme y mis ojos se topan con una fotografía de la pared en la que el anciano y Natalia Rius aparecen sonrientes. Me pregunto si mantenían tan buena relación como aparentan y, en tal caso, si ella confiaba en su padre tanto como en su hermano. De ser así, quizá pueda aportarme la información que necesito.

Me siento al borde del sillón, apoyo los codos sobre las rodillas y formulo la pregunta que tenía destinada a Óscar Rius alzando la voz:

—¿Le comentó Natalia si alguien quería matarla?

Alfonso Rius frunce el ceño.

—¿Por qué me lo pregunta? Como usted ya sabrá, el autor del crimen fue condenado.

—Hemos hallado nuevas pruebas que de-demuestran que se culpó a un inocente —afirmo sin confesar que me baso en lo descrito por el propio Santi.

—Tengo entendido que son los Mossos d'Esquadra, y no la Policía Nacional, los que investigan los asesinatos en Cataluña.

¡Ostras, no lo sabía! ¿Qué le digo?

—Es que ti-tienen mucho trabajo y nos han pe-pedido que nos ocupemos del caso.

Alfonso Rius cierra los ojos y permanece callado, deduzco que asimilando la noticia que le acabo de dar sobre su hija. Eso o se ha quedado dormido.

Me levanto dispuesta a marcharme, convencida de estar perdiendo el tiempo. En ese momento, aparece la sirvienta empujando un ruidoso carrito. Lo deja al lado de su jefe y le zarandea la pierna con suavidad.

—¡Señor Rius, le traigo el café!

Vierte el contenido humeante de la cafetera en una de las tazas, le añade dos cucharadas de azúcar y se la entrega. Actuando como si yo no estuviera, desaparece.

No puedo apartar la vista de las magdalenas que hay en el carrito. Su delicioso aroma indica que están recién horneadas. Verlas, y sobre todo olerlas, me ha abierto el apetito. Los retortijones hace rato que han desaparecido, junto con los nervios. Cojo una magdalena de la

bandeja y le doy un bocado. Está tan rica y esponjosa que acabo comiendo tres de las cuatro que hay en total. De pronto, tengo mucha sed. Agarro el asa de la tetera, vierto el contenido en la taza y me quemo los labios al dar un sorbo. Dejo la taza en el carrito emitiendo un grito de dolor y me siento a esperar a que se enfríe.

—¡Hábleme de su hija! —le pido a mi anfitrión para hacer tiempo.

—¿Qué quiere saber? —dice con aspereza. Si no me echa a patadas es porque de verdad debe de creer que soy inspectora de policía.

—¿Cómo era Natalia de pequeña?

Reacciona encogiéndose de hombros. Posa la mirada en su taza y remueve el café con desidia.

—Una niña normal.

¿Ya está? ¿Eso es todo? Debo hacerle hablar más o la espera se me va a hacer eterna.

—¿A qué edad se independizó?

Me hace repetir la pregunta a la vez que observa mis labios. Me levanto a por la última magdalena que queda y, después de darle un mordisco, contesta:

—A los veintidós años, cuando se casó con César Font.

Me atraganto al escuchar su respuesta y empiezo a toser, esparciendo el contenido de mi boca por el suelo.

30
Santi Canales
Sábado, 7 de junio de 2003

Siempre que bebía alcohol, mi difunto socio se me aparecía con perfecta claridad y hablaba con él como si estuviera vivo. Me sucedió algo parecido a la edad de doce años, cuando la muerte de mi abuelo me dejó conmocionado. Mis padres, en lugar de llevarme al psicólogo, me reñían cada vez que les explicaba mis conversaciones con el fallecido. Convencidos de que me lo inventaba para llamar la atención, opté por no mencionar mis visiones. Hasta que, al cabo de unos meses, desaparecieron por sí solas. Supongo que el alcohol y la trágica ausencia de mi socio provocaron que las alucinaciones regresaran.

—Estoy contento porque voy a ganar un montón de dinero —le dije respondiendo a su pregunta, y Wong puso cara de no entender con quién hablaba—. Lo mejor de todo es que no tendré que compartirlo contigo.

Pedro sostenía un *dürüm* kebab que goteaba sobre su prominente barriga y manchaba su camiseta de Metallica.

—¡Mira que eres tonto! ¿No te das cuenta de que el secuestrador también quiere raptar a tu hija?

Al escuchar sus palabras, una sensación de ahogo me dejó sin aliento. ¿Era posible que Berta corriese peligro? Respiré hondo varias veces con el fin de disminuir la presión que notaba en el pecho y supliqué a Wong que me llenara el vaso de nuevo. Ingerí gran parte del líquido de golpe, notando un intenso ardor en la garganta.

Ya más tranquilo, contesté:

—No tiene sentido que el secuestrador se quiera llevar a Berta. De ser así, ya lo habría hecho. —Apuré el vaso y añadí—: Lo que sigo sin comprender es por qué me convoca en esa casa.

—Seguro que primero quiere matarte —dijo Pedro con la boca llena y los codos apoyados sobre la barra.

—No lo creo. Hemos quedado en la puerta que da a la calle, a la vista de todo el mundo. Supongo que solo quiere charlar conmigo.

—Claro, por eso ha secuestrado a una niña en vez de llamarte. Veo que la pasta ofrecida por Vanesa te ha vuelto aún más zopenco.

Giré el cuerpo hacia él y golpeé su fofo brazo con la punta del dedo índice.

—¡La culpa es tuya por morirte! Si hubieses llevado puesto el cinturón de seguridad, ahora no me haría falta el dinero.

—El responsable del accidente fuiste tú por descorchar la botella de cava que nos bebimos. —Después del duro reproche, añadió—: Lo mío ya no tiene remedio, pero a tu hija aún puedes salvarla. Yo que tú avisaría a la policía para que ese tarado no se acercara a ella. Si prefieres arriesgar su vida por un puñado de euros, allá tú. Luego no me vengas con lamentaciones.

El comentario de mi exsocio me dio la solución para no tener que renunciar a la recompensa al tiempo que Berta estuviese a salvo: en lugar de mantener al secuestrador alejado de ella, debía alejarla a ella del secuestrador. Solo tenía que hablar con Natalia y pedirle que enviara a mi hija a casa de su abuelo, Alfonso Rius. Al ser fin de semana, no tendría que ir al colegio. Pedro, sin embargo, me hizo ver que no era buena idea.

—Eso no servirá de nada, Santi. Tu exmujer no quiere hablar contigo, ¿recuerdas? Y en el hipotético caso de que lo hiciera, llamaría a las autoridades en cuanto le dijeras el motivo.

Pedro tenía razón. Entonces, se me ocurrió hablar con Berta. Si ella le pedía a su madre ir a casa de su abuelo, lo más probable era que Natalia aceptase con tal de quitársela de encima.

No me quedaban monedas para usar un teléfono público, así que le rogué a Wong que me prestara el del bar. Cogió su terminal y lo puso encima de la barra con expresión dubitativa. Antes de soltarlo, me hizo prometer que la llamada era a un número nacional y gratuito.

Marqué con cierta dificultad —las teclas se movían— y me alegré al oír la voz de mi hija. Ella siempre cogía el teléfono antes que nadie, incluso que la canguro. Arrastrando las palabras, le conté mi plan sin detallar la causa de mi petición. A ella le encantó la posibilidad de visitar a su abuelo Alfonso, y me prometió pedírselo a su madre sin explicarle que la idea era mía.

Media hora más tarde, volví a llamar. Quería asegurarme de que Natalia había aceptado la propuesta. Respiré aliviado al comprobar que nadie contestaba, incluida Berta, señal de que habían partido en dirección a la plaza de Sant Just. Para celebrarlo, persuadí a Wong de que me sirviera unos vasos más de *whisky*.

A las diez de la noche, hora en que cerraba el bar, salí a la calle con un ostensible tambaleo. Pedro me acompañó hasta mi piso, situado en la misma calle, y me dejó en el sofá. Activé la alarma del teléfono deseando que los números se mantuvieran quietos y, sin tiempo a desvestirme, caí en un profundo sueño.

31
Magda
Sábado, 21 de octubre de 2017

Bebo la infusión a pesar de lo caliente que está para que las partículas alojadas en mi garganta dejen de provocarme una molesta tos. Después de vaciar la taza, me siento de nuevo en el sillón con los ojos enrojecidos y la lengua abrasada.

—¿Ha dicho que su hija estuvo casada con César Font?

—Fueron marido y mujer hasta que él se suicidó. ¿No lo sabía, inspectora? —Me mira con los párpados contraídos y su voz denota sospecha.

Leí por azar que Natalia era su asistente personal, y pensaba que su relación se limitaba al trabajo. Básicamente, porque ella era novia de Santi. También desconocía que el propietario de Hoteles Font se quitó la vida.

Si Alfonso Rius descubre que ignoraba esos datos, sabrá que no soy inspectora y no me contará nada más acerca de Natalia.

—Po-por supuesto que lo sabía. Lo he leído en el informe policial. —Carraspeo—. ¿Cómo se conocieron?

—Los presenté yo.

—¿Por qué?

Emite un bufido de desgana, el mismo que suelto yo cuando Jorge me da un sermón de los suyos.

—César y yo éramos amigos. Me comentó que andaba buscando una chica que lo acompañara en sus viajes por los hoteles de la cadena. Le hablé de Natalia y la contrató. Con lo que no contaba es con que se enamoraran, por la gran diferencia de edad.

—O sea, que su hija se casó con él por dinero.

—¡Ella nunca haría eso! —exclama enojado.

—¿Cómo se tomó Natalia que su marido se suicidara?

Alfonso Rius da un sorbo a su café y hace una mueca de desagrado, no sé si motivada por que está frío o por mi pregunta.

—¿Usted qué cree?

—Que se alegró de heredar los hoteles y el resto de su fortuna. Yo lo haría.

—¿Insinúa que provocó su muerte? —Yergue el cuello y tensa la mandíbula.

Si le contesto que no lo descarto, es probable que se enfade aún más y dé por terminada la conversación. Lo mejor será que cambie de tema.

—¿Sabía su hija que a César Font le gustaban los hombres? —Ayer leí de refilón que se besó con uno en el ascensor de un hotel.

—¡Ya está bien! ¡No tolero que hable así ni de mi hija ni de mi difunto amigo por muy inspectora que usted sea! —Echa un teatral vistazo a su reloj de muñeca y añade—: Sintiéndolo mucho, tengo que dar por concluida su visita. Unas tareas ineludibles reclaman mi atención.

¿Qué mosca le ha picado? Deja la taza y el plato sobre la mesita auxiliar e intenta levantarse por sí solo. Como no lo consigue, pide ayuda a la asistenta.

—Una última cosa —añade la inspectora que llevo dentro—. ¿No tendrá guardado, por casualidad, el móvil de su hija? —Puede que contenga pistas sobre su asesino. Mensajes, llamadas, notas, qué sé yo.

—No. Las únicas pertenencias que conservo de ella son varios libros y un ordenador portátil.

Mis ojos se expanden, al igual que mi boca.

—Supongo que los Mossos ya se lo llevaron en su día. De todas formas, necesito que me lo preste para hacer nuevas comprobaciones. —Si se niega, amenazaré con detenerlo por desobediencia a la autoridad.

—Voy a ver si lo encuentro. Usted quédese aquí y no toque nada —me advierte irritado.

Durante la ausencia de Alfonso Rius me distraigo observando las fotos familiares. Al cabo de diez minutos, aparece con el ordenador en la mano y me lo entrega.

—Quédeselo. Nunca me han gustado estos trastos, y con los libros tengo suficiente.

Ordena a la sirvienta que me acompañe a la salida y desaparece sin despedirse.

32
Santi Canales

Domingo, 8 de junio de 2003

A las nueve de la mañana sonó la alarma. Al despertarme, noté como si millones de agujas se me clavaran en el cráneo. Estaba empapado en sudor, tenía náuseas y temblaba sin control. Palpé los cojines del sofá hasta dar con el móvil y apreté todas las teclas para que enmudeciera. Me levanté a cámara lenta, encendí la vela con la última cerilla que me quedaba y fui hasta el lavabo. Al salir me desplacé a la cocina a por unos analgésicos. Sentía tal malestar que agradecí haber dormido con la ropa puesta, aunque estuviera arrugada y oliera mal. Las agujas del reloj marcaban las nueve y trece, hora de emprender la marcha si no quería llegar tarde.

Anduve a paso rápido en dirección al Opel Astra, aparcado en un descampado a tres calles de distancia. Si no lo jubilé cuando las cosas me iban bien fue porque nunca había fallado y pasaba desapercibido en los seguimientos. Hacía un mes que no lo usaba, y no recordaba si quedaba suficiente gasolina. Entré en el vehículo, metí la llave en el contacto pese a mi mal pulso y, al girarla, la aguja del indicador de combustible subió hasta la mitad. Aliviado, arranqué y puse rumbo a la calle Panamá.

Era una mañana de domingo sin nubes en el cielo, en la que el sol amenazaba con dar lo mejor de sí. Las calles estaban desiertas, a excepción de unos cuantos perros paseando a sus dueños.

Estacioné a escasos metros del número 58. En esa zona siempre había plazas libres debido a que los residentes aparcaban en su propio garaje.

Miré el reloj. Las diez menos cinco. Acongojado por el inminente encuentro con el secuestrador, de la guantera saqué una vieja pistola recibida años atrás como pago de un servicio. Si bien habíamos quedado en la calle, toda precaución era poca. Comprobé que el cargador estaba lleno, metí el cañón en la cintura del pantalón y tapé la empuñadura con el polo.

A las diez en punto, bajé del coche y me encaminé a la fachada de mi antiguo hogar con un nudo en el estómago. El olor a césped recién cortado, procedente de algún jardín cercano, me transportó a los años en que yo me encargaba del nuestro. La verja estaba abierta; de casados, Natalia olvidaba a menudo cerrarla con llave. Aguardé cinco minutos a que el secuestrador hiciera acto de presencia, en vano. «Tal vez ha preferido esperarme dentro, a salvo de miradas ajenas», razoné

lo mejor que la resaca me permitió. Miré alrededor para asegurarme de que nadie me veía entrar y crucé la verja atento a cualquier forma humana.

Me llamó la atención el mal estado del césped, con claros por todas partes. También, que la pequeña piscina estuviera vacía, con hojas tapizando el fondo; sin agua, se deteriora muy rápido. Orienté la vista hacia la casa. Que las persianas de la planta de arriba estuvieran bajadas indicaba que estaba vacía. Sonreí. Berta estaba a salvo y Natalia no me denunciaría por quebrantar la orden de alejamiento.

Fui hacia el porche dispuesto a esperar sentado, en alguno de sus cuatro escalones, la llegada del secuestrador. Al acercarme, vi que la puerta de acceso a la vivienda estaba entornada. Me extrañó, pero no le di más importancia. Subí los peldaños e inspeccioné la cerradura, que no mostraba signos de haber sido forzada. Tonto de mí, supuse que Natalia habría olvidado cerrarla con las prisas.

—¿Hola? ¡Soy Santi Canales! —grité a través de la abertura.

Al no obtener respuesta, fui consciente de que era absurdo que el secuestrador se hallara dentro. Al fin y al cabo, me había citado junto a la verja. Lo más sensato era esperar a que llegara; sin embargo, no pude reprimir la tentación de entrar a por una bebida alcohólica y, de paso, comer algo rápido.

El recibidor lucía muy diferente a como yo lo recordaba. Faltaban el perchero de pie que perteneció a la realeza y la fastuosa mesita con espejo de estilo rococó. Su lugar lo ocupaban un sencillo taburete de plástico y una austera mesa de centro.

Crucé la sala y llegué al pasillo, que recorría toda la planta baja. A cada paso que daba, el suelo de parqué crujía bajo mis pies. Accioné el interruptor de la luz sin que se encendiera ninguna bombilla. Hubiera usado la linterna de no haber perdido, jugando al póker, la mochila con todos los artículos de seguimiento, incluida la cámara de fotos. De todos modos, la luz natural procedente del jardín iluminaba lo suficiente como para vislumbrar los contornos.

Pasé por delante de la escalera que conducía a las habitaciones y entré en el comedor, alumbrado por dos grandes ventanales enrejados. El mobiliario, al igual que en el recibidor, no era el que yo conocía. Los caros y elitistas muebles de época que Natalia hizo traer de Italia habían sido sustituidos por simples y funcionales muebles *low cost*. Las paredes estaban desnudas, sin los cuadros de cotizados artistas que las decoraban tiempo atrás.

Continué hasta la cocina, donde los rayos de sol que se colaban por las rendijas de ventilación me permitieron contemplarla. Ni rastro de la mesa de nogal tallada a mano en la que desayuné tantas veces ni las elegantes sillas a juego. Tampoco había electrodomésticos, a excepción de una pequeña nevera. Tan solo contenía tres yogures con

sabor a plátano, los preferidos de mi hija.

Registré los armarios en busca de alcohol. Encontré una botella de ron y otra de vodka, ambas a medias. Sin ser fan de ninguno de los dos licores, vacié la de ron sin respirar.

Hurgando por los estantes de la despensa, conseguí una lata de atún y un pote de garbanzos. Los vertí sobre un plato y los mezclé con un tenedor. Me senté en el suelo y, en el instante en que iba a devorarlos, oí un ruido proveniente del techo.

Levanté la mirada y me di un susto de muerte al ver a Pedro sentado sobre la encimera. Sujetaba una cubeta de plástico rebosante de helado y llevaba una camiseta de Green Day.

—¿Has oído el golpe? —me preguntó mirando al techo—. Qué te juegas a que el secuestrador tiene a tu hija retenida en alguna de las habitaciones de la planta superior, junto a su madre.

—Imposible. Natalia la dejó en casa de Alfonso Rius, ¿recuerdas? Seguro que son imaginaciones mías. Como tú.

Me puse a engullir el contenido del plato y, de repente, oí un golpe idéntico al primero.

—¡Te lo he dicho, chaval! —me recriminó Pedro cogiendo un trozo de helado con los dedos—. Al final, tu exmujer no se llevó a Berta a ningún lado.

—¡No digas chorradas! De ser así, ¿por qué están las persianas cerradas?

—¡Mira que eres ingenuo! El secuestrador quiere que creas que no hay nadie y así llevarse a tu hija cuando te vayas. Si no la ha raptado antes, sus motivos tendrá. Si no me crees, sube y compruébalo por ti mismo.

Mi exsocio instaló la duda en mi cerebro. Por mucho que me resistiera, siempre me contagiaba sus paranoias. Me levanté del suelo y la cabeza me dio vueltas. Me dirigí tambaleante hacia la escalera, situada entre el recibidor y el lavabo. Subí los peldaños apoyándome en la barandilla, saqué la pistola de mi cintura y apunté al frente con el brazo contraído por el miedo. El pasillo, a diferencia del de abajo, se encontraba sumido en la oscuridad. La visibilidad era nula. Internarme en él era un acto, como mínimo, suicida.

—¿Hay alguien ahí? —grité más flojo de lo que pretendía.

Los latidos me retumbaban con fuerza en las sienes y sentía punzadas en el estómago. Mezclar comida y alcohol no había sido buena idea.

—Venga, ve a echar un vistazo —me ordenó Pedro desde el piso de abajo—. Yo espero aquí para cerrarle el paso al secuestrador.

En la planta reinaba el silencio. No me costó convencerme de que los impactos, al igual que la figura de mi exsocio, eran una invención de mi mente enferma. No era casualidad que los hubiese escuchado

después de tomar el ron. Di media vuelta, bajé las escaleras procurando no trastabillar y guardé la pistola en la cintura del pantalón.

Justo antes de salir al exterior, recordé que me dejaba algo muy importante. Di media vuelta y fui a la cocina a por el vodka. En el suelo estaba el plato sin terminar. Al verlo, contuve una arcada.

Cuando salí a la calle, no había nadie esperando junto a la verja. Entré en el Opel Astra con furia, lancé el licor en el asiento de atrás y metí con rabia la pistola en la guantera. Acudir a la hora y lugar acordados había sido una pérdida de tiempo. Y lo peor de todo: los cien mil euros tendrían que esperar.

33
Jorge
Sábado, 21 de octubre de 2017

El sonido del interfono me despierta. Sea quien sea, lo insulto mentalmente e intento dormir un rato más. Ya deben de ser las doce y pico, pero ayer acabé muy cansado del trabajo.

El telefonillo vuelve a sonar, esta vez con insistencia. Tanta, que me veo obligado a levantarme de la cama, ir hasta la puerta de entrada y descolgar el auricular de la pared.

—¡Vale ya! ¡Como baje a…!

—¡Jorgito, abre de una vez! ¡Soy yo, Magda!

Me lo tenía que haber figurado. En momentos como este, me arrepiento de haberla conocido.

Sucedió un sábado del mes de febrero de hace tres años. Fue en el CCCB —Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona—, donde proyectaban un documental sobre el cambio climático. Ver la proyección era la actividad que ella había propuesto en una página de internet cuya finalidad era conocer gente con la que compartir aficiones. En esa época yo aún quería interactuar con seres vivos, así que me apunté.

Nada más verla, me sentí atraído por esa chica de pequeños ojos verdes, pelo indomable color gris claro y sonrisa afable que caminaba dando saltitos. Llevaba un ancho jersey naranja por encima de un vestido amarillo y calzaba botas de montaña azules sobre calcetines rosas.

El azar —unido a mi rapidez de movimientos— quiso que nos sentáramos juntos. Antes de que empezara la proyección, estuvimos charlando durante un rato y congeniamos. Me gustó su forma tan espontánea y alocada de expresarse. Dicen que los extremos se atraen. Terminado el documental, fuimos a tomar algo. Al despedirnos le di un beso en la comisura de los labios que fue correspondido. En las semanas sucesivas mantuvimos un breve romance que derivó en amistad.

El tiempo que Magda tarda en subir a pie las siete plantas —el ascensor no funciona— lo aprovecho para lavarme la cara, peinarme y ponerme las gafas. Ya me afeitaré después. Abro la puerta del piso y mi amiga aparece jadeando por el esfuerzo. Me sorprende su radical cambio de *look*: viste traje de chaqueta, lleva zapatos y se ha recogido el pelo. Está muy guapa, pero no se lo digo.

—¿Por qué vas vestida así? —pregunto cerrando la puerta.

—He ido a hacer una visita. —Enfila el pasillo y, al llegar al comedor, añade—: ¿Tu madre no está?

—No. Ya sabes que por las mañanas trabaja.

Mi amiga deja un ordenador portátil sobre la mesa y se quita la estrecha chaqueta con dificultad. Después de lanzarla sobre el sofá, se dirige a la cocina y se lava las manos con jabón de platos.

—Me apetece comer algo. ¿Qué tienes?

—Hay un trozo de tortilla de patatas en la nevera.

—¡Genial! —Cierra el grifo y se seca las manos con el trapo de cocina.

—¿De quién es el portátil? —pregunto apoyado en el marco de la puerta. Que yo sepa, el suyo solo lo utiliza en casa.

—De Natalia Rius. —Se acerca al arcón congelador que hay junto a la nevera, levanta la tapa hasta arriba y del interior escapa una neblina que se evapora en el aire—. ¿Por qué compraste este trasto? —Siempre que viene pregunta lo mismo.

—¡No lo abras, que se escapa el frío! —la riño empujando la puerta abatible hacia abajo—. Te he explicado mil veces que a mi madre no le gusta cocinar y a mí tampoco. Compramos comida preparada una vez al mes y la congelamos. Es muy práctico.

—¡No digas bobadas! Podrías comprar la comida cada día y así ahorrarte el dinero que habrá costado este trasto. Por no hablar del sitio que ocupa y el polvo que debe de acumular por debajo.

Me callo. No se me ocurre ningún argumento de peso que pueda contrarrestar su razonamiento.

Magda abre la nevera, coge el trozo de tortilla que descansa sobre un plato y, entre bocado y bocado, me relata todo lo que le ha ocurrido desde ayer.

34
Santi Canales
Lunes, 9 de junio de 2003

Al día siguiente, unos golpes me despertaron.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Abra! ¡Policía!

Lo primero que noté fue que la frente me ardía y mi cabeza estaba a punto de estallar. Lo segundo, que tenía el cuerpo húmedo y sentía escalofríos. Lo tercero, que mi espalda estaba enganchada a los asientos de escay.

Abrí los ojos, pero seguía rodeado de oscuridad. Esforzándome en enfocar la vista, vi que las agujas fluorescentes del reloj de pulsera marcaban las nueve y veintitrés. Me levanté del sofá con más dificultad de la habitual y fui a tientas hasta la puerta. Al abrirla, me percaté de que iba en calzoncillos. El brillo del fluorescente me obligó a usar una mano a modo de visera.

Ante mí había un hombre uniformado que, con voz grave, me preguntó:

—¿Es usted el señor Santiago Canales Tordo?

Asentí con cautela.

—Vengo a entregarle una citación. —Alargó el brazo y me tendió una hoja—. Tiene que personarse durante el día de hoy en la comisaría de Les Corts con el pasaporte y preguntar por el sargento Rosales. Si no lo hace, podría ser arrestado por… —Continuó hablando sin que yo prestara atención a lo que decía.

—Yo no he hecho nada —dije a la defensiva cuando terminó de recitar de memoria.

—Firme aquí. —Me plantó una carpeta y un bolígrafo delante de la cara.

Después de hacer un garabato debido al temblor de mi mano, el policía acercó la boca a mi oreja y susurró:

—Emilio Comas me ha pedido que le informe de que Natalia Rius ha sido asesinada. Ayer por la mañana hallaron el cuerpo descuartizado en el dormitorio de su propia casa.

Cuando el policía se marchó, dejé la puerta abierta para que entrara la luz del rellano. No me quedaban cerillas y carecía de encendedor.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared y la mirada fija en la citación. Según el agente, alguien mató a Natalia la misma mañana en que el secuestrador me convocó en su casa.

Me masajeé la frente, esforzándome en rememorar lo sucedido veinticuatro horas antes. Recordé la verja abierta, las persianas bajadas, la puerta entornada, la ausencia de electricidad, el ruido en la planta de arriba. «¿Cómo no advertí que era una trampa del secuestrador para que me culparan del asesinato?», me reprendí. Estaba tan ofuscado en conseguir los cien mil euros que no quise ver la evidencia.

Víctima de una taquicardia, supuse que el sargento Rosales quería hablar conmigo porque me creía el autor del crimen. De la rabia que sentí, di un puñetazo en la pared que me provocó un dolor inmenso. Fui al lavabo procurando no tropezar con los objetos esparcidos por el suelo y puse el dorso de la mano bajo el chorro de agua fría para anestesiar la zona.

La débil claridad que llegaba desde el rellano perfiló un brik de vino en la repisa del espejo. Lo cogí y por el peso deduje que estaba a la mitad. Bebí con tanto afán que parte del líquido me resbaló por el cuerpo y se precipitó al suelo. Cuando el dolor en los nudillos remitió lo suficiente como para hacerse soportable, regresé al comedor y me senté en el sofá con las manos tapándome la cara.

—¡Mira que eres zoquete! —Separé los dedos al escuchar la voz. Pedro salía de la cocina, sosteniendo una de mis tostadas rancias untada con la mermelada caducada—. ¿No ves que no existen pruebas contra ti? Nadie te vio entrar en casa de Natalia y tus huellas no están ni en el dormitorio, ni en el cadáver, ni en el arma homicida. —Se sentó a mi lado, provocando que la mitad del sofá se hundiera bajo su peso—. Además, si el sargento Rosales te creyera culpable, ya te habrían detenido. Solo quiere hablar contigo, igual que hará con todas las personas que han tenido relación con tu exmujer. Puro trámite. Y gracias al soplo de Emilio, puedes prepararte las respuestas.

Reflexioné sobre lo expuesto por mi exsocio.

—¡Es verdad! —Me levanté, recogí la ropa del suelo y me vestí con una sonrisa—. Cuanto antes hable con el sargento Rosales, antes podré olvidarme de Natalia y empezar una nueva vida junto a mi querida hija.

—Eso si el secuestrador no la ha matado junto con su madre. —Dicho esto, dio un mordisco a la tostada—. ¡Puaj! ¡Está asquerosa! —La tiró al suelo y escupió repetidas veces.

Sus palabras me impactaron sobremanera. Mi cuerpo se tensó y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor, hasta el punto de tener que sentarme para no caer al suelo. Me sentí culpable por no haberme atrevido a inspeccionar la planta superior, tal como me recomendó Pedro.

Entonces caí en la cuenta de que era harto improbable que el secuestrador le hubiera hecho algo a mi hija. De ser así, el policía

también me lo habría dicho.

Fui recobrando la tranquilidad poco a poco, aunque no la recuperaría del todo hasta que no hablase con Berta y verificara que estaba bien. Saqué el móvil del bolsillo y, envalentonado por el alcohol, llamé a casa de Alfonso Rius a pesar de que siempre me trató con desprecio. Por fortuna, contestó mi hija. Oír su voz me hizo llorar de alegría. Me dijo que su madre la dejó el sábado por la noche en casa de su abuelo y, desde entonces, no había vuelto a saber de ella. También me contó que el domingo por la tarde fue al cine con su tío Óscar. Quise decirle que la quería más que a nada en el mundo y que por fin estaríamos juntos, pero la comunicación se cortó. Estoy seguro de que fue culpa de Alfonso Rius, obsesionado con que no tuviera contacto con su nieta. Esta vez no me importó. Sin Natalia de por medio, ya no podría alejarme de Berta.

Reprimí las ganas que tenía de ir a por ella, consciente de que antes tenía que ocuparme de un asunto más urgente.

35
Jorge
Sábado, 21 de octubre de 2017

—¡Estás loca de remate! —exclamo cuando Magda me cuenta que se ha hecho pasar por inspectora de policía en casa de Alfonso Rius. Entonces, el ordenador que ha traído sí que debió de pertenecer a su hija. Y yo que pensaba que Magda lo decía en broma…

—*Tdanguido, ge do be* ha *pahado dada.*

—No hables con la boca llena, que no te entiendo.

—He dicho que no me ha pasado nada —repite después de tragar.

—¡Ha sido de milagro! ¿No sabes que te pueden meter en la cárcel por suplantar a un miembro de la ley?

—A ver, Jorgito, ¿quieres saber de qué hemos hablado o prefieres darme unos azotes por niña mala? —Me dedica una sonrisa pícara, con la suficiencia de quien sabe la respuesta.

—Va, cuenta —digo negando con la cabeza. En realidad tengo curiosidad por saberlo, pero antes muerto que reconocerlo ante ella.

—Haré algo mejor: dejaré que escuches la conversación por ti mismo. —Magda va a por su chaqueta, saca el móvil del bolsillo y lo sostiene en el aire—. La tengo grabada.

Antes de que mi amiga pulse el botón de *play*, preparo un café doble para mí y un chocolate caliente para ella. Cafeína es lo último que necesita. Nos sentamos a la mesa del comedor y escuchamos el diálogo que ha mantenido con Alfonso Rius. Ella va pausando la grabación para hacer infinidad de aclaraciones que solo consiguen complicarme su comprensión.

Finalizada la escucha, exclamo:

—¡Qué bruta eres!

—¿Yo? —Pone cara de no haber roto un plato.

—Le dices a Alfonso Rius que el asesino de su hija anda suelto, aseguras que ella se casó por dinero y encima afirmas que su amigo César Font, el cual se esforzaba en parecer hetero, sentía atracción por los hombres. ¡Normal que se haya enfadado!

—¿Qué culpa tengo yo si todo eso es verdad? —pregunta haciéndose la ofendida.

Por más que lo intento, no consigo hacerle entender que demasiada sinceridad suele acarrear problemas.

—Lo que no esperaba es que Natalia estuviera casada con César Font —digo cambiando de tema—. Y eso significa que Santi y ella fueron amantes hasta que él se suicidó.

—¿Crees que Santi sabía que su novia era la mujer de su jefe?

—Por lo que explica, yo diría que no. Al menos, mientras el empresario estuvo vivo. Santi no entendía por qué Natalia deseaba mantener su relación en secreto cuando se conocieron, y ahora sabemos el motivo: ella no quería que su marido se enterara.

—¡Qué bien, Jorgito! ¡Veo que estás leyendo el archivo! —grita aplaudiendo con entusiasmo.

—Hicimos un trato y perdí. Pero aún voy por la mitad —confieso sin especificar que mi propósito no es ayudarla a lograr su objetivo, sino todo lo contrario.

Magda me señala el ordenador portátil que ha traído.

—Enciéndelo, porfi. Confío en que aquí dentro haya alguna pista que nos ayude a dar con el autor del crimen. Dicen que las víctimas conocen a su verdugo la mayoría de las veces.

Aprieto el botón, pero no sucede nada.

—Después de tantos años sin usarse, seguro que le falta batería.

—¿Tienes algún cargador compatible? —me pregunta.

Es posible que sí, aunque no seré yo quien le facilite la búsqueda de un criminal. Al decirle que no, veo por el rabillo del ojo que el reloj de la pared marca las dos y cuarto de la tarde.

—¡Ostras, llegaré tarde otra vez! —exclamo corriendo hacia mi habitación.

Me cambio el pantalón del pijama por unos tejanos, la parte superior por una camiseta de Yoda, las zapatillas de andar por casa por unas deportivas y salgo disparado rumbo al metro.

36
Santi Canales
Lunes, 9 de junio de 2003

Me desplacé al barrio de Les Corts en coche. Cuando llegué a mi destino, aparqué en la zona azul. Si me multaban por no pagar me era igual. La comisaría de los Mossos d'Esquadra era la misma en la que Emilio estaba destinado. Esperé a que terminara de atender a una pareja de turistas y le di las gracias con disimulo por avisarme. Él asintió y avisó por teléfono de mi llegada.

Una agente me condujo a una pequeña sala sin ventanas y me hizo sentar a una mesa rectangular. El calor ahí dentro era asfixiante, pero al menos no se trataba de la sala de interrogatorios —no había falso espejo en la pared ni mobiliario anclado al suelo—. Antes de marcharse, la mujer tomó una muestra de mis huellas dactilares y apuntó mis datos personales en una ficha.

El sargento Rosales acudió a la media hora. Era un tipo delgado y de baja estatura que se peinaba hacia delante para disimular su calvicie. Calculé que rondaba los cincuenta. Vestía una camisa a cuadros con manchas de humedad en los sobacos, de cuyo bolsillo asomaban unas gafas negras de pasta y un bolígrafo plateado. Si no fuera por la placa que colgaba del cinturón, nadie lo tomaría en serio.

El hombre se sentó frente a mí sin mirarme, puso una libreta encima de la mesa y se secó las gotas que le resbalaban por la cara con un pañuelo que sacó del pantalón. Luego se colocó las gafas y, pasando las hojas de la libreta como si buscara una en concreto, dijo con voz monótona:

—Soy el sargento Rosales. Siento informarle de que la señora Natalia Rius ha fallecido.

Al decirlo me miró por encima de las gafas para ver cómo reaccionaba. Yo puse cara de sorpresa, si bien sobreactué al taparme la boca y soltar un grito ahogado.

—¡No me diga! ¿Cómo ha sucedido?

—Hemos encontrado el cuerpo en el dormitorio de la víctima. Se ha abierto una investigación para esclarecer los hechos y hallar al culpable. Le pido que conteste a unas preguntas.

—Claro, sargento.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en casa de la señora Rius?

—¡Uf!, hace mucho. Por lo menos, cuatro años —mentí.

El sargento cogió el bolígrafo de su bolsillo y lo apuntó en la libreta.

—¿Qué hizo en la mañana de ayer?

—Ver la tele. No salí a la calle en todo el día.

El sargento retrocedió varias páginas hasta dar con los datos que buscaba.

—Pues tenemos el testimonio de una pareja de ancianos que aseguran haberlo visto entrar en el domicilio de la víctima ayer a las diez y cinco de la mañana y salir veinte minutos más tarde.

«Eso es imposible», pensé. Antes de cruzar la verja, me cercioré de que nadie me observaba. Entonces recordé al matrimonio jubilado que vivía en la casa de enfrente. Durante los años que residí allí, se dedicaban a espiarnos con prismáticos. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Fui incapaz de inventarme un buen motivo que justificara mi presencia en esa casa. Busqué a Pedro con la mirada, pero el efecto del vino había desaparecido y me derrumbé. Sin su ayuda, no me quedaba otra opción que confesar la verdad si quería que el sargento creyera en mi inocencia. Él ya se encargaría de contrastar los datos que le facilitara.

—El secuestrador me citó ahí —declaré consciente de las nefastas consecuencias que mi confesión tendría en mi economía—. ¡Pero no pasé del vestíbulo, se lo juro!

El sargento se quitó las gafas y me miró fijamente.

—¿Qué secuestrador?

—Una mujer me llamó diciendo que se habían llevado a su hija y que la matarían si no me presentaba en mi antigua casa.

—¿Informó a la policía?

—No pude; el secuestrador nos amenazó con quitarle la vida a la niña si lo hacíamos.

El sargento me escrutaba en silencio, evaluando hasta qué punto mis explicaciones eran ciertas. Yo le sostuve la mirada para demostrarle que no mentía.

—¿La mujer le dijo su nombre? —preguntó al fin.

—Sí. Vanesa Pérez Zorzal. Y el de su hija es Iris Trogón Pérez —afirmé contento de poder aportar una prueba de mi sinceridad.

El sargento se colocó las gafas y anotó sus nombres.

—¿Tiene su número de teléfono?

—Sí, también.

Saqué el móvil del bolsillo, busqué el número en el registro de llamadas y lo dije en voz alta para que lo apuntara.

—¿Sabe por qué el secuestrador lo citó en casa de la señora Rius?

—Al principio, no. Ahora sé que me preparó una trampa. Quería que pareciera que yo soy el autor del crimen.

Sin dejar de escribir, el sargento siguió preguntando.

—¿El sábado por la noche llamó usted por teléfono al domicilio de

su exmujer?

No tenía sentido pretender engañarlo. Era evidente que sabía la respuesta. Como parte de la investigación, la policía siempre analiza las llamadas recibidas y emitidas por parte de la víctima.

—Sí.

—¿El motivo?

—Quise avisarla del peligro que suponía quedarse en esa casa. —No podía confesar que solo me importaba la vida de mi hija.

El sargento dejó el bolígrafo sobre la mesa, se quitó de nuevo las gafas y, sosteniéndolas con ambas manos, se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Cómo era su relación con la víctima?

—Siempre fue buena —mentí. No podía admitir que no la soportaba.

—Pues tengo entendido que ella lo denunció por maltrato.

—¡Nunca le puse la mano encima! —exploté levantándome de la silla—. ¡Se lo inventó con el único propósito de alejarme de mi hija!

El sargento me mandó sentarme con un gesto de la mano. Obedecí al instante, arrepentido de mi impulsividad. Más calmado, añadí:

—Reconozco que no era santo de mi devoción, pero yo no la maté.

El sargento guardó las gafas y el bolígrafo en el bolsillo de la camisa, cogió su libreta y, antes de salir por la puerta, pronunció un escueto:

—Ahora vuelvo.

37
Jorge
Sábado, 21 de octubre de 2017

Magda me acompaña al metro sujetando dos bolsas: en una lleva el ordenador portátil de Natalia Rius y en la otra una *pizza* que guardaba en el arcón congelador.

Yo me bajo en la estación de Cataluña —así me ahorro el cambio de línea— y mi amiga continúa hasta la de Poble Sec, en dirección a su piso. Antes de despedirnos, me pide que nos veamos por la noche para comentar la información que obtenga del ordenador. Le digo que no es necesario, que con comunicarnos por teléfono es suficiente, pero se niega alegando que no me podrá mostrar los documentos que encuentre. Yo, escéptico por naturaleza, dudo que ese aparato contenga datos relevantes. A pesar de ello, acepto a regañadientes por su insistencia y le propongo quedar en el *pub* irlandés a las nueve y cuarto.

Contra todo pronóstico, llego a tiempo al trabajo. Sin embargo, la alegría me dura muy poco. Uno de los repartidores del servicio a domicilio ha cogido la baja por depresión y me toca sustituirlo. El encargado prefiere que salga yo a que lo haga Rudy, intuyo que para perderme de vista.

Entregado el primer reparto, en el que he tenido que subir la compra a un cuarto piso sin ascensor, ya estoy exhausto. Y más teniendo en cuenta que, por culpa de Magda, no he comido nada antes de entrar.

Concluida la jornada laboral, Rudy me propone ir a tomar algo en el *pub* irlandés. Tonto de mí, le explico que no puedo porque he quedado allí con Magda. No sé qué parte no entiende, pues dos minutos más tarde estamos los tres sentados en una pringosa mesa de madera: él a mi izquierda y ella a mi derecha. Hechas las presentaciones, ellos piden dos cervezas negras y yo una clara sin alcohol.

Con Rudy de por medio, mi amiga no me podrá mostrar nada del ordenador de Natalia Rius. Aunque, ahora que me fijo, tampoco lo lleva encima. Mejor, así me iré antes a casa. El dolor de espalda y el cansancio acumulado hacen que solo piense en tomar un calmante y meterme en la cama.

Me arrastro hasta el lavabo del bar y, cuando regreso, me encuentro a Magda hablando del *e-mail* de Santi Canales. El ruido

generado por la gente y la música irlandesa que suena por los altavoces la obligan a hablar a grito pelado. Entre trago y trago, también explica sus encuentros con Yamila y Alfonso Rius de manera atropellada y desordenada. Por extraño que parezca, da la impresión de que Rudy lo entiende todo sin esfuerzo; incluso que le interesa. Solo deseo que no se ofrezca a ayudarla a encontrar al asesino. Para evitarlo, les propongo hablar de armas o de ovnis, pero ninguno de los dos me hace caso.

Bebo sin ganas y miro el reloj con impaciencia. Si bien quiero irme a casa, no pienso dejar a mi amiga a solas con este chiflado.

38
Santi Canales
Lunes, 9 de junio de 2003

Durante la ausencia del sargento Rosales, me puse a dar vueltas por la reducida estancia en un intento de liberar la tensión acumulada.

Mi visita a la comisaría había pasado de ser un puro trámite a convertirse en una pesadilla. De todas maneras, estaba convencido de que pronto se aclararía el malentendido: en cuanto Vanesa diera su versión de los hechos, mi inocencia quedaría demostrada.

El sargento regresó y ocupamos nuestros respectivos asientos.

—Señor Canales, creo que no me ha dicho ni una sola verdad —afirmó con los dedos de ambas manos entrelazados sobre la mesa y sus ojos fijos en los míos.

—¡No es cierto! Yo…

—¡Calle y escuche! El número de teléfono que me ha facilitado pertenece a una tarjeta prepago, por lo que no podemos averiguar a quién pertenece. —Se puso las gafas y abrió la libreta por la última página escrita—. En lo que respecta a la señora Vanesa Pérez Zorzal y su hija Iris, no constan en nuestra base de datos. Lo cual indica que no existen.

—¡Eso es imposible!

Estuve a punto de decirle que Emilio Comas me había confirmado la autenticidad de esos nombres, pero opté por callar. Si delataba a mi fuente, ya podía despedirme de su valiosa ayuda en el futuro.

El sargento se quitó las gafas, cogió varias hojas dobladas del interior de la libreta y las agitó en el aire.

—Aquí tengo la transcripción del mensaje de voz que usted dejó en el contestador de la señora Natalia Rius. Aparte de nombrar a su hija varias veces, hace comentarios ofensivos y amenazantes a su exmujer en claro estado de embriaguez.

—¡Yo no dejé ningún mensaje!

—Por último, usted ha negado haber entrado en el domicilio de la víctima —dijo ignorando mi comentario—. Hemos comparado las huellas que le han tomado hace un rato con las encontradas en el interior de la vivienda y coinciden.

Me froté la cara con fuerza. Había olvidado todo lo tocado por mí, y sin guantes: desde el interruptor del pasillo a la barandilla de las escaleras, pasando por los objetos de la cocina.

—De acuerdo, crucé el vestíbulo, pero eso no demuestra nada.

—¿Y cómo justifica que hayamos encontrado un vaso con sus

huellas junto al cadáver?

Su seguridad al decirlo me hizo dudar. Sin embargo, enseguida deduje que era imposible: la planta de arriba estaba a oscuras, motivo por el que no me atreví a entrar en ninguna habitación. Y de la botella de ron había bebido a morro.

—¡Le juro por mi hija que no accedí al dormitorio ni utilicé ningún vaso!

—Las pruebas no mienten, señor Canales.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—¡Yo no he matado a nadie! —Me llegué a plantear si lo que estaba viviendo era real. Por desgracia, lo parecía. Sentí un miedo visceral al deducir lo que sucedería a continuación—. ¿Va a detenerme?

El sargento resopló mientras yo luchaba por no desfallecer.

—Aún no. Estoy a la espera de recibir el informe de la autopsia, que determinará si la muerte se produjo estando usted presente.

Solté el aire que, sin ser consciente, retenía esperando su respuesta.

—Entonces, ¿me puedo ir? —pregunté incrédulo.

—Sí, señor Canales, puede marcharse. No creo que sea un peligro para la sociedad y el calabozo está lleno. Con que me entregue el pasaporte será suficiente.

Se lo di y me dirigí a la salida.

—Esté localizable —me advirtió antes de cruzar la puerta—. Pronto recibirá noticias mías.

39
Jorge
Sábado, 21 de octubre de 2017

Cuando Magda termina de ponerlo al día, Rudy exclama:

—¡Qué callado lo tenías, cabronazo! —Me palmea el hombro con fuerza—. ¡Y tú, qué ovarios tienes presentándote en casa del padre de la muerta! —añade con admiración dirigiéndose a Magda.

Ella está sentada sobre su pie derecho y con un brazo apoyado en el respaldo. Ha cambiado el traje de chaqueta y los zapatos por su vestimenta habitual y el bolso cruzado al pecho. Su pelo vuelve a estar suelto y enredado.

—¡Eso, tú felicítala! —Miro a mi amiga con dureza—. ¿Y si te hubiera pasado algo?

—Ay, Jorgito, tú siempre tan negativo. —Levanta la jarra hacia mí a modo de brindis y da varios tragos.

—¿Jorgito? ¡Ja, ja, ja! A partir de ahora te llamaré así. —Rudy le guiña el ojo y ella le corresponde con el mismo gesto. ¿Cómo es posible que le siga la corriente?

—Eso, tú dale ideas —digo cruzándome de brazos.

—¡Ah, se me olvidaba! —Magda extrae de su bandolera una fotografía doblada y la lanza hacia mí—. Mirad qué me he llevado de casa de Alfonso Rius.

—¿Qué es esto? —pregunta Rudy con interés, apoyando las manos sobre la mesa.

—Una foto de sus hijos, Natalia y Óscar. La he quitado de un marco de la pared mientras el hombre iba a por el ordenador. Dicen que una imagen vale más que mil palabras.

Rudy la agarra antes que yo y la analiza durante unos segundos.

—La Natalia esa estaba buena. Y el cachas de su hermano es feo de cojones.

Le quito la foto de las manos y compruebo que su descripción simplista se ajusta bastante a la realidad.

—Magda, pásame el correo de ese tal Santi —añade—. Voy a ayudarte a pillar al cabrón que la mató.

¿Por qué no se mete en sus asuntos?

—¿De verdad? ¡Genial! —Mi amiga saca el móvil y se lo reenvía a la dirección que él le dicta.

—¡Qué sorpresa! —exclamo con sarcasmo, dejando la fotografía sobre la mesa—. Pensaba que solo leías los diarios deportivos, y porque tienen fotos.

—¿Crees que porque no llevo gafas ni voy por ahí cargando un libro no me gusta leer? ¡Pues te equivocas, chaval!

No he de temer que este tarugo obstaculice mi plan para alejar a Magda del peligro. Con su limitada capacidad mental, no entenderá ni la mitad de las palabras.

—¿Has podido cargar la batería del ordenador de Natalia Rius? —pregunto a Magda. Necesito que me diga si ha obtenido algún avance para saber si debo intervenir.

Ella bebe de la jarra y responde:

—Sí, pero al encenderlo me ha pedido la contraseña. ¿Quién pone una en su portátil? —nos pregunta indignada, haciendo una mueca—. Así que se lo he llevado a mi hermano para que lo desbloqueara.

Rudy contempla a mi amiga embobado. Suerte que no la verá nunca más.

—¿Lo ha conseguido? —le pregunta. Cómo se nota que no conoce las aptitudes del grandullón.

—Sí, claro; no hay trasto que a Hal se le resista. Aunque para ello he tenido que entrar a la fuerza en su habitación y amenazarlo con no irme hasta que lo hiciera. De todas formas, no ha encontrado nada que nos sirva; solo unos cuantos selfis y varias canciones. —Al escucharlo emito un suspiro de alivio que pasa desapercibido—. Le he pedido que investigara su cuenta de correo electrónico, pero me ha escrito que fue eliminada al estar tantos años sin usarse. Respecto a las redes sociales, me ha informado de que en esa época aún no existían.

—¿Tu hermano se llama Hal? —pregunta Rudy, extrañado.

—Quiere que lo llamemos así por una peli del espacio. —Magda acompaña sus palabras con un gesto de la mano.

—¿Y por qué te ha escrito si estabas con él?

—Ah, es mudo —responde sin ganas de dar más explicaciones. Apura la cerveza y añade—: Chicos, ¿queréis otra ronda?

¡Oh, no! Si la pide no saldremos de aquí hasta las tantas.

—Yo paso. Es muy tarde y estoy cansado. —Doy un bostezo involuntario que lo confirma—. ¿Por qué no nos vamos?

—Yo me apunto. ¡Dos jarras más! —grita Rudy en dirección al camarero.

40
Santi Canales
Lunes, 9 de junio de 2003

Dejé el coche estacionado en la zona de carga y descarga del paseo de la Peira, calle ancha y empinada perpendicular a la plana calle Cadí, y fui al bar de Wong. Necesitaba serenar la mente y apaciguar mis problemas físicos con alguna sustancia más fuerte que el vino. Suponía que el chino no me atendería sin dinero, pero tenía que intentarlo; los otros bares de la zona no me fiaban sin conocerme.

Saludé al Vasco con la cabeza y le pedí a Wong una botella del mejor *whisky*, nada de garrafón. Le juré que había cobrado un montón de dinero al resolver un caso importante y que antes de irme cancelaría mis deudas. Me observó indeciso, momento que aproveché para apelar a nuestra amistad y enseñarle mi cartera sin abrir. El hecho es que funcionó. En lugar de exigirme que le mostrara la pasta o le pagara por adelantado, me sirvió una botella de las caras.

Bebí dos vasos de forma consecutiva y repasé el interrogatorio encubierto al que me había sometido el sargento Rosales. Las únicas pruebas reales que había en mi contra eran el testimonio de un par de vecinos mirones y unas cuantas huellas esparcidas por la planta baja. A todas luces, ninguna de las dos era concluyente. «Por eso no me ha detenido», reflexioné. El sargento, no obstante, creía que yo era el asesino. Y desconocía el motivo.

Para obtener mi confesión, había mentido tres veces: la primera, al contarme que Vanesa y su hija no constaban en los archivos de la policía. No debió de comprobarlo, convencido de que me había inventado esos nombres. La segunda, al decir que había amenazado a Natalia a través de mensajes dejados en su contestador automático. Era evidente que las hojas en las que constaban las supuestas transcripciones estaban en blanco. Y la tercera, al asegurar la existencia de un vaso con mis huellas junto al cuerpo de Natalia. Me reafirmé en que eso era imposible a pesar de su rotundidad al expresarlo.

Alguien me palmeó la espalda y me giré sobresaltado. Como debí suponer, era Pedro. Se apoyó en la barra y pidió a Wong un bocadillo de calamares. Luego dijo:

—Ahora entiendo por qué yo era el listo de los dos.

—¿A qué te refieres? —le pregunté vocalizando con dificultad, acostumbrado a que siempre menospreciara mis aptitudes.

—A ver, Santi, piensa: ¿cuál es el único sitio del que ha podido

salir un vaso con tus huellas?

Dirigí la mirada al vaso que sostenía en mi mano derecha, aún dolorida por el golpe contra la pared, y entendí a qué se refería. El secuestrador solo tenía que esperar a que me fuera, llevarse el vaso del que había bebido —usando guantes o metiéndolo en una bolsa— y dejarlo en el dormitorio de Natalia. Eso explicaría por qué el sargento Rosales estaba tan convencido de mi culpabilidad.

Salté la barra y fui directo hacia Wong, que miraba distraído una película en el ordenador.

—¿¡Quién se llevó mi vaso!? —le grité agarrándolo del cuello y con el puño derecho levantado.

Era la única manera de que confesara la verdad. De habérselo preguntado por las buenas, Wong hubiese contestado que nadie para evitar problemas.

—¿Qué? —dijo sorprendido por mi reacción.

—¡Responde o dejaré de ser tan amable! —lo amenacé acercando mi puño a su cara.

—*Homble* cogió vaso y se fue —confesó al fin.

—¿Cómo era?

—Alto y *fuelte. Cicatlís cala*. No *nalís*. Tatuaje *flente* —balbuceó asustado.

Salí del bar con la botella de *whisky* en una mano y los nudillos aún más doloridos de lo que estaban en la otra. Imaginé que con el puñetazo recibido se daría por pagado. Me dirigí hacia el coche y lo puse en circulación a pesar de no estar en condiciones de conducir.

«Alto y fuerte. Cicatriz en la cara. Sin nariz. Tatuaje en la frente», repetía mi cerebro sin parar.

Hacía nueve años que no tenía noticias de Cicatriz. En concreto, desde que se presentó en el despacho del paseo de Gracia a recoger la foto que encargó. Estaba convencido de que se trataba del secuestrador de Iris y el asesino de Natalia. Era imposible que su participación se limitara a llevarse un vaso con mis huellas. Y, en consecuencia, también se encargó de dejarlo junto al cadáver.

No creía que Cicatriz actuase por iniciativa propia. Yo no le había hecho nada, y nuestro anterior encuentro, en 1994, fue fructífero por ambas partes. Me decanté por pensar que alguien lo había contratado con el objetivo de que me acusaran del asesinato de mi exmujer. La cuestión era quién. Y por qué.

—¿Ves, Santi, como alguien se había llevado tu vaso?

—Sí, Pedro, tenías razón —reconocí conduciendo entre dos de los tres carriles de la calle Escocia.

Mi exsocio sonreía satisfecho en el asiento del copiloto. Devoraba una bolsa llena de golosinas, la mitad de las cuales caían sobre su camiseta de AC/DC.

—Ahora solo debes entregar a Cicatriz a la policía para que confiese la verdad, incluida la identidad de su cliente.

—¿Enfrentarme yo a ese psicópata? —Giré a la derecha desde el carril de la izquierda sin mirar el retrovisor y casi choqué contra una escúter—. ¡Ni de coña! Lo que voy a hacer es explicárselo ahora mismo al sargento Rosales. Que se ocupe él de detener a ese monstruo.

Pedro dejó de masticar y, manteniendo la boca abierta, orientó su cabeza hacia mí.

—¿En serio piensas que te creerá cuando le digas que el asesino es un tío sin nariz del que no sabes su nombre ni dónde encontrarlo?

Me detuve en un semáforo en rojo de la avenida Merdiana, ocupando medio paso de cebra, y le quité a mi exsocio una gominola de color verde.

—Hombre, dicho así…

—Escúchame, Santi. Tal y como ha amenazado, te detendrá en cuanto lea en el informe de la autopsia que la hora de la defunción de Natalia coincide con la de tu estancia en su casa. Cicatriz no habrá cometido el error de matarla en otro momento, hecho que demostraría tu inocencia. Y los golpes que oímos en el techo así lo confirman.

Odiaba que Pedro tuviera razón, aunque ese pensamiento fuese en mi contra. Me daba rabia no poder llegar a esas conclusiones por mí mismo y en estado sobrio, por mucho que fuera mi cerebro quien las elaborara.

—Vale, me has convencido. ¿Cómo encontramos a Cicatriz?

—Muy fácil: preguntando a alguien que, directa o indirectamente, conozca su existencia si sabe cómo localizarlo. ¿Se te ocurre algún nombre?

Negué con la cabeza.

—¡Mira que eres lerdo!

—Di tú un nombre, si eres tan listo —lo reté.

—Gabriel Casas.

—¿El amante de César Font?

—Exacto, Santi. Lo más lógico es que el empresario le explicara que lo estaban amenazando con publicar la foto que les hiciste en el ascensor del hotel. Con suerte, hasta le contó la manera de contactar con Cicatriz para entregarle el pago exigido.

Meneé la cabeza en señal de desacuerdo.

—Averiguar dónde y cuándo iban a quedar no nos serviría de nada. Y más después de nueve años.

—Nunca se sabe. La alternativa es pudrirte en la cárcel —sentenció en tono despreocupado.

Los pitidos de claxon a mi espalda me alertaron de que el semáforo estaba en verde. Reanudé la marcha con un acelerón y, a falta de una opción mejor, conduje hasta una cabina telefónica. Estacioné en el

carril de la derecha sin activar las luces de emergencia, lo que generó más de una queja por parte de los vehículos que iban detrás.

Me apeé y llamé a la comisaría de Les Corts con una moneda de veinte céntimos que hallé en la guantera. Necesitaba que Emilio me informara de si Gabriel Casas aún vivía en el piso de la calle Verdi. Tal como había propuesto Pedro, era hora de hacerle una visita. Se me ocurrió pedirle al policía que antes buscara la ficha policial de alguien con las características de Cicatriz, cosa que ya hizo en 1994 sin éxito. Quizá había sido detenido al menos una vez y constaban sus datos personales. Sin embargo, Emilio me comunicó que aún no había sido atrapado.

Por lo que respecta a Gabriel Casas, había cambiado su antiguo piso por una lujosa mansión ubicada en Esplugues de Llobregat, municipio muy cercano a la ciudad de Barcelona. Mi primera reacción ante esa inesperada noticia fue pensar que la muerte del empresario no le vino mal del todo.

41
Magda
Domingo, 22 de octubre de 2017

Me despierto sobresaltada, con la respiración tan acelerada como si corriera una maratón y el cuerpo cubierto por una fina capa de sudor. Acabo de sufrir una pesadilla en la que un monstruo perseguía a Daniela sin que yo pudiera hacer nada por salvarla. Cuando la ha atrapado, he recuperado la consciencia.

A pesar de ser hermanas, Daniela y yo no nos parecíamos en nada. Sus gestos eran femeninos, sus facciones dulces y su cuerpo delgado. No sufría trastornos mentales y caía bien a todo el mundo, incluso al huraño de Jorge. Su amor por los animales la llevó a estudiar la carrera de Veterinaria y ejercer de doctora en una clínica del Tibidabo. Su sueldo le permitía vivir sola en un dúplex de Castelldefels, población costera a veinte kilómetros de Barcelona.

Su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados cuando, hará un par de años, se enamoró de un timador profesional que conoció en una página de citas. Además de vivir a su costa, ese malnacido la introdujo en el mundo de las drogas. Cada vez que la veía, mi hermana tenía el cuerpo más consumido, la cara más demacrada y el carácter más irritable. Hasta que un día la despidieron del trabajo por acudir bajo los efectos de la heroína y provocar la muerte de un perro al administrarle la medicación que no era. Después de aquello, ninguna clínica quiso contratarla y cayó en una profunda depresión.

El impostor abandonó a Daniela en cuanto a ella se le acabaron los ahorros. Después la desahuciaron y acabó viviendo bajo un puente, en compañía de otros drogadictos. Se rapó el pelo, se llenó la cara de *piercings* y empezó a tatuarse el cuerpo.

Yo iba a visitarla cada día a pedirle que dejara esa vida y volviera a ser la que era. Ella aceptaba a cambio de que le prestara dinero para empezar de cero. Yo se lo daba con la esperanza de que fuese verdad, pero siempre necesitaba más para dar el paso. Hasta que Jorge me hizo ver que me engañaba y dejé de hacerlo.

La luz que entra por la ventana del comedor me molesta a los ojos, hasta el punto de tener que cerrarlos. Noto un pitido en los oídos, yo diría que provocado por el ruido que había ayer en el *pub* irlandés.

Jorge se presentó con Rudy, un compañero del trabajo muy simpático, para que nos ayude a encontrar al asesino. Eso demuestra que mi amigo sí quiere que lo consiga. ¡Y yo que dudaba de él! Lo último que recuerdo es que Jorge se fue sin despedirse cuando Rudy

pidió la tercera ronda.

El teléfono suena bajo la almohada, interrumpiendo mis pensamientos. Levanto la cabeza unos centímetros, meto la mano por debajo de la almohada y palpo hasta dar con el aparato. Lo cojo y, aún con los ojos cerrados, pulso la pantalla hasta que logro descolgar.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

El molesto zumbido me impide reconocer la voz.

—¿Quién es? —pregunto con la boca pastosa.

—¡Soy yo, Jorge!

El tono elevado de su voz me provoca un dolor agudo en la frente.

—No hables tan alto, por lo que más quieras. ¿Qué hora es? —Estoy afónica, consecuencia del esfuerzo vocal que hice en el bar.

—Son las doce menos cuarto. Al no recibir noticias tuyas, he temido que Rudy te hubiera hecho algo.

—¿Por qué lo dices? Tu amigo me cayó muy bien.

—No es de fiar, Magda, y no quiero que tengas trato con él. Espero que no le dieras tu número de teléfono. Si lo hiciste, bloquéalo. ¿A qué hora llegaste a casa?

—No lo recuer… ¡Aaah!

Algo me roza la pierna. Abro los ojos, aterrorizada, y lo que veo me deja patidifusa.

42
Santi Canales
Lunes, 9 de junio de 2003

La casa de Gabriel Casas se hallaba en lo alto de Ciutat Diagonal, un barrio exclusivo con fuertes pendientes en la que residen muchos famosos.

A las cuatro de la tarde, aparqué frente a una vivienda en construcción adyacente a la del empresario. Sobre la acera había una hormigonera y un saco lleno de escombros. Salí del coche y recorrí los veinte metros que me separaban de su puerta deslumbrado por el exceso de claridad. A lo largo de la calle, plana y unidireccional, no había ni un triste árbol bajo el que protegerse del sol. Los pocos que se divisaban pertenecían a jardines particulares.

La fachada de la propiedad de Gabriel Casas era de piedra, igual que el muro que la rodeaba. Apreté el botón del telefonillo mientras buscaba la mejor manera de exponer el motivo de mi visita, pero nadie contestó. Dejé pasar un tiempo prudencial y volví a pulsarlo, esta vez con más insistencia. Ante la ausencia de respuesta, regresé a mi vehículo a esperar su llegada.

El calor dentro del automóvil era insoportable. Los rayos solares caían con toda su fuerza sobre la carrocería, convirtiendo el interior en un horno. Bajé las cuatro ventanillas, pero no sirvió de nada. Saqué el viejo mapa de carreteras que guardaba en la guantera y lo utilicé de abanico. Pedro, al contrario que cuando estaba vivo, roncaba a mi lado sin transpirar lo más mínimo.

Las horas transcurrieron con lentitud, amenizadas por un casete de Dire Straits —la radio no se sintonizaba bien— y lo que restaba en la botella que me llevé del bar de Wong.

A las siete menos veinte, un Porsche 911 color verde pistacho pasó a mi lado y se detuvo frente al garaje de Gabriel Casas. La puerta basculante se abrió emitiendo un fuerte chirrido y el deportivo desapareció de mi campo de visión. Esperé unos minutos y volví a recorrer la distancia que me separaba de la entrada. Pulsé el interfono varias veces; no contestó nadie. Tampoco al aporrear con rabia la puerta metálica del garaje. Una mujer en bata y rulos que paseaba a un pequinés me amenazó con llamar a la policía si no dejaba de armar jaleo. Cuando pasó de largo, mi primer impulso fue saltar el muro que rodeaba la casa. Sin embargo, la concertina de seguridad en la parte más alta, con sus púas y cuchillas, me obligó a reconsiderarlo.

Volví al Opel Astra enfurecido por la actitud de Gabriel Casas. Por mucho que me evitara, no pensaba cejar en mi empeño de hablar con él. Si no podía acceder a su fortaleza, esperaría a que saliera y le cortaría el paso.

A las nueve de la noche, las farolas de la calle se encendieron pese a que el cielo aún no había oscurecido del todo. Mis tripas no paraban de sonar, pero no tenía comida con la que saciar mi apetito. La única posibilidad de ingerir algo era rebuscando en el contenedor de la esquina. Y así lo hice. De las bolsas de basura rescaté unas lonchas de pan florecidas por los lados, una lata de albóndigas deformada por un golpe y dos yogures de fresa caducados el día anterior.

Después de comer me entró sed y caminé hasta la fuente de un parque cercano. A la vuelta subí las ventanillas del coche, recliné el asiento del conductor y me froté los brazos. Empezaba a refrescar y no disponía de chaqueta. Por la temperatura se notaba que el parque natural de Collserola estaba cerca.

A las diez menos cuarto, el cielo ya había oscurecido del todo. La calle, iluminada por tonos anaranjados procedentes del alumbrado público, estaba desierta. Me pareció raro que la mujer del pequinés o cualquier otro vecino no hubieran alertado a la policía de que un desconocido rondaba por la zona. Si lo hicieron, los agentes debían de estar ocupados en casos más urgentes.

43
Magda
Domingo, 22 de octubre de 2017

¡Rudy está en mi cama!

¿Qué hace este aquí? Alarmada, miro por debajo de la sábana y, cumpliéndose mis peores temores, confirmo que estamos desnudos.

—¿Por qué gritas? —pregunta Jorge a través del teléfono.

Si se lo digo, se enfadará. No quiere que tenga trato con Rudy, y no puedo arriesgarme a que se niegue a colaborar en la investigación. Tengo que inventarme un motivo, ¡y rápido!

—He visto una cu-cucaracha —miento sin poder evitar el odioso tartamudeo. Suerte que no puede ver el enrojecimiento instantáneo de mis mejillas, el cual noto en forma de calor.

—Creía que no te daban miedo.

Mierda, odio no saber mentir sin que me pillen.

—Es que es muy gra-grande —digo sin apartar la vista de Rudy, traicionada por el subconsciente—. Por cierto, tenemos que hacer una visita a Gabriel Casas. —Cambio de tema para no acabar confesando la verdad.

—¿Tenemos?

—¡Pues claro, Jorgito! Somos un equipo, ¿no? Pero si no quieres acompañarme, se lo pediré a Rudy. —Ojalá mi estrategia funcione y acepte. Si no lo hace, al menos tengo sustituto.

—¡No lo dirás en serio! Aléjate de él, Magda. Ese tío es un aprovechado. Si lo invitas a tu casa, no habrá manera de que te lo quites de encima. Ayer te acompañó hasta tu piso y quiso entrar, ¿verdad?

¡Oh, no! ¿Y si Jorge sospecha que he pasado la noche con él?

—¡Rudy no está en mi ca-cama, si es lo que insinúas! —farfullo contra mi voluntad.

—Sé que dices la verdad pese a tu tartamudeo. No tienes tan mal gusto como para liarte con ese niñato. Además, eres demasiado vieja para él —sentencia. Aunque comparto su último comentario, la forma de decirlo me ha dolido—. Volviendo al tema anterior, ¿a qué se debe el repentino interés por Gabriel Casas?

—Quedemos esta noche en el *pub* y te lo cuento —digo en tono inexpresivo, tal como haría un robot. A ver si así logro que no note mi nerviosismo.

—Estás muy rara, Magda. Prefiero quedar esta tarde en tu casa.

Rudy empieza a emitir un sonoro bostezo que amortiguo tapándole

la boca con fuerza.

—¿Hoy tienes fiesta? —pregunto con miedo de que Jorge oiga a su compañero.

—Los domingos no trabajo, ¿recuerdas?

Ahora entiendo por qué la calle está tan silenciosa.

—¡Es cierto! —exclamo haciéndole a Rudy el gesto de silencio. Él sonríe y desliza su mano por debajo de la sábana. ¿Me está tocando el muslo?

—¿De verdad estás bien, Magda?

—Te dejo, Jorge, que ne-necesito ir al baño. Pásate esta tarde y te explico el plan.

44
Santi Canales
Martes, 10 de junio de 2003

La puerta del garaje me despertó. El día ya había clareado y el reloj del salpicadero marcaba las ocho de la mañana. A pesar de la hora, estaba muerto de sueño. No pude pegar ojo hasta bien entrada la madrugada por culpa del frío, el dolor en las cervicales y el síndrome de abstinencia.

Pasé la mano sobre el cristal empañado y observé cómo la parte trasera del Porsche se alejaba de mí. Me froté la cara con brío y coloqué el asiento en posición normal. Giré la llave, ya insertada en el bombín de arranque, pero no pasó nada. El vehículo cobró vida al tercer intento, síntoma de que la batería empezaba a fallar.

Si no quería perder el rastro a Gabriel Casas, debía atraparlo antes de que llegase a la carretera. Bajé por las calles a toda pastilla, arriesgándome a atropellar a cualquier persona que estuviera cruzando.

A lo lejos vi cómo el deportivo giraba a la izquierda y se incorporaba a la vía de doble sentido en dirección a Barcelona. Al llegar al cruce me salté la señal de *stop*, provocando que un camión tuviera que frenar en seco para no embestirme. Ignoré sus bocinazos y seguí el coche color pistacho a una distancia prudencial.

Al rato, el móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolsillo del pantalón y miré la pantalla. Era un número desconocido. En lugar de contestar, lo lancé al asiento del copiloto. Estaba demasiado concentrado en no perder de vista mi objetivo. Sonó más veces, pero las ignoré todas.

A las ocho y media, Gabriel Casas se adentró en la segunda planta de un *parking* cercano a la estación de Sants, y yo tras él. Aparcó y anduvo en dirección a la plaza de España. Al principio me costó reconocerlo. Nueve años después, vestía un traje azul claro con corbata a juego, su melena había desaparecido y lucía una incipiente barriga.

No lo intercepté. Sentía curiosidad por saber a dónde se dirigía. «No pasa nada por hablar con él unos minutos más tarde», me autoconvencí. Enfiló la calle Tarragona, avenida de aceras muy amplias repleta de rascacielos de oficinas, y accedió a un descomunal edificio con fachada de cristal ubicado en el número 83. Cruzó el vestíbulo, enseñó una tarjeta identificativa al vigilante de seguridad y traspasó un arco detector de metales. Yo iba unos metros detrás de él, dispuesto a seguirlo hasta el mismísimo infierno. No obstante, el

vigilante me lo impidió con cara de pocos amigos.

—¿Tiene cita?

—Acompaño a la persona que acaba de entrar —dije con una sonrisa no correspondida.

—Nombre y apellido —ordenó sin dejar de masticar chicle. De menta, a juzgar por su aliento.

—Es que…

—Nombre y apellido —repitió con autoridad.

Solté un bufido.

—Canales, Santi Canales.

El segurata miró una hoja llena de nombres sujeta a una carpeta con pinza.

—Aquí no figura.

—Ya le he dicho que…

—Haga el favor de apartarse o me veré obligado a echarlo del edificio —dijo con la chulería que otorgan los uniformes.

Barajé la posibilidad de colarme, pero lo descarté. No quería arriesgarme a que me detuvieran antes de tiempo. Mientras esperaba a que Gabriel Casas regresara, salí a la calle y contemplé un panel en el que figuraban los nombres de todas las empresas que albergaba el edificio. Me propuse adivinar a cuál de ellas se dirigía, y casi me caí de espaldas al ver que una se llamaba Hoteles Gabriel Casas.

«¿De dónde habrán salido esos hoteles?», me pregunté. Y la única respuesta que se me ocurrió fue que debió de heredarlos de César Font.

De repente, sentí una necesidad imperiosa de beber alcohol. La tensión sufrida durante el seguimiento me había distraído lo suficiente como para no pensar en ello hasta entonces. Pedí un cigarro a un tipo que fumaba junto a la puerta de acceso al edificio y lo encendí con su mechero. Tenía la esperanza de que la nicotina disminuyera los temblores y calmara la ansiedad. Y así fue, pero el efecto duró muy poco.

Me apoyé en la pared acristalada y observé a la gente que accedía al interior, casi toda con la acreditación a la vista. A las nueve, el bullicio se esfumó. La escena me recordó mis años de estudiante, en los que el patio quedaba desierto al comienzo de las clases.

Imaginé que Gabriel Casas no saldría a desayunar, como mínimo, hasta las diez. Me senté a esperarlo en un banco desde el que se veía la entrada a pesar de hallarse apartado. Transcurrida media hora, el empresario abandonó las oficinas por sorpresa y se alejó en dirección a la estación de Sants.

Me incorporé con menos rapidez de la deseada y seguí sus pasos. Caminaba tan deprisa que me costaba seguirle el ritmo.

—¡Deténgase, señor Casas! —grité juntando las manos a modo de

megáfono.

Sea porque estaba a demasiada distancia, ensimismado en sus pensamientos o sordo como una tapia, ignoró mi orden.

Se adentró en el *parking* donde descansaban nuestros vehículos y me alarmé. Si cogía el suyo antes de que yo lo alcanzara, le perdería la pista. La opción más cabal era esperarlo en la calle y abordarlo en el momento en que apareciera. Pero ¿y si elegía otra salida?

Eché a correr pese a mi lamentable condición física. Cuando llegué a la puerta del Opel Astra, jadeante, sudoroso y al borde del infarto, el Porsche se alejaba haciendo chirriar las ruedas. Subí al coche, inserté la llave en la cerradura de encendido con torpeza y la giré con ímpetu. Sin embargo, el motor no dio señales de vida. Insistí varias veces, cada una de ellas con más empeño que la anterior. Al quinto intento, por fin logré arrancar.

Bajé a gran velocidad las dos plantas que me separaban de la calle. El teléfono volvió a sonar en el asiento del copiloto, y yo volví a ignorarlo. Al no ver el deportivo, me dirigí a la barrera automática más cercana acelerando a fondo y la partí por la mitad. Desemboqué en una calzada de un solo carril y frené en seco. Delante de mí había una hilera de vehículos esperando a que el camión de la basura vaciara un contenedor de color amarillo. ¿Y si Gabriel Casas había tomado otra salida? Presa del pánico, abrí la puerta. Me subí al capó y sentí un alivio instantáneo al divisar un techo verde pistacho a varios metros de distancia.

Cruzamos toda Barcelona hasta llegar a un pequeño centro comercial llamado Heron City, situado a pocos kilómetros del barrio en el que vivía. El empresario se metió en el *parking*, casi vacío a esas horas, y aparcó junto a un Jeep Cherokee de color negro y cristales tintados cuya mitad inferior estaba cubierta de barro. Estacioné a unos prudentes coches de distancia, paré el motor y esperé a que saliera. Si lo asustaba antes de tiempo, huiría con su bólido y no habría forma de atraparlo.

Gabriel Casas se apeó del deportivo hablando por el móvil, se acercó al todoterreno con cara sonriente y entregó un sobre al conductor. Segundos después, el Jeep pasó ante mí con la ventanilla bajada y vi la cara del conductor. ¡Era Cicatriz!

45
Magda
Domingo, 22 de octubre de 2017

Estoy viendo un documental en DVD, alquilado en la biblioteca, que denuncia las matanzas de focas polares en algunos países nórdicos y los métodos tan crueles que utilizan. Lo veo a cámara rápida, abrazada a mis piernas y sin parar de llorar. A medio visionado, suena el timbre de la entrada. Son las siete menos cuarto de la tarde. ¿Quién será a esta hora?

Pongo el reproductor del ordenador portátil en pausa, me levanto de la cama y me desplazo hasta la puerta secándome las lágrimas con la parte inferior del vestido. Al abrir, veo a Jorge y cierro de golpe. No me acordaba de que habíamos quedado.

—¿Por qué no me dejas pasar? —se queja al otro lado.

No puedo. Si entra, olerá el hedor que han dejado los cigarrillos de Rudy. Mi piso tiene mala ventilación y no he conseguido eliminarlo.

¿Qué hago? Apoyo la espalda contra la puerta. Si Jorge se entera de que Rudy ha estado aquí —o, peor, que he dormido desnuda con él—, se enfadará y no querrá acompañarme a visitar a Gabriel Casas.

¡Ya sé! Agarro el bolso, cojo las llaves y salgo de casa abriendo la puerta lo menos posible. Tiro del pomo con fuerza y, después de dar dos vueltas a la cerradura, reprimo el impulso de comprobar el estado de grifos, luces y fogones.

—Vayamos a comer fuera, que tengo la nevera vacía y me muero de hambre —digo sin vacilar. Si bien preferiría quedarme en casa, no he dicho ninguna mentira.

Paseamos por la peatonal calle Blai y entramos en una de sus múltiples tascas. A esa hora, el local está medio vacío. Pedimos dos botellines de agua y nos acercamos a la barra para servirnos los pinchos que queramos. Todos tienen una rebanada de pan en la base y un palillo largo que sujeta el contenido.

No he comido nada desde el mediodía, motivo por el que mi barriga no para de rugir. Rudy se ha ofrecido a hacer el desayuno y he aceptado encantada. Él no ha hecho ningún comentario sobre lo sucedido anoche, y yo, que no recuerdo ni cómo llegué a casa, he tenido miedo a preguntarle qué hicimos para acabar sin ropa. Ha intentado besarme en los labios antes de irse, pero he apartado la cara en el último momento.

Nos sentamos en una pequeña mesa de madera y contemplo mi plato frotándome las manos.

—Pues eso, Jorgito, que mañana iremos al edificio donde están las oficinas de Gabriel Casas a interrogarlo.

—¿Y por qué quieres hablar con ese hombre? —Mi amigo coge uno de sus pinchos y se lo acerca a la boca.

—Porque a falta de una pista que nos lleve directamente a Cicatriz, intentaremos convencerlo de que nos ayude a dar con él.

Jorge devuelve el pincho al plato y me observa intrigado.

—¿Qué te hace pensar que el examante de César Font nos puede conducir hasta el asesino?

—Cuando leas la conversación que mantuvo con Santi Canales, lo sabrás. —Le doy un mordisco al pincho de tortilla de patatas y emito un gemido de placer.

Jorge levanta las cejas y las gafas le resbalan unos milímetros por el puente de la nariz.

—¿Has conseguido leer el documento?

Niego con la cabeza mientras mastico. Después de tragar, respondo:

—Ayer, cuando Hal me comunicó que no había datos relevantes en el ordenador de Natalia Rius, lo amenacé con permanecer en su habitación hasta que me aconsejara sobre el siguiente paso a dar. Era mentira, por supuesto; antes muerta que pasar la noche en esa pocilga maloliente. —Cojo el botellín de agua y bebo la mitad—. En respuesta a mi demanda, me hizo un resumen por ordenador con toda la información importante que contiene el archivo de Santi. Su intención es que encuentre por mí misma a Cicatriz y así no vuelva a molestarlo. —Me meto en la boca el resto del pincho y añado esforzándome en vocalizar lo mejor posible—: Leí el resumen en un santiamén. Si quieres, te lo enseño. Lo imprimí en la biblioteca y lo llevo en el bolso para consultarlo siempre que quiera.

Jorge llena su vaso con gesto de preocupación y da un sorbo. Qué raro, creía que se alegraría al saberlo. De pronto, su cara se relaja y le aparece una sonrisa en los labios.

—Ahora que caigo, me temo que no va a ser posible acceder a las oficinas de Gabriel Casas. Santi relata que en ese edificio hay un control de acceso y no se permite pasar sin permiso.

—Ahora se puede. —Cojo del plato un pincho de queso, nueces y miel. Antes de devorarlo, confieso—: Ayer pasé por delante antes de ir al *pub* y miré a través del cristal. Quería comprobar si había alguna manera de colarnos. ¿Y sabes qué? Ya no hay arco detector de metales ni nada que impida el paso.

Jorge me contempla con gesto pensativo y empuja hacia arriba el puente de sus gafas.

—De todos modos, la información que manejamos es de 2003. De hace, ni más ni menos, catorce años. Lo más seguro es que los hoteles

de Gabriel Casas hayan desaparecido y no podamos contactar con él.

—Estás equivocado, Jorgito —replico con la boca llena—. Vi, en el panel metálico de la calle, que las oficinas de su empresa aún existen.

46
Santi Canales
Martes, 10 de junio de 2003

El vehículo que conducía Cicatriz era el mismo que contemplé, nueve años atrás, desde el despacho del paseo de Gracia. Lo sabía porque la puerta trasera aún lucía la pegatina de Cobi. En cuanto me recuperé de la impresión, me propuse ir detrás de él. Sin embargo, no hubo manera de que el Opel Astra arrancara. Lo intenté muchas más veces, todas sin éxito. Y ahí me quedé, gritando de la impotencia y golpeando el volante con rabia mientras Cicatriz se escapaba por un lado y Gabriel Casas se iba por el otro.

Superado el ataque de ira, sentí una profunda frustración. No podía creer que Cicatriz hubiese escapado con tanta facilidad. Reflexionando sobre lo ocurrido, llegué a la conclusión de que Gabriel Casas le había pagado por sus servicios. «O sea, que ese matón trabaja para él. De ahí su nivel de vida tan alto. Sus hoteles deben de ser una tapadera», razoné. En ese instante, tuve una revelación: «¿Y si fue el propio Casas quien ordenó a Cicatriz, en 1994, que hiciera chantaje a César Font para quedarse con su patrimonio?».

—¡Lo del beso en el ascensor no fue casualidad! ¡Lo tenía todo calculado! —exclamé con una mezcla de admiración por lo exitoso del plan y rechazo por lo retorcido del mismo.

Ahora que estaba convencido de que Gabriel Casas era el jefe de Cicatriz, los siguientes pasos eran preguntarle por qué quería que me acusaran del asesinato de Natalia Rius, sonsacarle dónde estaba retenida la hija de Vanesa y obtener pruebas que lo inculpasen junto con su esbirro. Luego ya me ocuparía de entregar las pruebas al sargento Rosales y de rescatar a la niña para cobrar la recompensa.

Solucioné el problema de arranque gracias a un alma caritativa que conectó sus pinzas de recarga a las baterías de ambos vehículos. Al abandonar el *parking* del centro comercial, no me hizo falta romper ninguna barrera: las dos primeras horas eran gratis.

Ya en el exterior, sopesé la mejor manera de abordar a Gabriel Casas. En lugar de presentarme en las oficinas de su empresa, me decanté por desplazarme a su mansión. Mi intención era esperar a que regresara del trabajo y colarme en su garaje cuando accediera con el coche. Era el mejor sitio para interrogarlo, libre de testigos y vigilantes de seguridad.

Consulté el reloj. Eran las once y cuarto de la mañana. Si las oficinas cerraban a las seis de la tarde, el empresario no llegaría a su

domicilio hasta las seis y media, como mínimo. Antes de ir a Esplugues de Llobregat, me daba tiempo de tumbarme en el sofá a recuperar horas de sueño.

De camino a mi piso, estacioné en doble fila ante un supermercado de la calle Fabra i Puig. Activé las luces de emergencia, dejé el motor en marcha y me metí en el establecimiento a por una bebida alcohólica. Fui directo a la sección de los licores, pero una vitrina de cristal los protegía de posibles robos. El vino también quedó descartado: no tenían envases de cartón y para los de vidrio no tenía sacacorchos. Sin más opciones, fui a por unas cervezas. Me escondí tres latas en la cintura y salí por línea de cajas aparentando tranquilidad. La cajera gritó algo a mi espalda, pero seguí andando con paso firme.

De vuelta al coche, bebí con ansia una de las cervezas calientes. Me sentía miserable por robar, pero mi adicción era más fuerte que mi dignidad. Cuando reanudé la marcha, el teléfono volvió a sonar sobre el asiento del copiloto. El número que mostraba la pantalla era el mismo que hacía un par de horas. Esta vez respondí.

—Santi Canales, investig…

—¡Por fin contesta! He enviado unos agentes a su casa y me comentan que no está —dijo el sargento Rosales en tono hostil. Eso significaba que había recibido los resultados de la autopsia y, como ya suponía, me eran desfavorables—. Le advertí que estuviera localizable. ¡Acuda a comisaría ahora mismo!

No podía explicarle que primero debía hablar con Gabriel Casas. Si lo hacía, enviaría una patrulla a que me detuviera. Tampoco le conté mi convicción de que tanto el empresario como Cicatriz eran los verdaderos culpables de la muerte de Natalia. Sin ninguna prueba que respaldara mi acusación, no me creería. Y menos con todos los indicios señalándome como el autor del crimen.

—Lo siento, sargento. No puedo ir hasta que haya demostrado mi inocencia.

—¡Si no lo hace en el plazo de una hora, activaré una orden de busca y captura contra usted!

—No le oigo bien, hay muchas interferencias.

Colgué y lancé el teléfono por la ventanilla por miedo a que lo rastrearan. Tenía claro que mi piso estaba siendo vigilado, por lo que me vi obligado a adelantar mi viaje a Esplugues. Me alarmé al ver que el marcador de la gasolina indicaba que iba en reserva. No obstante, quedaba suficiente combustible para llegar a mi destino.

47
Jorge
Lunes, 23 de octubre de 2017

Magda me pidió que hoy quedáramos delante del edificio que alberga las oficinas de Hoteles Gabriel Casas a las nueve de la mañana. Yo me negué en redondo por dos motivos: el primero, porque las once es la hora más temprana a la que estoy dispuesto a salir de la cama. Por eso en mi trabajo siempre hago el turno de tarde. El segundo, porque mi amiga es impuntual por naturaleza y yo habría madrugado para nada.

Como si quisiera confirmar mis palabras, recibo un mensaje suyo cuando llego a los pies de la fachada acristalada. «Buenos días, Jorgito. Me he distraído viendo un documental sobre el club Bilderberg y cómo gobierna el mundo en la sombra. Llego en diez minutos».

Sé por experiencia que esos diez minutos se convertirán en muchos más, así que me dirijo al bar del edificio contiguo a hacer tiempo y tomar un café que me ayude a despejar la mente. Aunque ya son las doce del mediodía, sigo dormido. No estoy acostumbrado al ajetreo matutino, y viajar en metro siempre me deja aturdido. Menos mal que no era hora punta y el vagón del medio estaba casi vacío.

Pido al camarero un café bien cargado y me siento lo más lejos que puedo de la entrada. Vierto el sobre de azúcar en la taza y remuevo la cucharilla mientras miro por la ventana. Hace un día gris, de esos que apetece quedarse en casa. El cielo amenaza lluvia y la temperatura ha bajado bastantes grados respecto ayer. Doy un sorbo pensando en lo a gusto que estaría en mi cuarto leyendo la novela sueca que he olvidado con las prisas. En lugar de eso, me encuentro perdiendo el tiempo en un local tan grande que me provoca agorafobia. Y todo por culpa del hermano de Magda. Si él no le hubiera hecho el resumen del documento de Santi Canales, ella no tendría necesidad de hablar con Gabriel Casas y yo no me vería obligado a acompañarla. ¿Por qué se mete donde no lo llaman? Aunque, a decir verdad, no tenía alternativa si quería que su hermana lo dejara en paz.

Ayer leí el resumen esquematizado de seis folios hecho por Hal. La letra es grande y las frases son cortas, tipo telegrama. Contiene listas numeradas, flechas y recuadros que hacen su lectura muy amena. Reconozco que se entiende a la perfección, incluso para alguien como Magda. Eso quiere decir que ella ya no necesita mi ayuda. No obstante, me pidió —mejor dicho, me exigió— que la acompañara en

su visita al empresario por si este se resistía a cooperar.

No sé qué espera que haga, pero en el fondo me alegro de su decisión. Estando a su lado, podré sabotear la entrevista y así evitar que se meta en líos. De todas formas, no creo que Gabriel Casas nos reciba. Sin cita previa, lo más probable es que su secretaria nos diga que está reunido o en viaje de negocios.

Una hora más tarde, recibo un mensaje de mi amiga informándome de que está a punto de llegar. Dejo el periódico que ojeaba por enésima vez de puro aburrimiento, pago el café y salgo al exterior. La veo acercarse por la calle Tarragona, vestida con el mismo traje que utilizó en su visita a Alfonso Rius y con el pelo recogido en una coleta. Mala señal. La única diferencia respecto al sábado es que hoy lleva el bolso. Yo, en cambio, visto mis viejos vaqueros rotos, mis ajadas zapatillas deportivas y una descolorida camiseta negra. También llevo una anticuada chaqueta de chándal para protegerme del frío.

—¡Como pretendas hacerte pasar por inspectora, le diré a Gabriel Casas que no lo eres! —la amenazo cuando llega a mi altura para disuadirla de su empeño. Si le enseña su falsa placa de policía, es posible que el empresario la atienda.

—¿Qué te hace suponer que quiero hacer tal cosa? —pregunta con los brazos cruzados, fingidamente ofendida.

—Ahora me dirás que vistes así porque te gusta.

Magda resopla y se aparta un mechón de pelo suelto que el viento dirige hacia su cara.

—Me visto así porque a la gente que va con traje la toman más en serio. ¿Contento?

—Sí, bastante —digo aliviado por su respuesta, con las manos heladas metidas dentro de los bolsillos de la chaqueta.

—Pues, hala, entremos. —Mi amiga me empuja hacia el edificio y cruzamos la puerta de acceso.

48
Santi Canales
Martes, 10 de junio de 2003

Llegué a los pies de la urbanización en la que residía Gabriel Casas a las doce menos diez de la mañana. Cinco minutos más tarde, estacioné junto a la hormigonera y el saco de escombros.

El calor que hacía a esa hora ya era acuciante. Al igual que el día anterior, nadie trabajaba en la construcción de la vivienda. Debía de ser un proyecto abandonado o sin fondos. Bebí la segunda lata de cerveza y me tumbé en el asiento trasero del coche, víctima de una fatiga extrema.

Me desperté como de costumbre; o sea, hecho una mierda. Esta vez, a los síntomas habituales había que sumar un doloroso calambre en la pierna izquierda. Mientras me desperezaba, dos mujeres que pasaron por mi lado me observaron con recelo.

El reloj marcaba las seis y diez de la tarde. Me senté y bebí la última cerveza sabiendo que su poca graduación no mejoraría mucho mi estado. No servía ni para invocar a mi exsocio unos segundos. Salí del coche con el polo empapado y me desplacé a la fuente de la plaza, donde bebí y me lavé la cara. A la vuelta, calculé que el empresario estaría a punto de regresar del trabajo. Ocupé el asiento del copiloto, cogí la pistola de la guantera y me puse a esperar.

A las siete menos cuarto, el Porsche color pistacho pasó por mi lado y la puerta del garaje emitió su chirrido característico. En cuanto el deportivo desapareció, recorrí la distancia lo más rápido que pude y me lancé en plancha segundos antes de que el portón se cerrara.

Gabriel Casas no notó mi presencia hasta que, al salir del vehículo, me vio apuntándolo con la pistola mientras me levantaba a duras penas. A la luz del fluorescente observé que su expresión era de auténtico pánico. Costaba creer que ese hombre fuera capaz de tanta maldad. No obstante, sabía por propia experiencia que nunca hay que fiarse de las apariencias.

Su cuerpo expelía un fuerte olor a vainilla, y vestía el mismo traje —corbata incluida— que llevaba por la mañana. La americana, que colgaba de uno de sus brazos, cayó al suelo al levantarlos en señal de rendición. Juró no disponer de dinero ni objetos de valor, a lo que yo respondí que entrásemos en casa. En la situación hipotética de que negara mis acusaciones, no quería que sus gritos alertaran a algún vecino.

Salimos del garaje por la parte de atrás y anduvimos por un camino de grava con mi pistola apoyada en su espalda. Al llegar a la vivienda, Gabriel Casas sacó un llavero del bolsillo y abrió la puerta sin atreverse a entrar. Le di un empujón y, cruzado el dintel, cayó de bruces.

—No me haga daño, por favor —repitió con voz aguda, más parecida a la de una mujer que a la de un hombre. Su respiración era rápida e irregular—. ¡Coja lo que quiera y váyase!

El interior era un espacio de una sola planta, sin tabiques que separaran las distintas estancias. El techo estaba a una altura muy considerable, y grandes ventanales ocupaban la parte superior de las paredes. El conducto del aire estaba a la vista, así como las vigas y los ladrillos. El mobiliario lo formaban archivadores de oficina, estanterías metálicas, mesas de trabajo y sillas de operario; todo ello mezclado con electrodomésticos de alta gama y plantas de interior. Daba la impresión de ser una antigua nave industrial reconvertida en *loft*. Hacía una temperatura muy agradable, señal de que el aire acondicionado estaba activado desde hacía rato.

Cerré la puerta con llave y la metí en el bolsillo del pantalón para que Gabriel Casas no pudiera escapar.

—¿Dónde guardas los licores? —le pregunté orientando la pistola hacia él. La mano me temblaba por la falta de alcohol en sangre.

—No tengo, pero guardo vino en la cocina. —Señaló a mi izquierda con la cabeza.

—No te muevas.

Junto al frigorífico había una estantería de madera llena de ejemplares tumbados. Cogí un Marqués de nosequé y revolví los cajones en busca de un sacacorchos. Quité el tapón —que se partió en dos trozos—, ingerí a morro la mitad del contenido y volví junto a Casas con la botella en la mano.

—¿Quién es usted? —balbuceó desde el suelo, abrazado a sus rodillas y sin dejar de mirar la pistola que lo señalaba.

—Sabes perfectamente que soy Santi Canales.

—¿Qué quiere de mí? ¡Yo no le he hecho nada!

Aunque él me hablaba de usted, yo seguía tuteándole.

—Dime por qué quieres que me acusen del asesinato de Natalia Rius.

—¿Natalia Rius? —repitió pensativo, como si se esforzara en buscar una cara que coincidiera con ese nombre—. No sé quién es.

—No te hagas el tonto o te arrepentirás. Sabes que era la asistente personal de César Font.

—¿La han asesinado? —Al preguntarlo, me pareció captar un atisbo de alegría en su mirada.

Asentí.

—¡Le juro que yo no tengo nada que ver! Solo coincidí con ella en una ocasión, y ha llovido mucho desde entonces.

—Y ahora me dirás que tampoco ordenaste secuestrar a la hija de Vanesa para obligarme a que me presentara en casa de Natalia —dije acercando la pistola a su rostro.

—¡No sé de qué me habla! —contestó cerrando fuerte los ojos y con las palmas de las manos orientadas hacia delante, como si así pudiera protegerse de un eventual disparo.

—¿Por qué me haces esto? ¿Qué tienes contra mí?

—¡No lo conozco de nada!

Me quedé unos segundos en silencio, pensativo.

—O sea, que tu objetivo era Natalia —deduje por sus palabras al tiempo que empezaba a notar el placentero efecto del vino. Como siempre, acompañado de una ligera alteración de mis sentidos y una leve dificultad al hablar—. A mí solo me quieres de chivo expiatorio, ¿verdad? Para que la policía piense que la maté yo y así no se descubra que contrataste a Cicatriz con tal fin. Y quién mejor como cabeza de turco que el exmarido al que ella denunció por maltrato y con el que mantenía una nefasta relación.

—¿Qué? ¡Usted está loco! —exclamó negando con la cabeza—. ¡No tengo nada que ver con eso!

—No sé qué tenías contra Natalia ni me importa. En el fondo me has hecho un favor. Así, cuando todo esto se aclare, podré estar con mi hija.

—¡Se equivoca de persona! ¡Ni he mandado matar a nadie ni conozco a ese tal Cicatriz! —gritó mirándome desde el suelo con las pupilas dilatadas.

—¡Claro que lo conoces! Es el hombre de la gran cicatriz en el rostro, el tatuaje en la frente y sin nariz —le aclaré al darme cuenta de que nadie excepto yo lo nombraba así—. Sé que trabaja para ti. He visto cómo le dabas un sobre esta mañana en el *parking*.

—¿Trabajar para mí? ¿Ese desgraciado? —respondió indignado—. ¡Si lleva años haciéndome chantaje!

49
Jorge
Lunes, 23 de octubre de 2017

Magda tenía razón. En el interior del edificio, iluminado por la luz natural que atraviesa su estructura acristalada, no hay arco detector de metales ni vigilante de seguridad; tan solo un conserje que lee una revista en su caseta.

Cruzamos el vestíbulo, cuya decoración parece anticuada pese a hallarse en buenas condiciones, y mi amiga abre la puerta de uno de los dos ascensores. Subimos y aprieta el botón de la planta dieciséis, en la que están las oficinas de Hoteles Gabriel Casas.

Durante el ascenso, ella se observa en un espejo con óxido en las esquinas. Se queja de los nuevos surcos que, jura y perjura, han aparecido en su cara por generación espontánea. Agarra los dos pequeños bultos que le sobresalen a ambos lados de la cintura y también se queja de lo gorda que se ve. Yo le digo que está muy guapa, que su belleza nada tiene que ver con las arrugas o el peso, pero está demasiado ocupada compadeciéndose de sí misma como para escucharme.

Llegamos a nuestra planta y nos acercamos a una puerta de cristal con el logotipo de la cadena de hoteles serigrafiado en el centro. Del otro lado se filtra un intenso olor a ambientador de lavanda. Accedemos al interior y nos topamos con la recepción, compuesta por un largo mostrador situado a nuestra derecha. El techo es del mismo color crema que el mueble y tiene unos plafones redondos que emiten luz fría. De las paredes, forradas con paneles rectangulares granates, cuelgan doce pósteres que corresponden a las fachadas de cada uno de los hoteles que conforman la cadena.

—¡Hola! Queremos hablar con Gabriel Casas —pide Magda a la chica rubia de pelo corto que hay sentada en el mostrador.

—¿Tiene cita? —dice con desdén y la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—No.

—Pues no podrá atenderla.

Yo ya me estoy yendo, satisfecho con la respuesta. Magda, en cambio, permanece quieta.

—Dígale que la hi-hija de Santi Canales quiere verlo.

Me quedo atónito al oírla decir eso. Ya me extrañaba a mí que no quisiera poner en práctica alguna de sus estrambóticas ideas, vestida así. La culpa es mía por no intuir que tramaba algo peor que hacerse

pasar por inspectora de policía.

—Ya le he dicho que el señor Casas está ocupado —repite la recepcionista con tono cansino.

—Estoy se-segura de que querrá verme. Usted comuníquele que estoy aquí. Si no lo hace, me encargaré pe-personalmente de que su jefe la eche a la calle por incompetente. —Magda lo dice con un aplomo que me deja sin palabras. Lo que no puede evitar es el leve tartamudeo ni el enrojecimiento de sus mejillas cuando miente.

La mujer la mira con cara de perro rabioso, supongo que evaluando si echarla a patadas o hacerle caso por si las moscas. Al final, descuelga el auricular que tiene al lado con gesto airado, aprieta una tecla del teléfono fijo y habla en voz baja. Cuando termina, nos dice en tono gélido y sin dignarse a mirarnos:

—Vayan a la sala de espera. El señor Casas les atenderá en cuanto pueda.

—¿Cómo se te ocurre hacerte pasar por una persona real? —pregunto a Magda después de que la tía gruñona nos indique de malas formas cómo llegar a la sala—. ¡Y por una que debe de tener veintitantos años, cuando tú ya pasas de los cuarenta! ¿De verdad crees que este hombre no lo va a notar?

—Habla más bajo, que te va a oír —susurra Magda señalando a nuestra espalda.

Me siento en una silla de las que te encuentras en cualquier consulta de dentista y Magda permanece de pie, andando de esquina a esquina. A través del hilo musical suena una versión instrumental de *Yesterday*. Durante la espera me imagino a mi amiga siendo detenida y llevada al calabozo por suplantación de identidad. Y yo con ella por cómplice.

—¿Sabes qué? Nos vamos. —Me levanto del asiento y la jalo del brazo hacia la salida—. No pienso permitir que nos detengan por…

En ese momento aparece la recepcionista y nos dice con todo el desprecio del que es capaz:

—Acompáñenme. No sé por qué, pero el señor Casas ha hecho un hueco en su apretada agenda para perder el tiempo con ustedes.

50
Santi Canales
Martes, 10 de junio de 2003

La frase de Gabriel Casas me dejó descolocado. Su forma de decirlo fue tan creíble que me hizo cuestionar mi teoría sobre él. Bebí un cuarto de la botella que tenía a medias sin saber qué pensar. ¿Y si era cierto que Cicatriz le hacía chantaje? «A decir verdad», reflexioné, «el sobre que ha entregado en el *parking* del centro comercial tanto puede deberse al pago de un servicio como al de una extorsión». Es decir, que tanto podía ser víctima como verdugo.

—¡Venga, Santi, no me digas que no sabes cuál de las dos opciones es la correcta! —soltó Pedro de golpe, provocándome un sobresalto. Se había materializado junto a mí lamiendo un cucurucho con seis bolas de helado—. ¡Si el tío estaba sonriendo en el *parking*!

Mi exsocio estaba en lo cierto. ¿Cómo había podido olvidar ese detalle?

—Supongamos que te creo. ¿Por qué estabas tan contento cuando has dado el sobre a Cicatriz, si te obliga a hacerlo? —pregunté a Gabriel Casas, que permanecía en el suelo aunque ahora con las piernas cruzadas.

—Estaba manteniendo una conversación muy agradable por el móvil y no iba a permitir que me amargara ese momento. Además, después de tantos años siendo víctima de chantaje, quedar con ese monstruo se ha convertido en rutina.

Me pareció una respuesta razonable. Al contrario que Pedro, necesitaba más datos para dar un veredicto. Continué interrogándolo con el deseo de que fuera culpable. Más que nada, porque no disponía de tiempo para buscar a otro candidato.

—¿Por qué te hace chantaje Cicatriz?

Él se mantuvo en silencio, como debatiéndose entre ser sincero o inventarse un motivo. Echó un rápido vistazo a la pistola que lo encañonaba y dijo:

—Si se lo digo, ¿me dejará en paz?

No podía aunque fuese inocente —me haría falta su participación para echar el guante a Cicatriz—, sin embargo, asentí para que colaborara.

—Está bien, se lo diré. —Soltó un suspiro lleno de resignación—. ¿Me puedo sentar?

—Sí, pero no intentes nada raro o dispararé.

Se levantó y se desplazó a una antigua mesa de carpintero alojada

junto a un sofá chéster y un archivador metálico. Con la vista algo nublada, lo seguí a una distancia prudencial y me senté frente a él sin soltar el arma. Pedro se tiró en el sofá, provocando que las cuatro patas se partieran por el peso.

—Habla —insté a Casas. Le di otro trago a la botella que sostenía y la dejé encima de la mesa.

—Cada mes tengo que entregarle un sobre con dinero a ese monstruo o, de lo contrario, hará pública una fotografía que alguien me hizo en el ascensor de un hotel hace nueve años.

No tenía claro si desconocía que era yo el autor de la instantánea o en realidad fingía no saberlo. Rememoré lo mucho que nos costó obtenerla a Pedro y a mí, y me arrepentí de no haber guardado ninguna copia como recuerdo de nuestro primer caso.

—¿Qué tiene esa imagen de especial? —pregunté con el propósito de comprobar si intentaba engañarme.

Gabriel Casas cerró los ojos y agachó la cabeza. Se notaba por el gesto de su cara que le daba vergüenza hablar de ello. A no ser que lo simulara.

—Salgo besando a un… amigo —expresó en un tono que evidenciaba el doble sentido de la palabra.

—¿Por qué lo hiciste a la vista de todo el mundo?

—Fuimos a tomar algo al bar de un hotel y bebí más de la cuenta. De regreso al vestíbulo, insistí en que alquiláramos una habitación. Él no quería, pero al final accedió. En cuanto entramos al ascensor, me giré y, desinhibido por el alcohol, le di un beso en la boca. Se quedó paralizado. Al cerrarse las puertas, me reprochó que lo hiciera en un lugar público. Yo le pedí que se relajara, asegurándole que nadie nos había visto. ¿Cómo iba a saber yo que nos vigilaban a distancia con un teleobjetivo?

—Cuando dices tu amigo, te refieres a César Font. —Quería ver cómo se tomaba que yo conociera esa información. Si no se inmutaba, significaba que sí sabía que yo hice la foto y, por ende, que la encargó él a través de Cicatriz.

Gabriel Casas levantó la cabeza como un resorte y me miró con una expresión de absoluta perplejidad que me pareció sincera.

—¿Cómo lo sabe?

—No es asunto tuyo. —No quería perder el tiempo en explicaciones innecesarias. Pedro celebró mi contestación—. ¿Qué sucedió luego?

Casas apoyó las dos manos en la mesa y empezó a rotar el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha.

—A los pocos días, César me enseñó la carta anónima que recibió. En el interior había una fotografía en la que se me veía dándole el beso. Cuando la contemplé, quise morirme. Iba acompañada de una

tarjeta escrita con muy mala caligrafía y llena de faltas de ortografía. En ella se le exigía un pago mensual de diez millones de pesetas a cambio de guardar el secreto. Esa fue la última vez que hablé con César. —Su voz aguda se quebró y los ojos se le humedecieron—. En los días posteriores intenté hablar con él, sin conseguirlo. A la semana siguiente, se suicidó.

—¡No pienso escuchar más mentiras! —Mi exsocio se levantó airado y se fue a la cocina.

—¿César Font era tan rácano que prefirió morir a pagar? —Intentaba hallar incongruencias en su relato.

—La cantidad de dinero que le pedían era inasumible —lo defendió Casas—, y no soportaba la idea de que nuestra relación saliera a la luz.

Su explicación no me satisfizo. Vacié la botella y contraataqué, dispuesto a desmontar su débil argumento.

—Pues yo no veo que esa sea razón suficiente para quitarse la vida. Su mujer ya le había pedido el divorcio —recordé que Natalia me informó de ello en la cena—; por lo tanto, ella iba a abandonarlo de todas formas.

Gabriel Casas me fulminó con la mirada, ofendido por mi comentario.

—¡No lo entiende! No se trataba de su mujer, sino de su reputación. Si se daba a conocer su condición sexual en el retrógrado círculo en el que se movía, ya se podía despedir de su querida vida social, de su deseado estilo de vida y de su exitosa empresa. Cosas de vivir en una sociedad homófoba e hipócrita como la nuestra en según qué ambientes —sentenció con una mueca de amargura.

—Esto demuestra que sabías cómo provocar su muerte —dije entornando los ojos, confiado en obtener su confesión al sentirse acorralado.

—¿Está insinuando que la carta se la envié yo? —Se señaló con el dedo índice a la altura del pecho, los ojos muy abiertos y el tronco adelantado. Al verme asentir, me gritó que nunca le hubiese hecho daño a su amante, que lo amaba profundamente. Luego cruzó los brazos y añadió—: De haber sido yo el remitente, ¿cómo explica que dos años después recibiera una carta idéntica a la de César?

51
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

El amplio despacho tiene todas las paredes —excepto la que da a la calle por ser de cristal— decoradas con cuadros abstractos de diferentes tamaños. Los potentes rayos de sol que traspasan la fachada los iluminan, mostrando con todo lujo de detalles lo horrendos que son.

—Adelante —ordena una voz aflautada desde el escritorio situado al fondo.

Ando hacia ella por una moqueta de tonos grises plagada de manchas oscuras. Al acercarme, veo a un hombre obeso y lleno de granos recostado en una silla de oficina cuyo cuerpo no se corresponde con el timbre de voz. De él emana una fragancia muy empalagosa, lo que me obliga a respirar por la boca para no marearme. Tiene una frondosa barba gris que ocupa gran parte de su rostro y que compensa su calvicie. Viste una camisa lila demasiado pequeña para su gran volumen corporal y una pajarita amarilla que le aprieta la papada. Ambas prendas le confieren un aspecto de lo más cómico.

Lo observo reacia a creer que se trate de Gabriel Casas. De mi bolso saco el resumen que me hizo Hal, lo desdoblo y consulto las primeras páginas hasta dar con los datos que busco. Tal como recordaba, la descripción que Santi hizo del empresario en los años 1994 y 2003 nada tiene que ver con la del personaje que tengo delante.

El individuo alarga el brazo sin levantarse y me tiende una mano flácida desde el otro lado del escritorio. Yo me niego a estrecharla por lo peluda que es y lo húmeda que aparenta. Él la retira al ver que su gesto no es correspondido y nos invita, a Jorge y a mí, a sentarnos en las dos sillas que hay a nuestro lado. Mis piernas se mueven a causa de los nervios, provocando un insistente taconeo amortiguado por la moqueta.

—Así que usted es la hija del señor Canales —dice el hombre estudiándome con ojos curiosos. Se nota que hay algo que no le cuadra, pero no se atreve a expresarlo.

Yo asiento en silencio para no verbalizar una mentira que me provocaría el odioso tartamudeo.

—¿Cuál es su nombre?

—Be-Berta Canales. —¿Ves? No puedo remediarlo—. ¿Usted es

Gabriel Casas?

El tipo suelta un sí con aire distraído, dirigiendo toda su atención a mi acompañante.

—Este bombón es… —Repasa a Jorge de arriba abajo humedeciéndose los labios.

—Se llama Ri-Rigoberto y es, ejem, mi amigo gay —improviso razonando que, si el hombre es quien dice ser, siente atracción por mi acompañante y cree que el interés puede ser mutuo, es posible que se muestre más receptivo a colaborar.

Mi amigo me contempla con una ceja levantada y los labios apretados, deduzco que disgustado con la elección del nombre.

—¿En serio es usted el propietario de Hoteles Gabriel Casas? —insisto para estar segura de que no hablo con un empleado.

—Ya le he dicho que sí —contesta dirigiéndose a mí con desgana —. ¿Por qué lo duda?

—Es que no lo imaginaba tan feo y tan gordo.

Veo de reojo que Jorge se lleva una mano a la frente. Pobre, debe de tener migraña. Gabriel Casas, por su parte, se mueve incómodo en su asiento, como si estuviera molesto por algo.

—Hago el esfuerzo de recibirla y me lo agradece insultándome. —Tiene el ceño fruncido y los dedos de ambas manos entrelazados sobre su prominente barriga.

—Ha sido usted quien ha preguntado —me defiendo al tiempo que mi amigo golpea su rodilla contra la mía, acción que suele hacer cuando quiere que me calle en público.

—Veo que me he equivocado accediendo a hablar con usted. Dígame a qué ha venido antes de que la eche a patadas.

Su agudo tono de voz hace que me dé la risa y no surta efecto su intento de imponer respeto. Me concentro en poner semblante triste, tal como haría una niña que ha perdido su peluche preferido, y le suelto:

—Mi pa-padre falleció la semana pasada.

Espero que no haya leído el correo de Santi. De lo contrario, va a descubrir que soy una impostora.

52

Santi Canales

Martes, 10 de junio de 2003

—¡No le hagas caso, Santi! ¿No ves que te está engañando? —exclamó Pedro sujetando un batido de chocolate que había sacado de la nevera.

—¡Cállate! —le espeté, provocando que Gabriel Casas diera un ligero respingo por lo inesperado de mi grito. Dirigiéndome de nuevo a Casas, le pregunté—: ¿Dice que dos años después recibió una carta idéntica a la de César Font?

El empresario no entendía la causa de mi reacción. Giró su cabeza hacia la cocina y acto seguido hacia mí. Echando un fugaz vistazo a la pistola que empuñaba, asintió con prudencia.

—Con la única diferencia de que el chantaje se me hacía a mí y la cantidad exigida era menor, acorde con mis ingresos.

Su respuesta me demostró que mi exsocio estaba en lo cierto. No tenía sentido que Cicatriz hubiese tardado tanto en extorsionarle, y así se lo hice saber.

—¿Qué culpa tengo yo si sucedió así? —Gabriel Casas parecía indignado—. Yo era pobre cuando murió César. En consecuencia, no podía hacer frente a ningún pago que se me exigiera. En cuanto empecé a ganar dinero con mis hoteles, al cabo de dos años, recibí la maldita carta.

—¿Tus hoteles? Querrás decir los que heredaste de tu amante, y eso te convierte en el principal interesado en su muerte.

—¡Eso es mentira! —gritó golpeando los puños sobre la mesa, levemente incorporado—. Nadie me ha regalado nada. Todo lo que he logrado ha sido gracias a mi esfuerzo. —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla, como si fuera víctima de un cansancio repentino—. Además, de nada me servía su defunción. Por si usted no lo sabe, su mujer era la única heredera de todos sus bienes.

Permanecí callado, intentando encajar el golpe. A falta de poder contrastarlo, proseguí con el interrogatorio.

—Entonces, ¿de dónde salieron tus hoteles?

—César me enseñó a gestionar su negocio por las tardes, cuando los trabajadores terminaban su jornada laboral. Su intención era que yo fuese su mano derecha —afirmó haciendo un mohín—. Al ver que dicha opción se desvanecía, decidí aplicar sus enseñanzas por mi cuenta. Empecé comprando un pequeño hotel en quiebra, y al cabo de un año pude adquirir el segundo. A día de hoy, ya tengo cinco —dijo

con orgullo.

—Quizá quisiste forzarlo a que abandonase a su mujer y se fuera a vivir contigo, sin prever el trágico final —solté a la desesperada.

—¡No diga tonterías! Sabía que César no la dejaría por mí. Lo nuestro era un amor clandestino, y así debía continuar siendo. La sola sospecha de nuestra relación por parte de terceros era algo que a ninguno de los dos nos convenía.

Gabriel Casas acabó convenciéndome de su inocencia. Su lenguaje corporal supuraba verdad, y sus respuestas eran coherentes a pesar de mis ataques. Pedro seguía en la cocina, riéndose de mí por dejarme engañar con tanta facilidad. Entonces recordé que no son pocas las películas en las que el culpable hace creer a todo el mundo que es inofensivo. Para salir de dudas, me guardé la pistola en la cintura y me puse a registrar la vivienda. Buscaba documentos e imágenes que relacionaran al empresario con Cicatriz y sus actividades delictivas.

Removí todos los armarios y cajones a conciencia, pero no hallé ninguna prueba que lo inculpara. Muy a mi pesar, no tuve más remedio que rendirme a la evidencia. Pedro refunfuñaba a mi lado, mostrando su desacuerdo.

Descartado Gabriel Casas, el siguiente paso era preguntarle a Cicatriz quién lo había contratado para que actuara en mi contra. Eso si la policía no me detenía antes, ya que estaba en busca y captura por gentileza del sargento Rosales.

—¿Dónde puedo encontrar a Cicatriz? —pregunté a Casas, en esta ocasión sin apuntarlo con el arma.

—No tengo ni idea —dijo con la mirada perdida, aún sentado a la mesa.

El cansancio había hecho mella en su rostro, y apostaba a que en el mío todavía más.

—Has dicho que os veis una vez al mes. Dime cuándo y dónde será la próxima.

Casas emitió un bufido y me miró con hastío.

—No puedo aunque quisiera. Cada mes quedamos en un día, hora y *parking* diferente. Él me envía un mensaje al móvil con la ubicación una hora antes y tengo que apañármelas para llegar a tiempo.

—Pues reenvíame el mensaje en cuanto lo recibas —repliqué obcecado en obtener su colaboración.

—¡No puedo!

—¡Ayúdame a dar con ese cabrón o me condenarán por el asesinato de Natalia Rius!

—¿Por qué iban a hacerlo si no la mató?

—Es una larga historia. ¿Me ayudarás o no?

—Olvídelo —dijo con los ojos cerrados a la vez que negaba con la cabeza—. Si se entera de que lo he delatado, ese monstruo me

torturará hasta la muerte en cuanto salga de la cárcel. Y le temo mucho más a él que a usted.

Sin copia ni negativo de la foto, no hubo manera de forzarlo a que cambiara de opinión. Qué iba a saber yo que los necesitaría una década después. Desanimado y sin fuerzas para seguir insistiendo, saqué la llave del pantalón, la tiré encima de la mesa y caí rendido en el sofá.

53
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

Rezo para que Gabriel Casas achaque el enrojecimiento de mis mejillas a la emoción del recuerdo de mi padre imaginario.

—¿Ah, sí? No me diga que solo ha venido a decirme que Santi Canales ha muerto. —Su indiferencia ante la noticia deja bien claro que le importa un bledo.

Niego con la cabeza.

—El motivo de mi visita es que antes de morir le pro-prometí que encontraría a Cicatriz y haría justicia.

Al oír el nombre le aparece un tic en el ojo izquierdo y su tez se vuelve pálida.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Me co-comentó que ustedes dos se ven una vez al mes. —Albergo la esperanza de que aún le haga chantaje—. Necesito que comparta conmigo, cuando lo sepa, dónde y cuándo será su próxima cita.

—Siento no poder ayudarla. Si me disculpa… —Alarga un brazo en dirección a la puerta.

Jorge se levanta, pero yo no estoy dispuesta a rendirme tan pronto. Que Gabriel Casas no haya negado que mantengan relación me da esperanzas de que el viaje no ha sido en balde.

—Tengo una co-copia de la foto con la que Cicatriz le hace chantaje —se me ocurre decirle para forzarlo a cambiar de opinión.

El empresario baja el brazo con gesto derrotado.

—Hacía más de una década que no escuchaba ese nombre.

—Entonces, ¿existe de verdad? —le pregunta Jorge mientras se sienta.

—Sí, querido, existe. —Le dedica una sonrisa afable que desaparece en cuanto se dirige a mí—. ¿Cómo ha conseguido la fotografía?

¡Ha picado! Sin poder disimular mi entusiasmo, afirmo:

—Se la hizo mi pa-padre.

Supongo que no esperaba esa respuesta, porque arruga la nariz dejando al descubierto unos dientes marrones que dan mucha grima.

—¿Me está diciendo que Santi Canales hizo la fotografía?

—Exacto. La obtuvo en el vestíbulo del hotel al que usted acudió en compañía de César Font.

El hombre se acaricia la barba en actitud reflexiva.

—Si el señor Canales fue el autor de la instantánea y, por consiguiente, cooperó con Cicatriz en su obtención, ¿por qué se presentó en mi casa acusándome de tenerlo a mi servicio?

Consulto el resumen, revisando frenéticamente los seis folios grapados que lo componen. Solo se oye el sonido de las páginas al girarlas y el ruido sordo de mis talones contra la moqueta. ¡Aquí está!

—Lo acusó porque no sabía para quién trabajaba Cicatriz. Al ver que usted le daba un sobre en el *parking* con cara sonriente, dedujo que lo tenía contratado y le pagaba por sus servicios.

Gabriel Casas levanta la barbilla, apoya los codos en los reposabrazos y junta las yemas de los dedos de ambas manos.

—¿Y cómo es que su padre no utilizó una copia de dicha fotografía para obligarme a revelarle mi siguiente encuentro con Cicatriz?

Leo en un recuadro de la página cinco que Santi no hizo ningún duplicado de las fotos o el negativo antes de entregárselos a Cicatriz. No puedo hacer partícipe al empresario de esta información si quiero forzarlo a que me eche una mano. Debo inventarme una excusa, ¡y rápido!

—Porque pe-perdió el negativo. Pero hace unos días lo encontré entre sus pertenencias —improviso sobre la marcha mientras el corazón me late a toda pastilla y un picor repentino me obliga a rascarme la nariz.

—Entiendo —musita sin apartar sus ojos de los míos y rotando el anillo que lleva en el dedo corazón de su mano derecha.

—La co-copia no tiene por qué hacerse pública —añado con miedo a que me pida que se la enseñe—. En todo caso, depende de usted.

Gabriel Casas inclina su pesado cuerpo hacia delante, apoya los codos sobre la mesa y entrelaza los dedos de sus rechonchas manos.

—¿A usted le parece correcto venir a mi humilde despacho y amenazarme de una manera tan ruin? —Me mira con la misma intensidad con la que lo hacía mi madre cuando rompía algún objeto, consecuencia de mi incontrolada hiperactividad. A continuación, esboza una sonrisa de superioridad similar a la que pongo al ganar a Jorge una partida de pimpón—. ¡Adelante, publíquela si quiere! —grita alzando los brazos.

Esa reacción no me la esperaba.

—¿Ya no le importa que se publique una copia de la foto y se sepa que es gay?

El empresario se recuesta en la silla, generando un fuerte chirrido al echar todo el peso hacia atrás.

—Hace años que no escondo mi orientación sexual. Hoy en día, casi nadie se escandaliza. Al menos en público.

—Me lo podía haber dicho antes, que Cicatriz ya no le hace chantaje —le recrimino, desilusionada porque mi estrategia para dar

caza al asesino ha fracasado.

El hombre tuerce la boca y cruza los brazos por encima de la barriga.

—Yo no he dicho eso.

Pestañeo varias veces, sorprendida por su inesperada respuesta.

—Entonces, ¿se lo hace o no?

El propietario de los hoteles asiente con aire conformista, gesto que me hace soltar un grito de alegría y saltar con los puños en alto. Al levantarme, el resumen de Hal se precipita hacia el suelo. No recordaba que lo tenía en mi regazo. Gracias a mis reflejos, consigo atraparlo antes de que caiga sobre la alfombra y lo enrollo cual pergamino. Suerte que los folios están sujetos por una grapa.

—¿Siempre es así de maleducada? —le pregunta Gabriel Casas a Jorge, señalándome con el dedo pulgar.

—A veces, incluso más —confiesa mi amigo, avergonzado.

No entiendo qué hay de malo en exteriorizar los sentimientos.

—¿Cuál es el motivo del chantaje, si ya no le importa que se filtre la foto? —pregunto al empresario, ajena a las críticas de estos dos.

Él contrae las mejillas y ladea la cabeza hacia ambos lados.

—Ahora es, simplemente, no sufrir una muerte lenta y dolorosa.

—¿Nunca se ha planteado denunciar a ese psicópata? —pregunta Jorge—. Con su historial delictivo, lo encarcelarían de por vida.

El empresario menea la cabeza con pereza, como si considerase que mi amigo ha dicho una estupidez.

—No serviría de nada. Nunca detendrán a ese monstruo.

—¿Por qué lo dice? Con su testimonio, estoy seguro de que sí —lo refuta mi amigo.

Casas posa los ojos sobre los suyos, yo diría que valorando si contestar o no. Permanece así durante un rato, hasta que por fin sentencia:

—Cicatriz tiene un cómplice muy poderoso en la policía.

Me cuesta creer las palabras de Gabriel Casas. ¿Cómo es posible que un miembro de la ley apoye a Cicatriz? ¿No se supone que nos protegen de los malos?

—¿Lo dice en serio? —Necesito estar segura de que lo he escuchado bien.

El empresario asiente de forma casi imperceptible.

—¿Tiene pruebas?

—No, pero sé quién es: el mismo que amenazó con matarme si testificaba que Cicatriz existía en el juicio que se celebró contra su padre.

—¿Usted qué hizo? —le pregunto aún de pie.

—Lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar: negar conocer a ese monstruo cuando el abogado de Santi Canales me hizo subir al

estrado. Desde ese día, el policía me llama de vez en cuando para que le ceda gratis alguna de mis *suites*.

—Acusaron a un inocente por culpa de su cobardía, y eso no está bien —lo riño con el semblante severo.

Gabriel Casas lanza un suspiro.

—Al señor Canales lo habrían condenado de todas maneras. Me temo que el juez y el jurado estaban comprados por el mismo policía que me amenazó.

—Se refiere al sargento Rosales, ¿verdad? —Estaba obsesionado en condenar a Santi Canales, y ahora entiendo por qué.

Gabriel Casas me mira contrariado.

—Ese no es. El policía que amenazó con matarme si hablaba de Cicatriz en el juicio se llama Emilio Comas.

54
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Me desperté sin saber dónde estaba. A los dos o tres segundos, los síntomas de la resaca y un dolor en las cervicales vinieron a saludarme. Cuando mis irritados ojos se acostumbraron a la claridad, me vi tumbado en un sofá que no era el mío. Aparté la manta que me cubría medio cuerpo y me senté utilizando la poca energía que tenía. Bostecé un par de veces mientras me masajeaba la nuca y consulté el reloj de pulsera. Eran las once de la mañana. Paseé la vista a mi alrededor y reconocí la vivienda de diseño industrial. Fui recordando lo sucedido el día anterior, empezando por mi fugaz encuentro con Cicatriz en un *parking* y terminando por la tensa conversación mantenida con Gabriel Casas.

Al levantarme, la pistola cayó al suelo. Me la metí en la cintura y recorrí la casa en busca del lavabo. Como su propietario no estaba, deduje que había ido a trabajar. Le agradecí que me protegiera del frío nocturno y me dejara dormir.

Después de lavarme la cara, me contemplé en el espejo. Me asusté al ver las profundas ojeras y la extrema palidez de mi rostro. La desaliñada barba y el cabello grasiento, que no recortaba desde hacía meses, acentuaban mi imagen decadente. El cuerpo, cubierto por ropa demasiado holgada, era un amasijo de huesos. No quedaba ni rastro del hombre atractivo que un día fui.

Me encaminé a la cocina sin pizca de apetito y me planté ante el expositor de vino. Agarré una botella, la descorché y me forcé a beber más de un tercio para anestesiar mis dolencias. Con ella a cuestas, salí al exterior y cerré la puerta.

Unas nubes pasajeras tapaban el sol de manera intermitente, pero el calor a esa hora ya era tan agobiante como el día anterior.

A mi izquierda había un hermoso jardín lleno de aromas y en el centro, un pequeño cobertizo de madera.

—¡La niña está retenida ahí dentro, seguro! —Pedro se materializó ante mí. Sostenía un bol gigante de palomitas y vestía una camiseta de Eddie, la mascota de Iron Maiden.

Del susto que me causó, solté la botella de vino y, al chocar contra el suelo, se rompió en mil pedazos. Lo peor de todo era que, sin la llave, no podía entrar a por otra botella.

—¿Es que no puedes aparecer de lejos? —me quejé.

—¡Vamos, tenemos que salvarla!

Yo estaba convencido de la inocencia de Gabriel Casas, pero la única forma de que mi difunto socio no me diera la tabarra era mostrándole que allí no había nadie.

La minúscula cabaña albergaba herramientas colgadas en las paredes y una vieja cortadora de césped. En el suelo, como era de esperar, no había ninguna trampilla. Era evidente que la hija de Vanesa, como yo suponía, no se encontraba allí.

—¿Qué?, ¿contento?

—Eso no significa nada, Santi. Es evidente que la mantiene oculta en algún otro sitio.

—Lo que tú digas.

Me desplacé hasta la puerta que daba a la calle tambaleándome. Accioné la manija, pero no se abrió. Puse rumbo al garaje, apreté el botón de la pared que activaba la puerta basculante y me dirigí al Opel Astra. Me senté en el capó a pensar en un modo de contactar con Cicatriz, aunque el deplorable estado en el que me hallaba me impedía hacerlo con claridad.

—No le des más vueltas, lumbreras. —Pedro se sentó junto a mí masticando palomitas y la suspensión del coche cedió a su peso—. Si quieres localizar a cara de zombi, tendrás que vigilar a Gabriel Casas hasta que ambos vuelvan a coincidir. —Se puso a reír y añadió en tono jocoso—: Olvida lo que he dicho. Ahora que lo pienso, ya estarás en la cárcel cuando suceda.

—Puedo huir y esconderme en algún pueblo perdido —propuse molesto por su comentario.

Mi exsocio soltó una carcajada.

—Con el depósito en reserva no llegarás muy lejos, y robar un vehículo queda descartado; no sabes ni hacer un puente. Además, a todos los fugitivos los acaban pillando. Lo mejor que puedes hacer es entregarte y aceptar lo inevitable.

Por mucho que me resistiera a reconocerlo, era un buen consejo. ¿Para qué alargar mi sufrimiento si no podía demostrar mi inocencia?

Dispuesto a hacer caso a Pedro, decidí acudir a la comisaría de Les Corts. Metí la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche y mis dedos toparon con un trozo de papel que no recordaba haber guardado. Lo desdoblé. En él estaba escrito: «Jeep Cicatriz B-0850-IZ».

Al leer la nota me invadió una sensación de euforia. ¡Era la matrícula del vehículo de Cicatriz! Gabriel Casas debió de verla en alguno de sus múltiples encuentros sin que estuviera tapada por el barro. Ignoraba qué había motivado su cambio de opinión, aunque tampoco importaba. Por fin tenía información valiosa y pensaba aprovecharla.

55
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

Jorge y yo nos miramos estupefactos. Según el resumen de mi hermano, Santi relata en su archivo las muchas veces que Emilio Comas lo ayudó pasándole información. ¿Es posible que jugara a dos bandas?

—Por la cara que han puesto, parece que saben de quién se trata —comenta Casas con interés.

—Hemos leído acerca de él —reconoce Jorge sin especificar dónde.

Por sorprendente que me parezca la noticia, no pienso permitir que me distraiga del objetivo.

—Con independencia de la identidad del policía corrupto, el hecho es que usted abandonó a mi pa-padre a su suerte. En compensación, está moralmente obligado a informarme de su próxima cita con Cicatriz. —Estoy empeñada en dar con él caiga quien caiga. Ojalá el chantaje emocional consiga ablandar al empresario.

—¿No me ha escuchado? Avisar a la policía del lugar y hora de encuentro para que arrestaran a ese monstruo sería perder el tiempo. De lo contrario, ya lo habría denunciado hace tiempo. Y si se enterara de que les he hablado de él, me torturaría hasta la muerte. Les recomiendo que se mantengan alejados de ese ser o eso mismo se lo hará a ustedes.

Mi amigo se levanta y fuerza una sonrisa.

—Muchas gracias por su consejo. Vámonos, Berta. No hagamos perder más tiempo al señor Casas.

Me agarra del brazo, pero yo le doy un manotazo para liberarme y me siento al borde de la silla.

—Le propongo un trato —anuncio a Gabriel Casas con la máxima firmeza de la que soy capaz. Es mi última oportunidad para convencerlo—: si usted me avisa cuando Cicatriz lo convoque, me ocuparé de que sea eliminado.

Los ojos de Jorge están a punto de salirse de sus órbitas. Se lleva una mano a la boca y toma asiento despacio.

—¿Lo dice en serio? —El empresario enarca sus pobladas cejas.

—Sí, le doy mi palabra.

He dicho que me ocuparé de que sea eliminado, no que vaya a ser yo quien lo haga. Lo más cerca que he estado de un arma de fuego ha sido a varios metros del viejo rifle de John Wayne que mi hermano guarda con celosía. Rudy, en cambio, tiene una gran colección de

pistolas y sabe bien cómo usarlas. Le pediré que me acompañe con su furgoneta al punto de encuentro y dispare a Cicatriz después de hacerle una pregunta. Supongo que no tendrá reparos en matar a un asesino despiadado. Le he dado mi palabra al empresario de que me desharía de él y ahora no puedo echarme atrás.

—No le haga caso, señor Casas. Ella es muy bromista. ¿Verdad, Berta, que lo eres?

—¡Cállate, Jorge! Quiero decir, ¡Rigoberto! —Como siga así, me desbaratará el plan. Me giro hacia el empresario y le digo—: ¿Qué me dice? ¿Acepta mi oferta?

—No lo veo claro —responde, dubitativo.

Se nota que está tentado a aceptar; sin embargo, se resiste a confiar en mí. Si le demuestro que saldrá ganando, quizá lo convenza.

—Piense que, cuando su extorsionador deje de existir, ya no le podrá hacer nada. Usted vivirá sin la tensión de esperar su siguiente mensaje y sin el estrés de tener que llegar a tiempo a su mensual cita con él. Eso por no hablar del dinero que se ahorraría.

—Pero si fracasa, ya sabe lo que nos ocurrirá…

—Yo nunca lo de-delataría. —O eso quiero pensar, aunque mi tolerancia al dolor es nula. Confío en que Rudy no le dará ninguna oportunidad a Cicatriz de salir con vida.

Tras un breve tiempo de reflexión, Gabriel Casas se frota la cara con ahínco y exclama:

—¡Qué demonios! De acuerdo, acepto el trato. Pero si ese ser deforme la deja malherida o la mata, yo no me hago responsable —advierte haciendo el gesto de lavarse las manos, que yo correspondo con una sonrisa de oreja a oreja—. De todos modos, calculo que mi encuentro con él no será hasta mediados del mes que viene. La semana pasada pagué la cuota de octubre.

—¿¡Qué!? ¿¡He de esperar tanto tiempo!? —El desencanto se apodera de mí.

—Muy bien, pues ya pueden marcharse. —Apoya su barriga en el lateral del escritorio y descuelga el teléfono fijo que tiene a su derecha—. Ah, y deje su número de móvil a mi secretaria para avisarla en cuanto quede con ese monstruo —me ordena a la vez que aprieta varias teclas.

—¡No tan rápido! —le comunico enojada—. Aún me quedan preguntas por hacerle, y no pienso irme hasta que las conteste.

El empresario pone los ojos en blanco, suelta un «Luego te llamo» por el auricular y cuelga con desgana.

—Sea breve, que se me acumula la faena.

—¿Cómo conoció a César Font?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Simple curiosidad.

Gabriel Casas se retrepa en la silla y se rasca la frente.
—Ha pasado tanto tiempo que ya ni me acuerdo.
—Pues haga memoria.
El hombre infla los mofletes y exhala el aire despacio.
—César y yo coincidimos en una galería de arte de la calle Valencia, allá por el año 1991. Yo exponía mis cuadros en una de las salas, y él acudía a ampliar su colección. Nos caímos bien, y nuestra relación se fue haciendo cada vez más estrecha. —Observa su reloj de pulsera dorado con impaciencia—. Si no hay más preguntas…
Ignorando su última frase, desenrollo el resumen de mi hermano y paso las hojas hasta llegar a la página cuatro.
—En el año 2003, le dijo a Santi que no conocía a Natalia Rius —digo leyendo la información contenida en uno de los recuadros—. No obstante, usted debía de saber que además de ser la asistente personal de César Font también era su mujer. ¿Por qué no se lo dijo?
Gabriel Casas cruza los brazos.
—¿A usted le han apuntado a la cabeza con una pistola? A mí su padre —dice con gravedad sin esperar a que responda. Entonces, ¿por qué me lo pregunta?—. Lo hizo en mi propia casa, y le aseguro que no es agradable. Me acusó de ordenar el asesinato de la señora Rius, y yo, como comprenderá, quise hacerle creer que no la conocía.
—Sin embargo, luego admitió haberla visto una vez —le recuerdo al leerlo dentro del mismo recuadro.
—Sí, los nervios me traicionaron y acabé diciendo la verdad. Gracias a Dios, mi encuentro con esa mujer no se repitió —confiesa con la mirada perdida, quién sabe si rememorando ese episodio del pasado.
Ha dicho «Gracias a Dios». Eso me sugiere que algo malo sucedió al conocerse.
—¿Qué pasó entre ustedes?
—No es de su incumbencia. Ya me ha interrogado lo suficiente. Ahora, váyase o llamaré a seguridad —me amenaza señalando la puerta.
Hala, ya se ha enfadado, y eso que se lo he pedido con educación. Miro a Jorge y le hago un gesto con la cabeza para que me defienda. Él reacciona incorporándose de la silla, decidido a recriminarle su comportamiento.
—Discúlpela, señor Casas, no puede evitar ser cotilla. Ya nos vamos. Muchas gracias por habernos atendido.
—¡Siéntate y cierra el pico! —le ordeno antes de dirigirme de nuevo al empresario—. Si no me responde, le chivaré a Emilio Comas que usted va pre-pregonando la relación existente entre él y Cicatriz. —Ruborizada por la pequeña mentira que acabo de inventarme, añado—: Yo, de usted, a-abandonaría el país.

—Es su palabra contra la mía —masculla entre dientes.

—Cuando el policía escuche la gra-grabación, verá que es cierto —digo sacándome el móvil del bolsillo de la chaqueta y sosteniéndolo en alto.

56
Santi Canales

Miércoles, 11 de junio de 2003

El siguiente paso era pedir a Emilio Comas que me facilitara el nombre del propietario del Jeep. En cuanto lo obtuviera, razoné, descubriría la identidad de Cicatriz. No podía presentarme en comisaría estando en busca y captura, así que decidí llamarlo desde una cabina telefónica.

—¿Y con qué dinero piensas hacerlo, Einstein? —preguntó Pedro. Odiaba que escuchara mis pensamientos—. Ya no te quedan monedas, ¿recuerdas?

—¡Mierda! ¿Y ahora qué hago? Desde el móvil tampoco puedo por falta de saldo.

—¡Qué mala memoria tienes! ¿Por qué no vas al locutorio que hay en la calle de arriba de donde vives?

—¡Claro! ¿Cómo he podido olvidarlo? —me lamenté golpeándome la frente con la palma de la mano.

Desde que ayudé al propietario del negocio a solucionar sus rifirrafes con la competencia, él pasó a ser el único que ofrecía este servicio en el barrio. En agradecimiento, a parte de pagarme por el servicio prestado, me ofreció todas las llamadas nacionales que necesitase realizar a coste cero. Aún no había utilizado este servicio, y ya iba siendo hora de estrenarlo.

Me metí en el coche, guardé la pistola en la guantera e inserté la llave en el contacto. Al girarla, el coche se negó a arrancar. No entendía por qué el motor no reaccionaba. La aguja del marcador de gasolina aún no tocaba fondo, aunque fuera por muy poco.

—¡Mira que eres mendrugo! —soltó Pedro desde el asiento del copiloto al tiempo que se llenaba la boca de palomitas y la mitad caían sobre su barriga—. ¿Cómo quieres que se encienda con la batería agotada?

—¡Ostras, es verdad! —Apoyé la frente en la parte superior del volante y cerré los ojos. Si no me eché a llorar fue porque no me quedaban fuerzas ni para eso.

—¡No hace falta que te lo tomes así! Hasta un inútil como tú sabe arrancar sin batería.

—Te equivocas, sabelotodo. Aunque yo, al menos, sé cambiar una rueda; tú no sabías ni eso. —Estaba harto de sus continuos desaires.

—Veo que no lo entiendes, Santi. Soy producto de tu imaginación, lo cual significa que toda la información que te proporciono está

almacenada en tu cabeza. Y si te digo que sabes cómo poner en marcha este trasto, es porque te lo estás diciendo a ti mismo.

Giré la cabeza hacia él forzando la memoria.

—Ahora que lo dices, alguien me explicó hace años cómo se hacía. Pero ya no me acuerdo.

Pedro tiró el bol vacío por la ventana y se sacudió las palomitas de la camiseta.

—Tú no lo recuerdas, pero tu subconsciente sí. Y yo, por suerte para ti, tengo acceso a él. Anda, endereza las ruedas, pon punto muerto y quita el freno de mano. —Cumplidas sus indicaciones, añadió—: Sal del vehículo y empújalo por el marco de la puerta hasta el inicio de la pendiente.

Me apeé y Pedro ocupó mi asiento. Me costó horrores que las ruedas empezarán a moverse. Recorrí unos metros y resbalé, golpeándome la rodilla izquierda contra el suelo. El grito de dolor tuvo que oírse hasta en Japón.

—¡Mierda! ¡Creo que me he roto el menisco!

—¡Qué patoso eres! —Mi exsocio tenía los pies sobre el volante y las manos en la nuca—. ¡Date prisa, que el efecto del vino está a punto de desaparecer y yo con él!

Me sequé el sudor de la frente con el polo y, haciendo un esfuerzo titánico, continué empujando a pesar de los fuertes pinchazos que sentía en la rodilla. En cuanto el coche empezó a descender, Pedro me cedió el asiento y ocupó el del copiloto.

—Ahora pisa el embrague y mete segunda —continuó instruyéndome—. En cuanto cojas un poco de velocidad, suelta el embrague y listo.

Seguí sus indicaciones y, tras varias sacudidas, el motor resucitó.

—¡Tenías razón, Pedro! —exclamé mirando a mi derecha. Sin embargo, ahí no había nadie.

57
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

En realidad, es un farol. No me he acordado de activar la aplicación de grabación de audio en el móvil, pero Gabriel Casas no tiene por qué saberlo. Sus ojos están inyectados en sangre y las aletas de la nariz abiertas.

—De acuerdo, usted gana. Le contaré cómo fue mi encuentro con Natalia Rius. A cambio, no quiero volver a verla nunca más.

—Ni yo a usted —digo harta de sus desprecios. De la tensión, cierro los puños y arrugo sin querer los folios que sujeto—. Si sospecho que miente, ya sabe las co-consecuencias.

Jorge me contempla con el rostro compungido. Si no fuese porque su labio inferior tiembla, lo confundiría con una estatua.

El empresario agacha la cabeza y comienza a hablar con la vista fija en un punto de su escritorio.

—Fue la tarde del 12 de julio de 1994. En esa época, por las tardes iba al despacho que César tenía en las oficinas de la calle Mallorca. Cuando no quedaba ningún trabajador, yo subía de incógnito y él me enseñaba a dirigir su empresa. Quería delegar en mí parte del inmenso trabajo que suponía gestionar tantos hoteles. Necesitaba a alguien de confianza, y a su mujer no la veía capacitada.

—¿Usted no pintaba cuadros? —Apoyo el resumen sobre el muslo y lo aliso con la mano.

—Sí, pero nunca pude vivir de ello. Ventas hacía pocas. Las obras que ve colgadas son todas mías.

—Con lo feas que son, no me extraña que nadie las comprara.

Jorge sufre un repentino ataque de tos, y Gabriel Casas clava sus ojos en los míos con los labios tensionados. Transcurridos unos segundos, aparta la mirada y continúa con sus explicaciones.

—Después de la clase diaria, César me llevaba a una sala anexa a su despacho habilitada como zona de relax y camuflada por un mueble con las estanterías llenas de trofeos. Era tan pequeña que dentro solo había espacio para una cama individual, una maleta de mano, un minibar y una cadena de música.

—¿Qué hacían en esa sala? —No tengo claro el sentido de meterse en ese zulo teniendo toda la oficina para ellos solos.

El hombre posa la vista en el anillo de su mano derecha y empieza a darle vueltas.

—Solíamos tomar unos *gin-tonics*. Luego, él me besaba y hacíamos

el amor. Hasta que, esa tarde, un grito nos sobresaltó estando en la cama.

—Natalia —pronuncia mi amigo.

Gabriel Casas asiente a cámara lenta.

—César cerraba con llave la puerta de cristal que daba acceso a las oficinas, de modo que dejábamos abierta la sala de relax. Él era el único que tenía llave, junto con el director adjunto; o eso creía.

—¡Ella hizo una copia en secreto para espiarlo! —exclamo tapándome la boca con las manos.

El empresario vuelve a asentir.

—Le debió de parecer raro que su marido trabajara siempre hasta tan tarde y rechazase su compañía con la excusa de que lo distraía de sus tareas.

—¿Qué pasó cuando Natalia los pilló desnudos? —Estoy ansiosa por saber los detalles.

Me mira con gesto afligido, cada vez más hundido en la silla. A continuación, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Mientras nos vestíamos, empezó a insultarnos. Antes de irse, le pidió el divorcio a su marido y le juró que esa traición se la haría pagar con creces.

El relato del empresario me parece creíble, así que no lo vuelvo a amenazar con delatarlo a Emilio.

—¿Cómo fue la relación entre César Font y Natalia Rius a partir de ese momento?

—Inexistente. Al día siguiente, César viajó a Londres. Quería expandir el negocio al extranjero. Estaba previsto que fueran juntos, como siempre hasta entonces, pero ella se negó a acompañarlo. A su regreso, César se encontró con que Natalia había recogido sus pertenencias y se había trasladado a vivir con su padre y su hermano.

—¡Claro! —exclamo mirando a Jorge—. Ahora entiendo por qué, cuando Santi la llamó al trabajo, Natalia le propuso ir a cenar juntos y aceptó pasar la noche con él en el despacho del paseo de Gracia. —Recuerdo haberlo leído en el resumen de Hal.

Mi amigo se quita las gafas y las sujeta con gesto pensativo.

—Y por eso estaba tan triste en la cena. Pero no pudo confesarle a Santi cuál era la causa porque le ocultaba que estaba casada con su jefe.

—¿De qué están hablando? —El empresario pone cara de no entender nada.

—Cosas nuestras —le digo agitando una mano.

—Hay una cosa que no me cuadra. —Jorge está frotando los cristales de sus gafas con la parte inferior de la camiseta—. Aunque Natalia Rius abandonara el domicilio conyugal, debió de coincidir con su esposo en el trabajo.

Gabriel Casas niega con la cabeza y entrelaza las manos a la altura del pecho.

—El mismo martes que César volvió a las oficinas, ella cogió la baja médica alegando sufrir un esguince de tobillo. No se reincorporó al trabajo hasta que hallaron el cuerpo sin vida de él, al cabo de tres semanas. Esta vez como propietaria de la cadena. —Suspira hondo y añade—: Como pueden observar, cumplió con creces su promesa de vengarse de su marido.

—¿Cree que fue ella quien encargó la foto que provocó el suicidio de Font? —pregunta Jorge.

—Exacto, a través de Cicatriz. Y muerto César, me hicieron chantaje a mí en cuanto les fui rentable. Cuando el señor Canales me informó de que Natalia había sido asesinada, me alegré en secreto. Creía que, sin ella, Cicatriz dejaría de extorsionarme. No obstante, siguió haciéndolo.

—Sus acusaciones sobre Natalia no tienen fundamento —le rebate mi amigo—. Fue precisamente Cicatriz quien la mató.

—Del modo en que lo veo, las dos acciones son compatibles —reflexiona acariciándose el bigote—. Que colaboraran en el pasado no impide que acabaran odiándose.

Aprovecho que los dos han acabado de hablar para hacer una pregunta que tengo pendiente desde la primera vez que leí el resumen de mi hermano.

—¿Por qué usted y su amante fueron a un hotel en lugar de seguir quedando en las oficinas? Con cambiar la cerradura de la puerta de cristal era suficiente.

—Porque a la tarde siguiente de que César retornara de su viaje, un hombre accedió al despacho estando nosotros dentro. Nos dimos cuenta al escuchar un grito y un golpe en la pared. Por fortuna, estábamos encerrados en la sala de relax por si a Natalia se le ocurría aparecer de nuevo. —Coge una botella pequeña de agua que hay sobre el escritorio, le da un sorbo y la deja donde estaba—. Al irnos, vimos la puerta de cristal hecha añicos. Tuve miedo de que la intrusión se repitiera y decidí no pisar más ese edificio.

Ahora que lo menciona, recuerdo que fue Santi quien rompió la puerta con la intención de hacerles la foto.

—¿Por qué no fueron a su piso de la calle Verdi, si buscaban intimidad?

—Porque mi padre se había mudado hacía poco. —Cierra los ojos y añade con voz cansada—: Ya he contestado a todas sus preguntas. Ahora, váyanse y déjenme tranquilo.

58
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

En la calle del locutorio no había ni una plaza de aparcamiento libre. En lugar de estacionar en el descampado, demasiado lejos de mi objetivo, opté por dejar el Opel Astra en la zona de carga y descarga del paseo de la Peira. Me arriesgaba a que el coche se lo llevara la grúa, pero ya no me importaba. Sin gasolina y con la batería agotada, de nada me servía.

Saqué la pistola de la guantera y me la guardé en la cintura. La necesitaría en mi encuentro con Cicatriz. Antes de desplazarme al locutorio, eché un vistazo a la calle Cadí. A lo lejos, un policía hacía guardia en el portal de mi edificio. Maldije en voz baja y me alejé cojeando por culpa de la contusión en la rodilla. Cada vez que apoyaba el pie, sentía un latigazo que me llegaba hasta la cadera. La parte positiva era que habían menguado el resto de dolencias.

Subí hasta la calle Travau, paralela a Cadí, y accedí al locutorio. Dentro, el calor era sofocante. Los grandes ventiladores del techo no servían de nada. A mis ojos les molestaba la potente luz blanca de los focos, y a mi nariz el cargante olor a ambientador de pino. A la derecha había un pequeño mostrador ocupado por una vieja impresora y un expositor de chicles vacío. Detrás estaba el propietario, un hombre con bigote y barriga cervecera del que no recordaba el nombre. Se alegró de verme, o eso me pareció pese a la fugaz mueca de desagrado que hizo al contemplar mi aspecto.

Pasé por delante de nueve sencillas mesas de escritorio, cada una de ellas con su ordenador y silla plegable, y continué hasta las doce precarias cabinas de madera situadas al fondo, todas provistas de taburete de plástico y teléfono de disco. Entré en el primer habitáculo desocupado, cerré la puerta corredera y me senté con la pierna estirada. Descolgué el auricular y llamé a la comisaría rezando para que a Emilio Comas le tocara el turno de mañana. De no ser así, era muy probable que la noche la pasara encarcelado.

Al escuchar su voz, di gracias al universo.

—Hola, Emilio.

—Santi, ¿dónde estás? El sargento Rosales te está buscando por todas partes —dijo en un susurro.

—Lo siento, no puedo decírtelo. Te llamo porque necesito que me proporciones un dato.

—¿Estás loco? Si se enteran, me expulsarán del cuerpo.

—Échame una mano, por favor, o me condenarán por el asesinato de Natalia. Y te juro que yo no lo hice.

Tardó unos segundos en contestar.

—¿Qué quieres?

—Gracias, amigo. Necesito que me digas quién es el propietario del vehículo con matrícula B-0850-IZ y dónde vive.

—¿Por qué?

Ya que iba a arriesgar su trabajo por ayudarme, no podía negarme a explicárselo.

—Porque así conoceré la identidad del verdadero asesino: Cicatriz. ¿Te acuerdas de que te pregunté por él hace un par de días? Si lo localizo, podré obtener pruebas que demuestren mi inocencia y también sabré para quién trabaja.

Durante el tiempo que Emilio tardó en averiguar el nombre, me abaniqué con un viejo listín telefónico que descansaba en una repisa.

—Santi, ya lo he averiguado. El dueño del vehículo es una mujer llamada Vanesa Pérez Zorzal.

59
Jorge
Lunes, 23 de octubre de 2017

Finalizada la tensa conversación mantenida con Gabriel Casas, Magda y yo vamos a comer una hamburguesa en una de esas cadenas de comida rápida en las que el ruido provocado por los niños te impide hablar con normalidad. Durante el trayecto, Magda me ha mandado guardar silencio para poder reflexionar sobre una idea que se le ha ocurrido. ¡Cómo la temo cuando piensa! De esa cabeza no puede salir nada bueno.

Después de encargar el menú, nos sentamos con nuestras bandejas en una mesa tambaleante del fondo. Doblo una servilleta y la coloco bajo la pata más corta. Sería más fácil cambiar de sitio, pero el resto de mesas están llenas de envases vacíos.

Observo a Magda mientras sorbo mi refresco de cola con la pajita. Sabía que era tenaz y cabezota, aunque no hasta tal extremo. Lo habitual es que se canse a los pocos días de empezar una tarea y la deje a medias. Los talleres de pintura, las clases de *spinning*, los cursos de escritura o las sesiones de pilates son cosa del pasado. Sin embargo, cada vez está más decidida a evitar que Cicatriz siga actuando. Por lo visto, ¡hasta el punto de querer matarlo aunque no sepa usar ni un tirachinas! Y sé que lo ha dicho en serio porque no ha tartamudeado al expresarlo. Yo, que hubiera apostado mi discografía completa de Luis Eduardo Aute a que el empresario no nos recibiría, he sido testigo del trato al que han llegado.

Mi amiga no sabe calibrar el peligro. ¿En serio se cree capaz de aniquilar a un matón profesional sin ser ella la víctima? Está peor de lo que pensaba. Me da miedo preguntarle cómo pretende hacerlo. Seguro que se le han ocurrido mil maneras, cada una de ellas más descabellada y estrambótica que la anterior.

Fue un gran error por mi parte aconsejarle que preguntase por Carlota, la voluntaria del comedor social, creyendo que se trataba de un personaje ficticio y que el archivo de Santi Canales era falso. Ahora que sé que el asesino existe, obligaré a Magda a que se olvide de él. Pero estoy tan hambriento que antes pienso devorar mi menú *deluxe*.

—He estado pensando en la conversación mantenida con Gabriel Casas —anuncia mi amiga cuando cojo la hamburguesa de la bandeja —, y he decidido que el siguiente paso será vigilar a Emilio Comas.

—¡De eso nada! ¡Tu aventura acaba aquí! —Dicho esto, doy un mordisco a la pseudocomida.

—Perdiste la apuesta y ahora te toca ayudarme.

—¡Pues no pienso cumplirla! —exclamo con los carrillos llenos, y partículas mezcladas con saliva salen disparadas de mi boca—. Como si no fuera una idea descabellada querer cargarse a un asesino despiadado, también te has propuesto perseguir a un policía amigo suyo. ¿Por qué quieres hacer eso?

—Para que me conduzca hasta Cicatriz. Si le pregunto por él, Emilio Comas negará conocerlo.

Dejo de masticar, confundido. Ahora sí que no entiendo nada.

—Me he perdido. ¿No era Gabriel Casas quien iba a hacerlo?

—Sí, pero soy tan impaciente que no puedo esperar hasta mediados del mes que viene.

—¡Bueno, da igual! ¡Te prohíbo que continúes!

—Sé que tu intención es protegerme, pero ya soy mayorcita para que me digan lo que tengo que hacer. —Abre su hamburguesa doble con queso, pone una capa de patatas fritas y la vuelve a cerrar.

—¿No ves que solo conseguirás que te maten? No quiero que te juegues la vida por algo que ni te va ni te viene. ¡Abandona ahora que aún estás a tiempo!

Magda no contesta. Da un bocado y un trozo de lechuga cae en su bandeja. Mastica en silencio, cabizbaja. ¡Qué bien! Parece que por fin la he convencido.

—No puedo abandonar. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Se lo debo a mi hermana.

Arqueo las cejas y pestañeo varias veces.

—¿A Daniela? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Cicatriz es el culpable de su desaparición. Por eso quiero encontrarlo. Necesito preguntarle si está viva.

No esperaba esa respuesta.

—¿Culpa de Cicatriz? ¡No digas tonterías! Estoy seguro de que tu hermana murió de sobredosis.

Mi amiga levanta la cabeza y posa sus enrojecidos ojos en los míos.

—Hace siete meses, Daniela se presentó en mi casa llena de moratones y con la ropa rasgada. Me dijo que un tipo con una brutal cicatriz en el rostro, un tatuaje en la frente y sin nariz la había entregado a unos rusos a los que ella debía diez mil euros. Había logrado escapar, pero él la buscaría hasta que devolviese el dinero. Para evitarlo, me rogó que pidiera un préstamo por esa cantidad. Yo me negué, creyendo que era otra de sus mentiras. —Agarra una de las muchas servilletas que ha cogido del mostrador y se suena la nariz—. Cuando en la primera de mis lecturas incompletas del archivo de Santi leí por casualidad la descripción de Cicatriz, supe que mi hermana me había contado la verdad. ¡Y yo no hice nada por ayudarla! ¡Nada! —se recrimina entre sollozos.

Me levanto y me siento junto a ella acercando una silla de la mesa de al lado.

—Tú no podías saber que, por una vez, decía la verdad —le digo intentando consolarla—. ¡Por Dios, Magda, que era una drogadicta capaz de cualquier cosa con tal de obtener su dosis! Yo también la conocía, ¿recuerdas?

—Yo solo sé que desde ese día no la he vuelto a ver. Y desapareció por mi culpa —afirma obcecada en acusarse.

—¿Ah, sí? ¿Y qué préstamo ibas a pedir? ¡Sin trabajo, no hubieras podido devolverlo aunque te lo hubiesen concedido!

Magda me pide que la abrace. Al hacerlo, noto un placer instantáneo. Ella es la única persona que puedo tocar sin sentir rechazo. Notarla tan cerca me reconforta, como si nuestros cuerpos estuvieran destinados a estar juntos. Así nos quedamos durante un rato, con mis brazos rodeándola con fuerza.

—Siento no habértelo dicho antes. Me sentía demasiado avergonzada por haber permitido que mi hermanita… —Un nudo en la garganta le impide acabar la frase.

—Tranquila. Ahora entiendo esta obsesión por Cicatriz. Y yo que pensaba que tu objetivo era evitar que siguiera haciendo el mal…

—Yo nunca he dicho eso. Lo único que quiero es que me diga qué le hizo a mi hermana. —Levanta la cabeza y me mira con ojos suplicantes—. ¿Me ayudarás a dar con él?

Sujeto a Magda por los hombros y la miro con gran inquietud.

—¿Qué importa lo que le hiciera ese monstruo? El hecho es que tú estás mejor sin ella. Además, estoy convencido de que está muerta.

—¿Y si no lo está? ¡A pesar de todo es mi hermana! Ahora tengo la oportunidad de averiguar qué le ocurrió y si estoy a tiempo de ayudarla. Hasta que no lo sepa no podré descansar. Si estuvieras en mi lugar harías lo mismo.

Suelto un bufido y vuelvo a ocupar mi silla. En mi bandeja aún quedan un trozo de hamburguesa y algunas patatas fritas, pero ya no tengo hambre. Apoyo los codos sobre la mesa y me masajeo las sienes.

—¿Me prometes que solo quieres preguntarle qué le hizo y luego te olvidarás de él?

—Te lo prometo —asegura con una amplia sonrisa y la mirada llena de gratitud—. Si damos con Cicatriz a través de Emilio Comas, ya no tendré que cumplir mi trato con Gabriel Casas.

Cuando salimos del restaurante nos separamos. Yo voy dirección al supermercado en el que trabajo y ella en dirección contraria, a visitar el centro comercial Las Arenas. Antes de despedirnos, Magda me ordena que vaya a cenar a su casa para planificar la estrategia a seguir.

60
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Decir que la respuesta de Emilio me pilló por sorpresa es quedarse corto.

—¿Estás seguro de que la propietaria del Jeep es Vanesa Pérez Zorzal?

—Sí, Santi, no hay duda. En su ficha policial consta que tiene múltiples antecedentes penales por delitos de fraude, robo y extorsión.

«Eso demuestra que Cicatriz trabaja para ella», razoné. «O sea, que su hija no ha sido secuestrada y, en consecuencia, los cien mil euros del rescate son mentira. ¡Se lo inventó todo para que acudiera a casa de Natalia!».

—¿Sabes dónde vive? Quiero hacerle una visita.

—Claro, Santi, apunta: calle Coroleu, número 15, cuarto segunda. ¿Esta no es la abogada por la que me preguntaste la última vez?

—Por extraño que parezca, lo es —admití a la vez que escribía la dirección en mi antebrazo con el bolígrafo que colgaba del teléfono.

Finalizada la conversación, busqué a Pedro a mi alrededor. Sin embargo, estaba demasiado sobrio como para que apareciese.

Sin vehículo con el que desplazarme al piso de Vanesa, solo me quedaba la posibilidad de ir andando o en transporte público. Elegí lo segundo por el dolor que me causaba la rodilla.

Llegué como pude a la parada de metro Vilapicina, situada a unos cien metros del locutorio. Como no podía saltar, pasé el torno de acceso arrastrándome por debajo. Hice transbordo a la línea roja y bajé en la estación de Sant Andreu. Sabía que era la más cercana a la calle Coroleu porque en ese barrio pasé toda mi infancia y adolescencia. Subí las escaleras que desembocaban en la plaza Orfila con ayuda de la barandilla y contemplé el edificio de tres plantas en el que viví hasta los dieciocho años. Observarlo me transportó a la época en que mis padres, mi hermana Lola y yo formábamos una familia feliz.

Vivíamos en un piso de altos techos situado en la segunda planta. Recordé con especial cariño las mañanas de domingo de cuando era niño, en que desayunábamos chocolate con churros en la calle de Santa Ana, asistíamos a misa en la iglesia ochocentista de la calle del Pont y volvíamos a casa con el fin de escuchar, desde el balcón que daba a la plaza, las sardanas que tocaba la orquesta de turno. Siendo

yo adolescente, mis padres se divorciaron y mi madre se trasladó a Mallorca. Mi hermana, dos años menor que yo, se fue a vivir con ella y su nueva pareja. Yo me quedé en Barcelona con el cascarrabias de mi padre; no me apetecía cambiar de vida ni de amigos. A partir de entonces, mantenía trato con Lola por correspondencia. Las llamadas telefónicas salían demasiado caras y los precios de los billetes de avión eran prohibitivos.

En razón del divorcio, el carácter de mi padre se volvió aún más agrio. Nuestra relación se acabó de romper cuando le anuncié que no sería carnicero. Se tomó muy mal que no quisiera continuar el negocio familiar. Al informarle de que prefería ser investigador privado, casi le da un infarto. Esta profesión no estaba en su lista de respetables, sino en la de inestables y peligrosas. A los diecinueve años decidí independizarme. Empecé a entregar currículums y, a las pocas semanas, Hoteles Font me contrató de botones. Al cabo de unos meses, me matriculé en la universidad y conocí a Pedro.

61
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

En cuanto Jorge se ha ido al trabajo, también he invitado a Rudy a la cena. Su furgoneta y sus armas pueden sernos de mucha utilidad. Sé que mi amigo se enfadará cuando se entere, pero ha aceptado ayudarme y no permitiré que se eche atrás.

A las diez menos cuarto, suena el interfono. ¡Seguro que son ellos!

Nada más entrar, Rudy y Jorge se topan con el comedor por ausencia de pasillo. Cuelgan las chaquetas en el perchero de la pared y se acercan a la mesa, que está repleta de comida. A mí no me gusta cocinar —en realidad, ninguna tarea doméstica—, así que he encargado la cena en un restaurante árabe.

—El menú consiste en *dürüm* de ternera, falafel, hummus y hojas de parra rellenas de arroz. Para beber, vino peleón y agua del grifo —recito engolando la voz.

—¡Guau, qué buena pinta! —exclama Rudy.

—Vaya, pensaba que odiabas todo lo relacionado con otras culturas —le comenta Jorge—. A ver si te va a sentar mal la cena.

—¿Quieres que te rompa la cara, gilipollas?

—¡No os peleéis! —Intuyo que no han limado sus asperezas en el trayecto hasta aquí.

Aprovechando que Rudy va al lavabo, Jorge se acerca y me susurra:

—¿Por qué lo has invitado? Ya sabes que no quiero que tengas trato con él. —Todo su cuerpo está tenso. Pocas veces lo he visto tan enfadado.

—Es que puede sernos de ayuda —digo con sonrisa angelical.

—Ya hablaremos tú y yo… —masculla entre dientes.

Rudy sale del baño y su lugar lo ocupa Jorge. Cuando regresa, se sienta a mi izquierda. Rudy está a mi derecha, junto a la pared.

El comedor está iluminado por las típicas lucecitas de colores que se enrollan en el árbol de Navidad. Las tengo colgadas en la pared para crear un ambiente acogedor. No obstante, Jorge se queja de que no ve lo que come y me obliga a encender la lámpara del techo. También se queja de que la comida está fría, pero ignoro su comentario.

—Esta tarde he releído el resumen de mi hermano y he subrayado todo lo relacionado con Emilio Comas. —Cojo un *dürüm* del plato central y arranco un trozo del papel de aluminio en el que está

envuelto.

—¿Y eso por qué? —pregunta Rudy antes de zamparse una hoja de parra rellena de arroz.

—¿Jorge no te lo ha contado? —Le dedico a mi amigo una mirada de reproche, aunque no sé de qué me sorprendo.

El resto de la cena lo paso narrándole a Rudy las conversaciones que he mantenido con Gabriel Casas en su despacho y con Jorge en la hamburguesería.

—O sea, que Emilio Comas nos conducirá hasta Cicatriz y podré preguntarle qué le hizo a mi hermana —concluyo a modo de resumen.

Rudy apoya la espalda en la pared y enciende un cigarrillo. Ayer le informé de que fumar provoca cáncer, pero veo que no le importa.

—¿Y te crees lo que diga ese tío? Yo me fío más de Santi Canales, y él no sospecha de Emilio en ningún momento.

—¡Muy bien, Rudy, veo que te has leído el archivo! —exclamo dedicándole una sincera sonrisa.

—Empecé a leerlo en el móvil cuando me fui de tu cas…

—¿Quién quiere café? —grito impidiendo que Rudy acabe la frase.

Parece que Jorge no se ha percatado de lo que iba a decir su compañero de trabajo. Me dirijo a la diminuta cocina y le pido a Rudy que me acompañe. Quiero dejarle bien claro que mi amigo no debe enterarse de lo que pasó entre nosotros.

—No pasó…

—¡Shhh! Habla más bajo —le ordeno—, que te va a oír.

—Digo que no pasó nada.

—¿Ah, no?

—No. Me pediste que te ayudara a extender la cama y te dormiste. No veas cómo roncas.

—Pero si estábamos desnudos —digo con incredulidad.

—Te quitaste la ropa y yo hice lo mismo. —Se encoge de hombros —. Pensaba que follaríamos.

Una sensación de alivio me invade el cuerpo.

—De todos modos, mejor que Jorge no sepa que pasaste la noche aquí.

Rudy me pregunta el motivo, pero no llego a decírselo porque mi amigo aparece por la puerta.

—Tú, apaga esta mierda —le exige agitando la mano.

Rudy le enseña el dedo corazón y me pregunta si tengo coñac. Esta vez, al menos, no lo ha insultado.

Sentados de nuevo en la mesa, Jorge con su café, yo con una infusión y Rudy con la botella de brandi que Laura utiliza para cocinar, les expongo cuál es el plan que se me ha ocurrido durante la tarde.

—En lugar de seguir a Emilio Comas hasta que se reúna con

Cicatriz, hecho que no sabemos cuándo se producirá, haremos algo más práctico y sencillo: le quitaremos su diario personal. Santi relata que el policía lo apunta todo ahí, por lo que debe de constar algún dato personal que nos conduzca hasta el asesino o la manera de contactar con él.

—¿Crees que Emilio es tan tonto de llevar un registro de sus actividades delictivas? —pregunta Jorge arrugando la nariz.

—¿Por qué no? Si no recuerdo mal, un partido político apuntaba en una libreta la contabilidad fraudulenta.

Jorge abre la boca y, pasados unos segundos, la vuelve a cerrar. A continuación, contesta:

—Vale, tienes razón. ¡Pero robar no entraba en el trato!

—Yo no he utilizado esa palabra —me defiendo—. Digamos que se trata de un préstamo. En cuanto obtengamos la información que necesitamos, le devolvemos el diario y listo.

Rudy da una calada y coloca el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda.

—A ver si lo entiendo —dice pasándose la mano libre por su corto pelo al tiempo que exhala el humo—: quieres entrar en casa de un poli para llevarte un puto diario que no sabes si existe porque crees que te ayudará a encontrar a un asesino al que quieres preguntar qué le hizo a tu hermana.

—Exacto —digo soplando la infusión para que se enfríe.

—Magda, mírame —me ordena Rudy—. No tienes ninguna prueba de que Emilio y Cicatriz sean colegas. Tan solo la palabra de un tipo que haría lo que fuera con tal de que dejaran de extorsionarle.

—¿Quién te ha dicho que no tengo pruebas? —le rebato.

62
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Anduve renqueante hasta el número 15 de la calle Coroleu y apreté el botón del interfono correspondiente al cuarto segunda. Vanesa no contestó. Volví a pulsarlo, en vano. O no se encontraba en casa o no abría sin cita previa. Temiendo que se tratara de una de las dos opciones, se me ocurrió una tercera: que no funcionase el telefonillo.

Presioné los botones de otros pisos para comprobarlo. Mientras esperaba respuesta, una señora mayor que arrastraba un carrito de la compra abrió el portal y aproveché para entrar con ella. La ayudé a subir los cuatro escalones que la separaban del ascensor —a pesar del dolor en la rodilla— y accedimos juntos. Cuando se apeó, en la tercera planta, me pregunté si sería capaz de identificarme en una hipotética rueda de reconocimiento.

Bajé en la siguiente planta y llamé al timbre de Vanesa con el codo izquierdo —no quería repetir el error de dejar mis huellas—, a la vez que empuñaba la pistola con la mano derecha. Mantenía el arma oculta bajo el polo por si aparecía algún vecino o a ella se le ocurría usar la mirilla. Otra vez no hubo respuesta. Acerqué la oreja a la puerta, pero no oí ningún ruido, y la golpeé con el puño, acción que solo sirvió para comprobar que era hueca, fina y de mala calidad.

Lo lógico hubiera sido esperar a que Vanesa regresara —si es que no estaba dentro—; sin embargo, no tenía ni idea de cuándo sucedería y el tiempo corría en mi contra. Dadas las circunstancias, la única opción era entrar por la fuerza.

Cogí impulso y golpeé la puerta con el hombro. A pesar de utilizar todas mis fuerzas, el impacto no obtuvo el resultado esperado. Lo intenté dos veces más, hasta que un dolor intenso que me llegaba hasta el cuello me hizo desistir. «Con lo fácil que parece en las películas», pensé con frustración. Quise dar una patada con la pierna buena, pero la maltrecha rodilla no aguantaba mi peso. Exasperado, saqué la pistola y disparé a la cerradura. A la tercera bala, se abrió la puerta.

Tenía la esperanza de que los vecinos confundieran los disparos con golpes de martillo y no llamaran a la policía. Por si acaso, pensaba darme prisa. Mi intención era llevarme todos los documentos que hallase, fotos y facturas incluidas. También su ordenador, si es que tenía. Luego me dirigiría a un parque a estudiarlo todo con calma. Antes, no obstante, quería asegurarme de que Vanesa no estaba al

acecho, lista para atacarme en cuanto me acercara.

El interior estaba a oscuras. Accioné el interruptor de la pared con el cañón de la pistola y un estrecho pasillo en forma de L se iluminó ante mí. Un mueble con espejo, un perchero y un contador de la luz lo decoraban.

De repente, un sonido ensordecedor me taladró los tímpanos.

63
Magda
Lunes, 23 de octubre de 2017

A Rudy le sorprende que tenga pruebas de la supuesta colaboración entre Emilio y Cicatriz.

—¿Las tienes de verdad? —pregunta antes de morderse las uñas de la mano que no sujeta el cigarro.

—He estado investigando —digo haciéndome la interesante—. Bueno, en realidad, lo ha hecho mi hermano contra su voluntad. Esta tarde he ido a Collserola y lo he obligado, bajo amenaza de no salir de su habitación, a verificar si la información que Emilio pasaba a Santi era cierta. Si no lo era, significaba que Gabriel Casas había dicho la verdad y el policía es un cómplice de Cicatriz. —Doy un sorbo a la infusión con cuidado de no quemarme los labios y añado—: Ya sabéis que Emilio le dijo a Santi que Vanesa era abogada. Sin embargo, Hal solo ha encontrado a dos mujeres con su nombre completo: una nacida en Madrid hace ocho años y otra muerta en Badajoz hará unos veinte.

—¿Y eso qué coño significa? —pregunta Rudy con ojos vidriosos justo antes de beber su tercer chupito de la noche.

—Que Vanesa no ha existido nunca y, por lo tanto, Emilio mintió a Santi.

—El sargento Rosales dijo la verdad al afirmar que Vanesa y su hija no estaban en la base de datos —reflexiona Jorge.

—Si no fue Vanesa, ¿quién llamó a Santi para decirle que su hija estaba secuestrada? —pregunta Rudy envuelto en humo.

—No lo sé. Pero esperad, que aún hay más: en relación al Jeep que conducía Cicatriz, Emilio engañó otra vez a Santi al decirle que estaba a nombre de Vanesa. Mi hermano ha descubierto que el vehículo pertenecía a Óscar Rius.

—¿El hermano de Natalia Rius? —pregunta Jorge. Por el tono de voz, creo que no se lo esperaba.

—El mismo. Santi lo definió como conflictivo, así que no sería de extrañar que se conocieran e hicieran negocios ilícitos juntos. Incluso que los dos ejercieran de matones, dada su gran corpulencia. Si no recuerdo mal, Óscar le desencajó la mandíbula a Santi de un puñetazo.

—¡Eso no puede ser! —exclama Rudy—. ¿Cómo va a tener trato con el asesino de su hermana? Y menos prestarle su coche. Mi furgoneta no se la dejo ni a mi padre.

Me encojo de hombros.

—A lo mejor no sabe que la mató Cicatriz.

—Por si no tuviéramos suficiente con el monstruo asesino y el poli corrupto, ahora hay que sumar al boxeador fracasado. Veo que la cosa mejora por momentos —dice Jorge sin poder reprimir un bostezo.

—Entonces, solo tenemos que preguntar al Óscar ese dónde cojones está Cicatriz —razona Rudy.

Meneo la cabeza.

—Hal no ha encontrado datos sobre él y su padre no sabe cómo localizarlo.

—Vale, supongamos que Emilio mintió a Santi en un par de cosas. —Rudy aplasta la colilla contra el plato—. Eso no significa que tenga trato con Cicatriz ni que quisiera perjudicar a Santi. Quizá lo hizo para protegerlo.

—¿Por qué defiendes tanto a ese poli? —le pregunta Jorge—. Parece que le tengas miedo.

Rudy echa el cuerpo hacia delante y golpea la mesa con los puños.

—¡Joder, pues claro! ¡Ese tío está loco!

—¡Lo conoces! —exclamo sin poder ocultar mi sorpresa.

Rudy se enciende otro cigarro, da una profunda calada y apoya la espalda en la pared con aire derrotado. Antes de responder, expulsa el humo hacia el techo.

—Me lo presentó mi amigo Quique, que curra para él, un día que coincidimos los tres en el campo de tiro. Emilio me pidió que lo acercara en mi furgoneta a la playa de la Barceloneta. Durante el trayecto me insistió para que me uniera al grupo de ultraderecha que lidera en la sombra, lleno de radicales y violentos. Es alguien muy peligroso. Lo mejor es no cruzarse en su camino.

—Pero compartes sus ideas políticas —suelta Jorge.

—Algunas —admite con la vista fija en el plato que hace de cenicero—, aunque a mí no me gusta dar palizas a nadie.

—¡O sea, que a Emilio sí! —deduzco por sus palabras.

Rudy asiente, cabizbajo.

—Ordena a Quique que organice salidas nocturnas para «limpiar España de indeseables». Yo aún no he participado en ninguna, y si no lo hago pronto me acusarán de ser un cobarde.

—¿Sabes dónde vive? —pregunto con gran excitación.

Rudy suelta un bufido y me mira con dureza.

—¡Joder, Magda! ¿No has oído lo que he dicho? Aparte de eso, Emilio se dedica a las extorsiones y hace negocios con los narcos y la mafia. ¡Si le tocas los cojones, te meterá un tiro en la cabeza sin pensarlo!

—¿Y por qué no lo detienen?

—No hay pruebas. —Posa su ojos en el mechero y juega con él—. Y si las hubiera, ya se encargaría él de hacerlas desaparecer.

—¡Yo quiero su diario! —exijo sin atender a razones.

—Haz lo que quieras, pero yo paso. Esto me supera. ¡Y a vosotros, ni os cuento! —exclama Rudy señalándonos con la barbilla.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con él —añade Jorge.

Rudy se guarda el tabaco y el mechero en uno de los bolsillos laterales del pantalón y se dirige a la salida. Descuelga su chaqueta verde de chándal y abre la puerta que da al rellano.

—Espero que no hagas ninguna estupidez —me pide antes de irse.

Jorge bosteza arqueando la espalda, con los brazos levantados y las manos entrelazadas.

—¿Me ayudarás? —le suplico.

—Ni lo sueñes. Es demasiado peligroso.

No insisto. Estoy tan cansada que no tengo ganas de iniciar una batalla verbal. Lo único que quiero es dormir. Hoy ha sido un día muy largo.

Jorge me ayuda a recoger la mesa y a ponerla en posición vertical. Cuando se va, extiendo la cama, me quito el vestido —duermo con bragas y camiseta, menos cuando me emborracho— y caigo rendida sobre el colchón. En ese momento, alguien llama a la puerta. ¿Es posible que mi amigo haya cambiado de opinión y venga a ofrecerme su ayuda? No lo creo. Seguro que ha olvidado algo y viene a buscarlo. Me levanto, enciendo la luz del comedor y abro la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —digo asombrada.

Dejo entrar a Rudy y cierro la puerta tras él. De pronto, siento vergüenza de mi cuerpo entrado en carnes y voy al trastero a por unos pantalones de chándal.

—No hace falta que te tapes, ya lo vi todo la otra noche —dice con una sonrisa pícara cuando regreso.

—¿Ah, sí? Pues te aseguro que no habrá más veces —digo con las manos apoyadas en mis caderas, un mechón pegado a la cara y ojeras de cansancio. Lo encuentro mono, pero no quiero tener otra relación nunca más. Y menos con alguien a quien doblo la edad. Se acabaría cansando de mí y yo lo pasaría fatal, como siempre. Reconozco que un polvo no me vendría mal; sin embargo, pienso que podría ser mi hijo y se me quitan las ganas—. ¿Qué quieres?

—Estás muy guapa —dice sin apartar la vista de mis pechos. Se me marcan los pezones a través de la camiseta, pero me da pereza ponerme el sostén.

—¡Mira, chaval, no estoy de humor para…!

—Vale, perdona —dice levantando las manos—. He cambiado de opinión. Voy a ayudarte a conseguir ese diario.

—¿Ah, sí? —digo perpleja.

—Ya sé que tú lo quieres para dar con Cicatriz, pero yo lo quiero para que detengan de una vez a Emilio Comas y su panda de

delincuentes. ¡Espera, deja que termine! —me ordena al ver que me dispongo a interrumpirlo. Solo iba a preguntarle si quiere un café; yo necesito uno triple—. No quiero que ataquen a inmigrantes, indigentes y gais por el simple hecho de serlo. No me gustan, pero allá cada cual con su vida. ¡Eso sí, a los okupas y los independentistas que les den! —exclama sin saber que soy una separatista convencida.

—Acepto tu ayuda —digo con una amplia sonrisa, pasándome por el forro mis profundas convicciones catalanistas.

Doblo la cama, pongo la mesa de *camping* en posición horizontal y hago dos cafés bien cargados. Una vez sentados, pensamos en la manera de sustraer el diario de Emilio Comas.

64
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Giré la cabeza hacia la puerta de entrada y vi, pegado a la pared, el panel de control de una alarma. Espoleado por el ruido, asomé la cabeza con cautela hacia la parte no visible del pasillo. Como no vi a nadie, avancé con la pistola apuntando al frente. Entonces caí en la cuenta de que si la alarma estaba conectada, significaba que el piso estaba vacío. Guardé la pistola en la cintura, contento de que Pedro no pudiera reírse de mí, y continué avanzando.

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Desemboqué en un comedor alumbrado por la luz que se colaba a través de la ventana, y lo que vi me dejó alucinado. Era como si un terremoto de magnitud nueve en la escala de Richter hubiera arrasado el comedor de Vanesa. Todos los muebles estaban volcados sobre el parqué, igual que el televisor, la cadena de música y el reproductor de DVD. Entre ellos había tirados libros con hojas arrancadas, CD separados de sus cajas, figuras de porcelana rotas e incluso cuadros con la tela rajada. Parecía que alguien hubiese registrado a conciencia la casa, quién sabe si buscando lo mismo que yo.

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Pasé por delante de la cocina y accioné el interruptor de la luz con el codo para echar un vistazo. Desde el marco de la puerta pude observar el mismo caos que en el comedor. La única diferencia era la clase de artículos esparcidos por el suelo. Lo mismo sucedía en el lavabo, contiguo a la cocina. Continué andando en dirección a las dos únicas habitaciones de la casa con cuidado de no resbalar al pisar con la pierna accidentada.

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Estaban una frente a la otra, ambas con la puerta abierta y la persiana subida. En la habitación pequeña había un escritorio con los cajones tirados por el suelo. Sin embargo, ni rastro de papeles, carpetas u ordenadores. Aturdido por el pitido incesante de la alarma, me dirigí hacia la otra habitación.

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Fue fácil imaginar que el dormitorio presentaría el mismo aspecto que el resto de la casa. Y así era. El contenido del armario había sido vaciado sobre la cama. Ropa de todas las clases, zapatos y bisutería estaban mezclados sin orden ni concierto.

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Miré debajo de la cama por si había alguna caja con fotos o documentos. Como era de esperar, no hallé ninguna. No obstante, mis ojos se fijaron en un bulto situado al otro lado. Rodeé la cama y quité la sábana que lo cubría con el pie. Lo que vi me heló la sangre.

65
Magda
Martes, 24 de octubre de 2017

La melodía del móvil me despierta, pero estoy demasiado dormida para reaccionar.

Al cabo de un rato, vuelve a sonar. Meto la mano debajo de la almohada, saco el aparato con ganas de que enmudezca y aprieto la pantalla hasta que acierto a descolgar.

—Hmmm —digo con voz somnolienta.

—¡Hombre, por fin coges el teléfono! —exclama Jorge. En esta ocasión lo he reconocido—. ¿Cómo estás?

—Bien —digo con el mismo tono que el «hmmm».

—¿Bien? ¿Ya está? Una respuesta tan escueta por tu parte solo puede significar que estás enfadada conmigo. Y el motivo es porque no quiero echarte una mano para robar el diario de Emilio Comas, ¿verdad?

—No —digo a la vez que bostezo y abro los legañosos ojos—. Rudy se ha ofrecido a ayudarme y ya no te necesito.

De repente, se oye un gran estornudo que me recuerda que no estoy sola.

—¡Un momento! —exclama Jorge—. Esa manera tan escandalosa, irritable y maleducada de estornudar la reconozco. ¿Qué hace el botarate de Rudy en tu casa? ¡No me digas que ha dormido contigo!

—Te-tengo que dejarte. —Cuelgo y apago el móvil.

Rudy se ha quedado a dormir en mi casa porque a la hora a la que terminamos de diseñar el plan ya no había transporte público. Aunque hubiera preferido lo contrario, me he visto obligada a compartir cama con él. Esta vez, sin embargo, hemos estado separados por una fila de cajas llenas de artículos situadas en medio a pesar de sus quejas. De esta manera, he podido dormir sin miedo a que sucediera lo inevitable.

—Buenos días, dormilona. —Rudy está sentado en un taburete, fumando en calzoncillos con la vista fija en la pantalla de su móvil. Vuelve a estornudar y se sorbe la nariz con fuerza—. Ya tengo la dirección de Emilio Comas. Se la he pedido por WhatsApp a mi colega Quique. Para que no sospeche, le he escrito que quiero enviar un paquete a su jefe.

—¡Qué bien! —expreso aún desde la cama—. ¿Dónde vive?

—En el barrio de la Bonanova, zona pija. Calle Mandri, número 102. Pero Quique no sabe el piso ni la puerta porque el poli nunca lo

ha invitado a subir a su casa.

—¿Vive solo? —Deseo que sí. De lo contrario, habrá menos ocasiones en que el piso esté desocupado.

—Espera, que se lo pregunto. —Mientras tanto, me levanto y voy a la cocina a preparar el desayuno—. ¡Cree que sí! —Rudy alza la voz para que lo escuche—. ¡Dice que no tiene mujer ni hijos!

Después de tomar un tazón de leche con cereales, le propongo a Rudy desplazarnos al edificio de Emilio Comas. Tenemos que averiguar la dirección completa de su vivienda y prever los contratiempos que puedan surgir durante el robo.

Un autobús nos deja a pocos metros del edificio. La entrada no está a nivel de calle, sino que hay que subir tres peldaños y atravesar un corto pasillo. Antes de que podamos cruzar el portal, sale a nuestro encuentro un hombre vestido con traje negro y corbata naranja chillón que nos mira de arriba abajo con altivez.

—¿A qué vienen?

—¿A ti qué te importa? —dice Rudy detrás de mí.

—Soy el conserje de este edificio y aquí no entra nadie sin mi permiso —contesta con el mentón levantado y los brazos en jarra.

—Somos a-amigos de Emilio Comas y venimos a hacerle una visita. —Fuerzo una sonrisa con el fin de rebajar la tensión—. ¿Nos puede indicar en qué piso vive?

—¿Amigos del señor Comas, dice? —Me mira con desconfianza.

Asiento sosteniéndole la mirada, ruborizada por la mentira que he soltado.

—Antes de dejarlos pasar, tengo que preguntarle si accede a recibirlos. Los DNI —nos pide extendiendo una mano hacia nosotros.

Su respuesta indica que Emilio se encuentra en casa. De lo contrario, nos hubiera dicho que no estaba. Me entra el pánico. Es primordial que el policía no sepa de nuestra existencia. Si escucha nuestros nombres de boca del conserje o, peor aún, accede a vernos por curiosidad de saber qué queremos, podría relacionarnos con el allanamiento de morada que sufrirá de aquí a unos días.

—¡Oh, qué tarde se ha hecho! —exclamo observando el reloj de pulsera que no llevo—. Tenemos un po-poco de prisa. Ya vendremos otro día —balbuceo empujando a Rudy con el codo hacia el exterior.

Damos una vuelta a la manzana para estudiar la zona y tomamos dos decisiones importantes que pondremos en práctica el día de la sustracción del diario: la primera, que aparcaremos la furgoneta en doble fila aprovechando que la calle Mandri dispone de dos carriles de subida. La segunda, que actuaremos de madrugada. A esa hora el tráfico es casi inexistente, los testigos son escasos y, sobre todo, no hay conserjes tocando las narices.

Durante el trayecto de vuelta en autobús, busco información en el *smartphone* sobre el piso de Emilio Comas. Quiero hacerme una idea del tamaño y la distribución, dando por hecho que todos los pertenecientes al número 102 de la calle Mandri son iguales o muy parecidos. Descubro en el portal de una inmobiliaria que una de las viviendas de la tercera planta está en venta. Su precio es de 750 000 euros y mide doscientos metros cuadrados. Dispone de cuatro habitaciones, cada una con baño integrado y terraza. La cocina es tan grande como el comedor y el baño tiene *jacuzzi*. En las fotos parece la mansión de un millonario. El sueldo de un policía no da para vivir en un lugar así, lo cual confirma que Emilio tiene ingresos adicionales de dudosa procedencia.

Aviso a Rudy de que me bajo en la siguiente parada, y él me comunica que me acompaña a casa porque aún falta una hora hasta que entre a trabajar. Yo me niego en redondo. Tengo miedo de que se lo tome como algo habitual y, tal como me avisó Jorge, se acabe instalando en mi piso.

66
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

En el suelo se hallaba el cuerpo descuartizado de una mujer. Al ver el cadáver me tapé la boca, horrorizado por el espectáculo dantesco que tenía ante mí.

Ver aquella escena me produjo arcadas. Al instante, un pensamiento me cortó la respiración: «¿Y si se lo han hecho estando viva?».

¡Meeeck! ¡Meeeck! ¡Meeeck!

Por instinto, me eché hacia atrás. Di media vuelta y salí pitando de aquella casa de los horrores, antes de que me acusaran de ser el autor de la carnicería.

Bajé corriendo las escaleras del edificio, ignorando el inmenso dolor procedente de la rodilla maltrecha. No quería perder tiempo esperando la llegada del ascensor. Me extrañó no cruzarme con ningún vecino. O estaban acostumbrados a que saltara la alarma o no querían enfrentarse a posibles ladrones. Durante el descenso, notaba el corazón golpeando furioso contra mi pecho y el sudor resbalándome por la cara. Salí a la calle y anduve a velocidad normal. A pesar de la inevitable cojera, era primordial no llamar la atención.

Antes de doblar la esquina, un coche patrulla pasó a toda velocidad por mi lado. Giré la cabeza y vi que paraba delante del edificio de Vanesa. Sin detener el paso, continué andando hacia el metro.

A medio camino de la plaza Orfila, pasé por delante de una pequeña tienda de alimentación. Tras unos segundos de duda, entré. Necesitaba beber algo que atenuara mis dolores y me hiciera olvidar el estado en que había quedado el cuerpo de Vanesa.

Sentado frente a la caja registradora, un chico de rasgos árabes mantenía una acalorada discusión telefónica en su idioma. Le pedí una botella de las que tenía a su espalda y me la dio sin prestarme atención, ocupado en ganar el combate dialéctico. Fui hasta el fondo del comercio, escondí la botella de alcohol en mis lumbares y salí por un lateral del local sin que se diera cuenta.

Al llegar a la plaza, me senté a pleno sol en un banco de madera y bebí de la botella de *whisky* con ansia desmedida. Estaba aliviado por haber huido a tiempo de ese piso pero exhausto por el esfuerzo. Tenía tanto sueño que dejé caer los párpados. En ese instante, apareció en mi mente el cuerpo descuartizado de Vanesa. En realidad, no sabía si

era ella, aunque todo apuntaba a que sí. ¿Quién si no? Perturbado por la visión, me forcé a mantenerme despierto.

Mientras esperaba a que el alcohol hiciera efecto y borrara el cadáver troceado de mi cabeza, me puse a elucubrar lo que pudo haber sucedido entre esas cuatro paredes antes de que yo llegara.

«Vanesa está en casa. Alguien llama a la puerta. Ella abre». Que la cerradura no estuviese forzada indicaba que lo hizo por propia voluntad. «Conoce al visitante. Trabaja para ella. Lo deja entrar, ignorando que viene a matarla». No cabía duda de la identidad del invitado. Basándome en el *modus operandi*, el autor del crimen era el mismo que acabó con la vida de Natalia. «Es Cicatriz».

A la pregunta de por qué lo había hecho, lo tenía claro: «La asesina para evitar que me revele su nombre real y su paradero». Respecto al motivo de tanto estropicio, también. «Cicatriz registra el piso con el fin de llevarse todas las pruebas que demuestren su existencia».

Me costó más entender por qué conectó la alarma antes de irse, pero al final lo hice. «Quiere que salte cuando yo entre. Su plan es que los vecinos avisen a la policía mientras inspecciono el interior y me acusen del asesinato». El saber que me había preparado una trampa me llevó a formularme una pregunta para la que no tenía respuesta: «¿Cómo se ha enterado de que iba a presentarme en casa de Vanesa?».

67
Jorge
Martes, 24 de octubre de 2017

Son las tres menos cuarto de la tarde. Estoy sentado en el vestuario del supermercado, esperando impaciente la llegada de Rudy. Cuando aparece, me levanto y cruzo los brazos.

—¿Al final vas a ayudarla?

Él ni me mira. Se acerca a su taquilla y la abre.

—¡No tengo que darte explicaciones, *pringao*! —suelta con su chulería habitual mientras se quita los pantalones.

Odio tratar con personas menos evolucionadas que yo.

—¡Magda es mi amiga y no pienso permitir que te aproveches de ella! Maldito el día que la conociste.

Rudy se gira hacia mí en calzoncillos y acerca su cara a escasos centímetros de la mía.

—¡Yo no me aprovecho de nadie, gilipollas!

—Claro, por eso volviste a su casa cuando yo me fui. ¿No ves que Magda es especial? ¡Ella no ve el peligro de relacionarse con personas como tú!

Rudy me empuja hacia las taquillas que tengo detrás y levanta un puño en actitud amenazante. Nunca lo había visto tan agresivo. Yo me protejo la cabeza con las manos en un acto reflejo.

—¡Mira, desgraciado, como vuelvas a acusarme de algo así te parto la cara! —Da un puñetazo a la taquilla que tengo al lado y se pone el uniforme.

El resto de la tarde pasa sin pena ni gloria, como todas en las que trabajo. Lo único positivo es que Rudy y yo no nos hablamos.

68
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

No sé cuánto tiempo estuve sentado en el banco de la plaza Orfila, vaciando la botella poco a poco y compadeciéndome por no haber podido hablar con Vanesa.

Agotado física y mentalmente, decidí no seguir luchando contra mi destino y aceptar que me condenarían por su muerte y la de Natalia.

—¿De verdad te piensas rendir?

Me espanté al escuchar una voz a mi lado. Era Pedro, sentado a mi izquierda con una caja de *pizza* sobre su barriga.

—¿Por qué te sorprende? Fuiste tú quien me lo recomendó —le recordé.

—Pero es que ahora ya sabemos quién contrató a Cicatriz.

—Por si aún no te has enterado, esa persona está muerta y no podrá testificar en contra de él —respondí con acritud. No tenía ganas de seguirle el juego.

—No me refiero a Vanesa, tontaina. Ella era inocente. Quería avisarte, pero no podía porque estabas sobrio. —Muerde una porción y gotas de grasa se deslizan por su barbilla—. ¿No ves que Cicatriz no mataría a alguien que le pagara por sus servicios? Si quería evitar que Vanesa hablara contigo, solo tenía que trasladarla a otro sitio. Además, de ser culpable, ella no te hubiera dado su nombre real ni el de su hija.

El razonamiento de mi exsocio parecía sólido, pero aún me presentaba algunas dudas.

—De ser así, ¿cómo explicas que el Jeep que conduce Cicatriz esté a nombre de Vanesa?

—Porque él debió de quitárselo por la fuerza. Me apuesto un bocata de chistorra a que la extorsionaba desde hacía años, igual que a Gabriel Casas.

—¿Y cómo justificas que Vanesa tuviera antecedentes penales?

—Es probable que se viera obligada a cometer delitos para pagar la cantidad de dinero exigida por Cicatriz. A diferencia del empresario, ella no era rica. —Pedro tenía respuestas para todo, y todas de una lógica aplastante. O eso me parecía.

—O sea, que ya no crees que Gabriel Casas sea culpable.

—Que te diese el número de matrícula del todoterreno me hizo cambiar de opinión.

—Antes has dicho que sabes quién contrató a Cicatriz, pero ya no

nos quedan más candidatos.

Pedro seguía engullendo la *pizza*, de la que solo quedaba una porción.

—¿Cómo que no? Nos queda uno, y reúne todos los requisitos.

—¿Ah, sí? ¿En quién estás pensando?

—Joder, Santi, hoy estás más espeso que de costumbre. Me refiero a Wong, como es evidente.

Estudié el rostro de Pedro con máxima atención, atento a cualquier mínimo gesto que me ayudara a dilucidar si me estaba tomando el pelo.

—¿Me estás diciendo que Wong es la persona que contrató a Cicatriz?

Pedro asintió mientras tiraba la caja vacía al suelo y se secaba la boca con el antebrazo. Él hablaba en serio, por raro que me pareciera.

—Exacto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Conoce a Cicatriz y lo sabe todo sobre ti, incluida la etapa en que viviste con Natalia. Eres tan bocazas que le has contado tu vida al completo. Y lo peor de todo: un día en que él bebió más de la cuenta, te confesó sus actividades ilegales. Tú no te acuerdas porque estabas borracho como una cuba, pero yo lo escuché sentado junto al Vasco.

—¿Y eso qué tiene que ver con que quiera endilgarme un asesinato?

—Piensa, Santi. Tiene miedo de que utilices esa información en su contra y por eso quiere que te encierren de por vida.

Había algo en la teoría de mi exsocio que no me cuadraba, pero no sabía el qué. El embotamiento mental que sufría, provocado por la fatiga extrema y el exceso de alcohol, no me dejaba pensar con claridad. De todas formas, decidí comprobar si la teoría era cierta. Era mi última oportunidad de demostrar mi inocencia. Si volvía a equivocarme de culpable, al menos habría luchado hasta el final.

Al levantarme, sentí una leve punzada en la rodilla anestesiada. Fui vacilante hacia la boca de metro, bajé las escaleras apoyándome en la barandilla y me detuve ante las máquinas validadoras de billetes. Mi intención era colarme, pero la presencia de un vigilante de seguridad me hizo desistir. Regresé a la plaza trastabillando varias veces y me desplacé a la parada de taxis que se hallaba en uno de los laterales. Subí al primer vehículo de la cola y le di al conductor la dirección del bar de Wong.

69
Magda
Miércoles, 25 de octubre de 2017

Estoy tumbada en la cama, mirando de manera compulsiva noticias sobre famosos en el móvil. Llevo despierta desde las seis de la mañana, nerviosa por la visita que tengo previsto hacer a la comisaría de Les Corts. Debo averiguar los días que Emilio trabajará de noche, y hacerlo a escondidas de él para que no sospeche nada. Se lo preguntaré a sus compañeros cuando él no esté de servicio. Si ya no trabaja ahí, espero que me comuniquen su destino actual.

Me levanto de la cama, voy al baño y me doy una ducha. Después de tomar el desayuno, me pongo el traje de chaqueta y me hago una coleta. En esta ocasión, dado que habrá cámaras grabando, me decanto por taparme las canas para estar aún más irreconocible. A falta de tinte, me unto el único producto del que dispongo que puede camuflar la blancura de mi pelo: el betún negro que uso para dar lustre a mis zapatos. Huele muy fuerte, pero servirá.

A las ocho de la mañana me planto ante la comisaría. Si Emilio Comas está trabajando, daré media vuelta y volveré por la tarde.

Empujo la puerta acristalada y accedo a una pequeña sala que conduce a otra más grande. Al fondo hay un mostrador en el que una agente de policía atiende a una mujer con moño alto, abrigo de piel y tacón bajo. Detrás de ella, varias personas están haciendo cola. Pasará un buen rato hasta que llegue mi turno, y estar encerrada en un espacio tan reducido me causa ansiedad. Por si fuera poco, la cabeza me pica horrores, el pantalón me oprime la barriga y la chaqueta me agobia. ¡No aguanto más!

Me acerco al mostrador y le pregunto a la chica uniformada por Emilio Comas. La señora del moño se calla y ambas giran la cabeza hacia mí. Estoy temerosa de que el poli se encuentre en alguna dependencia del interior y la agente lo llame para que me atienda.

—No está de servicio —dice ella.

Siento un gran desahogo al escucharla. La mujer a la que atiende me grita que espere mi turno, yo la ignoro.

—¿Qué días le toca trabajar de noche?

—¿Por qué quiere saberlo?

No puedo confesarle que la razón es colarme en su casa aprovechando que estará trabajando, así que digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Soy de A-Asuntos Internos. Estoy investigando varias denuncias que hemos recibido. Acusan al se-señor Comas de abuso de poder, malversación de fondos y tráfico de influencias. —Al decirlo, noto cómo me sonrojo. La agente se mantiene impasible, por lo que añado —: Le enseñaría mi identificación, pero es que me la he de-dejado en el coche. —A ella no puedo mostrarle la placa de juguete.

Pasan los segundos y la mujer policía sigue sin responder. ¿Habré dicho algo poco realista o inapropiado? Si Jorge estuviera a mi lado, me lo haría saber.

—Ya era hora de que investigaran a ese cerdo —suelta ella sin esperármelo—. Esta semana hace el turno de tarde. Excepto hoy y el sábado, que trabaja de noche.

Me despido de la mujer y, al darme la vuelta, veo que todos los presentes me observan ojipláticos. ¿Tanto se nota que el color de mi pelo no es natural?

Salgo a la calle y llamo a Rudy por teléfono. Después de explicarle mi visita a la comisaría, decidimos que esta misma noche accederemos a casa de Emilio Comas para llevarnos su diario personal. ¡Qué nervios!

70
Santi Canales

Miércoles, 11 de junio de 2003

El taxi era un modelo viejo, con varios golpes en la carrocería y la pintura descolorida. Me acomodé en uno de los asientos traseros, cuya tapicería estaba desgastada por el uso. En cuanto Pedro se sentó a mi lado, la suspensión lanzó un quejido. El interior hervía y olía a rancio. Di vueltas a la manivela de la puerta, pero la ventanilla no bajó. Cuando el vehículo se detenía en un semáforo, el cuadro de mandos vibraba de forma ruidosa. Por los altavoces sonaban las típicas canciones de las películas de Bollywood. El conductor, hombre de origen paquistaní, seguía las indicaciones que le marcaba el GPS.

El taxi se detuvo delante del bar a las dos y cuarto de la tarde. Sentí un gran alivio al ver que estaba abierto. Algunos días, Wong cerraba a las dos y no abría hasta las cinco.

Le ordené al taxista que siguiera hasta la otra esquina. Quería comprobar si la policía aún me buscaba. Al pasar por delante de mi edificio, situado a mitad de calle, vi a un agente de los Mossos d'Esquadra apostado en el portal. El conductor continuó hasta la intersección, activó los intermitentes y paró el taxímetro.

—Nueve con cincuenta —dijo en perfecto castellano.

Hice ademán de sacarme la cartera del bolsillo izquierdo del pantalón, luego del derecho y, finalmente, del trasero.

—¡Ostras! Me he dejado la cartera en el trabajo. —El hombre me miraba impasible a través del retrovisor—. Voy a por dinero a mi casa, que está al torcer la calle. Ahora vuelvo. Soy investigador privado. Le dejo mi identificación como fianza.

Alargué el brazo a través de los dos asientos delanteros y le tendí un falso documento con el nombre inventado. En cuanto el taxista lo cogió, me precipité hacia la puerta. No obstante, activó el cierre centralizado unas milésimas de segundo antes de que yo accionara la palanca.

Alarmado, dirigí los ojos hacia el retrovisor y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos expresaban desconfianza.

—Esto no me sirve —dijo sin tan siquiera echarle un vistazo al carné—. Pero lo que lleva en la muñeca, sí.

Clavé la mirada en el reloj de mi abuelo, que no me quitaba ni para dormir. Ese Rólex era mi único recuerdo suyo. Incluso en mis peores días me había resistido a cambiarlo por alcohol.

El sonido de un claxon me devolvió al presente. Me di la vuelta y

vi, a través del parabrisas trasero del taxi, a un vehículo esperando a que desbloqueáramos la calle.

—Venga, Santi, demuéstrale a este tío que con nosotros no se juega. Apúntale con la pistola y oblígalo a que desactive el seguro de la puerta —me ordenó mi exsocio, que sujetaba un cubo de cartón de gran tamaño colmado de alitas de pollo fritas.

Estuve tentado a obedecerle, pero el poco raciocinio que me quedaba me ayudó a desestimar tal posibilidad.

—No es buena idea —le susurré—. No quiero arriesgarme a que denuncie los hechos al policía plantado en mi portal. Y menos sabiendo que nos dirigimos al bar de Wong.

—Excusas. Lo que sucede es que no te atreves —sentenció Pedro chupando una alita.

No le hice caso. Prefería pasar por gallina y desprenderme del reloj a cambio de una oportunidad de demostrar mi inocencia.

—Está bien —dije al taxista con resignación mientras abría el cierre de la cadena.

Le acerqué el reloj y se lo apropió con avidez. Después de inspeccionarlo, un breve zumbido me indicó que el seguro había sido desactivado.

—Lo espero en esa plaza de minusválidos. No tarde.

—Será solo un momento —mentí sintiendo en lo más profundo de mi ser que traicionaba la memoria de mi abuelo.

71
Magda
Jueves, 26 de octubre de 2017

Son las dos de la madrugada y la calle Mandri está desierta. Nos detenemos delante del número 102 y estacionamos en doble fila, dispuestos a colarnos en el piso de Emilio Comas. Antes de bajar de la furgoneta, me remango los pantalones de operario que Rudy me ha cedido. A él le van más anchos que a mí, pero no tan largos. Los uniformes se los ha prestado el amigo de un amigo, propietario de una empresa de limpieza y mantenimiento. Nos ponemos guantes de látex para no dejar huellas y llevamos gorra por si hay cámaras en el edificio.

Abro la puerta lateral de la furgoneta y digo en voz baja:

—Es hora de levantarse.

Como Jorge no responde, lo zarandeo.

Mi amigo me llamó el martes por la noche. Aseguró que entrar en casa de Emilio es una locura y me imploró que no quedara más con Rudy. Ante mi negativa, me rogó unirse al grupo. Acepté porque necesitamos a alguien que vigile la furgoneta en nuestra ausencia.

—¿Qué pasa? —pregunta frotándose los ojos, tumbado en el asiento de atrás.

—Ya hemos llegado.

Jorge se despereza y se sienta.

—Vale, ya estoy listo. ¿Qué hago?

—¡Te lo he explicado cien veces! —le grita Rudy mientras se coloca la mochila a la espalda.

—No hables tan alto, que vas a despertar al vecindario —lo regaño.

Él resopla mirando al cielo y se esfuerza en bajar el tono de voz.

—Solo tienes que vigilar, Jorge. Si Emilio aparece, envías un mensaje a Magda. Si se presenta la poli y te dice que no se puede estacionar en doble fila, das una vuelta a la manzana y dejas la furgoneta en el mismo sitio.

—¿No sería mejor que os acompañara?

—¡Que no, *pesao*! Con dos es suficiente. Además, para ti no hay uniforme.

Rudy se dirige al edificio de Emilio refunfuñando. Lo sigo hasta los tres peldaños que conducen al portal y, antes de subirlos, se gira hacia mí.

—Quédate aquí. Si ves que alguien se acerca, me avisas.

Se pone unos guantes de trabajo sobre los de látex, saca una ganzúa del bolsillo y se dirige a la puerta acristalada. Por suerte, no aparece nadie durante el rato que tarda en abrir la cerradura. Nos bajamos la visera de la gorra hasta las cejas y nos adentramos en un pequeño vestíbulo cuyas paredes revestidas de espejos crean una falsa sensación de amplitud. El centro lo ocupan cuatro butacas negras y una mesita de cristal que contiene varias revistas de cotilleos. La luz, tenue y anaranjada, proviene de tres tulipas colgadas del techo. El ambiente es tan acogedor que no me importaría pasar la noche acurrucada en uno de los mullidos sillones.

El ascensor está instalado junto a la caseta del conserje, y al otro lado se hallan los buzones de la comunidad. Los observamos con ayuda de la linterna del móvil hasta que damos con el perteneciente a Emilio Comas. Debajo de su nombre está escrito: «Ático B». Nos metemos en el ascensor y, al llegar a nuestro destino, asomamos la cabeza con cautela.

La lámpara que hay en el ático es idéntica a la del vestíbulo. Su débil luz nos muestra que en el rellano hay dos viviendas. La de Emilio, ubicada a nuestra izquierda, tiene una placa metálica pegada junto al marco de la puerta advirtiendo de que la casa está dotada de sistemas antirrobo. No obstante, bien podría tratarse de un cartel falso. Porque, admitámoslo: ¿quién en su sano juicio se atrevería a robar en casa de un policía aparte de nosotros?

Rudy se dirige al ático A, situado a nuestra derecha, y rocía la mirilla con el espray de pintura que guardaba en un bolsillo lateral del pantalón. A continuación, se acerca al domicilio del policía, se arrodilla y saca varias herramientas de la mochila.

—No sabía que dominabas el tema —susurro con sincera admiración iluminando sus manos con el móvil. Ahora entiendo por qué me dijo con tanto aplomo que conocía la manera de entrar sin necesidad de reventar la puerta.

—Mi primer trabajo fue de ayudante en la cerrajería de mi tío, pero me fui porque pagaba una mierda —confiesa en voz baja después de hacer un taladro por donde se mete la llave—. Estas herramientas son suyas. Se las quité ayer por la tarde y hoy las echará en falta —añade con una sonrisa al tiempo que inserta un objeto puntiagudo por el orificio y lo golpea dos veces con un martillo de goma.

Unos minutos más tarde, consigue que el mecanismo ceda. Mete las herramientas en la mochila, se la coloca en la espalda y me pregunta antes de empujar la puerta:

—¿Preparada?

Asiento a la vez que trago saliva.

En el supuesto de que haya alarma, Rudy calcula que dispondremos de unos diez minutos antes de que acuda la policía o se

presente un vigilante de la empresa que la gestiona.

La luz del pasillo se enciende en el momento de acceder al interior, lo que me provoca un sobresalto al creer que Emilio ha accionado el interruptor desde el otro extremo. Como no lo veo, deduzco que los ojos de buey empotrados en el techo están conectados a un sensor de movimiento.

Estamos en completo silencio, señal de que no hay alarma o, en caso de haberla, no está conectada. Eso no quita que Emilio pueda tener cámaras de videovigilancia, motivo por el que nos dejamos puestas las gorras.

Atravesamos el pasillo y llegamos al comedor, que también se ilumina solo. En las paredes cuelgan cuadros de temática taurina y cabezas de animales disecados. Mientras Rudy inspecciona una librería que contiene un busto de Franco, yo rebusco en los cajones de un mueble que guarda, entre otras cosas, una bandera gigante de España con un águila en el escudo.

—¿Has encontrado el diario? —pregunto a Rudy al ver que ojea un tomo muy gordo.

Él sacude la cabeza.

—Es un álbum de fotos.

—¿Ninguno de los libros que hay en las estanterías es el que buscamos?

—Así es —confirma dejando el álbum en su sitio—. Por los títulos, la mayoría son de suspense y el resto, de guerra. ¡Qué coñazo!

¿Dónde debe de guardar el diario? Intento imaginar dónde lo dejaría yo si tuviera uno y se me ocurre el lugar perfecto.

—¡Ya lo tengo! —anuncio—. Vayamos al dormitorio. Seguro que está en la mesita de noche.

Recorremos la mansión y nos plantamos ante un pasillo que contiene varias habitaciones. Antes de acceder a la primera de ellas, veo con estupor que la puerta del fondo se abre unos centímetros.

72
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Di la vuelta a la manzana para no pasar por delante del agente de policía y entré en el bar.

Wong estaba sentado detrás de la barra, sonriendo con los ojos fijos en la pantalla de su ordenador portátil. El único cliente era el Vasco, que dormitaba en una de las mesas. Al verme, elevó su copa de coñac a modo de saludo.

El propietario del bar tardó algo más en apreciar que el nuevo cliente era yo. Se levantó sin desviar los ojos del ordenador y, al orientarlos hacia mí, se le congeló la sonrisa. Me señaló con el dedo y gritó algo en su idioma. Saqué la pistola de la cintura y apunté hacia él, gesto sencillo que funcionó a la perfección. Wong volvió a sentarse sin necesidad de decirle nada al tiempo que subía los brazos por iniciativa propia.

Me apoyé en la barra y reprimí el impulso de coger una botella de la estantería. Si bebía ni que fuera un trago más, corría el riesgo de perder el escaso sentido común que me quedaba. Y antes tenía una misión que cumplir.

Me mantuve a una distancia prudencial de Wong y le ordené:

—Al almacén.

Él se mostró reacio, pero al acercarle el cañón a la cara desfiló sin rechistar.

El almacén era una pequeña sala de paredes desconchadas y suelo de cemento que olía muy fuerte a cloaca. Sin respiradero ni salida al exterior, la única luz provenía de una bombilla que colgaba del techo. En la parte izquierda había un taburete de plástico, un colchón amarillento y un sucio microondas que descansaba sobre una estufa de butano. El resto del habitáculo estaba ocupado por unas cajas precintadas de las que no quise averiguar el contenido.

Ordené al chino que citara a Cicatriz en el bar. Como era de esperar, negó conocerlo. Me juró que solo lo vio el día que vino a recoger la copa con mis huellas.

—Espero que no te creas nada de lo que diga. —Pedro estaba tumbado boca arriba sobre el colchón, con las manos y la boca manchadas de salsa. El recipiente cilíndrico con alitas de pollo descansaba sobre su camiseta.

Wong se sentó en el taburete con cara de no haber roto un plato. Yo lo contemplaba sin dejar de apuntarlo con el arma.

—¿Y si dice la verdad, Pedro? —aventuré—. Ya te equivocaste al acusar a Gabriel Casas.

—Sabes que esta vez tengo razón. De lo contrario, no habrías venido hasta aquí.

Seguía pensando que había algo incongruente en la teoría de mi exsocio, pero aún no sabía el qué.

—Si te he hecho caso es porque no tengo una opción mejor. Quién sabe, quizá esta vez aciertes de casualidad. —Al mismo tiempo que dedicaba a Pedro una mueca llena de escepticismo, vi por el rabillo del ojo cómo Wong se abalanzaba sobre mí. Me eché hacia atrás en un acto reflejo y apreté el gatillo sin querer.

La bala impactó en su tibia izquierda, provocando que la sangre brotara como una fuente de su pierna.

Emitía unos gritos tan fuertes que le quité un calcetín del pie y se lo metí en la boca. Quería evitar a toda costa que lo escucharan desde la calle.

—La has vuelto a cagar, Santi. En estas condiciones no va a confesar nada.

—¡Ha sido culpa suya por atacarme! —me justifiqué al tiempo que me quitaba el sudor de la frente con el dorso de la mano izquierda—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Hazle un torniquete para cortar la hemorragia. Yo no puedo, que estoy comiendo.

Me quedé hipnotizado por esa mancha de color rojo oscuro que se iba extendiendo por el suelo.

—¡Muévete! —añadió mi exsocio al ver que no reaccionaba.

Guardé la pistola en la cintura, agarré la sábana que descansaba sobre el colchón y arranqué una tira de varios centímetros. Al acercarme a Wong, dispuesto a atarle el trozo de tela por encima de la rodilla, unos golpes procedentes del suelo llamaron mi atención.

73
Magda
Jueves, 26 de octubre de 2017

Me detengo en seco y me agarro al brazo de Rudy. La puerta del fondo se abre más y de ella emerge un chico rubio muy delgado, vestido con un tanga rojo, que intenta tapar su desnudez con ademán afeminado.

—¿Quiénes sois? —pregunta con ojos somnolientos y el pelo alborotado. Por su expresión y tono de voz, diría que está más asustado que yo—. ¡No me hagáis daño, por favor!

—¡Joder! —exclama Rudy.

—Llevaos lo que queráis, pero no digáis a nadie que me habéis visto —pide con voz temblorosa.

—¿Tú quién eres? —le pregunto.

—¿No ves que es la *putita* de Emilio? —dice Rudy con desprecio.

—¡Ah, genial! Así seguro que sabes dónde guarda su diario personal.

—No sé de qué hablas —afirma el muchacho con el pánico dibujado en el rostro.

Rudy lo contempla con el semblante serio. De pronto, recorre la distancia que lo separa de él, se quita la mochila y saca el martillo de goma.

—O nos das el diario o te reviento la cabeza.

—¡No sé dónde está! —Da un paso hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—¡No le hagas daño! —le exijo a Rudy.

Él, haciendo oídos sordos, levanta el martillo en ademán de golpearlo. El chaval se agacha y, cubriéndose la cabeza con las manos, grita con desesperación:

—¡Lo guarda en la librería!

—¡Eso es mentira! —Rudy le grita a escasos centímetros de su cara.

El muchacho se pone a llorar, víctima de una crisis nerviosa, y se desploma en el suelo. Por suerte ha caído de poca altura.

Rudy me mira con cara de no entender nada. Me acerco y metemos al chico en la habitación. Lo dejamos sobre la cama, que es de agua. La luz, de un rojo apagado, muestra espejos en el techo. ¡Qué incómodo verse reflejado ahí! ¿Por qué no los cuelga en la pared?

Nos dirigimos a las dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama, y las revisamos. La de la izquierda contiene un blíster con

pastillas azules, y la situada a la derecha un envase de gel lubricante.

—¡No puede ser! —me quejo—. Estaba convencida de que el diario se hallaba aquí.

—Miremos en el armario, a ver si tenemos más suerte —propone Rudy.

El mueble es un ropero de puertas correderas, detrás de las cuales hay una pequeña habitación. La luz, igual que en el resto de la casa, se enciende de forma automática. En ella hay alojados un expositor de zapatos, un mueble con varios cajones y ropa colgada en múltiples perchas. Me llama la atención que, junto a los uniformes de policía, haya un traje negro de látex y otro de cuero.

Me dirijo hacia la cómoda y abro los cajones uno a uno. En ellos no hay nada destacable: ropa interior, cinturones, gafas de sol, relojes. Excepto en el último, donde hay unas esposas de color rosa y un látigo.

—¡Qué pasada! ¡Tiene una MP-40 y una AK-47! —exclama Rudy.

Me giro hacia él y veo que en la pared del fondo hay muchas armas colgadas.

—Aquí no está el diario —digo esforzándome por contener las lágrimas.

Mi compañero se acerca y me pasa la mano por la cintura.

—Tranquila. Voy a despertar al chaval, a ver si nos dice de una vez dónde se esconde el puto diario. —Rudy abandona la sala. Instantes después, exclama—: ¡Joder, se ha escapado!

Voy corriendo al dormitorio y constato que no está. Sin tiempo para lamentarnos de lo ingenuos que hemos sido, oímos una voz muy grave proveniente del pasillo de la entrada.

—¿Quién se atreve a robar en mi casa?

Me quedo petrificada al escuchar la voz de Emilio. Rudy cierra la puerta del dormitorio y me empuja hacia el ropero. Una vez dentro, junta las puertas correderas y va a por las armas colgadas en la pared del fondo.

—¡Mierda! Están descargadas y no encuentro las balas.

Nos acurrucamos en una esquina, tapados por los trajes colgados. Oigo la puerta del dormitorio golpear contra la pared, y rezo para que la luz del ropero no se vea desde fuera.

—¡Sé que estáis aquí! ¡Salid ahora mismo!

—¡Mierda! Me he dejado el martillo y la mochila junto a la puerta —susurra Rudy mordiéndose las uñas.

Yo sufro un ataque de ansiedad y boqueo como un pez intentando que me entre aire en los pulmones. De repente, Emilio descorre las puertas del armario con fuerza y exclama:

—¡Os encontré!

Un momento. Esta voz la conozco.

—¿Jorge?

—¡Hola, Magda! —contesta mi amigo en tono alegre—. ¡No me digáis que os habéis creído que era Emilio!

Salgo de mi escondite, aliviada. Poco a poco, las pulsaciones y la respiración van volviendo a su ritmo normal.

—¿Pero tú eres gilipollas? —grita Rudy encarándose a él—. ¡Nos has dado un susto de muerte!

—¡Eh, tranquilo! —Jorge estira los brazos hacia delante para que no se le acerque más de la cuenta—. ¡Era una broma! He visto a un tío en tanga salir corriendo del edificio y he supuesto que tenía algo que ver con vosotros. Le he enviado un mensaje a Magda, pero no me ha contestado. Como tardabais tanto en salir, he venido por si necesitabais ayuda.

¡Qué error por mi parte! El móvil está en modo silencio en lugar de vibración, por eso no lo he escuchado.

—¡No necesitamos tu maldita ayu…!

—¡Gracias, Jorgito! —digo antes de que Rudy acabe su frase—. Es que no hay manera de dar con el diario, y no pienso marcharme sin él. El muchacho nos ha asegurado que está en la librería, pero ahí solo hay novelas de suspense, libros de guerra y un álbum de fotos.

—Anda, vuelve a la furgoneta, que aún se la va a llevar la grúa —espeta Rudy con desdén mientras mete el martillo en la mochila y se la coloca a la espalda.

—No tardéis mucho, que el del tanga habrá ido a avisar a Emilio —afirma Jorge dirigiéndose a la salida.

—Venga, echemos un vistazo al resto de habitaciones —digo a Rudy.

—Déjalo, Magda. El diario debe de estar guardado en una caja fuerte o en algún lugar secreto. Eso si existe.

—¡Lo he encontrado! —anuncia Jorge desde el comedor.

Corro hacia su posición y lo veo con una de las novelas de la librería en la mano.

—Ah, pensaba que hablabas del diario —digo decepcionada.

—Sí, a eso me refiero. Al ojear las novelas con la intención de llevarme alguna, he visto que están escritas a mano y contienen muchas fechas. Cada una abarca el período de un año. ¿Ves? Lo pone en el lomo, junto al título. La primera es del año 1993. La mejor forma de esconder algo es ponerlo a la vista de todo el mundo —afirma con gran satisfacción.

—¡Rudy, ven! ¡El chico del tanga nos ha dicho la verdad! —grito con entusiasmo mientras apilo los veinticinco ejemplares que conforman el diario personal de Emilio.

Rudy permanece callado. Debe de estar tan emocionado que no puede hablar. Nos repartimos los libros y abandonamos el edificio.

Metemos tanto los diarios como la mochila en la parte trasera de la furgoneta y ponemos rumbo a mi casa. De camino, Rudy y yo nos quitamos los guantes y la gorra.

Aparcamos en un paso de peatones de la calle Blai y vamos a comer *pizza* en un local muy pequeño que la vende a porciones y no cierra por la noche.

A las tres y cuarto de la madrugada, trasladamos los libros a mi piso. Los chicos quieren quedarse para ayudarme a revisarlos, pero me niego a pesar de mis dificultades con la lectura; no quiero generar más tensión entre ellos. En cuanto se marchan, me siento en la mesa del comedor y cojo el diario en cuyo lomo está escrito «2003», dispuesta a hallar entre sus páginas la verdadera identidad de Cicatriz.

74
Emilio Comas
Diario personal del año 2003

1 de enero

Úrsula, la mujer de Pedro Ramos, me ha llamado de madrugada para informarme de que su marido ha tenido un accidente de tráfico y está ingresado en el hospital. Ha sucedido cuando regresaba a su casa, ubicada en Granollers. No ha querido darme más detalles, así que me toca ir a visitarlo si quiero saber a partir de qué día podré contar otra vez con sus servicios.

Al entrar en el hospital, he visto a Santi en el vestíbulo y me he escondido. No tengo ganas de hablar con ese tío. Si no fuera por él, Pedro trabajaría en exclusiva para mí y no como hasta ahora, que lo compagina con su negocio. Pedro quiere mantener a su socio al margen de sus actividades delictivas. Si aún no me lo he cargado es porque Pedro amenazó con no seguir colaborando conmigo si lo hacía. Y no quiero prescindir de la única persona en quien confío junto con Cicatriz, mote que le puso Santi cuando lo vio en 1994. Además, juntos hacen muy buen equipo: el primero habla y el segundo actúa.

Cuando Santi se ha ido, he entrado en la habitación de Pedro. No sabía que se encontraba en un estado tan grave. Está conectado a un respirador artificial, le faltan las dos piernas y tiene el cuerpo vendado, incluida la cara. Su mujer me ha comunicado que está en coma y tiene quemaduras de tercer grado en el noventa por ciento del cuerpo. Los médicos no creen que sobreviva.

3 de febrero

Como cada lunes, he llamado a la mujer de Pedro para preguntarle por el estado de su marido. Contra todo pronóstico sigue vivo; sin embargo, los médicos descartan que despierte del coma.

8 de marzo

Úrsula me ha llamado este mediodía para avisarme de que Pedro está consciente y la ha reconocido. Los médicos dicen que es un milagro.

27 de marzo

Esta tarde iré a ver a Pedro. Su mujer me ha dicho que ya puede recibir visitas. Tengo ganas de ver a mi amigo aunque las graves secuelas del accidente ya no le permitan trabajar para mí.

Pedro aún tiene el cuerpo vendado, pero ya no está intubado. Me ha contado, con voz débil, que su accidente lo provocó Santi.

Úrsula, sentada en la cama junto a su marido, ha explicado que su exsocio se presentó en el hospital consternado, actuando como si no supiera nada. Su aliento olía a alcohol y no paraba de repetir que sentía mucho lo sucedido. Desde entonces, no ha vuelto a visitarlo ni a preguntar por su estado. Eso le hace suponer a ella que solo fue con el objetivo de no levantar sospechas.

Aprovechando que su mujer ha ido a la cafetería, Pedro me ha confesado que, el día del accidente, él y Santi brindaron con cava en el despacho para desearse buena entrada de año. Su socio le sirvió otra copa, y luego otra, hasta que se bebieron toda la botella. Fue entonces cuando Pedro se percató de que llegaba tarde a la cena familiar y decidió marcharse. Antes fue al baño sin acordarse de que había dejado el móvil desbloqueado sobre el escritorio. Al regresar, vio a Santi cotilleando sus mensajes. Fue así como este se enteró de la relación secreta que Pedro mantenía con su exmujer, Natalia Rius.

Santi se tomó como una traición y gran ofensa que su socio fuera amante de su acérrima enemiga. Lleno de cólera y cegado por la rabia, intentó agredirlo. Pedro se defendió propinándole una patada en la entrepierna y logró escapar. O eso creyó.

El accidente ocurrió en la carretera C-17, dirección a Vic. Pedro, que nunca se abrochaba el cinturón de seguridad porque le molestaba, se dirigía en su Audi A3 a su casa de Granollers cuando un vehículo lo embistió por detrás. Miró a través del retrovisor y vio que se trataba del Opel Astra de Santi.

Al tercer impacto, Pedro perdió el control de su coche y, tras dar muchas vueltas de campana, chocó contra un muro. Lo último que recuerda es estar rodeado por las llamas.

29 de marzo

Esta mañana he recibido una noticia inesperada. Berta Canales, la hija de Santi, ha fallecido electrocutada en la bañera. Su madre, Natalia Rius, ha encontrado el cuerpo sin vida de la niña cuando ha ido al baño.

24 de mayo

A Pedro por fin le han dado el alta. Su mujer me ha comunicado que él desea verme para comentarme un asunto. Esta tarde me pasaré por su casa. Tengo curiosidad por saber qué quiere de mí.

Pedro va en silla de ruedas eléctrica. Es la primera vez que lo veo sin el vendaje de la cara. Se la han reconstruido por completo y parece otra persona. Su voz también ha cambiado. La intubación que le practicaron en el hospital dañó sus cuerdas vocales y padece afonía

crónica.

Pedro me ha pedido que lo ayude a vengarse de Santi. Yo le he propuesto que lo denuncie por intento de homicidio, pero asegura que no hay pruebas (su coche quedó reducido a un amasijo de hierros fundidos y el frontal del Opel Astra ya debe de estar arreglado) ni testigos (ese día, a esa hora, la carretera estaba desierta). Tampoco quiere matarlo porque, según dice, sería hacerle un favor. Su objetivo es que sufra tanto como él.

Su plan consiste en asesinar a Natalia Rius y manipular las pruebas con la intención de que acusen a Santi del crimen. Una vez ingrese en prisión, quiere que utilice mi influencia para que le den palizas continuas y no lo dejen salir nunca de allí.

He aceptado ayudar a Pedro por la gran amistad que nos une.

De camino a casa, he pensado en la estrategia a seguir. Lo primero será conseguir un objeto que contenga las huellas de Santi: una libreta, un vaso, un mechero. Para ello le diré a Cicatriz que se presente en el despacho que compartía con Pedro cuando no haya nadie.

25 de mayo

Cicatriz me ha dicho que la agencia de detectives ya no existe. Ahora, el despacho del paseo de Gracia lo ocupa un bufete de abogados. Por un momento he pensado que sería imposible localizar a Santi. Suerte que Pedro se acordaba del número de móvil de su exsocio.

He hablado con Santi. Pensaba que iba a contarme la trágica muerte de su hija, pero no la ha nombrado en ningún momento y yo no he querido hurgar en la herida. En cambio, sí que ha hablado de Pedro.

Santi cree que falleció en el hospital debido a la extrema gravedad de sus lesiones y a las nulas esperanzas de los médicos a que sobreviviera. O eso dice. Asegura no conocer la causa del accidente, y yo no he confesado saber que lo provocó él porque así no me relacionará con los sucesos que le ocurran en el futuro.

A la pregunta de dónde vive, ha respondido que en un piso muy pequeño del que me ha dado la dirección. ¡Bingo! El operativo se pone en marcha.

27 de mayo

He comunicado a Pedro que el siguiente paso es vigilar el edificio de Santi durante unos días con el propósito de conocer su rutina; y, después, entrar en su piso aprovechando alguna de sus ausencias para obtener un objeto con sus huellas.

Pedro se ha ofrecido a hacer la vigilancia alegando que nadie sospechará de un hombre en silla de ruedas. He aceptado porque es

imposible que Santi descubra la identidad de su antiguo socio. Tanto su voz como su cara son irreconocibles.

Le he aconsejado que tenga una coartada por si alguien le pregunta quién es y qué hace ahí. Le he propuesto que se haga pasar por un jubilado de origen vasco que prefiere tomar el aire en la calle que estar encerrado en un piso.

75
Jorge
Jueves, 26 de octubre de 2017

Me despierto más cansado de lo normal. Estiro un brazo para coger el *smartphone* de la mesita de noche y mis irritados ojos me muestran que es casi la una de la tarde.

Ayer llegué a casa a las cuatro menos veinte de la madrugada. A pesar de que seguimos enfadados, Rudy tuvo el detalle de acercarme a mi piso al no haber metro a esas horas. Eso sí, hicimos todo el trayecto en silencio.

Me fuerzo a levantarme y voy al baño. A la vuelta subo la persiana, me pongo las gafas y agarro el móvil. Magda me ha enviado un mensaje a las seis y diez de la mañana. «Quedamos a las dos menos cuarto en el *pub* irlandés. No faltes. [Emoticono de libro abierto]».

Este mensaje, simple a primera vista, contiene más información de la que parece. En primer lugar, que mi amiga se comunique conmigo por texto demuestra un distanciamiento impropio de ella. Si no me ha llamado es porque Rudy la está alejando de mí.

En segundo lugar, el contenido del mensaje demuestra que ha sido enviado a más personas. Ese «No faltes» lleva implícito que, en caso de no presentarme, la reunión se celebrará de todas formas. El punto de encuentro —el *pub* irlandés en lugar de mi piso— así lo confirma.

En tercer lugar, que Magda nos haya citado usando el emoticono del libro revela que tiene algo que contarnos referente al diario.

Y, en cuarto lugar, que el mensaje haya sido enviado a esa hora evidencia que ella ha pasado la noche leyendo. O, al menos, intentándolo.

El martes por la noche llamé a mi amiga para suplicarle que no allanara la vivienda de Emilio Comas y cortara toda relación con Rudy. Ante su negativa a ambas peticiones, le pedí que me dejara acompañarlos para protegerla de cualquier peligro y, de paso, evitar que encontrara el diario personal del policía. No obstante, esta madrugada me he visto obligado a confesarle que lo había encontrado para que abandonara ese piso antes de la llegada del propietario.

Tomo un café con extra de cafeína y, después de vestirme con la misma ropa que ayer, me encamino hacia el *pub* de las narices.

Llego cinco minutos antes de la hora acordada y me sorprende ver que Rudy ya está presente. Está sentado en la misma mesa del otro día, con las piernas abiertas, el cuerpo echado hacia atrás y el móvil entre las manos.

—Ey —digo a modo de saludo, sentándome frente a él.

Rudy emite un sonido casi inaudible sin dejar de teclear, y esa es toda la conversación que mantenemos. Los únicos clientes somos nosotros y una pareja de alemanes. La música, a diferencia de la otra noche, está apagada.

Mientras espero a que Magda se presente, pido un refresco de naranja. A Rudy le queda aún media cerveza, lo que me ahorra tener que preguntarle si quiere otra.

Pasan los minutos y la espera se hace interminable.

—Mi amiga siempre llega tarde —digo a Rudy para romper el hielo. Que me haya llevado a casa en furgoneta hace que me esfuerce en ser amable con él—. La puntualidad no es su virtud más…

—Salgo a fumar —me corta levantándose de la mesa con su simpatía habitual.

Como no he comido nada, pido un *frankfurt* con patatas fritas.

A las dos y diez, Magda entra sofocada en el local y se dirige hacia mí. Rudy la sigue como un perrito faldero.

—¡Hombre, ya era hora! —le suelto antes de tragar una porción del bocadillo.

—¡Qué buena pinta! ¡Yo quiero otro! —grita mi amiga en dirección a la barra—. Siento el retraso, chicos. Es que he pasado por la biblioteca para hacer unas fotocopias.

Rudy ocupa su silla de antes y Magda se sienta a mi lado. Hurga en su bandolera y nos entrega unas hojas dobladas.

—¿Y esto? —pregunta Rudy, alérgico a las letras. Y más si forman palabras.

—Me he pasado toda la noche hojeando el diario de Emilio correspondiente al año 2003. Como la letra es infantil y hay separaciones entre párrafos, he podido leer las partes relacionadas con Santi Canales. Os he hecho una copia a cada uno de las más interesantes.

A Magda le traen su *frankfurt* al mismo tiempo que un grupo de alemanes accede al local y se junta con los dos individuos que había dentro. Intentando ignorar todo el ruido que generan, me concentro en la lectura de las hojas mientras como.

76
Emilio Comas
Diario personal del año 2003

4 de junio

Pedro me ha comentado que Santi pasa la mayor parte del tiempo en el bar de la esquina. Perfecto. Así bastará con llevarse un vaso del que haya bebido y no hará falta allanar su vivienda.

Le diré a Cicatriz que mañana entre en el local cuando Santi se haya ido, coja su vaso usando guantes y lo meta en una bolsa de cierre hermético.

6 de junio

He ordenado a Vanesa, una de las prostitutas que trabajan para mí, que mañana se presente en mi casa a las siete de la tarde, una hora antes de que yo entre a trabajar. Quiero que se haga pasar por una madre a la que han secuestrado a su hija.

7 de junio

Vanesa ha llamado a Santi desde un móvil sin contrato que le he facilitado, con el altavoz activado para poder escuchar la conversación.

En un principio, Santi se ha negado a presentarse en casa de Natalia. Y eso que Vanesa lo ha citado, siguiendo mis instrucciones, en la calle para que no sospeche nada. Para convencerlo, he tenido que decirle a la falsa madre que le ofreciera cien mil euros por salvar a Iris, su inventada hija. Gracias a Dios, Santi ha aceptado. No obstante, ha pedido los nombres de Vanesa y de la niña. Ella le ha dicho que el de su hija es Iris Trogón Pérez y el suyo Vanesa Pérez Zorzal. Le ha dado su nombre real, pero los apellidos son inventados. Supongo que Santi querrá comprobar si los datos son auténticos y, en caso afirmativo, obtener información sobre la tal Vanesa. Espero que me la pida a mí. Si no, sabrá que es una trampa.

Antes de irse, Vanesa me ha exigido que le pague tres mil euros por el buen trabajo que ha hecho. Le he contestado que está loca si cree que le daré tal cantidad.

¡Santi ha picado! Me ha llamado a la comisaría para que le informara sobre Vanesa. Le he confirmado su identidad y la de su hija, haciendo ver que lo buscaba en la base de datos. Me he inventado que es abogada con la intención de que crea que dispone de los cien mil euros que le ha ofrecido y mañana a las diez se presente en la calle

Panamá, 58.

8 de junio

He mandado a Cicatriz que, a las nueve y media, acceda a la vivienda de Natalia con las llaves que nos ha cedido Pedro. Después de dejar la verja abierta y la puerta principal entornada, deberá desconectar la luz y bajar las persianas. A continuación, quiero que ate y amordace a Natalia en el dormitorio, deje el vaso con las huellas de Santi y espere a que le dé más instrucciones.

A las diez menos cuarto me he desplazado hasta la calle Panamá, 57. Se trata de un chalé situado justo enfrente del de Natalia. Está habitado por un matrimonio jubilado al que le he pedido que observara desde el balcón cómo Santi accedía a su antigua casa. Les he ofrecido mil euros (procedentes de Pedro) a cambio de que nieguen haber visto entrar o salir a Cicatriz y no me mencionen cuando declaren como testigos.

Sabía que Santi no podría resistirse a echar una ojeada a su antiguo hogar. Con suerte, incluso habrá dejado sus huellas por la casa. En cuanto se ha ido, he llamado a Cicatriz para ordenarle que asesinara a Natalia. Le he pedido que antes la torturase y descuartizara con su hacha. Quiero que la noticia cause el mayor impacto posible en la opinión pública. Más tarde he llamado a urgencias de forma anónima informándoles del crimen.

9 de junio

El sargento Rosales quiere hablar con los familiares y conocidos de Natalia. Sobre todo con Santi, después de decirle que dos testigos han llamado informando de que lo vieron entrar en casa de la víctima ayer por la mañana. De paso, le tomará las huellas para compararlas con las encontradas en la vivienda.

Le he pedido al agente encargado de entregarle la citación a Santi que le comunique, de mi parte, la razón por la que debe presentarse en comisaría. Mi intención es hacerle creer que quiero ayudarlo.

¡El sargento Rosales es un inútil! ¿Por qué ha dejado libre a Santi hasta recibir los resultados de la autopsia? Aunque le haya quitado el pasaporte y crea que no volverá a matar, le podía haber aplicado la detención preventiva por muy lleno que esté el calabozo. Así me aseguraría de que Santi no investiga por su cuenta. Lástima que el cabrón del sargento no se deje sobornar.

Santi me ha llamado para pedirme la dirección de Gabriel Casas. No tengo ni idea de por qué la quiere, pero se la he dado con el fin de

que no sospeche que lo engaño. Al menos hasta que el sargento Rosales se digne a detenerlo.

Santi también me ha preguntado si tenía la ficha policial de alguien con las características de Cicatriz. ¿Es posible que haya descubierto que es el asesino de Natalia?

Vanesa ha vuelto a pedirme los tres mil euros. Esta vez ha amenazado con contar detalles de mi vida privada si no acepto. ¿Quién se cree que es para hacerme chantaje? Tengo que deshacerme de ella cuanto antes.

11 de junio

Santi me ha llamado de nuevo al trabajo. ¡Qué pesado! Ahora que está en busca y captura, tengo que evitar hablar con él. No sé cómo lo ha logrado, pero ha conseguido la matrícula del Jeep de Cicatriz y me ha pedido que le facilite su nombre real y el lugar donde vive. Quiere ir a por él porque sabe que mató a su exmujer. Pensando en la forma de evitarlo, se me ha ocurrido decirle que la propietaria del todoterreno es Vanesa y darle su dirección. Le he dicho que tiene antecedentes penales para que así crea que es culpable. Seguro que Santi se presenta a pedirle explicaciones.

He llamado a Vanesa para decirle que acepto pagarle los tres mil euros y que en unos minutos se presentará alguien en su casa con el dinero. Después he ordenado a Cicatriz que la mate tal como hizo con Natalia, registre el piso en busca de documentos que puedan comprometerme y, antes de irse, conecte la alarma para que le salte a Santi cuando fuerce esa puerta tan endeble. Con suerte, el ruido provocará que los vecinos llamen a la policía y, en el mejor de los casos, sean testigos de su huida.

Santi se ha ido antes de que se presentara el coche patrulla y, por el momento, no hay testigos que lo vieran abandonar el edificio. Si no aparece nadie y no ha dejado sus huellas en el piso, no lo acusarán del crimen por falta de pruebas. Bueno, no importa. Lo primordial es que lo condenen por el asesinato de Natalia.

En cuanto detengan a Santi, llamaré al abogado Felipe Jiménez para pedirle que se ocupe de su falsa defensa. Después me encargaré de que el juez Pelayo presida el juicio, ningún testigo confirme la existencia de Cicatriz y un jurado popular, debidamente sobornado, declare a Santi culpable.

77
Jorge
Jueves, 26 de octubre de 2017

Acabo de leer las fotocopias y no salgo de mi asombro. Si me pinchan, no sangro. Lo que más me ha impactado no ha sido leer que Pedro sobrevivió al accidente, se hizo pasar por el Vasco y fue amante de Natalia Rius. Ni siquiera que trabajó para Emilio y fue compañero de Cicatriz. Lo que me ha dejado sin respiración ha sido saber que Santi provocó el accidente de Pedro y este, en venganza, ordenó la muerte de Natalia para que culpasen a su exsocio del asesinato.

Rudy, que aún va leyendo por el principio, exclama:

—¡No puede ser! Aquí pone que la hija de Santi murió electrocutada en la bañera. ¡Pero si él explica que hablaba con ella por teléfono!

—Lo mismo he pensado yo al leerlo. La persona que informó a Emilio debía de estar equivocada —elucubra Magda antes de meterse en la boca el último trozo de *frankfurt*.

Pienso igual que mis compañeros y al mismo tiempo me resulta difícil creer que alguien como el policía pueda tener fuentes erróneas. Lo que está claro es que él o Santi mintieron. Pero ¿quién?

Repaso las dos conversaciones telefónicas que Santi mantuvo con su hija, una en el bar de Wong y otra en su piso, con el fin de dilucidar si fueron reales. Y no tengo más remedio que rendirme a la evidencia.

—Chicos, he resuelto el dilema —anuncio captando su atención—. Como relata el propio Santi, el 29 de marzo de 2003 le diagnosticaron amnesia disociativa temporal, la cual es causada por un hecho traumático que el paciente no recuerda. Curiosamente, el mismo día que murió su hija. ¿Qué hay más traumático que eso? Además, las dos veces que Santi habló con Berta había ingerido alcohol. Y en una de ellas la llamó desde su móvil. ¿Cómo era posible si no tenía saldo?

—¡Dios mío, tienes razón! Eso quiere decir que la mató su madre.

—A ver, Magda, no te precipites. Desconoces demasiados datos para lanzar una acusación tan grave. Bien podría tratarse de un desafortunado accidente —razono.

—¿Es que no lo ves? Santi deja de pasarle a Natalia la pensión y la niña aparece muerta dos meses después. ¿No te parece demasiada casualidad?

Rudy, fiel a sus modales, trastea con su *smartphone* ajeno a nuestra conversación. De fondo se oye el ruido del molinillo de café mezclado

con las voces de los alemanes.

—De acuerdo, supongamos que estás en lo cierto. ¿Qué ganaría Natalia al hacer algo así? —le pregunto sin esperar respuesta—. Por muy arruinada que estuviera, su padre se podría hacer cargo de su nieta. Según tú, vive en un palacio y tiene criada.

—¡No se trata de eso, Jorge! La cuestión es que al comprender que su exmarido nunca más le pasaría dinero por la manutención de Berta, Natalia se deshizo de ella. Ya sabes lo que decía Santi de su exmujer: que nunca quiso a nadie, ni a su propia hija. La niña había pasado de ser una fuente de ingresos a ser un gasto innecesario. ¿Para qué la quería, entonces?

—Creo que has visto demasiadas películas.

—Magda tiene razón —afirma Rudy sin despegar los ojos de la pantalla.

Me sorprende que este descerebrado intervenga.

—Vaya, pensaba que te aburría nuestra conversación —digo en clara referencia a la atención prestada a su móvil.

—Me estaba informando, ¿vale? Y he averiguado que es muy difícil que la hija de Santi se electrocutara en la bañera por accidente.

—¿Ah, sí? Ilumínanos, por favor —digo con sarcasmo.

—Según un foro de ciencia, es necesario que un aparato eléctrico, tal como el teléfono o el secador, entre en contacto con el agua y a la vez esté conectado a la red eléctrica. —Se nota que Rudy lo está leyendo. Seguro que la mitad de las palabras ni las entiende—. Con el teléfono es muy difícil que suceda. El cable de los cargadores es corto y las tomas de corriente no están cerca de la bañera.

—¿Y si se usa un alargador? —pregunto con el objetivo de desmontar su explicación.

Rudy ignora mi pregunta, no sé si adrede o porque las carcajadas inoportunas de los alemanes le han impedido escucharla.

—Con el secador existen más posibilidades de que ocurra debido a la mayor longitud del cable —sigue leyendo—, pero nadie se seca el pelo en la bañera. Además, en caso de que cayera encendido al agua por accidente, existe un sistema de seguridad llamado diferencial que desconectaría la corriente en toda la casa. —Rudy levanta la vista y añade—: Esto confirma que Natalia Rius lo anuló a propósito y luego lanzó un aparato eléctrico enchufado al agua para que su hija muriera.

—¡Guau, Rudy, eres un *crack*! ¿Ves, Jorgito, como yo tenía razón? ¡El accidente fue provocado!

—¿Y si la niña hizo una imprudencia estando el diferencial estropeado? —pregunto con el fin de desmontar su estúpida teoría.

—¡Sí, hombre! ¿Y qué más? Eso pasará en tu piso de mierda, no en una mansión de lujo —dice con aire belicoso—. Lo que te jode es que lo hayamos descubierto nosotros y no tú, ¿verdad?

—¡Oh, sí, felicidades! Habéis resuelto un crimen que no le importa a nadie. —Cruzo los brazos, molesto por la alianza que se fragua ante mis ojos.

Mi amiga pide una jarra de cerveza y yo un café exprés que me ayude a soportar la tarde que me espera.

—Por cierto, ¿ya sabes cómo contactar con Cicatriz para que te diga qué le hizo a tu hermana? —pregunta Rudy.

El rostro de Magda se ensombrece.

—No. En lo poco que he logrado leer, Emilio no da ninguna información personal sobre él. Y no entiendo por qué a Pedro lo cita por su nombre real y a Cicatriz no —se queja con voz apagada—. Por eso os he convocado. Después de leer las fotocopias, ¿a vosotros se os ocurre algún modo de dar con ese monstruo?

Los dos negamos con timidez. Yo, aunque supiera la manera. Me da pena verla tan triste, pero es lo mejor para ella. Y para mí.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclama Magda de repente, recobrando su energía habitual—. Al cambiar los diarios de sitio, se cayó esto del correspondiente al año 1994. —Saca de la bandolera dos sobres postales y los deja encima de la mesa—. Son dos cartas que alguien le envió a Emilio. ¿Adivináis quién?

78
César Font
Cartas enviadas en el año 1994

Querido Emilio:

Te escribo porque necesito de nuevo tu ayuda. En esta ocasión, me están haciendo chantaje con una fotografía en la que salgo besando a un hombre. Me piden una cantidad de dinero inasumible a cambio de no publicarla. Si sale a la luz, mi reputación quedará en entredicho y nadie de mi entorno más conservador —y, a la vez, más poderoso— querrá relacionarse conmigo.

La culpa es de Gabriel Casas. Ya le advertí de que no me besara en público, pero el muy tonto no pudo contenerse. Esa misma noche iba a confesarle que en Londres me había enamorado de un mulato y que quería romper con él. Sin embargo, no me atreví a decírselo. Y me arrepiento en el alma. De haberlo hecho, no me habría besado y la foto no existiría.

Estoy convencido de que el chantaje lo ha ideado Natalia Rius, mi mujer, pero no puedo demostrarlo. Cuando me pilló siéndole infiel con Gabriel, juró que esa traición me la haría pagar con creces; y no parará hasta destrozarme la vida. No tiene suficiente con divorciarse de mí y quedarse la mitad de mi fortuna. También quiere mi parte, y cuando me haya arruinado publicará la foto igualmente.

He pensado en huir lejos de España, pero sé a ciencia cierta que me perseguiría hasta el último confín de la tierra para cumplir su promesa de venganza.

Maldigo el día en que Alfonso Rius me presentó a su modosa hija y la contraté de asistente personal. Poco después me casé con ella para que me hiciera de tapadera y salió su verdadero «yo».

¿Qué solución propones? Espero con ansia tu respuesta.

César Font
Barcelona, a 25 de julio de 1994

Estimado amigo:

Siguiendo tu consejo, ya he enviado las dos notas de suicidio.

A Natalia le he escrito: «Sé que nunca podrás perdonar mi traición, y no tengo fuerzas para vivir sin ti. Voy a quitarme la vida porque tu ausencia se me hace insoportable».

A Gabriel le digo: «He decidido suicidarme antes de que la dichosa fotografía se haga pública. Deseo que rehagas tu vida y espero que algún día puedas perdonar mi cobardía».

Me parece muy buena idea lo de fingir mi propia muerte y empezar otra vida lo más lejos de aquí. Tienes razón: es la única manera de que Natalia me deje en paz.

Gracias por adjuntar en el sobre los documentos de mi nueva identidad y un billete de avión con destino a Australia. Tu rapidez y profesionalidad nunca dejan de sorprenderme.

Antes de embarcar, te enviaré una maleta llena de dinero negro que guardo en el cuarto secreto de mi despacho para que lo ingreses en la cuenta del banco suizo que has abierto a mi nuevo nombre.

Ahora solo queda escenificar el suicidio. No sé de dónde sacarás el cadáver ni de qué manera lo harás pasar por mí, pero sé que lo conseguirás.

P. D.: En señal de mi agradecimiento, recibirás un sobre con el doble del dinero acordado.

César Font
Barcelona, a 29 de julio de 1994

79
Magda
Jueves, 26 de octubre de 2017

Jorge me mira con la boca abierta.

—¿Qué pone en las cartas? —pregunta Rudy.

—Que César Font está vivo y que Emilio lo ayudó a escenificar su muerte —le resumo.

—Lo que no sabemos es si el cuerpo que el policía hizo pasar por el empresario era del depósito de cadáveres o mató a alguien con tal fin —comenta Jorge a la vez que mete las hojas en sus respectivos sobres y me los entrega.

—Eso es imposible —le rebate Rudy—. ¿No ves que las huellas dactilares no coincidirían?

Jorge pone los ojos en blanco y da un sorbo a la taza que el camarero le ha traído mientras leía.

—El cuerpo fue hallado en el parque natural del Montseny a las dos semanas de que César Font enviara las notas de suicidio —explica con el tono que emplearía un profesor ante sus alumnos de primaria —, pero insectos y animales lo encontraron mucho antes. Cuando rescataron el cadáver, no debía de haber ni yemas ni rostro; tan solo un esqueleto con carne y vísceras pegadas. El resto es fácil de imaginar, incluso para ti: comprobaron que la altura del cuerpo era la de Font, que uno de los dedos llevaba su anillo de casado y que la ropa era suya. Caso cerrado. ¿Lo entiendes ahora?

Rudy contempla a Jorge con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

—Chicos, son las tres menos cinco. ¿A qué hora entráis a trabajar? —Al echar la cabeza hacia atrás para beber de la jarra, he visto la hora en el reloj que hay en la pared.

—¡Joder! —Rudy se levanta y corre hacia la salida sin despedirse.

Jorge suspira y apura el café.

—Vaya, llegaré otra vez tarde. —Abre su cartera y deja un billete de veinte euros encima de la mesa—. Te invito —añade antes de irse.

Cojo el billete y se lo entrego al camarero. Mientras espero el cambio, recibo un mensaje de Rudy: «Te echo de menos. ¿Nos vemos esta noche?».

Al leerlo pienso en el beso en la boca que me ha dado antes de entrar en el *pub*. Debo reconocer que se me ha puesto la piel de gallina. Justo cuando voy a contestarle, el camarero me trae el cambio y olvido hacerlo.

Salgo a la calle y ando sin rumbo fijo. Debería ir a casa y analizar a conciencia los diarios de Emilio, pero no me veo con fuerzas de leer los veinticinco tomos antes de que finalice el milenio.

Llego a la plaza de Cataluña y continúo hacia las Ramblas. Me esfuerzo en poner la mente en blanco aun sabiendo que es inútil. Mi mente obsesiva sigue buscando la manera de comunicarse con Cicatriz.

Les pediría a los chicos que analizaran los diarios por mí, pero Rudy no muestra interés y Jorge lee muy despacio. Por lo que respecta a Hal, en mi última visita me amenazó con usar la escopeta de John Wayne si volvía a molestarlo.

Ojalá alguien pudiera decirme dónde encontrar a ese monstruo.

De repente, me detengo en seco. Una persona choca contra mi espalda y me insulta en un idioma extranjero, pero no me importa: acabo de recordar que Pedro Ramos y Cicatriz trabajaron juntos, por lo que no sería de extrañar que el primero dispusiera de información personal del segundo.

Necesito la dirección del exsocio de Santi, y el único que me la puede facilitar es Emilio Comas. Sin embargo, nunca se la daría a una desconocida como yo y con él no puedo hacerme pasar por la inspectora Santos. Si conociera a alguien que se la pudiera pedir por mí…

¡Claro, ya sé quién!

Corro hacia la estación de metro más cercana y me desplazo a la de Tarragona, situada en la calle del mismo nombre. Accedo al edificio acristalado ubicado en el número 83, subo a la planta dieciséis y me presento en las oficinas de Hoteles Gabriel Casas. En la recepción se encuentra la misma secretaria de la vez anterior. Al oír mis pasos, levanta la cabeza y me mira con desagrado.

—Quiero hablar con tu jefe —le suelto sin rodeos.

—No podrá ser. El señor Casas está reunido con… ¡Oiga, ¿a dónde va?!

La mujer no logra atraparme por culpa de sus tacones. Me planto delante del despacho de Gabriel Casas y giro el pomo de la puerta. El hombre está comiendo un sándwich y hablando con alguien por el manos libres. Al verme, corta de golpe la conversación.

—¿Quién es usted?

—Soy Be-Berta Canales. ¿No se acuerda de mí? —¡Ah, ya lo entiendo! No me reconoce porque no voy disfrazada.

—Ya le dije que no quería verla más. ¡Váyase ahora mismo o llamo a seguridad!

Me acerco a él y apoyo las manos sobre el escritorio.

—Necesito que me consiga una información.

—Lo siento, señor Casas —se excusa la secretaria a mi espalda,

jadeando—. Le he comunicado que estaba reunido, pero no me ha hecho caso.

El empresario la ignora.

—¿Qué le hace pensar que voy a ayudarla?

—Si usted obtiene la dirección de Pedro Ramos, yo le contaré un secreto de César Font. —No le pido que averigüe su teléfono porque con sus problemas de afonía me costaría entenderlo.

El empresario da un trago a la lata de cerveza que tiene al lado y se recuesta en la silla.

—No conozco a esa persona, así que ya puede marcharse.

—Usted no, pero Emilio Comas sí.

Casas tarda tres segundos en reaccionar.

—¿Quiere que pida ese dato al policía corrupto?

Asiento con energía.

—Ya le dije, señorita Canales, que nuestra relación se limita a que él me pide una *suite* y yo se la cedo a la fuerza.

—Usted mismo. —Doy media vuelta y, de camino a la salida, le suelto—: Nunca sabrá la verdad sobre el suicidio de César Font.

—¡Espere!

Descuelga el teléfono con el semblante congestionado y habla con alguien en voz baja. Cuando termina, me tiende un trozo de papel con una dirección apuntada.

—Ahora cumpla su parte del trato, señorita Canales. Y espero que valga la pena.

Me acerco a él y le entrego las dos cartas que César Font envió a Emilio en el año 1994.

80
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Me quedé quieto, con la atención puesta en el suelo del almacén del bar por si los golpes se repetían.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Pedro con cara de no entender mi comportamiento. Seguía tumbado en el colchón, con el cubo de alitas de pollo sobre su pecho.

—Nada, cosas mías.

Sacudí la cabeza al no oír nada y me acuclillé ante Wong dispuesto a hacerle un torniquete con el trozo de sábana que sostenía entre las manos. Al flexionar la rodilla izquierda, un dolor indescriptible me recorrió toda la pierna. Por si fuera poco, al doblar el tronco me clavé el cañón de la pistola en la ingle. Me quité el arma de la cintura y la dejé sobre el colchón para que no se manchara de sangre. En ese momento, los golpes volvieron a sonar. Esta vez no tenía dudas de que eran reales.

—¿Has oído eso, Pedro?

—¿Oír qué? ¡No me digas que te imaginas más cosas aparte de mí! Estás peor de lo que pensaba —sentenció, alita en mano, dedicándome una mirada compasiva.

No había ninguna marca en el suelo ensangrentado, así que el acceso al sótano solo podía estar en una parte. Me incorporé haciendo una mueca de dolor y dije a Pedro:

—Levántate del colchón.

—¿Cómo?

—¡Que te apartes! Ahí abajo hay gente.

—Estás loco, tío. Loco de atar —aseguró mi obeso exsocio moviéndose con dificultad.

Aparté el colchón y vi un candado unido a una trampilla.

—Me juego una parrillada de marisco a que ahí abajo está la hija de Vanesa. Será la prueba definitiva de que Wong y Cicatriz trabajan juntos —aseguró Pedro, a quien la visión del candado le había hecho cambiar de opinión—. La putada es que, con su madre muerta, no podrás cobrar los cien mil euros —añadió con una sonrisa socarrona que con gusto le hubiera borrado a puñetazos.

Ignorando el dolor en la rodilla, recorrí el bar en busca de alguna herramienta que me ayudara a romper el candado. Liarme a balazos quedaba descartado si no quería matar a nadie del sótano.

Al pasar por delante de la barra, vi al Vasco sentado en su silla de

ruedas junto a la mesa de la esquina. Me observaba como si fuéramos viejos conocidos, cosa que me extrañó porque no habíamos intercambiado ni una palabra. Sin embargo, había algo en ese hombre que me era familiar. Me acerqué a él con la intención de charlar un rato. Justo cuando iba a sentarme a su lado, Pedro asomó la cabeza por el marco del almacén.

—¿Qué estás haciendo? ¡Deja de perder el tiempo con ese viejo y ven aquí de una vez! —me ordenó mientras mordisqueaba una de las alitas—. ¿Ya no te acuerdas de que has de abrir el candado?

—Es que no he encontrado nada con que romperlo.

—¡Pues utiliza un taburete de la barra, que te lo tengo que decir todo! —Escupió un hueso y añadió—: Y date prisa, que el chino se está desangrando.

—Ya hablaremos otro día. Mi exsocio me reclama —dije al Vasco haciendo una mueca de resignación. Él me miraba como si estuviese ante un chalado peligroso—. Tranquilo, sé que Pedro está muerto —susurré guiñándole un ojo.

81
Jorge
Viernes, 27 de octubre de 2017

¡Ding, dong! ¡Ding, dong! ¡Ding, dong!

El timbre de la puerta me despierta. Doy media vuelta y sigo durmiendo.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Sea quien sea, ahora golpea la puerta. ¿No ve que no hay nadie?

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Ya va! —grito desde mi habitación. Me incorporo de la cama y arrastro los pies en dirección al pasillo, con el pelo alborotado y los ojos hinchados.

—¡Venga, Jorgito, abre de una vez! —oigo al otro lado de la puerta.

Debí imaginar que era Magda. Abro la cerradura y entra como un vendaval.

—¡Ya era hora!

Ignoro su comentario y me dirijo hacia mi cama. Ella me sigue.

—Espero no haber despertado a tu madre.

—Está trabajando —respondo hecho un ovillo bajo la sábana—. A quien has despertado es a mí, pero veo que no te importa.

—¡Si ya son las nueve! —exclama indignada.

—¿Por qué no me llamaste ayer avisándome de que vendrías a molestarme?

—Lo hice varias veces, pero tenías el móvil apagado. —Es verdad. Recuerdo que me quedé sin batería y olvidé recargarla—. ¡Levántate, que tenemos que hacer una visita a Pedro Ramos!

Saco la cabeza y la miro con expresión de pánico. Ahora que me fijo, viste traje y lleva coleta.

—¿Por qué quieres hablar con ese hombre?

—Ahora que sabemos que está vivo, nos podrá decir dónde vive Cicatriz.

—Aunque lo sepa, no te lo dirá —afirmo con la intención de disuadirla.

Una sonrisa de niña traviesa se forma en sus labios.

—A mí quizá no, pero a la inspectora Santos y al subinspector Martínez, sí.

—¿Qué? —exclamo al intuir lo que pretende—. ¡No pienso hacerme pasar por poli ni permitir que tú lo hagas!

Salgo de la cama de un salto, cierro la puerta de la habitación y

bloqueo la salida con mi cuerpo, dispuesto a impedir por todos los medios que mi amiga siga metiéndose en líos.

Una hora más tarde, salimos de la estación de metro Cornellà Centre en dirección a la casa de Pedro Ramos. Mi táctica para evitarlo hubiese funcionado si Magda no conociera la única parte de mi cuerpo en la que tengo cosquillas.

Mi amiga me ha obligado a ponerme el traje del que dispongo: el que me compré hace veinte años para ir a la boda de mi tío. Si bien me va justo de cintura, aún me sirve.

He intentado convencer a Magda de hacernos pasar por vendedores de seguros, pero no le parece una profesión que inspire el suficiente temor como para que Pedro confiese dónde reside Cicatriz. Ha dejado el bolso en su casa porque dice que las inspectoras de la tele no lo llevan.

La acompaño con el propósito de sabotear la entrevista. Estoy tranquilo porque, suponiendo que Pedro descubra que somos unos impostores, su mermado estado físico no supondrá ninguna amenaza y podremos escapar si pretende denunciarnos.

—Veo que por fin me has hecho caso y no tienes trato con Rudy —digo con aire triunfal al meternos en una calle con la acera muy estrecha—. De lo contrario, le hubieses pedido a él que te acompañara.

—No es eso. Es que no cuela como inspector.

Mientras intento encajar el golpe, nos acercamos a nuestro objetivo.

Hace un día gris. No me extrañaría que empezara a llover de un momento a otro.

—¿Has cogido el paraguas? —dice mi amiga mirando al cielo.

—No. Espero que aguante hasta que...

—¡Mira, es esa casa al final de la calle! —exclama a la vez que aprieta el paso.

Resoplo de la impotencia que siento. Odio que me deje con la palabra en la boca, por mucho que lo haga sin ser consciente. O eso dice ella.

Observo que todas las persianas de la vivienda están bajadas, lo que me da esperanzas de que esté deshabitada.

—¿Y tú cómo sabes dónde vive Pedro? Ah, no me lo digas: te lo ha dicho tu hermano, seguro.

—Pues no, listo. Ya deberías saber que soy una mujer de recursos —asegura con una sonrisa de medio lado.

Cuando llegamos, Magda aprieta el timbre de la puerta. La fachada no es nada del otro mundo. Obra reciente, impersonal, aunque ya me gustaría a mí poseer una vivienda unifamiliar de dos plantas.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —dice con hosquedad una voz femenina al otro lado.

¡Oh, no! ¿Cómo no he caído en que el hombre estaría acompañado por su mujer o alguien que lo cuidara?

—¡Soy la i-inspectora de policía Manuela Santos y este es el su-subinspector Martínez! —grita Magda con la intención de ser oída a través de la puerta—. ¡Queremos hablar con el señor Pedro Ramos!

Saca su placa de mentira del bolsillo interior de la americana y la acerca a la mirilla. Transcurridos unos segundos, la mujer espeta:

—¡Marchaos de aquí y no molestéis! ¡Mi marido está muerto!

82
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Cogí uno de los taburetes y me dirigí de nuevo al almacén. Lo agarré con las dos manos y, usando una de sus patas metálicas a modo de martillo, empecé a golpear el candado hasta que saltó por los aires.

Unas manos empujaron la trampilla y del interior empezaron a salir personas de rasgos asiáticos, todas ellas con claros signos de desnutrición.

—Wong trafica con seres humanos —verbalicé, incrédulo, mientras huían asustados.

—Querrás decir *traficaba* —me rectificó mi exsocio.

Desvié la vista hacia Wong, que estaba inmóvil en el suelo con los ojos fijos en el techo.

—No me digas que está…

—¿Qué esperabas? Ya te he avisado de que debías detener la hemorragia.

Quise acercarme a él con la esperanza de que aún respirara, pero uno de los cautivos cogió la pistola del colchón, vació el cargador sobre Wong y abandonó el almacén junto al resto.

—¡Me cago en…! Sin su confesión estoy perdido —aseguré pasándome las manos por el cabello grasiento.

—¡No digas chorradas! —Pedro atacaba la última alita—. Mejor si el chino estuviera vivo, es cierto, pero cuando la policía investigue su pasado detendrán a Cicatriz y él lo confesará todo. Lo malo es que si te encuentran aquí te acusarán de matarlo. Yo que tú me iría cagando leches.

En el sótano aún se oían voces. Entre ellas, unos lamentos que me encogieron el corazón. Supuse que provenían de los individuos más débiles, incapaces de subir las escaleras por su propio pie. Entonces, una duda asaltó mi mente: «¿Y si Pedro tiene razón e Iris, la hija de Vanesa, está dentro?».

Estuve tentado a bajar al sótano para averiguarlo, pero tanto el olor nauseabundo que emanaba del interior como la falta de luz me hicieron desistir. Sin recompensa de por medio, ya se encargaría la policía de rescatar a la niña en caso de estar ahí.

Siguiendo el consejo de mi exsocio, decidí huir de inmediato. No obstante, antes de marchar quería recuperar la pistola. Me desplacé a la cocina, donde los liberados devoraban cualquier cosa comestible que encontraban. Me moví entre ellos con la nariz tapada y la mirada

atenta por si localizaba el arma de marras. No recordaba las facciones ni la complexión física del individuo que se la había llevado, de modo que fui preguntando uno a uno a la vez que hacía el gesto de la pistola con la mano.

83
Jorge
Viernes, 27 de octubre de 2017

Magda y yo nos miramos atónitos. Esta respuesta no nos la esperábamos.

—¿Tu fuente no te informó de que Pedro Ramos está muerto? —le susurro.

—Le pedí que averiguara su dirección, no si estaba vivo —se lamenta con la cabeza agachada.

—Pues ya podemos irnos —digo contento por evitar el encuentro.

—Aún no. —Mi amiga pulsa el timbre de nuevo.

—¿¡Y ahora qué queréis!? —La mujer está aún más molesta que antes.

—¡Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre su marido! ¡Serán solo unos minutos! —insiste Magda. O, mejor dicho, la inspectora Santos.

La viuda de Pedro Ramos abre la puerta murmurando y nos hace pasar al comedor. Calculo que debe de rondar los cincuenta. No se ha peinado, luce unas pronunciadas ojeras y va descalza. Se recoloca la bata, de un verde satinado y demasiado corta para mi gusto, como si eso mejorara en algo su descuidado aspecto.

—Tomad asiento donde queráis menos en el sillón —ordena con voz pastosa a nuestra espalda.

¿Dónde quiere la mujer que nos sentemos? El sofá y las cuatro sillas que hay alrededor de la mesa están ocupadas por gatos. En total cuento nueve pares de ojos brillantes. Empiezo a estornudar, alérgico como soy a su pelaje.

Tal como se percibía desde la calle, todas las persianas están bajadas. La única iluminación proviene de una lámpara de pie situada entre el sillón y el sofá, que emite luz cálida a través de una mampara roja de terciopelo. La luz es tan tenue que no se distinguen bien los detalles de los cuadros ni de los muebles que decoran la estancia.

Nos sentamos en una esquina del sofá después de espantar con la mano a uno de los felinos. La mujer saca una pastilla de un blíster que hay sobre la mesa —lo deduzco por el sonido— y la traga echando la cabeza hacia atrás. Coge una copa, da un sorbo y se deja caer en el sillón. Al cruzar las piernas, enseña más carne de la que recomiendan las normas sociales. Hay que reconocer que la mujer tiene clase. Parece una de esas viejas estrellas de cine que viven de sus recuerdos en un ambiente triste y decadente.

—Mi nombre es Úrsula Cazorla. ¿Y el vuestro? —pregunta con un punto de arrogancia.

—Como ya le he dicho antes, yo soy la i-inspectora Manuela Santos y mi compañero es…

—¡Eso no te lo crees ni tú, bonita! Provengo de una familia de guardias civiles y veo a la legua quién es un miembro de la ley y quién no. Por no hablar de esa placa de juguete que me has enseñado a través de la mirilla. —Se inclina hacia delante y la escasez de luz endurece sus rasgos—. O me decís ahora mismo quiénes sois y a qué habéis venido o le digo a mi hijo, que vive en la planta de arriba y también es guardia civil, que os arreste.

Sabía que Magda nos metería en problemas. Lo mejor que podemos hacer es reconocer quiénes somos, pedir disculpas a la señora Cazorla e irnos a casa. Igual ni nos denuncia.

Mi amiga ha enmudecido, de modo que contesto entre estornudos:

—Tiene razón, no somos policías. En realidad so…

—Soy la he-hermana de Santi Canales —me corta Magda juntando y separando las rodillas con frenesí.

Si existía alguna posibilidad de salir indemnes, mi amiga se la acaba de cargar de un plumazo.

—¿La hermana de Santi, dices? —repite la mujer con suspicacia.

—Mi nombre es Lo-Lola Canales. De muy joven me fui a vivir a Mallorca, pero nunca perdí el contacto con mi he-hermano. —Suerte que la poca luz disimula el delator enrojecimiento de su cara.

Úrsula Cazorla regresa a la posición inicial y orienta sus pupilas brillantes hacia mí.

—¿Y este quién es? —pregunta colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ah, un amigo.

Por fin un poco de sinceridad.

—¿A qué habéis venido?

Magda se aclara la garganta y dice:

—Quería preguntar al señor Ramos acerca de una persona relacionada con él y mi di-difunto hermano.

La mujer la mira con recelo. Ahora es cuando llama a su hijo y nos detiene. Yo ya no sé si el picor que siento por todo el cuerpo es debido a la tensión que sufro, a tanto gato suelto o ambas cosas a la vez.

—¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

Si a Magda no se le ocurre un buen motivo, estamos perdidos.

—Deduje que su marido no querría hablar conmigo, teniendo en cuenta que fue mi he-hermano quien provocó su accidente —responde sumando al vaivén de sus rodillas el tamborileo de los dedos sobre los muslos.

La mujer asiente con lentitud. Por extraño que parezca, yo diría

que se lo ha tragado.

—La última vez que vi a Santi fue en el hospital —dice contemplando la copa que sostiene en su regazo. Hace una pausa para beber y añade—: Meses más tarde, vi por televisión que lo habían condenado por asesinar a su exmujer y me alegré.

—¡Santi no mató a Natalia Rius! Fue Pedro quien… ¡Ay!

Le doy a Magda un pellizco en la cintura para que calle y así evitar que la mujer nos denuncie por calumniar a su difunto marido.

—No nombres a esa puta en mi casa —suelta la mujer de sopetón.

84
Santi Canales
Miércoles, 11 de junio de 2003

Ninguno de los asiáticos contestó acerca de la pistola. Me miraban un segundo y volvían a lo suyo, como zombis devorando un cadáver. Con la única diferencia de que, en lugar de carne, vísceras y órganos, comían tortilla de patatas, jamón ibérico y ensaladilla rusa. Desesperado, empecé a palpar sus cinturas en busca del arma. Mala idea. Una mujer gritó algo en su idioma y todos los presentes se me echaron encima.

—¡Olvídate de la pistola! —me ordenó Pedro mientras yo empujaba a los atacantes para impedir que me agredieran—. Ya buscaremos otra por los bajos fondos.

—¡No puedo! Si la policía la encuentra, me acusarán de matar a Wong y a Vanesa.

—¡Mira que eres corto! Por mucho que los de la científica determinen que las balas alojadas en la puerta de Vanesa y el cuerpo de Wong salieron de tu arma, nada te relaciona con sus muertes. ¿No ves que alguien acaba de borrar tus huellas al empuñarla? Y siendo una pistola ilegal, no consta en ningún lado que el propietario seas tú.

Persuadido por el razonamiento de mi exsocio, hui de la cocina en dirección a la salida. Miré hacia atrás y respiré aliviado al comprobar que nadie me perseguía. Cogí cuatro botellas de la estantería que había detrás de la barra y, antes de abandonar el bar, me acerqué al Vasco.

—Habrá que posponer nuestra charla —le dije a modo de despedida.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó con voz afónica.

En un primer momento pensé que se refería a lo ocurrido con Wong en el almacén, pero me descolocó que lo dijera como si hubiera transcurrido mucho tiempo.

—¡Venga, date prisa! —me apremió Pedro—. ¡Que no tengo ganas de acompañarte al calabozo!

Cuando llegamos al Opel Astra, me metí en el asiento de atrás dispuesto a beber hasta quedar inconsciente. No había nada más que pudiera hacer para demostrar mi inocencia. Media botella después, empecé a insultarme.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi exsocio, sentado a mi lado con un bocadillo de atún que goteaba aceite sobre la tapicería—. Deberías estar contento. La policía rescatará del sótano a la hija de Vanesa,

investigará las actividades del chino y descubrirán que él ordenó a Cicatriz que matara a tu exmujer.

—Es que ahora ya sé por qué tu teoría sobre Wong es errónea. —Apoyé la nuca en la parte superior del asiento y fijé la vista en el techo—. Si Wong hubiese querido evitar que yo utilizara sus confidencias en su contra, me habría matado hace tiempo. No tiene sentido que se tomara tantas molestias para que me condenaran por el asesinato de Natalia. Si me detenían, se arriesgaba a que contara sus secretos a la policía. —Di un trago sin importarme que parte del líquido me resbalara por el cuello—. Y si él fuese culpable, nunca me habría detallado el aspecto real de Cicatriz. En lugar de eso, se habría inventado su descripción para despistarme. —Tosí varias veces y concluí—: Wong era un cabrón, pero no el cabrón que buscamos.

Pedro permaneció en silencio. Al igual que el real, no estaba acostumbrado a que yo tuviera razón. Vencido por el cansancio, me tumbé en el asiento y me eché a dormir.

85
Magda
Viernes, 27 de octubre de 2017

El comentario de la viuda de Pedro Ramos hace que me olvide de pedirle explicaciones a Jorge por el pellizco.

—¿Por qué ha utilizado la palabra «puta» para nombrar a Natalia Rius? —le pregunto llena de curiosidad.

—¿No se llaman así a las que se acuestan con el marido de otra? —La mujer se levanta del sillón y se acerca a la mesa.

—Solo si hay dinero de por medio —contesto sorprendida de que acuse a Natalia de ejercer la prostitución.

—¿Usted sabía que su marido y la exmujer de Santi eran amantes? —interviene Jorge ajustándose las gafas.

—Pues claro, cariño. —Úrsula Cazorla llena su copa de una botella de champán y se vuelve a sentar.

—¿Cómo se dio cuenta? ¿Los pilló desnudos en la cama? —He recordado la manera en que Natalia se enteró de la relación que mantenía César Font con Gabriel Casas.

La viuda de Pedro cruza las piernas y contesta:

—No, querida. Lo descubrí el 15 de julio de 1994, día en que Santi llamó a mi casa para saber si su socio había venido a comer. Cuando mi marido regresó por la noche, olía a perfume. Le pregunté el motivo, y él aseguró que Santi le dejó probar el suyo mientras degustaban el menú de un restaurante. —Se acerca la copa a los labios y hace ruido al sorber—. Contraté a un detective privado para que confirmara mis sospechas, y así fue como descubrí que se veía a escondidas con esa guarra.

—Pues qué malo era Pedro como detective, si no se percató de que lo seguían —razono.

Úrsula Cazorla esboza una sonrisa, aunque ignoro el motivo.

Jorge carraspea, señal de que quiere decir algo.

—¿Cómo reaccionó su marido cuando le explicó que había descubierto su relación extramatrimonial?

—No se lo dije. ¿Qué me importaba lo que hiciera con esa furcia mientras me siguiera tratando como una reina?

Frunzo el ceño, confundida.

—No lo entiendo. Si le era igual, ¿por qué contrató al detective?

—Una debe saber siempre dónde está el enemigo y la manera de derrotarlo en caso de hacer falta.

De repente, Jorge grita:

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo!

Giro la cabeza hacia él y veo a un gato siamés sentado en su regazo. Estaba tan concentrada en la conversación que no lo he visto acercarse. Por lo visto, mi amigo tampoco. Aparto al felino con la mano mientras Jorge no para de estornudar y formulo a Úrsula Cazorla la pregunta que tenía pendiente desde el principio:

—¿Pedro le habló alguna vez de alguien apodado Cicatriz?

La mujer niega con la cabeza.

—Él no me explicaba nada relacionado con el trabajo. Ni siquiera hablaba de su socio. Y después de sufrir el accidente, aún se encerró más en sí mismo.

—Al menos, sobrevivió —comenta Jorge al tiempo que se quita los pelos de gato con un pañuelo de papel que ha sacado del pantalón.

Ella hace una mueca de disgusto y chasca la lengua.

—Ojalá no lo hubiera hecho. —Vacía la copa y añade—: Su carácter se volvió irascible por culpa de las graves secuelas que padecía y me convertí en su niñera. Mejor dicho, en su esclava. Dependía de mí, incluso para comer. —Se levanta otra vez en dirección a la mesa y se sirve más champán—. Durante unas semanas hasta le hice de chófer. Cada mañana lo dejaba en la calle Cadí con una furgoneta adaptada para silla de ruedas y lo recogía por la noche. Nunca quiso decirme a dónde se dirigía ni qué hacía ahí.

—Iba al bar de Wong para vigilar a San… —Jorge choca su rodilla contra la mía y me hace el gesto de silencio. La mujer no lo ve porque está de espaldas.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —pregunta él.

—Dejó de tomar su medicación sin decírmelo —contesta con frialdad de regreso al sillón.

—Si Pedro dependía por completo de usted, entonces fue usted quien dejó de dársela —razono.

—¿Qué estás insinuando, bonita? —La mujer me mira con la barbilla elevada y sus ojos son dos líneas muy finas.

—Creo que usted no se la proporcionó adrede porque quería causarle la muer… ¡Au! —Jorge me da otro pellizco, esta vez en el brazo.

—Nos hacemos cargo de lo duro que fue perder a su marido —expresa Jorge en plural, sin saber que estoy en total desacuerdo con él.

La viuda de Pedro ingiere el contenido de su copa, cierra los ojos y dice arrastrando las eses:

—Salgan de mi casa ahora mismo o avisaré a mi hijo.

Estoy en mi piso, repasando la conversación mantenida con la viuda de Pedro Ramos. No ha aportado ningún dato sobre Cicatriz, lo

que me obliga a pensar en posibles alternativas. La única con probabilidades de éxito es pedirle ayuda a Hal, pero amenazó con dispararme si me acercaba a él.

Sucedió el lunes pasado, cuando entré a la fuerza en su habitación para pedirle que me confirmara si, tal como había dicho Gabriel Casas, Emilio Comas tenía trato con Cicatriz. Hal se negó pese a explicarle que este último es el culpable de la desaparición de nuestra hermana. Yo reaccioné metiendo una rata en su habitación, conocedora del miedo visceral que les tiene desde que una le comiera un trozo de oreja mientras dormía. En cuanto mi hermano aceptó colaborar, subido a su silla con la cara desencajada, saqué al roedor de su cuarto. Antes de marcharme, me advirtió de lo que sucedería si regresaba.

Saber que Hal analizaría los diarios en pocas horas y, con mucha probabilidad, hallaría información que me pueda conducir hasta Cicatriz me llena de impotencia. Con su participación, yo podría localizar a Daniela —suponiendo que esté viva— y ayudarla a rehacer su vida. De todos modos, no debo enfadarme con él por su falta de interés hacia nuestra hermana. Sus trastornos mentales le hacen pensar solo en sí mismo.

Aunque, a decir verdad, su falta de empatía y sus amenazas hacia mí no son motivo suficiente para permitir que se salga con la suya. Le negué a Daniela mi apoyo cuando más lo necesitaba, y haré todo lo posible por enmendar ese error. Si es demasiado tarde, al menos lo habré intentado.

Decidido. A riesgo de que me mate de un balazo, me plantaré ante Hal con los diarios de Emilio y no me iré hasta que me diga cómo puedo hablar cara a cara con Cicatriz. Y si se niega a cooperar, volveré a meter una rata en su habitación.

Por primera vez me introduciré en la masía sin llamar a la puerta ni enviar un correo electrónico anunciando mi visita. Necesito el factor sorpresa para que Hal no me reciba armado ni me impida acceder a su cuarto.

86
Santi Canales

Jueves, 12 de junio de 2003

Me desperté abrazado a mí mismo, con el cuerpo sudado y los dientes castañeando. Sentía pinchazos en los ojos y el dolor en la frente me atacaba en oleadas. Tardé unos segundos en asimilar que estaba estirado en el asiento trasero del coche. Había dormido en mala postura y mi espalda se resentía.

A mi alrededor solo había oscuridad. Dirigí la vista a mi muñeca sin recordar que ya no tenía el reloj. Saqué el móvil del pantalón y apreté una tecla para que se iluminara la pantalla, pero el temblor de la mano no me dejaba consultar la hora. Aún tumbado, la apoyé en el respaldo del asiento y vi que era la una de la madrugada.

Los recuerdos del día anterior fueron aflorando. Uno de ellos guardaba relación con cuatro botellas de *whisky*. Palpé el asiento hasta topar con una llena y me senté. Al tercer trago, sufrí un ataque de tos que me obligó a doblarme. Una vez recuperado, me pregunté si la policía habría encontrado el cadáver de Wong y si los prisioneros habrían hablado de mí.

—¡Hombre, por fin te has despertado!

La voz de Pedro, procedente del asiento del copiloto, me hizo dar un respingo.

—¿Es que no puedes entrar por la puerta, como todo el mundo?

—No necesito hacer eso. Es una de las ventajas de no ser real. —Por el ruido que generaban el envase que sujetaba y su boca al masticar, deduje que comía patatas *chips*—. ¿Qué, ya has pensado cuál será el siguiente paso para encontrar a Cicatriz?

—No. Se me han acabado las ideas. —Dicho esto, continué bebiendo. Hacía mucho tiempo que no tenía tanto alcohol a mi disposición y pensaba aprovecharlo.

—Debí imaginar que te rendirías. No sé por qué pierdo el tiempo contigo.

—¡Pero si no haces más que meterme en líos! —farfullé—. Ojalá se me apareciera Colombo.

—¡Mira que eres desagradecido! Para que veas que no te guardo rencor, te diré lo que yo haría: hacer una visita a la viuda de César Font.

—Paso. No quiero saber nada de tus absurdas teorías.

—¡Escúchame, Santi! Estoy seguro de que fue ella quien contrató a Cicatriz. Descubrió que su marido tenía un amante y quiso vengarse.

Por eso le pidió el divorcio poco antes de que a él lo extorsionaran. ¡No fue casualidad!

Reconocí para mis adentros que su nueva teoría era plausible, aunque también lo eran las anteriores. Por otro lado, alguna vez le tocaría acertar. La alternativa era pudrirme en la cárcel, y para eso siempre estaba a tiempo. No obstante, existía una dificultad que se añadía al hándicap de no disponer de vehículo, ni dinero, ni pistola.

—¿Cómo pretendes que averigüe quién es y dónde vive la viuda de Font? Emilio me prohibió contactar con él, por si no lo sabes.

—¡Mira que eres ceporro! ¡Lo que no quiere es que lo llames a la comisaría! Tú llámalo al móvil y que te busque los datos cuando pueda. Mientras tanto, escóndete en el parque que hay dos calles más arriba; ese tan grande que tiene una cruz de hierro en la parte más alta.

Sin un plan mejor al que echar mano, claudiqué. Y también para que dejara de atosigarme con su verborrea.

—De acuerdo, tú ganas. Cuando abra el locutorio, llamaré a Emilio. —Abrí la puerta y, antes de salir, le dije—: Ahora, si me disculpas, voy a vaciar la vejiga.

87
Magda
Viernes, 27 de octubre de 2017

A las nueve de la noche, me bajo en la estación de ferrocarril La Floresta arrastrando un carrito de la compra que contiene los veinticinco libros que conforman el diario personal de Emilio. Quería llegar antes a la masía, pero me he distraído viendo un documental que pronostica una pandemia a nivel mundial de aquí a tres años.

Saco el móvil del bolso y ando campo a través con el modo linterna activado. Aunque es luna llena, los árboles impiden que su luz toque el suelo y vea por donde piso. Debo darme prisa; a la batería solo le queda un nueve por ciento de carga.

Estoy tiritando de frío. Aquí, por la noche, la temperatura cae en picado. Me friego los brazos desnudos, pero no entro en calor. Fiel a mi falta de memoria, he olvidado coger la chaqueta.

Solo se oyen mis pisadas, el roce de las ruedas contra el suelo y el viento meciendo las hojas. A mitad de camino, me pongo a tararear canciones de Sau y Sopa de Cabra con la intención de no pensar en lo helada que estoy.

Al cabo de media hora, llego a la masía en ruinas y me cuelo por una ventana lateral que hay sin tapiar. Una vez dentro, abro la puerta con sigilo para poder meter el carrito. El aire es denso y huele a moho. Acciono el interruptor de la luz, pero sigo estando a oscuras. Aquí es habitual que la humedad de las paredes provoque cortocircuitos.

Me adentro en la vivienda con el móvil enfocando el suelo. No quiero tropezar con los escombros amontonados a los lados ni con los bichos que corretean a mi alrededor. A cada paso que doy, levanto el polvo acumulado y el haz de luz muestra millones de partículas flotando en el aire.

Paso por delante de un antiguo reloj de pie estropeado y subo unos peldaños rotos tirando del carrito con todas mis fuerzas. Cuando llego a la planta de arriba, presiono el interruptor pero no sucede nada. Había olvidado que no hay electricidad. Bajo la vista y cruzo el largo pasillo esquivando los charcos formados por agua de lluvia filtrada a través del tejado. Llevo tiempo intentando que Hal y tía Elvira no vivan en condiciones infrahumanas, pero se resisten a abandonar esta pocilga.

Me planto ante la habitación de Hal, acciono la manija y abro la puerta con fuerza. Al orientar el móvil hacia el interior, observo que no hay nadie. Qué extraño. Mi hermano no abandona su guarida ni

para hacer sus necesidades. Dejo el carrito dentro y me dirijo a la habitación de mi tía, ubicada a pocos metros. Golpeo la puerta con los nudillos y grito:

—¡Tía Elvira, soy Magda!

Como no responde, abro la puerta. En ese instante, el móvil se queda sin batería. Menos mal que la luna ilumina los contornos a través de una ventana con el cristal roto. Mi tía tampoco se halla en su cuarto, lo cual me indica que los servicios sociales por fin han logrado trasladarlos a un lugar más salubre. Lo que no entiendo es por qué no me lo han comunicado. Aunque, ¿de qué me sorprendo? Tía Elvira no tiene móvil y Hal no quiere saber nada de mí desde el episodio de la rata.

Mi visita sorpresa ha sido todo un fracaso. Lo mejor que puedo hacer es regresar a mi piso a compadecerme de mí misma. Al dar media vuelta, recuerdo que la casa está sumida en la oscuridad y que mi teléfono no tiene batería. No me atrevo a cruzar la masía a tientas, y menos con los charcos, los desperdicios y los bichos interponiéndose en mi camino. No me queda más remedio que pasar la noche aquí.

Estoy congelada. Me sitúo frente al armario sin puertas de mi tía, cojo una manta en la penumbra y, después de desdoblarla, me la echo por encima a pesar de lo mal que huele.

Me siento sobre la ruidosa cama y el estómago me ruge con fuerza. Estoy muerta de hambre, pero la cocina está en la planta de abajo. De la impotencia que siento, rompo a llorar. Me pregunto, entre sollozos, si vale la pena tanto esfuerzo para obtener una respuesta que en el fondo ya sé. Por mucho que me resista a creerlo, debo aceptar que Daniela está muerta y olvidarme de ella. Qué importa dónde están sus restos y qué le hizo Cicatriz. Lo peor de todo es que he puesto en riesgo la vida de mis dos únicos amigos. ¿En qué estaba pensando?

Mañana le diré a Gabriel Casas que rompo el trato que hicimos —lo guardaba como último recurso— y enviaré los diarios personales al sargento Rosales. Según el propio Emilio, no se deja sobornar.

Me invade un agotamiento extremo. Me tumbo sobre el destartalado colchón a pesar de las manchas que contiene, apoyo la cabeza en la almohada aunque huela a rancio y me quedo dormida.

Al día siguiente, el canto de un gallo me despierta. Estiro los brazos y bostezo al tiempo que mi estómago no para de gruñir. Miro a través de la ventana y veo que hace un día radiante.

Hacía tiempo que no dormía tan bien. Tomar la decisión de no ir detrás de Cicatriz me ha devuelto la paz que necesitaba.

Salto de la cama con energía renovada y me doy cuenta de que he dormido con la ropa y el bolso puestos. Necesitaría darme una ducha, pero de las cañerías sale agua de color marrón.

La luz que se cuela por las grietas alumbra todos los rincones de la masía. Cruzo el pasillo sorteando los charcos, bajo las escaleras con cuidado de no caer y me dirijo a la cocina en busca de comida. Sin embargo, la despensa está vacía. Solo hay dos manzanas podridas habitadas por gusanos. Estoy tan hambrienta que contemplo la posibilidad de apartarlos e ingerir las piezas de fruta. Sacudo la cabeza y ando hasta la salida fijándome en dónde piso para no tropezar con nada.

Abandono la masía y enfilo el camino hacia la estación de tren con el trinar de los pájaros como música de fondo. Al llegar al andén, me doy cuenta de que he olvidado el carrito de la compra con los diarios de Emilio en la habitación de Hal. No importa. Ya iré a recogerlos otro día. Estoy demasiado hambrienta como para regresar a por ellos. Lástima que la estación no esté dotada de máquinas expendedoras de comida. Elevo la vista y observo que el reloj electrónico marca las tres menos cuarto de la tarde.

Tengo unas ganas locas de llegar a casa y devorar el menú que haya preparado Laura. Pero antes me meteré en la ducha, me embadurnaré de jabón y frotaré cada rincón de mi cuerpo con esmero.

Después de dos transbordos, me apeo en la parada de metro Poble Sec y voy trotando hasta mi piso. Cruzo el portal del edificio y veo que la puerta está entornada. Laura debe de estar en la cocina sin acordarse de que la ha dejado abierta. La empujo y grito:

—¡Ya estoy en casa! ¿Qué plato has prepa…?

Me detengo en seco y me tapo la boca al contemplar el comedor. Todos los objetos que tenía guardados en cajas de plástico forman ahora una alfombra imposible de transitar. Ver el estado en que se halla mi piso me provoca un leve mareo.

—¡Laura, ¿dónde estás?!

Esto ha de ser obra de un ladrón despistado. ¿Qué esperaba encontrar en un apartamento tan cutre como el mío?

—¡Responde, Laura!

¿Dónde se ha metido? Su chaqueta está colgada en el perchero. Me tambaleo hasta la cocina, pero ahí no está. Tampoco hay comida preparada. Vuelvo al comedor y observo que la puerta de su habitación está medio abierta.

—¿Te encuentras mal?

Lo más probable es que sufra uno de sus habituales ataques de migraña y esté tumbada en la cama. Ver el estado en que ha quedado el piso le habrá afectado tanto como a mí. Me acerco a su habitación intentando no perder el equilibrio, asomo la cabeza por el marco de la puerta y la imagen que aparece ante mí me provoca una sensación de ahogo.

88
Santi Canales

Jueves, 12 de junio de 2003

Tras varios intentos fallidos, logré salir del Opel Astra. Di tres pasos hasta el árbol y, antes de bajarme la bragueta, una voz espetó:

—¡Le habla la policía! ¡Ponga las manos detrás de la cabeza y túmbese boca abajo!

Miré hacia atrás y, a la luz de las farolas, vi a varios agentes apuntándome con su pistola. A saber cuánto tiempo llevaban ahí.

Al levantar los brazos, perdí el equilibrio y me di de bruces contra el suelo. Los agentes se abalanzaron sobre mí y uno de ellos me esposó las manos a la espalda clavando una rodilla en mis lumbares. A juzgar por la agresividad con la que actuaron, estaban convencidos de haber detenido a un peligroso asesino.

Me informaron de mis derechos, los cuales escuché sin prestar atención a la vez que un líquido caliente recorría mi entrepierna. Mi mente estaba demasiado ocupada imaginando un final alternativo en el que encontraba a Cicatriz, lo entregaba a la policía y me declaraban inocente.

Ya en la comisaría de Les Corts, me preguntaron si quería llamar a mi abogado. Como no tenía, solicité uno de oficio. Metieron mis pocas pertenencias en una bolsa, me hicieron fotos en una sala y me llevaron a una de las celdas del calabozo.

—Bueno, Santi, toca despedirnos —soltó mi exsocio con la espalda contra la puerta de hierro. Su ombligo sobresalía bajo una camiseta de Extremoduro y en su mano izquierda sostenía un vaso de café de máquina.

—¿A qué te refieres? —pregunté sentado en el banco metálico anclado al suelo. Había bebido tanto estando en el coche que aún me costaba vocalizar.

—¡Mira que eres mentecato! A que en la cárcel no podrás tomar alcohol, y eso se traduce en que no nos volveremos a ver.

Sentí una punzada en el corazón. Aunque la mayoría de las veces me hacía rabiar, le había cogido más cariño que al Pedro de carne y hueso. El mío, al menos, no me había traicionado nunca. En lugar de decirle que lo echaría de menos, le solté:

—Me alegro de perderte de vista. Seguro que me va mejor sin ti.

—¡Serás desagradecido! Si no has sabido aprovechar mi sabiduría, no es culpa mía.

—No te ofendas, pero dabas mejores consejos en vida —afirmé con una sonrisa triste.

Pedro asintió imitando el gesto. Si no fuera porque resultaba imposible, juraría que se le humedecieron los ojos.

—Espero que no te metas en líos; aunque con tu coeficiente intelectual lo dudo mucho.

—Ya te contaré cómo me ha ido cuando me suelten y me emborrache para celebrarlo —contesté guiñándole un ojo, dicho lo cual me dejé vencer por el sueño.

89
Jorge
Sábado, 28 de octubre de 2017

Estoy en el supermercado, colocando una caja de atún en la zona de las conservas. Hace solo una hora que ha empezado mi jornada laboral y ya estoy exhausto.

—¡Jorge!

Me giro al oír mi nombre. Es Magda, que se aproxima desde el otro extremo del pasillo. Cuando se acerca lo suficiente, veo que su expresión es de preocupación y que sus ojos están enrojecidos. Lleva el pelo aún más alborotado de lo normal y la ropa que viste está arrugada, como si hubiera dormido sin quitársela.

—Me ha encontrado —dice temblando como un flan.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Cicatriz!

Mi amiga es propensa a exagerar, así que le pregunto con cautela:

—¿Estás segura?

Ella asiente con vehemencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer fui a visitar a Hal y me quedé a dormir en la masía. Al regresar, me he encontrado el piso patas arriba y a Laura muerta en su habitación —contesta entre sollozos—. Las paredes están manchadas de sangre y el cuerpo yace mutilado sobre la cama. ¡Nunca podré borrar esa imagen de mi cabeza! —grita tapándose la cara con las manos.

La abrazo con fuerza. Pensar que Cicatriz no la ha encontrado de milagro me provoca una oleada de pánico.

—¿Has llamado a la policía?

—Aún no.

—Mejor. Emilio Comas no debe saber dónde estás. ¿Tienes el móvil encendido?

Magda niega con la cabeza.

—Me he quedado sin batería.

—Bien. Así no podrán rastrear la señal.

El encargado asoma la cabeza por el pasillo y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está Rudy? —pregunta mi amiga.

—No lo sé. Hoy no ha venido a trabajar.

—¡Oh, no! ¡Cicatriz también lo ha matado!

—¡Shhh! No hables tan alto. Voy a preguntar por ahí, a ver si

alguien sabe algo. Tú espérame en el *pub* irlandés. En cinco minutos me reúno contigo.

Después de interrogar a mis compañeros, le digo al encargado que voy al médico porque me duele mucho la espalda. Me cambio de ropa y voy al encuentro de mi amiga.

—¿Qué has averiguado? —me pregunta nada más verme.

En la mesa hay un botellín de cerveza, un vaso de tubo y un platito con cacahuetes, gentileza de la casa.

—Nadie sabe nada —digo sentándome frente a ella.

—¡Se lo ha cargado Cicatriz, seguro! ¡Y todo por mi culpa! —Los ojos de Magda se vuelven a anegar en lágrimas.

—Es posible. —Cojo un cacahuete y me lo meto en la boca—. Dame tu móvil.

—¿Para qué lo quieres? —Se seca las lágrimas con una servilleta del dispensador que hay en la mesa.

—Le pondré la batería del mío.

Magda se empeñó en que comprara el mismo modelo de *smartphone* que el suyo cuando se estropeó el que tenía.

—¿No has dicho antes que si lo enciendo pueden localizarme?

Cojo otro cacahuete y digo:

—Es la única manera de saber si Rudy está vivo. —En verdad, no tengo ningún interés en averiguarlo. Pero, en caso de estarlo, quizá conozca un lugar seguro donde esconder a mi amiga. Mi prioridad es ponerla a salvo, y a mi piso no puedo llevarla porque quizá esté vigilado.

—¿Y si tiene el teléfono apagado? —A pesar de sus dudas, saca el móvil del bolso y me lo entrega.

—Si ha conseguido huir, antes de desconectarlo habrá intentado avisarte del peligro que corres. Aunque con ese troglodita nunca se sabe.

Después de intercambiar las baterías, Magda aprieta la tecla de encendido y marca el número pin. El aparato informa de que Rudy la ha llamado hoy a las 10:48 horas. Sin embargo, no ha dejado ningún mensaje de voz. Mi amiga abre WhatsApp por si ha intentado comunicarse con ella a través de dicha aplicación, pero la pantalla muestra que no.

—Al menos lo hemos intentado —digo resignado—. Apaga el móvil y quita mi batería, no sea que te localicen también a ti.

Justo cuando mi amiga se dispone a apretar el botón de *off*, el teléfono recibe un SMS con fecha de hoy a las 10:51 horas: «Magda, puede que estés en peligro. Emilio me ha descubierto. Te espero en la casa okupa de la plaza del Sol. Por si acaso, apaga el móvil y deshazte de él».

—¡Está vivo! —exclama mi amiga, y al hacerlo se le ilumina la

cara.

—¿Se ha escondido en una casa okupa? No me lo creeré hasta que lo vea.

Magda paga la consumición y, de camino al metro, tira su móvil en el primer contenedor de basura que encuentra. El mío, en cambio, lo conservo. Si ni Emilio ni Cicatriz han ido a por mí, es porque desconocen mi existencia o aún no han descifrado mi identidad.

Bajamos en la parada de Fontana, en pleno barrio de Gracia, y nos dirigimos a la plaza del Sol.

—¡Venga, Jorgito! ¡Date prisa! —me apremia Magda, adelantada unos metros.

Cuando llegamos, mi amiga aporrea la puerta de un pequeño edificio de tres plantas con ventanas sin cristales y grafitis en las paredes. Del interior se filtra un penetrante olor a marihuana.

Nos abre un chico con rastas en compañía de un *rottweiler* con más pinta de querer jugar que de morder. Le preguntamos por Rudy, pero no conoce a nadie con ese nombre. Le pide a Magda el suyo y, al decírselo, le comunica que un tal Rodolfo la espera en la planta de arriba. Amablemente, nos acompaña con su linterna hasta una habitación con ventana y sin muebles en la que Rudy está fumando sobre un colchón situado en el suelo.

—¡Pensaba que te habían matado! —Mi amiga se acerca a Rudy y él aprovecha para abrazarla contra su voluntad. Ella, para no ser descortés, le corresponde.

—¿Este qué hace aquí? —Me mira con el mismo desprecio que siento por él.

—Me ha ayudado a localizarte —le informa Magda—. También estaba preocupado por ti. —Se gira hacia mí y añade—: ¿Verdad, Jorgito?

—¡Uy, sí! Mucho, mucho. —Arqueo las cejas todo lo que puedo y me esfuerzo en elevar la comisura de los labios.

—Vamos a la sala de reuniones. Ahí podremos sentarnos y hablar sin que nadie nos escuche —afirma en voz baja señalando al chico del *rottweiler*, que nos observa con descaro desde el marco sin puerta.

La supuesta sala es una pequeña habitación carente de ventanas y con las paredes desconchadas. Contiene cuatro sillas metálicas y una vieja tabla de madera que, junto a los dos caballetes sobre los que descansa, hace las funciones de mesa.

—¿Solo hay electricidad en este cuarto? —le pregunto a Rudy observando las bombillas parpadeantes del techo. En el resto del edificio no he visto ninguna luz encendida.

—También en el comedor. Tienen un viejo generador, pero se apaga cada dos por tres. —Se guarda la linterna que nos ha iluminado el trayecto y se deja caer con desgana en una de las sillas.

Magda se sienta a su lado y yo permanezco de pie con las manos en los bolsillos.

—¿Qué haces en este sitio? Creía que no te gustaban los okupas —dice mi amiga.

—Por eso es el escondite perfecto. Aquí nadie va a venir a por mí. —Sonríe golpeándose la sien con el dedo índice.

—¿Y dejan que te quedes? —Lo miro de arriba abajo—. Se nota que no eres de los suyos.

—¡Pues sí, chaval! Les he dicho que la pasma me busca por haber evitado un desahucio y se lo han tragado —dice con orgullo a la vez que saca un paquete de tabaco y un mechero del bolsillo lateral del pantalón.

—¿Cómo has logrado escapar? —se interesa Magda.

Rudy se enciende un cigarrillo y cruza las piernas tal como lo hacen los tíos duros a los que se esfuerza en imitar.

—Mi colega Quique me ha avisado de que Emilio se dirigía a mi casa y he podido huir por los pelos. —Da una calada, suelta el humo y añade—: ¿También ha ido a por ti?

Magda asiente, cabizbaja.

—Ayer por la noche le llevé los diarios a mi hermano, pero no estaba. Hoy, al volver a mi piso, he encontrado a mi compañera cortada a trozos sobre su cama.

—¡Qué putada! —Rudy se pasa una mano por la cabeza—. Seguro que Emilio ha enviado a Cicatriz para recuperar los putos libros. Lo que no entiendo es cómo ha conseguido saber quiénes somos.

—¿En algún momento te quitaste los guantes cuando estuviste en su casa? —le pregunto.

—¡Claro que no! ¿Crees que soy tonto?

Me muerdo la lengua hasta hacerla sangrar y propongo otra posibilidad:

—Quizá haya cámaras ocultas en el piso. Emilio te conoce.

Rudy da otra calada y apoya la mano que sujeta el cigarro sobre la rodilla.

—Con el traje y la gorra es imposible que me reconociera. De todas formas, eso no explica que identificara a Magda. A ella no la ha visto nunca, igual que a ti.

Rudy y yo la contemplamos pensativos.

Mi amiga balancea el cuerpo con nerviosismo y se frota las manos contra los muslos.

—Hay una cosa que no os he dicho.

90
Santi Canales
Viernes, 13 de junio de 2003

A la mañana siguiente, un ruido metálico me despertó. Era el cerrojo de la puerta al descorrerse, que retumbó en mi cabeza resacosa como si de una explosión se tratara. Un agente me condujo a una sala y me hizo sentar a la mesa sin darme explicaciones.

Al cabo de un rato apareció Felipe Jiménez, abogado de confianza en los tiempos de Ramos y Canales, Agencia de Detectives. Recomendado por Emilio, nos salvó el culo todas las veces que mi socio y yo fuimos denunciados por revelación de secretos, allanamiento de morada o apropiación indebida. Todo acusaciones falsas, por supuesto.

Tipo simpático y afable, recomiendo que le hagas una visita si te surge cualquier duda relacionada con el juicio. Te pido que no lo juzgues de antemano por su aspecto algo dejado ni por su fuerte olor corporal; ni siquiera por su grotesco peluquín. Y no intentes ponerte en contacto con él a través del ordenador ni el móvil. Felipe es enemigo acérrimo de todo lo relacionado con la tecnología surgida después de la máquina de escribir y el teléfono fijo.

La cara de asombro que puse al verlo fue debido a que yo no había solicitado sus servicios. Claro que me acordaba de él, pero sus elevados honorarios me impedían contratarle. En verdad, ni aunque hubiesen sido bajos.

Felipe se sentó frente a mí y dejó su viejo maletín sobre la mesa.

—Me alegro de verte, Santi, aunque sea en estas circunstancias. Emilio me ha explicado que estás metido en un buen lío y me ha pedido que te ayude. No te preocupes, te sacaré de esta. Como en los viejos tiempos.

Nunca podré agradecerle lo suficiente que me defendiera gratis. Ni a Emilio que lo avisara y me ayudase tanto en mi lucha por demostrar mi inocencia.

La presencia de Felipe me reconfortó. Me dio esperanzas. Con él ocupándose de mi defensa, era muy probable que me exculparan del asesinato. O eso pensaba.

Le di a Felipe mi versión de los hechos mientras él tomaba notas. Estudiado el caso, me aconsejó que declarara en el juzgado en lugar de hacerlo en comisaría y que alegara ante el juez no acordarme de nada al actuar bajo los efectos del alcohol.

—¡Pero eso es como aceptar ser el autor del crimen! —exclamé sorprendido por tal propuesta.

—Santi, la cosa no pinta bien. Todas las pruebas te señalan a ti. —Su optimismo inicial se había esfumado—. Ante la posibilidad real de que te declaren culpable, yo buscaría una reducción de condena alegando tu diagnosticada amnesia temporal y tus problemas con la bebida.

Yo me negué a tal estrategia, convencido de que un abogado tan bueno como él conseguiría que me declararan inocente.

El lunes a primera hora me llevaron ante el juez Pelayo, un tipo amargado que parecía ansioso por ir a jugar al golf. Tras escuchar a todas las partes, consideró que había suficientes pruebas en mi contra como para iniciar un procedimiento penal. Lo que yo no esperaba era que ordenara, a petición de la fiscalía, prisión preventiva por riesgo de fuga. ¿A dónde pensaban que huiría? ¿A Brasil? ¡Si no tenía dinero ni para un billete de metro!

Durante los siete meses que transcurrieron hasta la celebración del juicio, el juez me denegó la libertad provisional tantas veces como mi abogado la solicitó.

Pedí hablar con mi hija con insistencia a lo largo de ese tiempo, sabiendo que estaba en mi derecho aunque Alfonso Rius se opusiera. A pesar de ello, el centro penitenciario se negó todas las veces con la cruel excusa de que Berta había muerto.

A Lola, mi hermana, le envié unas cuantas cartas explicándole mi situación. Sin embargo, no recibí respuesta de ninguna de ellas. Mi teoría es que nunca salieron de la prisión en la que estaba retenido.

Rogué que me dejaran llamar por teléfono a mi madre, solicitud que rechazaron argumentando que se trataba de una llamada fuera de la península ibérica.

Respecto a mi padre, estoy convencido de que tampoco le habrían permitido visitarme de no haber fallecido dos años antes.

91
Magda
Sábado, 28 de octubre de 2017

La forma en que me miran Jorge y Rudy me intimida. Tomo aire y confieso con la cabeza agachada:

—Después de estar en casa de Emilio, vi que los dedos índice y pulgar de mi mano derecha asomaban por el guante roto. —Me siento avergonzada por haber cometido un error tan infantil.

—No te preocupes, Magda —expresa Jorge sonriendo con gesto tranquilizador—. Para que pudieran identificar tus huellas, deberías estar fichada por la policía. —Al ver que permanezco callada y mi expresión sigue siendo de culpa, añade—: Y tú no lo estás, ¿verdad?

Asiento con timidez.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —pregunta Rudy con interés. Tira la colilla al suelo y la aplasta con su bota.

Levanto la vista y la vuelvo a bajar. No me apetece explicar el motivo, pero los chicos me observan con tanta intensidad que me siento obligada a hacerlo. Si me lo invento, se darán cuenta.

—Un 11 de septiembre de hace varios años, participé en una manifestación a favor de la independencia de Cataluña en la que un grupo de ultraderecha empezó a insultarnos y a tirarnos piedras. El lugar se convirtió en una batalla campal, hasta el punto de que tuvo que intervenir la policía. No me dio tiempo a huir y me arrestaron por alteración del orden público. —Contemplo los dedos de mi mano derecha y añado—: Tardé más de una hora en eliminar la tinta de las huellas dactilares.

Rudy se levanta de la silla hecho una fiera y, con los ojos muy abiertos, me señala con el dedo.

—¡No me jodas que eres *indepe*!

Mi silencio lo interpreta como un sí.

—¡De puta madre! —Da media vuelta y anda por la sala gesticulando con las manos—. Voy a perder el curro, un madero quiere matarme y tengo que vivir entre perroflautas. ¡Todo por culpa de una separatista de las narices!

—¡Yo no te obligué a conseguir los diarios! —exploto harta de que me acuse sin razón—. ¡Me ayudaste porque quisiste!

—¡Calmaaaos! —ordena Jorge—. Mañana hablaré con el sargento Rosales y le contaré vuestra situación. Emilio se queja de que no es un corrupto, así que, cuando le entregue los diarios, detendrá al autor y a Cicatriz.

—No servirá de nada —aseguro con actitud derrotista—. La policía tardará meses en analizarlos todos y actuar en consecuencia.

—Entonces, hablaré con Emilio —propone Jorge—. Si le devolvemos los diarios, quizá se olvide de vosotros.

—¡Que te crees tú eso! —suelta Rudy—. Sabemos demasiadas cosas sobre él como para que nos deje vivos.

Los chicos se quedan en silencio, Jorge acariciándose la barbilla apoyado en la pared y Rudy mordiéndose las uñas al fondo de la sala.

—Tengo la solución —aseguro sacudiendo brazos y piernas para liberar estrés.

Rudy emite un bufido, reacio a escucharla. Jorge, en cambio, muestra interés por conocerla.

—¿Qué propones?

—Matar a esos dos.

—¡Sí, claro, como si fuera tan fácil! —exclama Rudy—. Si fallamos, Cicatriz nos hará lo mismo que a tu amiga. Y si lo conseguimos, nos meterán en la cárcel.

—¡No podemos escondernos para siempre! —replico con desesperación—. Tarde o temprano darán con nosotros, así que no tenemos otra opción.

Jorge se sube las gafas y junta las manos por la espalda.

—Nunca pensé que diría esto, pero Magda tiene razón. Solo hay que encontrar la manera de que no nos acusen de los crímenes.

—¿Compartes con ella esta idea tan loca?

—Propón una mejor, si eres tan listo —lo desafía Jorge.

Rudy murmura algo que no logro descifrar y se sienta en la silla que ocupaba antes. A continuación, me pregunta a regañadientes:

—¿Y de qué forma pretendes que nos carguemos a esos dos?

—En realidad, lo harás tú —le comunico con una sonrisa.

—¿Yo?

—¡Claro! Eres el único que tiene armas y sabe usarlas. Solo te pido que, antes de matar a Cicatriz, le preguntes qué le hizo a mi hermana.

—¿Este era el gran plan que nos iba a salvar de una muerte segura? —Por su manera de decirlo, creo que se siente defraudado—. Pues no va a ser posible.

—Si no te atreves, déjanos una de tus pistolas —le pido.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Rudy se frota la cara, apoya los codos sobre las rodillas y dice en voz baja:

—Mis armas son de aire comprimido.

Acerco mi cuerpo al de él, convencida de haber escuchado mal.

—¿Puedes repetir lo que has dicho?

—Que mis pistolas son de balines, ¿vale? —espeta Rudy abriendo

los brazos.

—Ya me extrañaba a mí que tuvieras armas de verdad —dice Jorge.

Rudy ignora el comentario y se recuesta en la silla con las piernas abiertas.

—No hay escapatoria. Estamos muertos.

92
Santi Canales

Lunes, 19 de enero de 2004

Siete meses después de mi detención, el juicio por fin comenzó. De todos modos, no me podía quejar, otros similares tardaban años en celebrarse. El mío suscitó tanto interés entre la opinión pública que lo adelantaron.

En la televisión no paraban de hablar de la brutalidad del crimen, etiquetándolo como el peor caso de violencia doméstica ocurrido en España. Vi desde la cárcel varios reportajes que trataban el tema, todos ellos manipuladores y tendenciosos, y los posteriores debates llenos de ineptos. Era un caso mediático que daba mucha audiencia, y para mantenerla no tenían reparos en engañar a los telespectadores haciéndoles creer que era una muerte relacionada con la violencia de género. Siguiendo con la farsa, pedían una condena ejemplar que sirviera para disuadir a otros maltratadores como yo de actuar contra sus mujeres. Lo peor de todo era que en esos programas me declaraban culpable antes de celebrarse el juicio.

Aún recuerdo el día en que Felipe me informó, apesadumbrado, de que mi caso lo juzgaría un jurado popular. Según sus palabras, era lo peor que me podía ocurrir.

Antes de empezar el juicio, la acusación y la defensa eligieron a puerta cerrada los nueve miembros del jurado —más dos suplentes— de entre los candidatos a formarlo.

Cuando hice acto de presencia, custodiado por un policía, la sala estaba llena. Un murmullo generalizado y gritos de «¡Asesino!» me acompañaron durante mi recorrido hasta el banquillo de los acusados. Haber visto esta escena mil veces repetida en series y películas no me evitó el temblor de piernas.

La fiscalía y la defensa hicieron sus alegatos de apertura correspondientes, con los que intentaban convencer al jurado de que su versión de los hechos era la correcta. Según la fiscal, una mujer con el pelo corto que se tomaba el caso como algo personal, yo era poco menos que un perturbado maltratador y machista que mató a su exmujer por despecho. Pidió para mí la pena máxima al considerar que actué con alevosía y ensañamiento. Mi abogado, en cambio, optó por decir la verdad. Es decir, que yo era una persona inocente a la que el verdadero asesino quería atribuir el crimen. Él se decantaba por la absolución ante la ausencia de pruebas fehacientes que demostraran

que yo era el autor del asesinato.

Después me tocó subir al estrado y contestar a las preguntas de Felipe, cuyas respuestas habíamos ensayado decenas de veces. Siguiendo su consejo, me negué a responder las de la fiscal.

Dado que el juicio había empezado más tarde de lo establecido a causa de la gran manifestación en mi contra que dificultaba el acceso al juzgado, el juez decidió dar por terminada la sesión de ese día. Me llevaron esposado a la cárcel y de ahí a mi celda.

93
Jorge
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Han transcurrido veintitrés días desde que Magda se quedó a vivir en la casa okupa junto a Rudy. Desde entonces, ninguno de los dos ha pisado la calle por miedo a que alguien del entorno de Emilio los reconozca.

En lo que respecta a mí, se confirma que ni el policía ni Cicatriz saben de mi existencia. De lo contrario, ya me habrían enviado al otro barrio después de obligarme a confesar el paradero de mis compañeros.

Al principio, mi amiga no llevaba nada bien el confinamiento. A la falta de electricidad, hay que sumar la de cobertura móvil y agua corriente. Me aseguró, entre sollozos, que se volvería loca si no se iba pronto de ahí. Sin embargo, con el paso de los días parece ser que se ha acostumbrado. Prueba de ello es que cada vez la veo más contenta pese a verse obligada a convivir con el patán de Rudy.

Dos días por semana les llevo comida, agua, ropa limpia y gel higienizante. Estoy harto de hacerles de mayordomo. Ojalá esta situación acabe pronto. Y eso sucederá cuando Gabriel Casas sea citado por Cicatriz y nos envíe un mensaje con la hora y el lugar de encuentro. Entonces pondremos en marcha el plan que hemos confeccionado para acabar con la vida de ese monstruo y Emilio.

Tengo pánico a enfrentarme al policía y su secuaz, pero pienso evitar a toda costa que maten a mi amiga. Me siento culpable por haber dejado que investigara el archivo de Santi Canales. ¡Qué inconsciente fui al pensar que no había peligro! Ya sé que ella también, pero por eso me tiene a mí: para protegerla de ella misma y de los demás.

Estoy en el supermercado, limpiando y ordenando el almacén como castigo. Al encargado no le gustó que, hace tres semanas, me ausentara del trabajo con la excusa del dolor de espalda.

A Rudy le han encontrado sustituto. Se trata de un culturista que no para de hablar de su rutina de entrenamiento y su dieta a base de proteínas. No sé qué es peor.

De pronto, me vibra la pierna. Eso indica que he recibido un mensaje en el móvil. Magda no puede enviarme ninguno, por lo que solo existe una posibilidad. Como está prohibido que los trabajadores llevemos el teléfono encima, voy a una esquina del almacén y lo leo a escondidas. En efecto, es de Gabriel Casas.

Hace tres semanas, como parte del plan, fui a comunicarle al empresario que el mensaje me lo debía enviar a mí. De paso, le pedí un favor que espero realice cuando llegue el momento.

«*Parking* centro comercial La Maquinista a las 19h. Planta -2. Aparcamiento 303».

Son las seis en punto.

No hay tiempo que perder. Le digo al encargado que, de nuevo, me duele mucho la espalda. En esta ocasión, me responde que, si me marcho, no me moleste en volver. Necesito el trabajo tanto como respirar, pero no tengo elección.

Me cambio de ropa, me pongo la chaqueta y salgo pitando hacia el metro en dirección a la plaza del Sol. A esa hora, el cielo ya ha oscurecido. Bajo en la parada de Fontana y llego resoplando a la casa okupa por culpa de la carrera que me pego.

Las seis y veintisiete.

Localizo a los chicos con una linterna que me presta un okupa y les informo de que ha llegado el momento de activar el operativo. Magda va vestida con uno de sus típicos atuendos, sobre el que lleva una chaqueta atada a la cintura y su eterna bandolera cruzada al pecho. Rudy, fiel a su camiseta verde y pantalones militares, coge su mochila y nos dirigimos a la furgoneta. Por suerte huyó con ella cuando Emilio fue a por él.

Las seis y treinta y siete.

Al igual que la vez anterior, yo ocupo el asiento trasero y Magda va de copiloto. Arrancamos y el GPS de mi *smartphone* nos va indicando el camino hacia el centro comercial. Duración estimada del trayecto: veintiún minutos. El tráfico es muy denso. Si seguimos avanzando a paso de tortuga, llegaremos tarde.

Las siete menos cuarto.

Cada semáforo en rojo es una punzada en el pecho. Estoy tan nervioso que me sudan las manos. Durante el viaje repasamos varias veces el plan. No es que sea muy elaborado, pero hacerlo nos ayuda a calmarnos.

Las siete menos un minuto.

Por fin llegamos al centro comercial. Antes de entrar, Rudy detiene la furgoneta y, camuflado por la ausencia de luz natural, rocía las matrículas con espray. Acto seguido nos calamos unas gorras, no vaya a ser que las cámaras de seguridad nos graben el rostro.

El *parking* está lleno hasta los topes. Llegamos a la planta -2 y tardamos un rato en localizar la plaza 303.

Las siete y cuatro minutos.

—¡Oh, no! ¡Está ocupada! —se lamenta Magda al ver estacionado un Renault Scénic blanco con matrícula italiana.

—Hemos llegado tarde —afirmo—. Seguro que Cicatriz ya se ha

ido.

Rudy, que contra todo pronóstico no pierde los nervios, contesta:

—Eso no lo sabemos. Es posible que con tanto tráfico aún no haya llegado. Propongo que aparquemos donde podamos. Luego ya decidiremos lo que hacemos.

Sin embargo, no hay plazas libres.

—¡Mira, ahí se va uno! —grita Magda señalando, a lo lejos, un coche plateado con las luces de marcha atrás encendidas.

Sin pensárselo dos veces, Rudy invade el carril contrario aprovechando que no viene nadie y acelera a fondo, ganándose los pitidos de los vehículos que van delante. En la siguiente intersección gira a la derecha con brusquedad, esquiva a un motorista por los pelos y consigue llegar antes que nadie.

Después de aparcar, Rudy y Magda se unen a mí en la parte trasera de la furgoneta. Desde una de las ventanillas laterales, hay una vista parcial de la plaza 303 —aún ocupada por el monovolumen blanco— y la columna situada al lado —a la altura del faro delantero izquierdo —.

—Voy a ir hasta allí —anuncia Rudy—. Si Casas y Cicatriz se encuentran por esa zona, no nos enteraremos. —Coge su mochila y se la coloca a la espalda—. Si oís un silbido, venid corriendo.

—Espera, voy contigo —le dice Magda—. Tú no conoces el aspecto de Gabriel Casas.

En ese momento, un Porsche de color verde pistacho se detiene delante de la plaza 303 y del interior sale un hombre de mediana edad. Viste un ajustado polo amarillo que remarca su abultada barriga, unos pantalones cortos floreados que acentúan su baja estatura y unas chanclas con calcetines blancos que delatan su mal gusto. Los coches que lo siguen hacen sonar el claxon en señal de protesta.

—¡Mira, Magda! ¿Ese no es Gabriel Casas?

Desde el lateral de la Nissan Vanette vemos al hombre dirigirse al vehículo italiano sosteniendo un objeto en cada mano.

—¡Sí, es él!

—¡No me digas que el Renault Scénic es de Cicatriz! —exclamo pasmado. Tenía que haberlo sospechado al observar los cristales tintados. La matrícula debe de ser falsa.

—¡Rápido, a vuestros puestos! —ordena Rudy como si estuviéramos en Afganistán.

Cuando llegamos, vemos a Gabriel Casas entregando un sobre a través de la ventanilla del monovolumen. La cola que genera el deportivo es colosal; el sonido de los cláxones, ensordecedor. De repente, el conductor sale del vehículo y Casas huye despavorido.

Cicatriz se dirige hacia el Porsche gritando con los ojos cerrados y

cae al suelo tras chocar con la columna que tiene enfrente.

Tuve que insistir mucho para que Gabriel Casas aceptara rociar espray pimienta en los ojos de Cicatriz. Lo convencí el día en que me presenté en su oficina a pedirle que enviara el mensaje con la dirección de encuentro a mi móvil. Al final, el empresario entendió que era la única manera que teníamos de atraparlo.

—¡Ahora! —grita Rudy, y los dos nos abalanzamos sobre Cicatriz.

Él le sujeta los brazos y yo las piernas. Magda saca de la mochila un rollo de precinto y le pega un trozo en la boca para amortiguar sus gritos. A continuación, extrae un táser y le aplica sin parar descargas eléctricas en el cuello. El aparato se lo ha prestado a Rudy un okupa antisistema que a su vez se lo robó a un policía antidisturbios. Menos mal que la gruesa columna del *parking*, el Renault Scénic y el Ford Fiesta de al lado nos protegen de miradas ajenas.

Aprovechando que Cicatriz se ha desmayado, Rudy le ata las muñecas por la espalda y yo los tobillos. Utilizamos bridas para tubería que Magda saca de la mochila.

Quiero agradecerle a Gabriel Casas que haya cumplido su parte del trato, pero no hay rastro ni de él ni de su Porsche.

Según el plan original, aparcábamos al lado de la plaza 303 y metíamos a Cicatriz en la parte trasera de la furgoneta. Sin embargo, con la Nissan Vanette a unos veinte metros de distancia, el *parking* abarrotado de gente y ninguna plaza contigua libre, optamos por introducirlo en su propio automóvil.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Cuesta mucho levantar un cuerpo de más de cien kilos. Al cabo de unos interminables minutos, lo conseguimos.

—¡Venga, subid! —nos ordena Rudy.

Como ya es habitual, él ocupa la posición del conductor, Magda el asiento del copiloto y a mí me toca ir detrás, con Cicatriz a mi izquierda. Para alejarlo lo máximo de mí, lo hemos sentado con la cabeza apoyada en la ventanilla opuesta. Aunque esté inconsciente, no me hace ni pizca de gracia compartir espacio con este monstruo. Viste camisa, pantalones y zapatos negros. La americana, del mismo color, está colgada en el asiento del copiloto. Verlo tan de cerca, pese a la penumbra del habitáculo, me causa pavor. Su cara deforme me perseguirá por siempre en mis pesadillas.

Rudy acerca el asiento al volante, ajusta los retrovisores y enciende el motor. Cuando salimos del *parking*, ya sin las gorras gracias a los cristales tintados, Cicatriz emite un gruñido.

94
Santi Canales
Martes, 20 de enero de 2004

Al segundo día testificaron los dos policías que encontraron el cuerpo sin vida de Natalia. Explicaron que el teléfono de emergencias recibió una llamada anónima informando del suceso y la central los envió a comprobar si era cierto.

A las once y dieciocho, los agentes entraron en el domicilio al ver que la puerta de entrada estaba abierta. Ante la ausencia de electricidad, activaron sus linternas y, pistola en mano, inspeccionaron toda la casa. Les extrañó encontrar un plato con comida en el suelo de la cocina, acompañado por una botella vacía de licor. Siguieron recorriendo la vivienda y, en una de las habitaciones de la planta superior, hallaron el cadáver.

Los Mossos confesaron no haber encontrado el arma del crimen. No obstante, dedujeron que se trataba de un arma blanca al contemplar las mutilaciones y las heridas repartidas por el cuerpo.

El juez ordenó un receso para almorzar. Mientras esperaba a que un policía viniera a por mí, le pregunté a Felipe por qué no informó al juez y al jurado —tal como hice yo en mi declaración— de que Cicatriz era el autor de esa carnicería. Él lo justificó argumentando que ese dato era irrelevante al no haber pruebas que demostraran su existencia.

Transcurrida media hora, se reanudó el juicio. Los siguientes en testificar fueron el matrimonio de jubilados, que aseguraron haberme visto atravesar la verja en casa de Natalia a las diez y cinco de la mañana, entrar en la vivienda y salir veinte minutos más tarde.

Después de contestar las preguntas de la fiscal, fue el turno de mi abogado. Felipe les preguntó cómo podían estar tan seguros de que yo había cruzado la puerta que daba acceso al domicilio dada la distancia existente entre ella y su vivienda. La respuesta de los ancianos fue que, mientras observaban los pájaros del jardín con sus prismáticos, me vieron acceder a casa de Natalia. Aunque negaron que sostuviera el arma del crimen, la fiscal afirmó que ese era un hecho irrelevante. Según ella, existía la posibilidad de que la llevara escondida bajo la ropa.

Felipe les preguntó si observaron entrar o salir a alguien más durante la mañana, a lo que respondieron que no.

Para finalizar la sesión de esa jornada, la fiscal hizo subir al

estrado al sargento Rosales. Animado por las preguntas tendenciosas que le hacía, aseguró que mi declaración era inverosímil. Añadió, tal como me dijo en el interrogatorio encubierto al que me sometió en su día, que me inventé la existencia de Vanesa y de su hija.

La fiscal también le preguntó al sargento sobre los mensajes que, supuestamente, yo había dejado en el contestador automático de Natalia la noche previa a su asesinato.

Tras leer la transcripción en voz alta, los aportó como prueba. Contenían toda clase de insultos y amenazas que, aseguraba ella, le proferí a mi exmujer. Al escuchar esa sarta de mentiras, grité que yo no dejé ningún mensaje en el contestador porque había conversado con mi hija.

El juez, muy serio, me preguntó si de verdad creía haber hablado con Berta. No entendí por qué le parecía tan raro. Después de asegurarle que sí, amenazó con expulsarme de la sala si volvía a interrumpir el juicio.

95
Jorge
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Cicatriz ha despertado y mueve la cabeza despacio entre las sombras, aún aturdido por las descargas. Yo no reacciono, paralizado por el miedo. Magda, en cambio, no para de chillar desde que ha oído el gruñido. Rudy, que observa la escena por el retrovisor, alarga la mano hacia el techo y enciende la luz de cortesía. A continuación, ordena a mi amiga que saque el botellín que hay en la mochila y vierta el contenido sobre el trapo que lo envuelve. Se lo repite varias veces, cada una de ellas con más ímpetu que la anterior, hasta que logra captar su atención y lo obedece.

—¡Haz que respire esto! —grita Rudy sin dejar de mirar al frente.

Magda me ofrece el pañuelo.

—¿Qué? ¿Estáis locos? —Tengo la espalda y los brazos pegados a la ventanilla de la derecha.

Ver la cara de Cicatriz al detalle, gracias a la iluminación interna del vehículo, no ayuda a que me calme. Él, fuera de sí, emite otro gruñido y empieza a dar patadas al asiento del conductor.

—¡Si no lo haces, nos provocará un accidente! —Rudy da volantazos por culpa de las sacudidas que recibe.

—¡Pues para y hazlo tú! —le replico, histérico perdido.

—¿No ves que no puedo detenerme en medio de la carretera? —El coche da bandazos y las ruedas chirrían con cada cambio de dirección.

Sin otra alternativa, cojo el pañuelo mojado temblando como una hoja e intento acercarme a Cicatriz. Él, con el objetivo de evitarlo, dirige una patada a mis costillas que me roza en el costado. Gracias a Dios, tener los pies y las manos atadas lo ha desequilibrado en el último momento.

Me aproximo de nuevo y me lanza otra patada, que consigo esquivar. Poseído por la adrenalina, me siento en su regazo y le estampo el pañuelo en la cara. No lo suelto hasta que escucho:

—¡Déjalo ya, chaval! ¿No ves que el cloroformo ha hecho efecto?

La voz de Rudy me saca del trance. Compruebo que Cicatriz no se mueve y vuelvo al lado de mi ventanilla con el corazón latiendo desbocado. Tengo dolor de cabeza, me pitan los oídos y siento un cansancio repentino.

Siguiendo el plan establecido, nos dirigimos a una casa aislada para que no haya testigos. Está ubicada en la sierra de Collserola, se encuentra en condiciones lamentables y, desde hace un mes, está

deshabitada.

Llegamos a la masía en la que vivían la tía y el hermano de Magda sobre las ocho de la tarde, guiados por el GPS incorporado en el salpicadero del coche. Aparcamos lo más cerca que podemos de la entrada y arrastramos a Cicatriz hasta el portal.

Magda desaparece por una ventana lateral con la linterna y Rudy, a la luz de los faros del Renault Scénic, cachea al prisionero. Encuentra una cartera que contiene varios billetes de cien euros, pero ningún documento que lo identifique. También revisa los bolsillos de su chaqueta, colocada en el asiento del copiloto. De ella extrae una pistola y un móvil, los cuales mete en la mochila junto con la cartera que ha vaciado.

Más tarde utilizaremos el teléfono de Cicatriz para poner en marcha la segunda parte del plan. Consiste en llamar a Emilio y decirle que, si no se presenta en el plazo de una hora y sin compañía, ejecutaremos a su colega. Rudy se deshará de ambos cortándoles la yugular, técnica que aprendió trabajando en un matadero. Odio la violencia, así que cuando lo haga no quiero estar presente.

Rudy apaga las luces del monovolumen y, poco después, Magda abre el portón de madera carcomida desde dentro. Se ha puesto la chaqueta de lana que llevaba atada a la cintura, y es que la bajada de temperatura respecto a la ciudad es considerable.

—¿A dónde lo llevamos? —le pregunto señalando a Cicatriz.

—Al sótano.

Rudy y yo lo bajamos por la escalera de madera sujetándolo por las axilas. Sería más fácil arrastrarlo por los tobillos, pero mi amiga no quiere que lo desnuquemos antes de tiempo. Ella va detrás de nosotros, iluminando con la linterna unos peldaños que crujen a nuestro paso y amenazan con caerse a pedazos. Finalizado el descenso, acciona un interruptor y seis fluorescentes se encienden en el techo. Dos de ellos parpadean sin descanso.

—¡Ostras, si hay luz! —exclamo.

—Va y viene, según el grado de humedad. —Magda apaga la linterna—. La última vez que vine no había corriente.

El sótano está lleno de muebles, ropa y objetos de todo tipo: desde electrodomésticos a bicicletas, pasando por piezas de vehículos. Todo ello amontonado sin orden ni concierto y en mal estado de conservación. Ahora entiendo por qué mi amiga nunca quiso que la acompañara en ninguna de sus visitas.

En el centro veo una jaula con los barrotes oxidados. Debe de medir unos cuatro metros de ancho, tres de largo y dos de alto.

—Ahí guardaban mis antepasados a los perros cuando no participaban en cacerías —explica Magda.

Teniendo en cuenta la altura, yo me decanto por pensar que estaba destinada a personas.

Metemos a Cicatriz tumbado sobre el costado derecho y ajustamos la portezuela, que chirría con fuerza. No tiene cerradura, pero no importa. Con las bridas sujetándole las extremidades, no hay peligro de que escape. Yo me dejo caer al suelo, al borde del desfallecimiento.

—No puedo creer que lo hayamos atrapado —digo exhalando un suspiro.

Rudy mete la mano en un bolsillo lateral de su pantalón militar y suelta:

—¡Mierda! Me he olvidado el tabaco en la casa okupa.

Yo lo celebro por dentro. Así no llena la estancia de humo.

—Tenemos que despertar a Cicatriz —afirma Magda.

—¿Y eso por qué? —le pregunto—. Si es para llamar a Emilio, quizá podamos desbloquear el teléfono con la huella de su dedo.

Ella niega con la cabeza.

—Antes quiero preguntarle por mi hermana.

—Yo no lo haría —la aconsejo subiéndome las gafas por el puente de la nariz—. Ya sabes qué le hace a sus víctimas antes de matarlas. Conocer los detalles solo contribuirá a aumentar tu sufrimiento.

—Lo quiero saber igualmente. —Su voz es insegura. Da media vuelta y, dirigiéndose a las escaleras, añade—: Voy a por agua.

—Te acompaño. —Rudy sigue sus pasos.

Yo permanezco sentado, incapaz de incorporarme.

96
Santi Canales

Miércoles, 21 de enero de 2004

Al día siguiente declaró Gabriel Casas, que mintió con una facilidad pasmosa a cada una de las preguntas formuladas por mi abogado. Para empezar, negó conocer a Cicatriz —insistí a Felipe de que lo interrogara sobre él— y que este le hiciera chantaje.

Respecto a la fotografía en la que sale besándose con César Font, afirmó que su existencia era imposible porque solo le gustan las mujeres. Lástima que yo no pudiera aportar una copia de la foto como prueba.

Indignado por su actuación, me levanté de la silla. Antes de que pudiera gritar que todo era mentira, Felipe me cogió del brazo y tiró fuerte hacia abajo.

En lo referente a mí, Casas reconoció que le hice una visita en su casa. Sin embargo, solo relató el empujón que lo tiró al suelo y las amenazas con pistola recibidas por mí.

Después de una pequeña pausa, el siguiente en declarar fue Emilio Comas. Él sí admitió conocerme, pero aseguró no haber hablado conmigo desde el fatal accidente de Pedro.

Su respuesta no me cogió por sorpresa. Si se descubría que me pasaba información confidencial, le podía caer una buena sanción. Quizá, hasta lo echaran del cuerpo.

Previendo la reacción de Emilio, le pedí a mi abogado que aportara como prueba las grabaciones de mis llamadas a la comisaría de Les Corts. Ellas demostrarían que el policía me confirmó la existencia de Vanesa y de su hija. Si bien me arriesgaba a que también me acusaran del asesinato de la madre, era todo o nada.

Me sabía mal demostrar que Emilio mentía en el juicio, pero debía mirar por mis intereses. En cualquier caso, lo que le sucediera sería menos grave que ser condenado por asesinato. Lástima que, según me informó Felipe, un inoportuno error informático borró todas las cintas.

97
Magda
Lunes, 20 de noviembre de 2017

La visión de unas arañas gigantescas tejiendo su red entre vigas de madera, hierros oxidados y placas de uralita hace que sienta un escalofrío. En cambio, ver a ratas o cucarachas corretear entre mis pies no me produce rechazo.

Dejo de alumbrar el lateral del pasillo y encaro la linterna hacia la zona transitable. Rudy y yo pasamos por delante del gran reloj de cuco que hay junto a la escalera y continuamos hasta el lavabo. Está tan sucio que, antes de usarlo, prefiero hacer mis necesidades en el campo. Recojo un cubo con asa metálica que hay en la bañera y lo lleno con el agua turbia que sale del grifo.

Aunque al principio lo pasé fatal, estas tres semanas recluida a la fuerza en la casa okupa me han cambiado para bien. Por un lado, me apunté a las clases de meditación que imparten cada noche; desde entonces, mi mente está más calmada. Por otro lado, estar sin internet me ha desenganchado de los documentales conspiranoicos, los vídeos de animales y las páginas de cotilleos.

Antes de regresar al sótano, Rudy me da un beso en la boca al tiempo que intenta subirme el vestido.

—¿¡Qué haces!? —lo recrimino apartándolo de un empujón.

—Hagámoslo aquí, que no hay nadie.

—Estás loco si crees que practicaremos sexo en medio de esta pocilga. Además, tenemos cosas más importantes que hacer. —Agarro el cubo y me dirijo al sótano disimulando una sonrisa.

Verme obligada a dormir cada noche con Rudy por falta de camas libres me ha hecho caer en la tentación muchas veces. No obstante, aún tengo reparos en enseñar mi cuerpo. Excepto cuando bebo unas cervezas de más, claro.

Nuestra relación no creo que dure lejos de la casa okupa, pero hoy por hoy estoy a gusto en su compañía. Es atento, divertido y me acepta como soy. Lo que no me gusta de él es su aliento a tabaco, sus convicciones patrióticas y su opinión sobre Jorge. Al menos, ha aceptado no fumar cerca de mí, respetar mis ideas políticas y no criticar a mi amigo.

—¡Espérame, que no veo nada! —se queja.

De regreso al sótano, entro en la jaula y vierto parte del agua sobre la cabeza de Cicatriz, que permanece inconsciente. Dejo el cubo en el suelo y guardo la linterna en el bolso.

—¡Magda, mira! —Jorge señala al prisionero con la cara desencajada.

El tatuaje de la frente se transforma en una mancha negra, y la descomunal cicatriz que le cruza la cara se ha despegado por la zona de la barbilla. Se ha despertado e intenta toser, pero no puede. Supongo que le ha entrado agua en las fosas nasales.

—¡Quítale el precinto, que se va a ahogar! —grita Rudy mordiéndose las uñas.

Me agacho y se lo arranco con la misma fuerza que utilizo cuando me depilo a la cera. Cicatriz emite un alarido que me deja medio sorda.

—¡Cabrones! ¿Qué me habéis hecho? ¡Os voy a matar! —protesta, entre tosidos, en un perfecto castellano.

Intenta incorporarse con torpeza, aún bajo los efectos del cloroformo, pero la brida que le sujeta las muñecas a la espalda le impide tener un punto de apoyo y permanece tumbado.

—¿Domina nuestro idioma? —Me quedo flipada por su perfecta pronunciación.

—¿Qué es eso que le cuelga en la cara? —pregunta Rudy.

Parece un trozo de piel. Aún en cuclillas, acerco la mano y se lo arranco de un tirón.

—¡Ay! ¡Con cuidado, joder!

Al observarlo con detenimiento, constato que, en realidad, es un pedazo de látex con dos agujeros.

—¡Es una prótesis! —exclama Jorge.

—¡Hostia, el cabrón tiene nariz! —Rudy se lleva las manos a la cabeza.

En el rostro de Cicatriz aparece la típica nariz chata de los boxeadores, sin tabique nasal.

—Esta cara me suena de algo. —Me esfuerzo en ponerle nombre, pero es inútil.

—¿Este no es el de la foto que nos enseñaste en el *pub*? —pregunta Rudy.

—¡Es Óscar Rius, el hermano de Natalia! —asegura Jorge—. En la foto estaba mucho más joven y menos musculado, pero tiene las mismas facciones.

La revelación de Jorge resuelve un enigma que me tenía intrigada.

—Por eso el Jeep de Cicatriz estaba a su nombre. ¡Son la misma persona!

Nuestro prisionero entorna los enrojecidos ojos y fija la vista en cada uno de nosotros.

—¿Vosotros no sois los que entrasteis en casa de Emilio y os llevasteis sus diarios?

—Aquí las preguntas las hago yo —le comunico con el ceño

fruncido.

—¡Que te jodan! ¡No pienso contestar una mierda! ¡Soltadme ahora mismo u os arrepentiréis!

Le hago un gesto a Rudy para que saque el táser de la mochila y me lo acerque.

—¡No, por favor, otra vez no! —suplica Cicatriz desde el suelo en cuanto Rudy me lo entrega.

Saco de la bandolera la última foto impresa que tomé a mi hermana y, sujetándola con la mano libre, se la enseño.

—¿Qué le hiciste?

Por la expresión de su cara sé que la ha reconocido. No es fácil olvidar a una chica con la cabeza rapada, varios *piercings* en el rostro, dilataciones en las orejas y el cuerpo lleno de tatuajes.

—No la he visto en mi vida.

Le aplico el arma de electrochoque en las costillas durante pocos segundos —no quiero que se desmaye otra vez— y su cuerpo se agita mientras grita de dolor. Lo agarro por la barbilla y oriento sus ojos llorosos hacia los míos.

—¿La recuerdas ahora?

—Sí —responde Óscar Rius casi sin voz, con un hilo de saliva cayéndole por la comisura de los labios.

—¿Qué le hiciste? —le repito.

Respira de manera agitada. Cuando recupera el aliento, contesta:

—Necesito beber. Tengo la boca seca. —Al ver que no me muevo, añade—: Por favor.

En señal de buena voluntad, le pido a los chicos que me ayuden a sentarlo con la espalda contra los barrotes. Luego acerco el cubo a su boca y, sujetando el táser bajo el brazo, vierto el contenido.

—¡Puaj, que asco! —se queja después de escupir varias veces.

—Habla —le ordeno.

—Entregué esa yonki a unos rusos —confiesa con la mirada fija en el arma eléctrica.

—No le hagas caso, Magda —dice Jorge—. No quiere confesar que la asesinó para que no le hagas daño. De estar viva, Daniela se habría puesto en contacto contigo.

—¿No la mataste? —pregunto con un nudo en la garganta, ignorando el comentario de mi amigo. Tengo la infantil esperanza de que Cicatriz diga la verdad.

—Reconozco que me hubiera gustado, pero los rusos la querían viva y de una pieza.

La alegría que siento ante la remota posibilidad de volver a verla es indescriptible.

—¿Qué hicieron con ella?

—La enviaron a Rusia, de prostituta.

98
Santi Canales
Miércoles, 21 de enero de 2004

El último turno fue para la forense, una mujer de unos cincuenta años y mirada impenetrable que vestía un traje negro de corte clásico. En sus más de veinte años de experiencia, no recordaba ningún caso en que se hubiera ejercido tanta violencia sobre un ser humano como en este. Recordé el cuerpo descuartizado de Vanesa, pero callé para que no me achacaran también su muerte.

La autopsia determinó que el cadáver de Natalia contaba con veintisiete heridas de arma blanca repartidas por el cuerpo, múltiples contusiones, diecinueve huesos rotos, las cuatro extremidades amputadas y el cuello seccionado. Según la forense, todos los cortes fueron realizados con un hacha. Y lo peor de todo: mientras la víctima estaba viva.

Un murmullo procedente del público asistente inundó la sala cuando la mujer describió el estado del cuerpo de Natalia, lo que obligó al juez a pedir silencio varias veces.

La forense aportó más datos, como que el autor del crimen era diestro y que la muerte se produjo entre las diez y las once de la mañana. También dijo que no se encontraron huellas ni en la habitación ni en el cuerpo de mi exmujer; tan solo en el vaso que descansaba junto a ella, las cuales me pertenecían.

Finalizada su intervención, lamenté haberme negado a que Felipe usara mi diagnosticada amnesia temporal y mis problemas con el alcohol como atenuantes. Tal como se había desarrollado el juicio, hubiera sido lo más razonable.

A continuación, fue el turno de los alegatos finales. Ni mi abogado ni la fiscal explicaron nada nuevo a los miembros del jurado. Ella acabó su discurso diciéndoles que estaba en sus manos impedir que yo matara a más mujeres. Felipe finalizó el suyo preguntándoles si podrían vivir tranquilos sabiendo que habían condenado a un inocente.

El juez me preguntó si tenía algo que manifestar al tribunal, momento que aproveché para recalcar la culpabilidad de Cicatriz y mi nula participación en el asesinato de Natalia.

Después de mi intervención, el jurado se retiró a deliberar. El juicio, tal como informó el juez, estaba visto para sentencia.

99
Jorge
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Magda está consternada. Tiene el rostro empalidecido y su labio inferior cuelga ligeramente. Hace varias inspiraciones profundas por la boca, generando un ruido ronco.

—¿A Rusia? ¿Y por qué se la llevaron tan lejos? —pregunta con la mano sobre el pecho, dando credibilidad a las palabras de Óscar Rius.

—Supongo que para recuperar el dinero que les debía. No veas lo que les gustan allí las españolas.

—¡Se lo está inventando! —No quiero que mi amiga se deje manipular por este criminal y albergue falsas esperanzas.

—¿Dónde puedo localizar a esos rusos? —Ella, no obstante, ignora mis advertencias.

—No tengo ni idea. Son ellos los que contactan conmigo cuando me necesitan.

—No me lo creo —lo rebate, tajante, con una mano apoyada en la cadera y la otra sosteniendo el táser—. Si trabajas para ellos, debes de conocer la ubicación de su cuartel general.

Cicatriz se encoge de hombros.

—Piensa lo que quieras. —Rota la cintura con el objetivo de mostrarnos sus muñecas ensangrentadas por culpa de la brida—. Quítamela, me aprieta demasiado.

—Lo ha-haré si me dices dónde encontrar a esos rusos y me de-demuestras que no me engañas.

Gracias a Dios, Magda no habla en serio. Su tartamudeo y enrojecimiento de orejas la delatan.

—¡No puedo! —Óscar Rius aprieta los labios y traga con fuerza—. Si descubren que los he traicionado, me torturarán y luego me matarán.

Es curioso ver cómo un asesino despiadado siente pavor a que le hagan lo mismo que él hace a sus víctimas.

—¿Prefieres morir a descargas? —Mi amiga mueve el aparato de defensa personal ante sus ojos.

Cicatriz agacha la cabeza.

—Lo que me harían ellos sería mil veces peor de lo que me podáis hacer vosotros.

—¡No te lo dice porque los rusos no existen! —insisto consciente de que mis esfuerzos caen en saco roto.

Mi amiga lo contempla en silencio. De pronto, unas lágrimas

recorren sus mejillas.

—¿Qué te pasa? —quiere saber Rudy, como si no fuera obvio.

—Nunca sabré si dice la verdad ni si mi hermana está viva.

—¿Quién ha dicho que no? Tú déjame a mí —suelta con su habitual prepotencia. Es tan ignorante que se cree capaz de sonsacar información a un asesino profesional con pinta de pertenecer a la Gestapo.

—¿De qué forma piensas lograrlo? —La voz de Magda transmite curiosidad y sus ojos, aún húmedos, muestran un destello de esperanza.

Pobre ilusa.

Rudy abre un bolsillo lateral de sus pantalones y saca un estuche alargado. Del interior extrae una jeringuilla y un frasco muy pequeño.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Suponía que Cicatriz se negaría a confesar qué le hizo a Daniela, así que he conseguido suero de la verdad. —Su sonrisa ladeada sugiere que disfruta siendo el centro de atención—. Lo utilizaban en la Segunda Guerra Mundial para hacer cantar a los prisioneros que resistían las torturas.

Rudy se refiere al pentotal sódico. Leí hace tiempo en una revista de ciencia que ralentiza las funciones cerebrales, ayudando a quien lo toma a desinhibirse. A menor rendimiento en la corteza, más dificultad de elaborar una mentira.

Rudy clava la aguja en el tapón y tira del émbolo.

—¿Cómo lo has obtenido? —pregunta Magda con ilusión recobrada, secándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Me lo consiguió el Petas, un dentista drogadicto que vive en la casa okupa, a cambio de veinte *pavos*.

—¿Qué pensáis hacer con eso? —Por el terror que destila su voz, Óscar Rius se imagina la respuesta.

Rudy deja caer el frasco vacío y se dirige hacia él con la aguja apuntando al techo.

—Tranqui, tío, tengo experiencia. De pequeño inyectaba antibióticos en la granja de mi tío.

Cicatriz no cesa de chillar y de moverse. Rudy lo tumba empujándolo por el hombro con su bota militar y le pide a Magda que le sujete la cabeza contra el suelo. Ella mete el táser en el bolso y, tras esquivar varios intentos de mordedura, la inmoviliza colocándole una rodilla sobre la mejilla izquierda. Rudy le clava la aguja en el cuello y aprieta el émbolo con el dedo pulgar. Pasados unos segundos, Óscar Rius pierde la consciencia.

—¿Qué ha pasado? —Magda, al igual que yo, no esperaba esa reacción.

—Ahora entiendo por qué el Petas me dijo que le inyectara solo la

mitad —razona el Premio Nobel de Medicina lanzando la jeringuilla con rabia.

Para mí, mejor, que Cicatriz haya fallecido de sobredosis. Mi único objetivo es proteger a mi amiga, no que averigüe qué le sucedió a su hermana.

—¡Mirad, está vivo! —anuncia ella.

Óscar Rius mueve la cabeza con lentitud a la vez que farfulla algo ininteligible. Mis compañeros lo enderezan de cintura para arriba, tirando de él con fuerza del brazo, y le apoyan de nuevo la espalda contra los barrotes.

—Tú no nos ayudes, no vaya a ser que te rompas una uña —me reprocha Rudy, girándose hacia mí.

Iba a contestarle que lo considero una pérdida de tiempo, pero Óscar Rius interviene antes que yo.

—¿Qué me… habéis hecho? Os voy a… matar —susurra con los ojos aún cerrados.

Rudy le da unas palmadas en la cara con la intención de despejarlo.

—Magda, pregúntale lo que quieras.

—Está bien. ¿Qué le hiciste a mi hermana?

A Cicatriz le cuesta mantener los ojos abiertos. Cada vez que logra elevar los párpados a la mitad, se le vuelven a cerrar.

—La entregué a… unos rusos.

—¡Antes ha dicho la verdad! —grita Magda con entusiasmo—. ¿De qué manera puedo ponerme en contacto con ellos?

—Tienen una fábrica de… colchones. Calle C, número 62. Polígono industrial… Zona franca. La usan de tapadera —confiesa con lengua de trapo. Para entender lo que dice hay que estar muy atento.

—¿Cuál es el nombre del jefe de la banda?

—Se llama… Dimitri.

—¡Perfecto! Ya tengo la información que necesito. —Abraza a Rudy y añade—: ¡Gracias! Eres un genio.

Sí, debería ser miembro de la NASA. Pero no como científico o astronauta, sino como mono para que experimentaran con él.

—Puedes seguir interrogándolo, si quieres —la anima—. El Petas me dijo que el efecto dura unos cinco minutos.

—¡Ah, vale! —Magda orienta su cuerpo hacia Óscar Rius—. ¿Por qué te disfrazas de Cicatriz?

Este no deja de dar cabezadas.

—Para que nadie… sepa quién soy y causar miedo… a mis víctimas.

—¿Cómo conociste a Emilio Comas?

—Él necesitaba… un asesino a sueldo. Dimitri le habló de mí y acepté… su oferta.

—¿Por qué te hiciste matón? Tu padre era un empresario de éxito, así que no te debía de faltar el dinero —razono.

—Ese cabrón se arruinó por culpa de su adicción… al juego. Lo perdió todo, incluida la casa. Tuve que dejar el boxeo y trabajar para la mafia con el fin de… recuperar el patrimonio familiar.

—¡Vaya con el abuelo! —exclamo—. Ahora ya sabemos el motivo por el que su hijo no le habla y Natalia aceptó casarse con César Font.

Cicatriz inclina el torso hacia delante, incapaz de mantenerlo erguido por más tiempo. Rudy lo evita sujetándole la frente contra los barrotes.

Magda saca del bolso el resumen de Hal y repasa sus páginas hasta dar con el dato que busca.

—¿Quién te pidió que encargaras la foto de César Font y Gabriel Casas en 1994?

—Mi… hermana.

—Eso ya lo sospechábamos —digo recordando lo explicado por el empresario hotelero y la carta de César Font dirigida a Emilio Comas.

Sin quitar los ojos del resumen, mi amiga formula otra pregunta:

—¿Por qué hiciste el encargo a través de un paquete que dejaste en la puerta del despacho de Santi y Pedro en lugar de hablar con ellos en persona?

—Por comodidad. Así no tuve que… disfrazarme ni dar explicaciones.

Magda prosigue con el interrogatorio.

—Contrataste a unos novatos pudiendo conseguir los servicios de investigadores más preparados. ¿A qué se debió?

En lugar de contestar, Óscar Rius cierra los ojos y se queda en silencio.

100
Santi Canales

Jueves, 22 de enero de 2004

A la mañana siguiente, los miembros del jurado ya habían deliberado. Felipe me confesó que no era buena señal que se pusieran de acuerdo tan pronto. De las nueve personas que lo componían, hacía falta que al menos siete votaran en mi contra para condenarme. Si cinco votaban a mi favor, me declararían no culpable y saldría libre. Aunque esa segunda opción era más difícil que se diera, tenía la absurda esperanza de que se obrara el milagro.

Cuando entré en la sala, esposado y escoltado por un policía, vi que estaba aún más llena de lo habitual. Soporté, como cada día, los insultos del público en mi trayecto hasta el banquillo de los acusados.

Miré a los ojos a cada miembro del jurado con el propósito de descifrar su decisión. Sin embargo, en cuanto establecía contacto visual con ellos, apartaban la mirada.

Felipe me dedicó una sonrisa triste que no supe, o no quise, interpretar.

Quería escuchar el veredicto y acabar con esa tortura de una vez. La incertidumbre me estaba matando. Solo faltaba la presencia del juez, que se hizo de rogar. Cuando por fin apareció, el murmullo que se oía en el gallinero cesó de golpe.

Estaba tan nervioso que me temblaba todo el cuerpo; más incluso que cuando sufría, tiempo atrás, el síndrome de abstinencia.

El juez analizó el veredicto del jurado y ordenó al portavoz que lo leyera en voz alta. Era un hombre huesudo y encorvado con cara de amargado. Pensar que ese ser tenía mi destino en sus manos me revolvió el estómago. Se levantó con actitud indolente y dijo con frialdad:

—El jurado, por unanimidad, encuentra a Santiago Canales Tordo culpable del asesinato de Natalia Rius Verderón, considerándolo único ejecutor intelectual y material del mismo con los agravantes de alevosía y ensañamiento.

Vítores y aplausos por parte del público.

Sonrisa de satisfacción en la cara del juez.

Abrazo efusivo de la fiscal a su ayudante.

Resignación en los ojos de mi abogado.

Gestos de complicidad entre los miembros del jurado.

Sentimientos de rabia, odio e indignación aflorando por cada poro de mi ser.

Para rematar la faena, el juez me condenó a veinticinco años de cárcel.

101
Magda
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Óscar Rius se ha dormido. Rudy lo soluciona dándole una bofetada.

—Repítele la pregunta —me indica en cuanto abre los ojos.

—¿Por qué no encargaste la fotografía a profesionales con experiencia?

—A Natalia le hacía gracia que… la foto de su marido la obtuvieran dos de sus amantes.

—¿Estás diciendo que tenía más, aparte de Santi y Pedro? —Yo, que no he tenido ninguno, estoy escandalizada.

—Muchos. Como mínimo, uno en cada hotel que visitaba. Siempre fue… muy promiscua. Pero Santi era su preferido. Por eso se casó con él.

—Y pensar que Natalia quiso vengarse de César Font por hacer lo mismo que ella… —reflexiona Jorge.

—¿Cómo se tomó Pedro que tu hermana prefiriera casarse con Santi antes que con él? —le pregunto a Óscar Rius.

—No le importó. Natalia me contó que Pedro no quería… abandonar a su mujer, así que ya le iba bien seguir siendo amantes.

—¿Hasta cuándo lo fueron? —me intereso.

—Hasta que Pedro tuvo el accidente. Cuando se recuperó, quiso retomar la relación con ella; sin embargo, Natalia lo rechazó por las graves secuelas físicas que sufría. Pedro no aceptó tal decisión, y no dudó en ordenar su muerte para que culparan a Santi del asesinato. De esta manera, se vengaba de ambos.

Las frases de Óscar Rius son cada vez más fluidas, lo que revela que se está despejando. Ya se sostiene por sí mismo, de modo que Rudy deja de sujetarle la cabeza y se sitúa a mi derecha.

—Pedro y tú os conocíais, ¿no? —le pregunto al pasar la página y ver una anotación que hice al hojear el diario del policía.

—Sí. Los dos trabajábamos para Emilio, y la mayoría de las veces íbamos juntos.

—Por eso Pedro no se inmutó cuando Cicatriz se presentó en el despacho a recoger la foto —aclara Jorge.

—¿Ellos dos conocían tu verdadera identidad? —le pregunto.

—No. En este negocio no te puedes fiar de nadie. La única persona que la conocía era mi hermana.

Ahora ya sé por qué, en el diario de 2003, Emilio no usaba su

nombre real para referirse a él.

Jorge se acaricia la barbilla en actitud reflexiva.

—Hablando de tu hermana, la asesinaste tú. ¿Por qué lo hiciste? ¿No estabais tan unidos?

Óscar Rius ya es capaz de enfocarnos, lo cual indica que el efecto de la inyección casi se ha diluido.

—Natalia estaba arruinada. Había dilapidado la fortuna que heredó de César Font y Santi no le pasaba la pensión desde el accidente de Pedro. Necesitaba obtener ingresos, así que me amenazó con hacer pública mi verdadera identidad si no pagaba sus gastos y trabajaba gratis para ella. Unos meses después, Emilio me propuso asesinarla a petición de Pedro y acepté.

—¿Por qué mataste también a Laura? ¡Mi compañera de piso era inocente! —grito llena de odio hacia él, estrujando el resumen de pura rabia.

El rostro del asesino se transforma por completo. De sus ojos desaparece todo rastro de humanidad y en sus labios se forma una sonrisa sádica y predadora que me hiela la sangre.

—Quería que supieras lo que te haría cuando te encontrara.

—Como puedes ver, he sido yo quien te ha atrapado. —Cojo el táser del bolso y lo activo, generando una corriente eléctrica entre los dos polos del extremo a la vez que se oye su característico ruido. Tengo ganas de hacerle pagar por lo que hizo—. Ahora vas a sufrir lo mismo que…

¡Pum!

El estruendo que oigo a mi espalda hace que suelte el resumen y el táser a la vez que trocitos ensangrentados de hueso, cerebro y carne chocan contra mi cuerpo.

La cara de Óscar Rius ha desaparecido y su lugar lo ocupa una masa deforme. La imagen me produce tal impresión que caigo de rodillas y vomito a los pies del cadáver. Me estremezco al pensar que si la bala no ha impactado en uno de nosotros ha sido por cuestión de centímetros.

Intento incorporarme, pero estoy tan mareada que no lo consigo. Rudy está hecho un ovillo a mi lado, tapándose las orejas con las manos, los ojos cerrados con fuerza y el cuerpo tan manchado como el mío. Lo zarandeo para asegurarme de que no está herido y me tranquiliza su reacción asustadiza. Mientras se incorpora, dejo el bolso en el suelo, me quito la chaqueta con repelús y la lanzo lo más lejos que puedo.

—Magda, mira —dice Jorge a mi espalda.

Giro la cabeza hacia él, alejado unos dos metros de mí, y observo que tiene las manos levantadas. Justo cuando voy a preguntarle el motivo, veo a un hombre apuntándonos con una pistola desde fuera

de la jaula.

102
Santi Canales

Miércoles, 19 de febrero de 2014
Diez años después del juicio

Estoy en la biblioteca de Nou Barris, tecleando las últimas palabras en el ordenador portátil que me ha prestado Carlota. Mañana, cuando acuda al comedor social en el que ella ejerce de voluntaria, le pediré que difunda el archivo por internet.

De paso, le preguntaré si puede localizar a mi hermana y a mi madre por la red. He llamado a su casa de Mallorca, pero ya no viven ahí. Después de tantos años, habrán cambiado de domicilio.

También quiero que Carlota me ayude a contactar con mi hija. Necesito decirle que no soy un asesino, que luché hasta el final para poder estar con ella y que la quiero con todas mis fuerzas. He intentado hablar con Alfonso Rius para que me diga dónde está, pero se niega a recibirme.

De mi paso por la cárcel poco puedo contar. Acabado el juicio me destinaron al módulo de grado uno, donde ubican a los presos más peligrosos.

Durante los casi diez años que cumplí de condena, no me concedieron ningún permiso ni me permitieron relacionarme con otros presos. Pasaba el día encerrado en una celda de aislamiento, menos el rato en que salía a un pequeño patio vacío.

Pero eso no era lo peor. La mayoría de los días, los vigilantes me negaban la comida y me daban palizas sin venir a cuento.

Luis, el único celador que me trataba bien, me confesó haber escuchado de boca del director del centro que nunca me trasladarían de módulo mientras él estuviera al mando. El motivo de tal decisión, lo desconocía. Intenté ponerme en contacto con Emilio para que intercediera por mí, pero Luis me informó de que yo tenía prohibido comunicarme con nadie del exterior. Incluida mi familia.

—Has debido de tocar las narices a alguien muy poderoso. Si no, no me lo explico —me solía decir.

He intentado comunicarme con Emilio después de ser liberado, pero no responde a mis llamadas y en la comisaría de Les Corts me dijeron que lo habían trasladado. Sé que es mentira porque un rato después lo vi acceder a las instalaciones con su coche. Intenté entrar de nuevo en la comisaría, pero me prohibieron el paso.

103
Magda
Lunes, 20 de noviembre de 2017

La cara destrozada de Óscar Rius me ha impactado tanto que no he pensado en el autor del disparo.

—¡Mira a quiénes tenemos aquí! —exclama con exagerada entonación—. A los tres desgraciados que se atrevieron a robar en mi casa.

Por sus palabras deduzco que es Emilio Comas. Tiene la voz ronca, típica de las personas que han abusado durante años del alcohol y el tabaco.

—Tú, traidor —dice dirigiéndose a Rudy, que ya se ha puesto en pie—, ata la barra de la puerta al marco de la jaula.

—¿Con qué quieres que lo haga?

—No te hagas el tonto. Utiliza una brida como la que habéis usado para atar a Cicatriz. —Cumplida su orden, añade—: Ahora lánzame la mochila.

—Toma, toda tuya. ¿Algo más?

Emilio sonríe satisfecho mientras guarda la pistola en la funda que lleva bajo su americana de color gris. Extrae un cigarro del bolsillo de su camisa a rayas y lo enciende con un mechero que saca del mismo sitio.

—Así que recibisteis el correo electrónico de Santi Canales y decidisteis jugar a detectives. —No contestamos, lo que en sí es una respuesta—. Cuando ordené a Cicatriz que matara a la chica que lo difundió, hace más de tres años, ya era demasiado tarde. A los curiosos que me preguntan, les digo que no conocí a Santi ni sé nada de su *e-mail*. Los demás se cansan enseguida de investigar al no obtener resultados. Vosotros sois, con diferencia, los que habéis llegado más lejos. Os felicito, aunque vuestra osadía os conducirá a la muerte.

Rudy, con las manos agarradas a los barrotes, le pregunta:

—¿Cómo nos has encontrado?

—Solo he tenido que seguir la señal de su móvil. —Emilio señala el cadáver con el cigarrillo entre los dedos—. Sois tan ineptos que no os habéis deshecho del aparato.

—Aquí abajo no hay cobertura —le rebato sentada en el suelo, aún mareada.

—Ni falta que hace. Su última ubicación me ha llevado a esta chabola.

—¿Cómo has sabido que Cicatriz estaba en peligro? —pregunta Rudy.

El policía sujeta el cigarro con los labios y se sube el pantalón que su enorme barriga se empeña en bajar.

—Ha utilizado la función «mensaje de auxilio» de su móvil. Al apretar tres veces el botón de encendido, he recibido un mensaje de alerta.

—Lo debe de haber enviado cuando Gabriel Casas le ha echado espray en los ojos —razona Jorge.

—¿Por qué te lo has cargado? —Rudy contempla el cigarrillo de Emilio con deseo—. ¿No era tu mejor hombre?

—Es evidente, ¿no? Alguien que se deja atrapar por tres inútiles como vosotros no me sirve de nada.

—Pues estos tres inútiles lograron colarse en tu casa y llevarse tus diarios. —A pesar de los esfuerzos de Rudy por aparentar tranquilidad, el temblor en su voz me hace sospechar que tiene tanto miedo como yo de acabar como Óscar Rius.

El policía tira la colilla al suelo y la aplasta con la bota.

—Tienes razón. Y quiero recuperarlos. Si no me decís ahora mismo donde están, os dispararé en el estómago para que muráis lentamente.

—¡Están en una habitación de la planta de arriba! —confieso sin dudarlo. No quiero ni imaginar lo que debe de doler eso.

—Te creo. Como habéis colaborado, os mataré de un tiro en la cabeza para que no sufráis. —Emilio emite una desagradable risa. No entiendo qué gracia tiene quitarnos la vida. Su sentido del humor es más raro que el de Jorge, que ya es decir.

—¿Lo vas a hacer tú? —pregunta Rudy, sorprendido—. Pensaba que del trabajo sucio se encargaban tus lameculos.

Emilio se enciende otro cigarro y la tapa del mechero hace un ruido metálico.

—Me apetece ocuparme de vosotros personalmente.

—¡Y una mierda! —espeta Rudy—. Lo que pasa es que no quieres que le contemos a nadie que te acuestas con jovencitos.

Emilio lo mira enfurecido y consulta el móvil. Al ver que no hay cobertura —no debe de acordarse de que lo he comentado antes—, lo vuelve a guardar en su americana.

—¿Cómo supiste que éramos nosotros quienes estuvimos en tu ático? —le pregunto incorporándome despacio.

—A ti fue fácil identificarte: dejaste unas cuantas huellas de recuerdo y estás fichada. No pude averiguar quién era él a pesar de que en la grabación de vídeo sale sin gorra. —Se refiere a Jorge—. Y a ti, pedazo de traidor, te desenmascaré gracias a Borja.

—¿Borja? —pregunta Rudy, contrariado.

—El chaval que encontraste en mi casa —aclara el policía,

incómodo, desviando la mirada a su cigarro—. Dos días después del robo recordó que, al salir del edificio, vio aparcada en doble fila una vieja furgoneta pintada de camuflaje. Cuando me lo contó, me vino a la cabeza que un día me llevaste a la playa de la Barceloneta en una igual.

—Mierda —se lamenta Rudy, que apoya la frente en uno de los barrotes.

—No podía creer que fueras tú el hijo de puta que me había robado los diarios. Antes de enviarte a Cicatriz, quería ver tu reacción al verme. —Emilio da una calada, tose varias veces y se seca la boca con la manga de la americana—. Pedí a Quique que me diera tu dirección y la del curro. En el piso de tus padres no estabas, y en el supermercado me dijeron que no te habías presentado. ¿Sabes a qué conclusión llegué? —Rudy se muerde las uñas sin contestar—. Que tu amigo te chivó que te buscaba y huiste. Eso me confirmó que eras culpable. ¿Para qué ibas a desaparecer, si no? —El policía se cambia el cigarro de mano y extrae el arma de la funda—. Basta de palabrería. Ha llegado el momento de despedirse. Y tú serás el primero.

Emilio apunta a la cabeza de Rudy, que va retrocediendo hasta colocarse a mi altura, lo que me provoca una sensación de caída libre.

—¡No lo hagas! —le grito.

Intento situarme entre él y Rudy para hacer de escudo humano, pero Jorge lo impide sujetándome por el brazo.

—Tranquila, todos acabaréis igual. Aunque si quieres empiezo por ti —propone el policía con su desagradable risa, apuntando ahora a mi cabeza.

Me cuesta respirar y el corazón me late a mil por hora.

—¡No nos mates, por favor! —le suplico sin poder detener el llanto —. ¡No contaremos a nadie lo que sabemos sobre ti, te lo juro!

—No es solo por eso —dice en tono cansino haciendo una mueca —. Entrasteis en mi casa, robasteis mis diarios, importunasteis a mi novio y por vuestra culpa he tenido que deshacerme de mi mejor hombre. ¿No te parecen motivos suficientes?

—¡Chicos, siento que muráis por mi culpa! —Lloro a lágrima viva, abrazada a Jorge con los ojos cerrados y de espaldas a Emilio, resignada a que una bala acabe con nuestras vidas mientras lamento que mi curiosidad por saber qué le ocurrió a mi hermana haya provocado tan trágico final.

—¡Eh, nenaza! ¡Mátame a mí primero, si tienes huevos! —oigo que dice Rudy a mi derecha.

—Como prefieras, traidor.

¡Pum!

Abro los ojos y veo, tirado en el suelo, el cuerpo de Rudy.

104
Santi Canales
Miércoles, 19 de febrero de 2014

Lo único positivo de mi estancia en la prisión fue que dejé de tomar alcohol. Una vez superada mi adicción, se acabaron los dolores de cabeza, las voces y los temblores. No obstante, echaba de menos a mí exsocio imaginario.

Durante todo el tiempo que estuve encerrado seguí empecinado en ir a por Cicatriz, aun sabiendo que no me concederían ningún permiso hasta que finalizara mi condena en el año 2029.

Mi destino cambió cuando, en diciembre de 2013, me diagnosticaron un cáncer de riñón en fase terminal, con metástasis en huesos, hígado y pulmones. Me lo detectaron en el hospital a raíz del intenso dolor que sentía, mi drástica pérdida de peso y la sangre en la orina. Sufría los síntomas desde hacía medio año, pero el matasanos de la cárcel no le daba importancia. Hasta que un día no pude levantarme de la cama.

Los médicos descartaron aplicarme sesiones de quimioterapia por lo inútil de tratar un cáncer en estado tan avanzado. Me pronosticaron tres meses de vida, de los que solo me queda uno para que se cumplan las predicciones.

Yo pensaba que me iban a dejar morir en mi celda, por eso me sorprendió que me otorgaran la libertad condicional en base a los principios de humanidad y derecho a una muerte digna. El nuevo director de la prisión —al anterior lo trasladaron de centro dos meses antes de mi diagnóstico— me informó de que se tuvo en cuenta la falta de peligrosidad demostrada a lo largo de mi estancia en la cárcel, la poco probable comisión de delitos debido a mi lamentable estado físico y el improbable riesgo de fuga gracias a mi dependencia a los fuertes medicamentos contra el dolor.

Los servicios sociales me han ofrecido ir a un centro sanitario donde compartiría habitación con desahuciados como yo; sin embargo, he vivido tantos años en soledad que no me veo con la paciencia suficiente para convivir con nadie. El poco tiempo que me quede prefiero vivirlo a mi aire.

En cualquier caso, no sientas pena por mí. La muerte será una liberación. Solo espero no sufrir mucho hasta que llegue.

105
Jorge
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Tras el disparo, Rudy está tendido en el suelo, inmóvil.

—¡Ahora Emilio nos matará a nosotros! —dice Magda entre sollozos, abrazándome aún más fuerte.

Dirijo mi atención al policía y lo que veo me descoloca.

—Magda.

—¿Qué?

—Date la vuelta.

—¡No! No quiero ver cómo me mata.

—No lo hará.

—¡Que sí, Jorge, ya lo has oído!

—No puede.

—¡Claro que puede! ¿No ves que ha disparado a Rudy?

—Está muerto.

—¿Qué has dicho?

—Que está muerto.

Emilio yace en el suelo, boca abajo, sobre un charco de sangre.

—Como sea una broma de las tuyas… —Mi amiga gira la cabeza con precaución, escéptica—. ¡Es verdad! Pero… ¿quién se lo ha cargado?

Le señalo un cuerpo muy obeso procedente de las escaleras que va descalzo y se acerca cojeando. Viste unos calzoncillos demasiado pequeños para su volumen y una camiseta de tirantes que no cubre del todo su prominente barriga, ambas prendas llenas de lamparones. En la mano derecha sostiene una escopeta antigua; en la izquierda, una lámpara de gas.

Cuando llega a la altura de Emilio, se detiene y lanza un eructo.

Magda se separa de mí y corre hacia los barrotes.

—¡Hal! ¡Has venido a salvarme! —exclama eufórica, alargando los brazos hacia su hermano. Sin embargo, él no se acerca. Mejor. A esta distancia ya puedo oler el hedor que desprende—. ¿Cómo has sabido que estaba en peligro? —le pregunta con excitación desmedida.

—Hacer mucho ruido —se queja con el entrecejo contraído.

¿Dónde está ese Hal que no sale de su habitación y se comunica a través de las pantallas? Vale, muy parlanchín no es; pero hablar, habla.

—¡No eres mudo! —La mandíbula de Magda está a punto de desencajarse—. ¿Por qué nunca lo has dicho?

Hal se encoge de hombros.
—Tú y tía molestar menos.
—Por cierto, ¿de dónde sales? —se interesa mi amiga—. La última vez que vine no había nadie.
—¡Hostia, esta escopeta sí que mola! Es un modelo Winchester del año 1873, ¿verdad? —escucho a mi espalda.
—¡Rudy! ¡Estás vivo! —Magda se lanza a sus brazos de un salto, seguro que por pena.
—Te has desmayado al oír el disparo, ¿eh? —Le dedico a Rudy una sonrisa maliciosa.
—¡Claro que no, capullo! Habrá sido una bajada de azúcar.
Se acerca a la puerta de la jaula y la abre cortando la brida con una pequeña navaja plegable que saca de uno de los bolsillos laterales de su pantalón. Una vez liberados, nos acercamos al cuerpo de Emilio.
—¿Está muerto? —pregunta Magda.
—Sí. —Rudy le da la vuelta—. La bala le ha perforado el corazón.
—Objetivo cumplido —comento aliviado—. Estos dos no serán nunca más una amenaza.
Si bien el plan no ha salido del modo en que estaba previsto y casi perdemos la vida, lo importante es que Magda ya no corre peligro. Los tres estamos demasiado agotados como para exteriorizar la alegría que sentimos.
Rudy se agacha junto al cuerpo inerte del policía, mete la mano en el bolsillo de la camisa y saca el paquete de tabaco junto con el mechero. Como si le fuera la vida en ello, enciende un cigarrillo y le da una larga calada.
—¿Qué hacemos ahora? —pregunta mi amiga.
—Tenemos que deshacernos de los cuerpos. —Rudy coge la pistola del suelo y le quita al cadáver la cartera y el móvil. Mientras lo mete todo en la mochila, añade—: Lo que no sé es dónde.
—Al pozo —suelta Hal—. No usar.

106
Santi Canales
Miércoles, 19 de febrero de 2014

Tras mi liberación —aunque con controles penitenciarios semanales—, he vuelto a frecuentar el barrio del Turó de la Peira. No lo hago por nostalgia, sino por cuestiones prácticas: tengo cerca dos amplios parques, un eficiente comedor social, un más que aceptable albergue municipal, una biblioteca pública de la que soy asiduo y un centro médico que me abastece de medicinas. Así no necesito andar mucho para ir de un sitio a otro y evito fatigarme en exceso.

Lo primero que hice al llegar a mi antiguo barrio fue acudir al bar que en su día perteneció a Wong. Tenía curiosidad por saber si aún existía y, en caso afirmativo, si el Vasco lo seguía frecuentando. Sin embargo, me encontré una frutería regentada por marroquíes.

Con temor de que hubiera ocurrido algo similar, me desplacé al locutorio. Me alegré de ver al propietario, del que continuaba sin recordar el nombre. Diez años después, tenía menos pelo y algo más de barriga. Nos dimos un fuerte abrazo y nos pusimos al día. Él sigue ofreciendo los mismos servicios que la década anterior, pero con mucha menos demanda debido a los *smartphones*. Le pedí que me hiciera el favor de guardar la maleta con ruedas en la que llevo todas mis pertenencias, y así no tener que arrastrarla de aquí para allá, a lo que él accedió de buen grado.

Son las seis de la tarde. En breve pondré rumbo al albergue. Ojalá llegue a tiempo y encuentre sitio. Somos tantos los que queremos entrar que no hay camas para todos. Si no lo consigo tendré que pasar la noche en algún cajero o portería. En cualquier caso, nada de dormir a la intemperie. En febrero, las noches son muy frías. Además, no quiero que me vuelvan a agredir. La semana pasada me quedé dormido en un banco y tres chavales me golpearon con un palo mientras lo grababan con el móvil. Aún me duele la pierna al andar.

107
Magda
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Jorge y Rudy suben el cuerpo de Emilio por las escaleras, tirando con fuerza cada uno de una pierna. Mientras tanto, yo me dedico a secar el charco de sangre con la ropa que hay diseminada por el sótano y vierto por encima el agua que queda en el cubo. Luego me cruzo el bolso al pecho y zarandeo a mi hermano, que está roncando sobre un viejo neumático de tractor con el rifle sujeto entre las manos.

—¿Dónde está tía Elvira? —le pregunto en cuanto abre los ojos. Con tanto trajín, me había olvidado de ella.

—En habitación. —Bosteza y su aliento me causa un leve mareo. Suerte que a su olor corporal me acostumbré de pequeña.

—¿Por qué habéis vuelto? Cualquier sitio es mejor que este para vivir.

Hal me mira con su cara inexpresiva de siempre.

—¡Venga, daos prisa! —La voz de Rudy proviene de la planta superior—. ¡Os estamos esperando!

Suelto un bufido y me dirijo a la escalera con una mueca de fastidio.

—Vamos, hermanito. Ya me explicarás más tarde dónde habéis estado.

—Ayuda.

Me doy la vuelta y observo que tiene su gigantesco trasero encajado en el neumático.

Hal va delante, iluminando el camino hacia el pozo con su lámpara de gas. Rudy y Jorge lo siguen a unos metros de distancia, arrastrando el cadáver por los pies. Yo voy detrás, inspeccionando el entorno con la linterna para asegurarme de que no hay testigos.

Hacemos el trayecto en silencio. Solo se oye el roce del cuerpo contra el suelo, nuestras pisadas al andar y los jadeos de los chicos por el esfuerzo. Recorremos un buen trecho a través del descuidado jardín, hasta que llegamos a un pozo en desuso escondido entre la maleza. Tiene forma circular, mide un metro de altura y está construido con piedras. Ni rastro de la estructura de madera que, en tiempos pasados, debió de sostener la polea de hierro.

Jorge y Rudy se dejan caer sobre la tierra húmeda, extenuados de tanto jalar. Una vez recuperados, ayudo a los chicos a lanzar el cadáver pozo abajo. Ellos lo levantan por las axilas y apoyan la

espalda baja en el borde, y yo elevo las piernas para que caiga.

Hal está tumbado sobre una roca, ajeno a nuestro esfuerzo, mirando embobado las estrellas con el rifle bien sujeto. Si nos ha acompañado hasta aquí ha sido solo para que le quitemos los muertos de en medio.

En cuanto regresamos al sótano, Jorge y Rudy transportan el cuerpo de Óscar Rius hasta el pozo —con Hal alumbrándoles el camino— y yo recojo, a pesar del rechazo que me produce, los trocitos de su cabeza diseminados por la jaula. Los pongo dentro de una olla que rescato de la chatarra, junto con el táser y el resumen de mi hermano.

Voy al lavabo a llenar el cubo de agua y, con ayuda de una fregona sucia que encuentro entre los escombros, friego el sótano, las escaleras y la entrada a la masía con el fin de eliminar cualquier rastro de sangre.

Recojo en un fardo toda la ropa que he usado para limpiar —incluida mi chaqueta manchada— y la llevo, junto con la olla y el mocho, hasta el pozo. Lo suelto todo en el interior —excepto la linterna— y ayudo a mis compañeros a hacer lo mismo con el cuerpo de Óscar Rius. Dada su gran cantidad de masa muscular, muy superior a la de Emilio, tardamos una eternidad en conseguirlo.

—Ahora solo falta sepultar el pozo —digo entre jadeos—, aunque para eso nos haría falta una pala.

—Tranquila, Magda. Hal ya nos la ha proporcionado —dice Rudy con un pitillo entre los dedos. Se agacha, coge algo del suelo y me muestra una plancha metálica medio rota unida a un mango partido por la mitad.

Pongo los ojos en blanco y digo con resignación:

—De acuerdo, hagamos turnos. Cuanto antes acabemos, antes podremos ir a comer algo.

—Espera. Antes tenemos que deshacernos de los objetos de esos dos. —Rudy se acerca al pozo y tira las carteras y pistolas que guardaba en su mochila. El mechero y el paquete de tabaco, sin embargo, se los queda. A continuación saca los móviles, les quita la batería y los acerca a la boca del pozo.

—¡No lo hagas! —grita Jorge, situado a unos metros de distancia —. De lo contrario, quedará registrado en las antenas de telefonía móvil que este es el último lugar en el que Emilio y Cicatriz han estado. Y la policía sabrá que desaparecieron aquí.

Rudy permanece quieto. Sabe que Jorge tiene razón, pero su orgullo no le permite reconocerlo.

—Bien pensado, Jorgito —lo felicito—. Entonces, ¿qué hacemos con los teléfonos?

Mi amigo se sube las gafas.

—Propongo llevarlos a otra parte para que la policía busque a sus propietarios ahí.

—¡Perfecto! Mañana lo haremos —sentencio—. Ahora taponemos el pozo, que se nos ha hecho tarde y estoy hambrienta.

Mientras Rudy mete en el pozo toda la tierra que puede recoger con la pala, Jorge y yo nos dedicamos a arrojar las piedras, ramas y hojarasca que encontramos por los alrededores. Hal, por su parte, sigue ajeno a nuestros problemas, sentado en la misma roca de antes.

Cuando por fin terminamos de llenar el pozo, caigo rendida al suelo. Le pido a Rudy que me pase la botella de agua que tiene en la mochila, pero me comunica que está vacía. Por si la sed, el hambre y el cansancio no fueran suficientes, siento tanto frío que se me eriza el vello de los brazos. No me extraña: voy en manga corta y la temperatura debe de rondar los cero grados. El ajetreo de estas últimas horas ha provocado que no echara en falta la chaqueta manchada. Jorge, el único que lleva, se la quita al ver cómo tiemblo y me la cede con gentileza.

—Vámonos de aquí. Tengo ganas de llegar a casa —dice mi amigo alargando sus brazos hacia mí.

—¿Dónde está Hal? —Sujeto la linterna con la boca al tiempo que le ofrezco a Jorge mis manos para que tire de ellas.

—No debe de estar muy lejos —contesta Rudy con el culo apoyado en el borde del pozo, los brazos cruzados y un cigarro entre los labios —. ¿No oyes sus ronquidos?

108
Santi Canales
Jueves, 20 de febrero de 2014

Estoy haciendo cola para entrar en el comedor social. El viento es tan frío que me congela la cara y me cala los huesos. No tengo bufanda y la chaqueta que llevo, una fina cazadora de tela dos tallas más grande, no abriga lo suficiente. Tampoco siento los pies; los calcetines son demasiado finos para la época en que estamos.

Tengo hambre. No he comido nada desde el café con leche y pasta que tomé ayer por la tarde. Cuando he llegado, poco antes de las doce, ya había gente esperando a que abrieran. Ahora es la una menos cuarto y aún tengo a diez personas delante.

A la una y media por fin llega mi turno. Carlota me sirve el menú en la típica bandeja de bufé libre: sopa de fideos finos y macarrones a la boloñesa. De postre, una manzana. Está estresada. Le sonrío. A su lado está Yamila, una cocinera de origen africano que intenta ayudarla con más ganas que eficacia. Esta tarea suele hacerla un voluntario jubilado, pero Carlota me informa de que hoy no se ha presentado.

Yamila me mira con desprecio. No le caigo bien, aunque desconozco el motivo. Siempre que quiero explicarle la injusticia que sufrí, ella me suelta que no es ninguna chica inocente a la que poder manipular en clara referencia a Carlota. Me duele que no crea en mi palabra, aunque no puedo pretender que todo el mundo lo haga.

Voy con mi bandeja en busca de algún sitio libre. De fondo se oye un murmullo incesante y el ruido de platos y cubiertos chocando entre sí. Me quedo quieto en medio de la sala, recorriendo las mesas con la vista, hasta que un hombre con traje y corbata me indica, con el brazo levantado, que a su lado hay una silla vacía.

Comparto mesa con una abuela sin pensión, un albañil en paro, un chico sin papeles y el empresario arruinado que me ha señalado la plaza libre. Cada uno de los comensales relata los motivos que lo han llevado aquí. Yo les explico que fui condenado por error y les hablo de Cicatriz.

Cuando termino el postre, el local está casi vacío. Carlota se aproxima y se sienta a mi lado. La abrazo. Si los ángeles existen, ella es uno. Se preocupa por cada persona que acude al centro. Por enésima vez le doy las gracias por su apoyo y, entregándole el ordenador, le pido que difunda mi historia por internet.

109
Jorge
Lunes, 20 de noviembre de 2017

Regresamos a la masía en silencio, demasiado cansados para articular palabra. Hace mucho rato que la espalda me duele horrores debido al esfuerzo de arrastrar y lanzar por el pozo los cuerpos de Emilio y Cicatriz. No me extrañaría nada que me haya dislocado varias vértebras.

Hal va delante usando el rifle de bastón, seguido por Rudy y Magda. Yo ando a cierta distancia con el propósito de atenuar la peste que despide Hal. No entiendo cómo puede ir tan pancho en ropa interior con este frío ni por qué va descalzo. Me froto los brazos y observo que Rudy hace lo mismo. Lo único que quiero es meterme en la cama y borrar este día para siempre.

—¡Ostras! ¡Aún falta deshacernos de los vehículos! —exclama Magda al llegar a la masía, enfocándolos con la linterna. Uno es el de Óscar Rius y el otro ha de ser el de Emilio por fuerza. —¿Hay algún precipicio por aquí cerca? —pregunta a su hermano.

Hal sigue andando y entra en su antigua casa sin dignarse a contestar.

—Tranquila, mañana se los llevaré a un colega que tiene un desguace ilegal y los convertirá en chatarra —dice Rudy.

Abro la puerta trasera del monovolumen y me siento. Tengo ganas de llegar a casa cuanto antes. Al ir a cerrar la puerta, observo que Magda y Rudy están a punto de acceder a la masía.

—¿A dónde vais?

Magda se gira y me deslumbra sin querer con la linterna.

—Mi hermano debe de tener comida. Con que no esté muy podrida, me conformo.

En lugar de esperar a que regresen, decido ir con ellos. Ingerir unas cuantas calorías, aunque sean vacías, no me vendrá mal.

—¡Esperadme!

Sigo el resplandor por el pasillo al tiempo que los chillidos de las ratas me obligan a aligerar el paso. A pesar de que tropiezo un par de veces, sigo a mis compañeros sin sufrir daños. De pronto, se detienen frente a un gran reloj de pie que hay junto a las escaleras.

—¡Hal, ahora no te entretengas a darle cuerda! ¿No ves que está roto? —lo riñe Magda.

Su hermano no le hace caso y gira una llave insertada en la esfera. Se oye un chasquido y una puerta camuflada detrás del reloj se abre

unos centímetros. Hal tira de ella hacia afuera y deja a la vista un largo túnel en el que apenas cabe.

—¿A dónde vas? —le pregunta Magda.

Él, ignorando a su hermana, ya se ha adentrado unos metros.

Lo seguimos en fila india por el estrecho y oscuro pasillo, expectantes, sin la más remota idea de hacia dónde nos dirigimos.

Hal abre una puerta al otro extremo y aparece un comedor en perfecto estado. Está limpio, amueblado e iluminado, y en sus paredes hay radiadores que mantienen la sala caliente. A la izquierda está la cocina, totalmente equipada, en la que Hal pone una *pizza* al horno. A la derecha hay un pasillo que conduce a tres habitaciones. Al fondo se halla un lujoso lavabo en el que nos aseamos por turnos y el agua es cristalina.

No doy crédito a lo que veo. Por la expresión de su cara, Magda tampoco. A riesgo de equivocarme, yo diría que esta parte de la casa era la correspondiente al servicio.

Mi amiga entra en la cocina y pone tres *pizzas* más en el horno mientras pide explicaciones a su hermano. Él, sin embargo, hace oídos sordos a sus demandas.

Nos servimos cada uno una *pizza* barbacoa, la única variedad que hay, y nos sentamos a la mesa del comedor. Para beber, Magda y yo elegimos agua, Rudy prefiere vino tinto y Hal latas de bebida energética.

A punto de engullir el primer trozo de *pizza*, hace acto de presencia una figura espectral procedente del pasillo. Lleva el pelo alborotado, tiene ojos somnolientos y el camisón que viste está arrugado.

—¡Hal! ¿Qué hacen ellos aquí? ¡Nadie debía conocer nuestro secreto! —grita más asustada que enfadada.

El hermano de Magda ni se inmuta, concentrado en su comida favorita. Me pregunto si la mujer sabe que su sobrino puede hablar.

—¡Tía Elvira, me has engañado durante todos estos años! —la reprocha mi amiga—. Y yo preocupada porque vivíais en la indigencia. Solo ocupabais las habitaciones de arriba cuando os comunicaba que venía, ¿verdad? Por eso, al presentarme sin avisar, no os encontré. ¡Estabais aquí!

La tía de Magda se sienta en la silla vacía que queda entre Rudy y yo.

—Lo siento, cariño. No podíamos arriesgarnos a que se lo contaras al resto de la familia. Si se enteran mis hermanos, querrán que les pague la parte que les pertenece y mi pensión de viudedad no da para tanto.

—Vale, gracias por la confianza. —Mi amiga se recuesta en la silla, cruza los brazos e hincha los mofletes.

—No te enfades, por favor.

Permanecemos en un tenso silencio, hasta que la mujer le pregunta:

—¿A qué habéis venido tú y tus acompañantes?

Magda no responde, aún molesta.

—Entre otras cosas, a averiguar qué le sucedió a Daniela —contesta Rudy antes de vaciar la copa de vino y servirse otra.

¡Uf!, qué susto. Por un instante he temido que le contara el motivo principal de nuestra visita y confesara lo que hay en el pozo. Espero que Hal también guarde el secreto.

—¿Por qué aquí? —pregunta dirigiéndose a su sobrina.

Magda suelta el aire retenido y relaja las facciones. Los enfados le duran muy poco.

—Es una larga historia. Lo importante es que hemos averiguado que a mi hermana la enviaron a Rusia porque debía dinero a unos mafiosos.

La mujer se tapa la boca con ambas manos.

—¿A Rusia? ¡Pobre niña!

La siguiente media hora transcurre con tía Elvira explicando lo mucho que le afectó la desaparición de Daniela y las ganas que tiene de volver a verla.

Terminada la cena, Magda no para de bostezar, a Rudy se le cierran los ojos y yo doy cabezadas involuntarias. Hal hace rato que ha desaparecido por el pasillo y, con su marcha, el ambiente se ha hecho más respirable.

—¿Podemos quedarnos a dormir? —le pide mi amiga a su tía—. Estamos demasiado cansados para irnos a casa.

—Claro, hija. Aunque solo hay una habitación libre. Uno de vosotros deberá echarse en el sofá y los otros dos compartir cama.

—Yo quiero cama, que si no me duelen las cervicales —suelta Rudy haciendo gala de su nulo compañerismo.

Me ofrecería a dormir en el sofá, pero no puedo permitir que Magda comparta lecho con alguien sin escrúpulos capaz de tocarla mientras duerme. Me sacrifico por ella y duermo con Rudy. Menos mal que la cama es de matrimonio.

Epílogo
Magda

A la mañana siguiente, Jorge, Rudy y yo fuimos en transporte público al centro comercial La Maquinista. Entré en el servicio de mujeres y me metí en uno de los cubículos. Resguardada de miradas ajenas, saqué del bolso los móviles encendidos de Emilio y Cicatriz y los escondí en la cisterna del váter. Cuando la policía los rastree, creerá que sus propietarios desaparecieron en esta zona.

Luego fuimos al *parking* a recuperar la furgoneta. Rudy condujo a un lugar poco transitado y los tres la pintamos de negro usando botes de espray. También cambiamos las matrículas por unas encontradas en el sótano de la masía.

Al acabar, Jorge se marchó al supermercado a suplicarle al encargado que no lo despidiera y Rudy y yo regresamos a la masía para llevar los coches al desguace.

Después de comer, los dos pusimos rumbo al polígono industrial de la zona franca a preguntar a ese tal Dimitri en qué parte de Rusia está mi hermana. El hombre que custodiaba la entrada de la fábrica de colchones no nos dejó pasar hasta que se me ocurrió decirle, entre balbuceos, que veníamos de parte de Emilio Comas.

Dimitri, un tipo delgaducho y amanerado, negó haber enviado a Daniela a Rusia. Para que colaborara, Rudy sacó un sobre del bolsillo lateral de su pantalón y se lo ofreció. El sobre era el que Gabriel Casas le entregó a Cicatriz en el *parking* justo antes de echarle espray de pimienta en los ojos. Óscar Rius lo tiró al taparse la cara y Rudy lo recogió del suelo. De los cinco mil euros que contenía, me quedé dos mil para el billete de avión y los gastos de estancia en Rusia.

Al ver el contenido, el ruso recobró la memoria. Dimitri me contó que mi hermana había sido enviada a un club de alterne en Moscú y me apuntó la dirección en un papel. Le pedí que averiguara si Daniela aún estaba allí o la habían trasladado a otra localidad, pero a cambio exigió tres mil euros más y me quedé sin saberlo.

Una semana después, durante la que he vivido en la masía, estoy volando a Moscú. Si mi hermana está viva, la rescataré y la traeré a España. Mi plan es presentarme en el lugar al que llevaron a Daniela y preguntar por ella. He instalado un traductor de voz en mi móvil nuevo para comunicarme con los rusos. Si no cooperan, improvisaré sobre la marcha. Lo he hecho otras veces y no me ha ido tan mal. Además, cuento con ayuda.

Rudy está sentado a mi lado, sosteniendo una bolsa de papel abierta por si tuviera que utilizarla. Está mareado, tiene claustrofobia y se muere por fumar un cigarro. En cuanto le he dicho que aún nos quedan dos horas de viaje, más lo que tardemos en desembarcar, casi le da un infarto. Yo lo llevo mejor que él gracias a la meditación. Mi intención era ir sola, pero Rudy se ofreció a acompañarme y acepté. No tiene nada mejor que hacer y le apetece un poco de acción.

Hal, por su parte, me ayudará en todo lo que necesite vía internet a pesar de su negativa inicial. Mi tía lo ha amenazado con dejarle sin *pizzas* barbacoa si no me ayuda a localizar a su sobrina, y de momento funciona. Muestra de ello han sido las clases de tiro que nos ha dado a Rudy y a mí con su vieja escopeta. También nos ha comprado dos armas en el mercado negro de Moscú a muy buen precio. En cuanto aterricemos, iremos a recogerlas. Con el tipo de personas que deberemos tratar es mejor ir preparados.

Antes de embarcar, he enviado por correo postal al sargento Rosales los diarios de Emilio Comas. Si bien no servirá para que juzguen a Emilio y Cicatriz por lo que hicieron, al menos ayudará a desmantelar las organizaciones criminales que colaboraban con el policía y detener a sus miembros. He adjuntado una nota en la que le comunico que en mi piso se encuentra el cuerpo de Laura y que Cicatriz es el autor del crimen. Desde el día que vi el cadáver, no he regresado ni a por mis cosas.

Jorge no sabe que Dimitri me dio la dirección a la que enviaron a mi hermana. Tampoco, que estoy de camino a Rusia, y menos en compañía de Rudy. Hace unos días me preguntó si sabía dónde estaba, y no le dije que vivía conmigo en la masía. No quiero preocuparlo. Le he enviado un mensaje explicándole que pasaré una temporada con mi tía y, como no tengo móvil, estaré incomunicada. No lo he llamado para que no descubra que miento.

Epílogo
Jorge

Al día siguiente de lo sucedido en la masía de Collserola, me presenté en el supermercado y le pedí al encargado que me diera una segunda oportunidad. El hombre aceptó, supongo que con la idea de seguir humillándome a su antojo.

Durante los primeros días estuve convencido de que la policía iría a por mí. Cada vez que alguien pronunciaba mi nombre creía que iban a detenerme. Sin embargo, ya ha transcurrido una semana y aún no lo han hecho.

Hace un rato, Magda me ha enviado un correo electrónico informándome de que pasará una temporada en casa de su tía. Perfecto. Con suerte, quizá se olvide de contactar con los rusos para preguntarles dónde enviaron a su hermana. No serviría de nada. Si le dieran una dirección, sería falsa. Si le pidieran dinero a cambio, la estafarían.

Lo sé porque ellos no la mandaron a ningún sitio.

Recuerdo a la perfección el día en que Daniela me abordó a la salida del supermercado. Fue una fría noche de mediados de marzo de este año. Por aquel entonces, Rudy aún no trabajaba conmigo. Me sorprendí al verla, no solo por lo inesperado de la visita, sino también por su lamentable aspecto. A su ya de por sí demacrado rostro, se le sumaban varios cortes y moratones. Su ropa, unas mallas rojas con rayas negras y una camiseta verde de manga larga, mostraba desgarros propios de un forcejeo.

Al preguntarle por lo ocurrido, me contó que se lo hizo un hombre con una gran cicatriz en el rostro, sin nariz y un tatuaje en la frente, el cual la entregó a unos rusos a los que ella debía dinero. Aprovechando un descuido del hombre que la custodiaba, Daniela le dio una patada en la espinilla y escapó antes de que la metiera en la parte trasera de una furgoneta junto a otras chicas. Corrió con todas sus fuerzas por los callejones de lo que parecía un polígono industrial y, amparada por la oscuridad de la noche, se escondió entre la cabina y el remolque de un camión. En cuanto el vehículo cargó la mercancía que esperaba, se adentró en la ciudad. Daniela saltó del tráiler al detenerse en un semáforo, se coló en varios autobuses públicos y se dirigió a casa de Magda. Según me dijo, quería que su hermana pidiera a un prestamista los diez mil euros que debía. Si no lo hacía, los rusos nunca la dejarían en paz y, en consecuencia, Cicatriz tampoco. Mi amiga se negó, harta de que la engañara, por lo que Daniela decidió

contactar conmigo para pedirme que la convenciera por teléfono.

Al escuchar su petición, me di cuenta de que nunca dejaría tranquila a Magda. Que siempre sería un lastre para ella a menos que yo pusiera remedio. Pensé en delatarla a los rusos, pero no sabía cómo ponerme en contacto con ellos.

Decidí improvisar. Le dije a Daniela que me había olvidado el móvil en casa y le pedí que me acompañara. Añadí que, si no lograba convencer a su hermana, yo mismo pediría el préstamo después de cenar. Al oírlo, se le iluminó la cara y me dio un abrazo.

Media hora más tarde, llegamos a mi piso. Ella se sentó en la mesa del comedor a ver la televisión y yo fui a la cocina a preparar dos bocadillos. Me asomé por el quicio de la puerta y la vi de espaldas. Apoyé las manos en la encimera, cerré los ojos e inspiré hondo un par de veces. «Ahora o nunca», pensé. Me puse los guantes de fregar los platos, fui con sigilo hasta el comedor y la agarré del cuello con ambas manos.

Desde mi posición no veía la expresión de su cara, cosa que agradecí, no soy un psicópata. Cada vez apretaba con más fuerza, deseoso de que su agonía terminara cuanto antes. Daniela forcejeó débilmente, hasta que sus brazos se desplomaron a los lados. Solté el frágil cuello tatuado y el cuerpo se precipitó al suelo.

No sabía si estaba muerta o inconsciente. No caí en tomarle el pulso a causa de los nervios. Por si acaso, levanté la silla en posición vertical y la bajé con toda la fuerza de la que fui capaz con el objetivo de que una de las patas impactara en su cabeza. Repetí la operación varias veces, hasta que el cráneo quedó destrozado.

Me senté a recuperar el aliento. Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos. Era la primera vez que mataba a alguien con mis propias manos. Las veces anteriores fueron muertes indirectas. Como la que provoqué a una compañera de trabajo que se burlaba de Magda al empujarla desde la azotea de un edificio de diez pisos. O la que infligí a un novio suyo que vivía a su costa al ponerle veneno en la bebida que pidió en la discoteca.

Me levanté de la silla, consciente de que debía borrar cualquier rastro de Daniela antes de que mi madre hiciera acto de presencia. Mi primer impulso fue abandonar el cadáver en un parque cercano, aunque enseguida descarté la idea. La policía lo identificaría e investigaría a todos sus parientes y conocidos, incluido yo. Y el parque estaba demasiado cerca de mi casa como para no parecer sospechoso.

Angustiado, busqué en internet la manera más efectiva de deshacerse de un cuerpo. La primera opción era descomponerlo en ácido; la segunda, incinerarlo, y la tercera, descuartizarlo. Descartadas las dos primeras por falta de medios y la tercera por exigir demasiado esfuerzo, me decanté por la cuarta: congelarlo.

Siguiendo las indicaciones de la página web, doblé el cadáver por la cintura y me senté encima hasta que se partió la columna. A continuación, lo metí en una bolsa de basura tamaño industrial que uso para guardar las mantas en verano. La precinté y metí el paquete debajo de mi cama.

El último paso era adquirir un arcón congelador por internet. Compré el más pequeño que vi, acorde con las reducidas dimensiones de la cocina. Lo recibiría al día siguiente, antes de que el cadáver empezara a oler a putrefacto. Era un remedio temporal pero necesario. Más adelante ya buscaría la solución definitiva. Mientras tanto, cubriría el bulto con paquetes de comida congelada por si, tal como ha sucedido en varias ocasiones, a Magda se le ocurría abrir el arcón. Afortunadamente, nunca ha sospechado que se hallaba a escasos centímetros de su hermana. Ni que yo la maté. Si intenté evitar por todos los medios que mi amiga investigara su desaparición fue para, además de mantenerla a salvo, evitar que lo descubriera.

Ojalá hubiera podido confesar a Magda la verdad sobre lo ocurrido a Daniela. ¡La de problemas que nos habríamos ahorrado! Pero era imposible. Ella no lo hubiese entendido.

Cuando mi madre llegó y encendió la luz del comedor, vio el charco de sangre que había olvidado limpiar. Podía haberme inventado una excusa, si bien ninguna justificaba la adquisición de un congelador. Rendido a la evidencia, no tuve más remedio que explicarle la verdad. Solo cambié algún detalle, como que la víctima pretendía quedarse con nuestro piso.

Han pasado ocho meses y aún no he encontrado el modo de deshacerme del cuerpo sin arriesgarme a que me descubran.

Fiel a mi idea de proteger a mi amiga de todo aquel que quiera hacerle daño o aprovecharse de ella, mi próximo objetivo es Rudy. Es una mala influencia para Magda. Además, la está alejando de mí y eso no pienso permitirlo.

Llevo días buscándolo, pero ha desaparecido. Ni sus padres ni los trabajadores del supermercado ni la propia Magda saben dónde está.

No importa, tengo paciencia. Sé que algún día aparecerá. Y entonces, lo mataré.